LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

Sobre la herencia de Haya de la Torre

«...Mi última contribución al examen de la vida política y social del Perú...»

CON LA COLABORACIÓN DE HUGO VALLENAS



Sobre la herencia de Haya de la Torre

Sobre la herencia de Haya de la Torre

Para mi buen amigo y compañero Hervin Hurtado, compartiendo el legado y el ejemplo de L.A.S.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

HUGO VALLENAS

Hugo Vallenas
12 de enero
2011

© Luis Alberto Sánchez
Hugo Vallenas
Primera edición, enero de 1994

Cuidado de la edición: Rosa Díaz S.

Composición y diagramación: Nova Print s. a.

Contenido

Nota preliminar 9

Introducción: Cenizas de una victoria 11

I. Conozco a Alan García 17
II. El crepúsculo de los dioses 22
III. La lejana «rive gauche» del Sena 28
IV. El dictador y su sombra 34
V. El hombre 41
VI. Soledad y compañía 47
VII. Circunstancias e influencias 53
VIII. Sobre los primeros años 61
IX. El anarcosindicalismo 70
X. Claridad y Clarté 78
XI. Un personaje previsto pero subestimado 83
XII. Transfusión con uno de los imperialismos 89
XIII. Contacto con los soviet 97
XIV. Intervención nazifascista 105
XV. Aprismo en Londres 110
XVI. El programa máximo 115
XVII. Escala en Bruselas 122
XVIII. Ecos de la aventura de Arcos House 127
XIX. Activos y contemplativos 130
XX. Anochece en Alemania 138
XXI. Adiós a Berlín 142
XXII. La gran incógnita 150
XXIII. La metamorfosis 154
XXIV. Ley y violencia 161

XXV. España en el corazón 171
XXVI. Guerra y buena vecindad 176
XXVII. Democracia y tres años 182
XXVIII. Espacio-tiempo histórico 189
XXIX. El asilo 193
XXX. Rebelión en la soledad 199
XXXI. Últimos resplandores 209
XXXII. Preparando el cambio 215
XXXIII. Se pone el sol 223
XXXIV. Sol de los muertos 229

Epílogo: Algo para recordar 235

Anexo: Sobre la herencia de Haya de la Torre (1979) 243

NOTA PRELIMINAR

Mi padre tuvo este libro listo para la imprenta en los primeros días de enero de este año. Era su deseo que estuviese publicado en la fecha más cercana posible al 22 de febrero, aniversario del natalicio de Haya de la Torre y Día de la Fraternidad aprista. Retrasó unos días la edición por sus dudas sobre el título. Quería algo más imaginativo. Finalmente tuvo que conformarse con *Sobre la herencia de Haya de la Torre,* título que provenía de un artículo de 1979 de su *Cuaderno de Bitácora,* que fue el punto de partida de la preparación del libro. En la víspera de su último ingreso a la clínica, el 31 de enero, me insistió en que apurase el trabajo de la imprenta para su pronta publicación.

Había preparado una primera versión en 1991. Quiso mejorarla y ampliar la parte informativa del libro. Recién tuvo la oportunidad cuando el gobierno del señor Fujimori cesó su actividad parlamentaria en abril de 1992. Concentró sus energías en varios libros inconclusos, entre ellos *Leguía, el dictador,* que en poco tiempo estuvo listo para su publicación. Fue siempre su costumbre distribuir sus horas de trabajo en la preparación simultánea de dos o tres libros. En setiembre de 1992 empezó a trabajar con Hugo Vallenas en un minucioso recuento de sus experiencias como escritor. El título provisional era *LAS: todos los libros.* Sobre la base de muchas horas grabadas de conversación, ambos tuvieron listos varios capítulos a comienzos de 1993. El decaimiento de la salud de mi padre y los problemas de la rehabilitación luego de la intervención quirúrgica que sufriera en 1993, después de recibir la distinción de Rector Emérito de San Marcos, interrumpieron este trabajo. Fue entonces su deseo solicitar la cooperación de Vallenas para terminar cuanto antes su libro dedicado a Haya de la Torre.

La versión original de 1991 fue enmendada por mi padre a base de dictados; diversos aspectos bibliográficos e informativos fueron complementados por Vallenas. Una segunda versión estuvo lista en noviembre de 1993 que fue minuciosamente corregida. Estuve atento al trabajo de ambos, dos o tres horas cada vez, tres días por semana, discutiendo muchas veces sobre uno u otro detalle de la historia del APRA, releyendo extensos pasajes de las obras de Haya de la Torre y comparando la nueva versión con lo ya publicado por mi padre en libros y artículos. Por la diligente colaboración de Vallenas quiso mi padre que su nombre figurase como coautor, no obstante ser un libro escrito en primera persona y en tono autobiográfico. En las últimas semanas de enero siguieron trabajando en la preparación de *LAS: todos los libros*, pero las fuerzas de mi padre empezaron a menguar, aunque en todo momento mantuvo su asombrosa lucidez.

Sólo me queda añadir que éste no es un libro inconcluso, ni ha carecido de una cuidadosa supervisión por parte de mi padre, sobre todos los aspectos de su contenido. Aquí están sus últimas reflexiones, largamente meditadas, sobre el futuro de su partido, que siempre fue el centro de sus preocupaciones.

Luis Alberto Sánchez D.
Lima, 6 de febrero de 1994

Introducción

Cenizas de una victoria

Los hombres tenemos dos vidas: la que vivimos y la que nos hacen vivir cuando morimos; esto ocurrió, como tiene que pasar con cualquiera, con Víctor Raúl Haya de la Torre.

He publicado ya dos libros sobre Haya, muy distinto uno del otro. Por las mismas razones, éste tendrá muy poco que ver con los anteriores. La cuestión es obvia. Así como los seres humanos o zoológicos tienen varias etapas en su vida, unidas por el hilo vital y pensante del propio ser, los libros poseen su propia urdimbre. En mi caso, el primer libro que dediqué a la vida e ideas de Víctor Raúl, titulado *Haya de la Torre o el político,* se publicó mediante la Editorial Ercilla de Chile en 1934, es decir cuando el movimiento aprista peruano tenía pocos años de nacido y ya había sufrido y sufría todavía cruentas persecuciones y una constante mistificación por parte de sus adversarios. El segundo, titulado *Haya de la Torre y el APRA,* apareció con la Editorial Del Pacífico de Chile el año de 1955, es decir 21 años después del anterior y cuando Haya estaba concluyendo su prisión-asilo en la embajada de Colombia de Lima; éste, el tercero, aparece en 1994, es decir 39 años después del segundo y cuando Haya de la Torre hace 15 años que murió y el APRA, que alcanzó el gobierno en 1985, dejó de serlo en forma acremente discutida. Cada uno de ellos se basa en distintas etapas y distinto cúmulo de experiencias sobre el personaje y el tema.

Este tercer libro constituye tal vez mi última contribución al examen de la vida política y social del Perú y del lugar que en ella cabe al pensamiento y la vida de Haya de la Torre. Se debe a que, apenas muerto el fundador del aprismo, surgieron equívocas interpretaciones dirigidas a negociar su herencia ideológica. Se intentó condenar o exaltar arbitrariamente tal o cual parte de su magisterio

político y de su obra escrita, como si se tratara de personalidades y acciones diferentes y hasta opuestas.

El asunto es el siguiente: Haya de la Torre publicó su primer libro *Por la emancipación de América Latina* en 1927 en Buenos Aires. Era una recolección de artículos periodísticos, todos sobre un mismo tema, el del título del libro. En los años siguientes aparecieron otros libros basados en sus artículos y declaraciones, pero hubo un primer libro orgánico de exposición doctrinal, escrito en México en 1928 y no publicado hasta 1936 (tras una frustrada primera edición de fines de 1935), titulado *El antiimperialismo y el APRA.* Estuvimos a cargo de su edición Carlos Manuel Cox y yo, sin mucho entusiasmo de parte de Haya. Fue este libro una respuesta polémica a un panfleto que publicara en 1927 el líder comunista cubano Julio Antonio Mella, con quien Haya se trabó en una trascendental disputa durante el primer Congreso Mundial Antiimperialista, que se realizó en Bruselas en febrero de 1927. Mella había sido hasta entonces un entusiasta seguidor de Haya de la Torre. Fue asesinado en 1929, seguramente por orden del tirano cubano Gerardo Machado. Entonces Víctor Raúl consideró un deber de cortesía y honestidad suspender la publicación de su libro ya que el polemizado había caído en la lucha. Entre *El antiimperialismo y el APRA* y *Treinta años de aprismo,* publicado en México en 1956, mediaron justamente treinta años, durante los cuales Víctor Raúl, con sus ideas matrices en alto, tuvo que transitar por los variados y difíciles caminos que ofrece la realidad, en un siglo lleno de avances y descubrimientos en todos los campos del saber humano.

Pues bien, esto, que resulta perfectamente natural y lógico, fue considerado a la muerte de Víctor Raúl como la evidencia de una contradicción vitanda entre uno y otro libro. Es decir, acusaban al autor de haber traicionado su ideario inicial por no repetirlo al pie de la letra treinta años después, cuando había logrado una mayor solvencia en su pensamiento y una experiencia vital de gran amplitud. Tal interpretación aparte de absurda es necia. Lo sabemos los autores con la experiencia que nos da nuestra propia vivencia. Nadie mantiene ni puede mantener intacta la incompleta ideología difundida en su juventud, sobre todo si ha experimentado el esfuerzo de intentar realizar sus ideas. Es tratar de que sea verdad la alegoría

dramática de *El retrato de Dorian Gray* de Oscar Wilde. Los años, los contrastes, la experiencia, moldean las ideas primigenias con el fin de ahondar la posibilidad de realizarlas. Éste es el proceso humano y enaltecedor que padecen todos los creadores y todos los combatientes; Víctor Raúl lo padeció en doble ración: como creador y como combatiente. Pero siempre fue el mismo, porque persiguió los mismos propósitos finales: combatir las diferencias sociales, tratando de que los pobres dejaran de serlo y que los ricos no siguieran explotando. Dentro de esa línea, como hace un chofer diestro para llegar a un punto definido, se requiere esquivar curvas y saltar baches a fin de no perder la imaginaria línea recta que es la que nos conduce hasta el fin que nos proponemos.

Yo advertí –y muchos conmigo– que se intentaba distorsionar la imagen póstuma y el legado de Haya como si él y su partido se hubieran traicionado a sí mismos en su madurez. Supuestos discípulos «fieles» trataban de enaltecer los radicalismos de la primerísima etapa doctrinal de éste para insertarlos dentro del campo de los irresponsables y tardíos radicalismos de quienes, no obstante la evolución ideológica y realista de este tiempo, trataban de situarse dentro del autoritarismo violento que tuvo su más alta expresión en Hitler y Stalin a nivel europeo y en Perón y Castro a escala latinoamericana. El examen de esa contradicción interna, que a veces trató de ser utilizada para el provecho material de personas y de grupos, me ha preocupado enormemente.

Creo que tengo el derecho a proclamarme un hombre leal a los principios apristas, así como un hombre responsable y alejado de todo extremismo oratorio o efectista en provecho propio. He servido con lealtad y tal vez tenga tiempo para seguir sirviendo así a mi partido. La idea fundamental por la que me afilié al APRA hace 63 años fue acabar con la pobreza mental y real del Perú y reducir la soberbia antinacional de un grupo de disfrutadores de los bienes que nos tocan a todos. En eso no cedí nunca ni cederé, aunque por no gritar en vez de hablar haya quienes me llamen derechista, o por no ceder a los ofrecimientos de los ricos otros me titulen de izquierdista. Hago y he hecho caso omiso de todo calificativo; lo que importa es la acción permanente, el servicio sin clamores y efectivo: todo lo demás sobra.

Por eso intento en estas páginas reintegrar conceptualmente el proceso de la vida y de la obra de Víctor Raúl, que se confunden con la historia del APRA y hasta con el drama peruano desde hace 61 años. He tratado de reducir a fórmulas más o menos precisas las diferentes etapas del pensamiento y de la acción de Haya y, por consiguiente, del APRA y del auténtico y sufrido pueblo del Perú. Sé que es mucho prometer, pero ¿acaso al cabo de una vida larga y de entrega, no tenemos el derecho de pensar que podemos ocuparnos con autoridad de estos temas?

Quizás sorprenda al lector que este libro, redactado en primera persona del singular y a base de mis recuerdos, lleve la firma de dos autores. Hugo Vallenas, gran conocedor de la vida de Haya de la Torre y de mis libros, con quien estoy preparando una reflexión sobre mis experiencias literarias, me animó a retomar la corrección de la primera versión que hice de estas páginas, tarea que había dejado inconclusa por mis limitaciones físicas para comprobar datos y testimonios. En esta segunda ocasión, además del respaldo bibliográfico y las sugerencias de la profesora Marlene Polo Miranda, he contado con un colaborador diligente, exigente y hasta replicante. Aunque la materia prima esencial y el sentido político siguen siendo de mi responsabilidad, el intenso trabajo realizado, sorteando con dificultad los obstáculos puestos por mi precaria salud me impide firmar el libro solo.

Sin duda el aspecto más delicado de la preparación de estas páginas ha sido el examen de la vida práctica del aprismo en estos últimos años caracterizados por la ausencia de Víctor Raúl. Estoy seguro que la experiencia del, hasta ahora, único gobierno aprista encierra muchas paradojas y, sobre todo, lecciones útiles para todos, apristas o no apristas. En verdad, si el objeto fundamental de la formación y subsistencia de un partido político o de un movimiento concertado de opiniones políticas es únicamente ganar el poder, corremos el riesgo de tender a subjetivizar los fines y los medios. La obsesión del poder convierte en meras palabras los más preciados ideales y, sobre todo, subjetiviza la experiencia política común.

Llegamos a un punto en el cual la experiencia sólo vale cuando sus reflejos están de acuerdo con nuestras apetencias y ambiciones. Si la experiencia contraría nuestros deseos, tiene validez para los

otros, no para nosotros mismos. A veces no llegamos a percibir cuándo se ha caído en ese error. Pascal escribía que el corazón tiene razones que la razón no comprende. Me atrevería a decir, parodiando la frase pascaliana, que la voluntad acepta la experiencia, sólo cuando está de acuerdo con aquélla. Mi primera reacción para decirlo es muy simple: en 1985 fui electo candidato a la primera vicepresidencia de la República, a los 84 años de edad, mientras el candidato a la presidencia tenía 36. El expresidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez sentenció entonces: es la mejor combinación para que el vino añejo refuerce al nuevo. Lamentable error: el vino joven no cambió con el añejo y hasta quiso transmitirle su sabor y su color, error imperdonable.

Los jóvenes, suelen creer que el mundo es suyo y pueden cambiarlo a voluntad. En la medida en que van adquiriendo razón se dan cuenta de que la carga es demasiado pesada para las fuerzas de su generación y entonces, sólo entonces –basados en su creciente experiencia y no en la ajena– recapacitan, se dominan y luego se enmiendan.

De allí la relativa utilidad práctica de la historia. Todos deberíamos extraer de ella una misma lección pero en los hechos cada quien tiene la suya y la aplica sesgadamente, sea en forma colectiva o individual, para satisfacer sus convicciones, gustos y experiencias. Durante gran parte de mi vida me consagré a la historia. Al fin y al cabo, si alguna lección he obtenido es la inconformidad con sus aparentes verdades: esos apriorismos donde la historia parece ser una línea directriz simple, plena, objetiva. Grises son los esquemas intelectuales mientras el árbol de la vida es siempre verde.

Un día, en Montevideo, le pregunté a Arnold Toynbee: ¿Cree usted realmente que la historia es una ciencia, es decir un instrumento para el conocimiento objetivo? El gran historiador sonrió y respondió: «Algunas veces lo es y otras no». Luego hizo un gesto de rectificación y precisó con gravedad: «Rara vez se encuentra la objetividad de la historia y, por tanto, dudo de la aparición de la llamada experiencia». Lo que sigue retrata con esa misma limitación toynbeana mis parvas orales, mis humildes preocupaciones y mis desdeñables desencantos, con el vano deseo de la objetividad y la verdad.

I

Conozco a Alan García

Entre febrero y marzo de 1973, cuando la dictadura del general Velasco llegaba a su clímax, la naturaleza se vengaba causándole una grave dolencia. Recibí en esos días una invitación del Instituto de Cultura Hispánica para dar unas conferencias en Madrid. El viaje se hizo efectivo recién en setiembre, casi coincidiendo con los trágicos días del fin de Salvador Allende y la democracia chilena. Era embajador de España en Lima don Pedro Salvador, hombre campechano y agudo, hasta hacía poco director del Instituto de Cultura Hispánica. Su sucesor al frente de dicho instituto era Juan Ignacio Tena. Presidía esa misma institución el duque de Cádiz, o sea el hijo mayor de don Jaime de Borbón, el segundo hijo del rey Alfonso XIII. Recordemos que don Jaime, si no hubiera sido por su sordomudez congénita, habría heredado el trono a la muerte de su hermano mayor, el príncipe de Asturias.

Yo había estado en España dos veces, aunque fugazmente, a comienzos de 1956 y de 1957. Sin embargo, había hecho muchas amistades con intelectuales como el ilustre escritor y filólogo Dámaso Alonso y el gran poeta Jorge Guillén a quien tuve de huésped en Lima el año de 1946 o 47, siendo yo rector de la Universidad de San Marcos. En esas dos ocasiones encontré trabajando como director del Instituto de Cultura Hispánica a otro conocido mío: José María Souviron, poeta malagueño con quien compartí varios años de labor en la Editorial Ercilla de Santiago de Chile. Souviron fue miembro principal de un cuerpo de redactores que yo encabecé y que incluía buenos escritores chilenos como Hernán del Solar y Juan Pajarito, más conocido como Jacobo Danke. Antes de esos dos primeros y breves viajes a España ya habían sido editados por la Editorial Gredos de Madrid los nueve volúmenes de mis *Escrito-*

res representativos de América y mi *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana,* publicado en 1953.

Durante esta nueva visita a Madrid mi esposa y yo nos alojamos en un hotel modesto, el Núñez de Balboa, no muy lejos del departamento que ocupaban Javier Valle Riestra y su esposa Teresa Pardo Vargas, obligados a vivir fuera del Perú por la dictadura de Velasco. También residía en Madrid un joven amigo y compañero de partido, Carlos Roca Cáceres, quien me presentó a un amigo suyo, que disfrutaba de una beca en Madrid y otra en París; la primera, en el estudio jurídico de Antonio Fraga, connotado partidario del generalísimo Franco, y la de París, con mi antiguo amigo y conocido sociólogo Francois Bourricaud, a quien habíamos atendido en Lima desde la rectoría de San Marcos a propósito de la publicación de un interesante libro suyo sobre el Perú.

Yo no conocía o había tratado muy poco a este joven becario, Alan García Pérez. El tenía entonces 24 años, y yo 72. Me habían hablado de él como de un estudiante inquieto y muy lector, de la Universidad Católica, aunque obtuvo su grado de abogado en la Universidad de San Marcos. Conocía sí, y mucho, a su padre, Carlos García Ronceros, hombre tranquilo, atento y sufrido, quien había pasado varios años preso por ser aprista. Carlos estaba en la cárcel cuando nació su hijo Alan.

Yo no sabía más pormenores de este muchachón de casi dos metros de estatura, puesto que los años de 1963 al 69 fueron para mí de intensa actividad política y universitaria. Fui por segunda vez rector de San Marcos en 1961, y renuncié al cargo dos años después al ser elegido senador de la República. Me volvieron a elegir rector en 1966 y siéndolo, a la par que senador, tuve que encarar el estallido de nuestra acriollada versión de la Revolución Cultural china, es decir, el maoísmo universitario, origen del grupo terrorista Sendero Luminoso. Luego vino el golpe de mano del general Velasco Alvarado que echó por tierra la democracia peruana y sembró la confusión social con sus presuntas buenas intenciones y su pésima o ninguna preparación para llevarlas a cabo. El joven Alan salió del país con su beca en los comienzos del régimen velasquista; no tuvo oportunidad de experimentar las molestias de aquellos apristas que, junto con Haya de la Torre, no se rindieron ante las afrentas

y embates del vocinglero y atrabiliario «nacionalismo revolucionario» del dictador.

Durante 25 días anduvimos juntos el gigantesco Alan, el alegre Roca y yo. De regreso de Sevilla lo volví a encontrar en vísperas de iniciar mis conferencias en el Instituto de Cultura Hispánica. Me ayudó con una receta especial, una botella de jerez Tío Pepe, para conjurar una inoportuna bronquitis que felizmente no impidió mis conferencias. Tuve ocasión entonces, en compañía de Valle Riestra, de ponerlo en contacto con el grupo de autodesterrados acciopopulistas, entre ellos Manuel Ulloa, Carlos Velarde Cabello, José María de la Jara y Ureta y Guillermo Hoyos Osores. Alan, a su turno, me puso en contacto con el profesor Antonio Lago, compañero de Fraga y hombre muy docto en cuestiones latinoamericanas y hasta lector de algunos de mis libros, editor de una antología de Haya de la Torre en 1988.

La impresión que me dio Alan García entonces fue la de un joven muy curioso y buen lector. Parecía gustarle preguntar y escuchar sin hacer comentarios. Él y Roca me dijeron algo que me hizo poner caviloso: «Es una suerte encontrarnos aquí, pues en Lima como que no nos dejaban acercarnos a usted». Yo concluí mentalmente aquella frase: «¿quién les impedía acercarse a mí?», evidentemente no era en la universidad, ni en el Congreso en donde recibía a todo el que se presentaba, no era tampoco en mi casa, donde nunca fueron. ¿Sería en el partido?... La figura acogedora pero celosa de Víctor Raúl se me presentó como una respuesta: tal vez un invento mío. El hecho es que anduvimos por todo Madrid, en librerías, en la Plaza Mayor, en el Museo del Prado, en la Puerta del Sol, en la Puerta de Hierro y hasta fuimos a Toledo conversando, conversando, conversando y siempre sobre el mismo tema: el APRA y el Perú.

Menos de dos años después, en abril de 1975, recibí una invitación para asistir a un Congreso de Literatura Iberoamericana en Madrid. Su sede sería un nuevo hotel llamado Cuzco, situado en la Avenida del Generalísimo. Eran los días en que Franco daba la impresión de agonizante y el conde de Barcelona, o sea el actual rey Juan Carlos, surgía como su inevitable sucesor. El conde de Barcelona era hijo de don Juan, el tercer vástago del rey Alfonso XIII. Don Juan había sustituido a don Jaime en la escala de la herencia

monárquica y su hijo, el conde de Barcelona, había reemplazado en consecuencia a su primo hermano, el duque de Cádiz. Esa vez ya no estaba Roca en Madrid y Alan García viajó de París a España para reunirse conmigo. Fue un gesto muy cordial pues lo hizo con el único fin de acompañarnos los casi treinta días que permanecimos los Sánchez en la capital de España, añadiendo una escapada al grao de Valencia con el objeto de visitar a Felipe Cossío del Pomar.

Alan parecía más lector que antes y bastante más preocupado de las cosas del Perú que de la filosofía de Sartre, Marcuse, Althusser y sus discípulos de la ribera izquierda del Sena, en cuyos cafés a menudo un puñado de jóvenes de diversas nacionalidades gritaba, cantaba y bebía en homenaje a la libertad y la justicia social que ellos daban por cercana aunque faltaba mucho para realizarla.

En esa oportunidad casi no nos separamos de García ni de Valle Riestra. Juntos fuimos en auto, siete horas de camino, en busca de Felipe Cossío y allí pasamos la reposada Semana Santa española. Felipe, en sus 87, desafiaba a Estrella, su esposa, bastante menor que él, a caminar sobre la arena del grao valenciano y a bajar y subir varias veces al día del tercer piso que ocupaban frente al mar.

Alan, Valle Riestra y su esposa Teresa y los Sánchez almorzamos y cenamos diariamente con Felipe y Estrella hasta que, despuntando el Sábado de Gloria, Valle Riestra nos metió a su auto e, imitando los gestos y tonos de lejanos amigos peruleros, volvimos a hacer las siete horas de regreso a Madrid. Alan y Valle Riestra tenían predilección por imitar los discursos de Haya, de Prialé y naturalmente los míos; estos últimos no los imitaban muy bien, pues optaban por una voz nasal que no es exactamente la mía. Fue en ese viaje de regreso cuando ofrecí un almuerzo al novelista mexicano Agustín Yáñez, en un restaurante peruano cerca de la Puerta del Sol, en donde lamentablemente me birlaron mi paletó, es decir, mi gabardina y la correspondiente dotación de bufanda y guantes. Alan no tenía abrigo que brindarme y habría sido inútil porque hubiera ido barriendo las calles con los faldones del abrigo y en cuanto al de Valle Riestra, se lo tuve que devolver porque también me resultaba bastante largo.

En esa oportunidad, García fue más explícito en sus preguntas sobre Haya y el APRA, lo recuerdo muy bien. Yo le había hablado

mucho desde 1973 sobre el deber de los jóvenes de luchar en el Perú. Todavía no había sido derrocado Velasco. Ya de regreso en Lima, encontré en la Casa del Pueblo, el local central del partido, a Carlos García Ronceros, quien me presentó a Nita Pérez, su esposa y madre de Alan. Insistí, como lo venía haciendo durante un año, que Alan debía volver y que estábamos desperdiciando absurdamente un joven y prometedor dirigente. Yo no sabía entonces que cantaba y tocaba guitarra en algunos cafés. Lo tenía por gran lector, atento escuchante y de poca labia: ¡errores que uno suele cometer!

Cruzamos alguna correspondencia, que conservo, instándolo reiteradamente a regresar al Perú. Valle Riestra, a quien García frecuentaba en Madrid, coincidía con mi opinión. Por fin, una mañana se me presentó, alto y deportivo, en mi estudio de la calle Moquegua de Lima. Me parece que fue a mediados de 1976 pues, si no me equivoco, poco después se produjo el principio del fin de Víctor Raúl: un infarto cardiaco que inútilmente ocultó como si fuera un pecado.

II

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES

Hacia la segunda mitad de 1968, antes de la aparición del dictador, nadie discutía que la candidatura presidencial de Haya de la Torre era invencible, no sólo por la fuerza y unidad de su partido y el prestigio de su personalidad sino porque todos los partidos dignos de mención se habían desintegrado.

Recordemos: Acción Popular, el partido del presidente Belaunde, atravesaba una tremenda crisis; el primer vicepresidente, Edgardo Seoane, se había declarado en contra de quien era ideólogo y fundador del partido a la vez que presidente de la República. Los seoanistas provocaron incidentes callejeros y finalmente dividieron el partido. De este modo, lo que era una agrupación partidaria fuertemente afectada por el peso del desgaste gubernamental se convirtió en dos facciones aún más débiles por separado. Para colmo, los seoanistas mostraban indicios de una nueva división por la proclividad de algunos líderes a deslizarse hacia la órbita de los grupos comunistas o comunizantes, entonces en el clímax de sus dilemas apendicales: promoscovitas, prochinos, titistas, procubanos, etc.

A su turno, la Democracia Cristiana, cuyo líder era Héctor Cornejo Chávez, había sufrido otra división y muy profunda. Una facción, con los líderes más prestigiosos, había constituido el Partido Popular Cristiano; allí estaban Mario Polar, Roberto Ramírez del Villar, Ernesto Alayza y, como jefe de todos, Luis Bedoya Reyes. La división era de tal magnitud que dejaba a los cornejistas prácticamente fuera del juego político; mientras tanto, el PPC carecía de la fuerza necesaria para disputar candidaturas a escala nacional.

Para no ser menos, la Unión Nacional Odriísta también tenía problemas. Don Manuel A. Odría, exdictador convertido en influyente líder político, cercano rival del PAP y el belaundismo, vio mer-

mada su autoridad en un partido cuyo principal fundamento era obedecerle. Con motivo de la elección del presidente del Senado, mientras el fundador y líder indiscutible del partido era favorable al senador Rafael Puga, el grueso de los senadores odriístas apoyaba al senador Julio de la Piedra. Esto repercutió en la Cámara de Diputados. Allí, por no haber acuerdo posible entre ellos, los odriístas resolvieron secundar al aprista Andrés Townsend.

Los dados estaban echados: el APRA en ese momento tenía la presidencia de ambas cámaras, una unidad férrea y un sólido arraigo popular. Para evitar desvíos y antojos electoreros me adelanté, en setiembre de ese año, a lanzar por televisión la candidatura de Haya de la Torre. El periodo electoral debía iniciarse hacia el 10 de octubre. El tercer día de ese mes, en la madrugada, un grupo de coroneles, obedeciendo las órdenes del general Velasco Alvarado, entonces comandante en jefe del Ejército, asaltó Palacio, apresó al presidente Belaunde, lo llevó cautivo en un tanque de guerra y lo obligó a salir rumbo a Buenos Aires en un avión fletado trabajosamente para ese efecto.

El autoproclamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, formado apresuradamente por Velasco y otros generales involucrados en la conjura, dictó el mismo 3 de octubre la disolución del Congreso de la República, la suspensión de las garantías individuales y la sujeción de la Constitución a las disposiciones del llamado Estatuto Revolucionario, dictado también por los militares ese día. Comenzaba una larga noche de doce años. Haya de la Torre estaba ausente, en Italia.

El 9 de enero de 1969, encontrándome en Nueva York, me pareció indispensable enviar a Víctor Raúl un cable y una carta, haciéndole presente que su regreso al Perú era impostergable, pero no por algunas semanas sino para asumir a plenitud la jefatura del aprismo haciendo frente a la dictadura. Días después, en Lima, mientras discutíamos la situación política en el local central del partido, Fernando León de Vivero, Armando Villanueva, Ramiro Prialé y yo, leímos en un diario de la tarde que, cumpliendo instrucciones del Comité Ejecutivo del PAP, Haya de la Torre había resuelto regresar al Perú permanentemente. Estuvo entre nosotros, en efecto, pocas semanas después.

No fue un regreso afortunado. De inmediato tuvo que encarar las inconsecuencias y violencias del gobierno de Velasco. El viernes 21 de febrero de 1969, frente a la Casa del Pueblo, realizamos una exitosa conmemoración del Día de la Fraternidad, entusiasta y multitudinaria, como un reto a la dictadura. Después de las doce de la noche, cumpliendo 74 años de edad, Víctor Raúl pronunció un discurso severo, urgiendo el retorno a la constitucionalidad y a la plena democracia. El clamor de «¡Queremos elecciones!» llenó las calles del centro de Lima esa noche. Haya subrayó que el aprismo nunca podría aceptar dictadura alguna, por izquierdizante que ésta pretendiera ser y alertó contra el antiimperialismo demagógico y contra la inclinación hacia el otro imperialismo, el soviético, presente en la política de la dictadura velasquista.

El mensaje de Haya era clarísimo: «No queremos que el antiimperialismo sea un pretexto para demagogias de recurso. [...]. Nosotros mantenemos, pues, el principio de nuestra lucha y nuestra resistencia es contra todos los imperialismos», tal como se reproduce en la valiosa recopilación de discursos *Haya de la Torre: fraternidad con todos los peruanos* (Editorial Pachacútec, 1991). En 1969 ya era evidente que el general Velasco pretendía esquivarnos revistiendo de terminología aprista sus medidas más estruendosas, confundiendo por ejemplo la nacionalización progresiva del *programa máximo* aprista con una estatización general, inmediata e irracional, sin fondos para sostenerla y sin tecnología apropiada para desarrollarla.

En la conmemoración del 22 de febrero de 1975 surgieron nuevas dificultades. Lima vivía en estado de sitio a consecuencia del motín policial del 5 de febrero. Haya insistía en su prédica y en su resistencia. En 1973 ya había sido agredido indirectamente al ser apresado y desterrado su secretario personal Jorge Idiáquez. Ese año, el mismo día de la conmemoración aprista, el general Velasco sufrió la primera embestida del mal que lo llevaría a la tumba. Haya de la Torre, antes del mitin en el cual también iba a hablar yo, me pidió que no atacara al enfermo: gesto de grandeza como todos los suyos. En efecto, ninguno de los dos lo atacamos, aunque no faltaban motivos. Vivíamos el apogeo de la ofensiva expropiatoria, que en julio del año siguiente llegó a su límite con el allanamien-

to y expropiación de los diarios de circulación nacional. *El Comercio, La Prensa, La Crónica, Última Hora, Correo, Ojo,* todos los diarios sin excepción cayeron bajo el manotazo de la dictadura seudoizquierdista; habían fenecido los últimos reverberos de libertad de opinión y expresión. Ningún aprista podía estar de acuerdo con ello, excepto los desvaídos y los comprados.

Además la dictadura había inaugurado en junio de 1971 el SINAMOS, organismo confuso de control sindical y manipulación política que pretendía reemplazar por la vía burocrática el ideal del frente único policlasista del APRA. Un aprista excomulgado se hizo cargo de ello: Carlos Delgado Olivera, quien había sido secretario de Haya en su juventud. A esa institución ingresaron algunos apristas apresurados o despechados, algunos con apellidos ilustres en la historia del APRA. No eran más que aventureros, oportunistas, traidores a su ideario y a su fe.

Haya de la Torre se dio cuenta del peligro del acoso propagandístico y corruptor del aparato de propaganda velasquista sobre los flancos débiles del partido. Desde el SINAMOS la dictadura castrense destinaba ingentes recursos para obstaculizar la vida política y sindical y para disfrazarse con banderas ajenas con el único fin de ocultar su despotismo y su propia orfandad ideológica. Haya no subestimó en lo más mínimo los efectos de esta mistificación doctrinaria. Puso en el centro de sus esfuerzos la reafirmación doctrinal del aprismo y se enfrentó cauta pero resueltamente a Velasco.

La enfermedad del dictador hizo nuevamente crisis en 1974 y mucho más aún en 1975. La incoherencia del régimen se acentuó y los efectos económicos y sociales del fallido proyecto estatista empezaron a manifestarse: déficit presupuestal, problemas de abastecimientos, huelgas, etc. No obstante la cohesión política y la disciplina de los apristas, la conducción de la línea partidaria era una labor de gran tensión y exigencia día tras día. El propósito del gobierno militar fue incitar una y otra vez al aprismo a caer en una política opositora irresponsable, que hiciera del partido un blanco fácil del colosal aparato represivo puesto en marcha. El agotamiento de la dictadura acentuaba este peligro y ponía a prueba el temple de los dirigentes y la unidad de los dirigidos. Estas vicisitudes minaban

la salud de Víctor Raúl: un hombre de más de ochenta años que durante toda su vida no hizo otra cosa que luchar.

Fue gracias a la prudente y a la vez firme política antidictatorial personalmente conducida por Haya que la nueva generación aprista tuvo la fortuna de tomar la resistencia a Velasco como un ejercicio opositor de escaso riesgo. Como jefe del aprismo Víctor Raúl no dejó espacio libre a la dictadura que le permitiera justificar una persecución política tan dura como la aplicada por Sánchez Cerro o Benavides. Las anteriores generaciones apristas habían sacrificado vidas, fortuna personal, éxito profesional y seguridad en aras de sus ideas. Aquélla a la que pertenecía Alan García Pérez no había tenido mayor ocasión de luchar salvo en algaradas estudiantiles. Lamentablemente no prestaron mucha atención a las lecciones del pasado. De ahí que muchos de sus miembros, becarios o autodesterrados en Europa y América Latina, confundieran el deporte con la política. No tuvieron oportunidad de sentir el místico anhelo de sus mayores sobreponiéndose al martirio y la persecución y pensando en su país como un ente religioso al que se brinda con gozo cuanto ofrece la existencia.

Fue en 1976 cuando Haya de la Torre, cotidiano concurrente nocturno a su partido en el local central de la avenida Alfonso Ugarte, sufrió el primer colapso público e inocultable: una noche, en la oficina de la jefatura, se sintió desfallecer. Hubo de ser trasladado prácticamente en vilo a su automóvil y de allí a su casa en Villa Mercedes, en el kilómetro 11 de la carretera Central. El médico diagnosticó enseguida infarto cardiaco... Haya de la Torre fue condenado a permanecer en cama varias semanas aunque él interpretó la orden médica como un permiso para agitarse a voluntad en un lecho que debía ser de una paz absoluta. En verdad, muchas preocupaciones le hurtaban el sosiego. Urgía reorganizar el partido: todo indicaba que habría dura lucha a poco tardar. Sabía que correspondía al aprismo, la agrupación política más importante del país y la única que mantenía intactas sus fuerzas frente a la dictadura, proponer y seguramente protagonizar un proceso ordenado de restitución de la constitucionalidad.

Entre los visitantes más íntimos asiduos a Villa Mercedes se incluyeron entonces Alan García y Carlos Roca, mis jóvenes compa-

ñeros de Europa. Ocho o nueve años antes habían sido contertulios entusiastas en los domingos juveniles de Villa Mercedes. Desde su regreso en 1969 Haya había restablecido esta costumbre en su casa. Cada semana los habitantes de ese lugar, con Haya a la cabeza, alistaban viandas, emparedados, bebidas gaseosas y chicha morada para agasajar a las decenas de jóvenes y adolescentes que, a partir de las cuatro de la tarde, llenaban el lugar. Haya de la Torre, paciente y fervorosamente, discutía con ellos, absolvía sus preguntas y los acompañaba en sus cantos. Había allí guitarristas, flautistas y cantores, entre estos últimos García y Roca, junto con algún otro coetáneo suyo que tampoco se consideraba demasiado mayor respecto al resto. Alan era uno de los más destacados. Entonaba viejas canciones anarquistas y, desde luego, la *Marsellesa* aprista. Roca les enseñaba la letra en italiano de la *canzonetta* anarquista *Bandiera Rossa*. Haya, con su voz ronca, modulaba canciones inglesas y alemanas. Todos salían de allí al empezar la noche animosos, optimistas y deseosos de volver. Pero Haya tenía que viajar. Primero a Caracas, donde lo esperaba la hermosa condecoración de la Orden Francisco de Miranda; luego a ver a sus antiguos médicos de Alemania y, finalmente, una visita a los Estados Unidos para fortalecer su salud.

En Venezuela tuvo una recepción de rey y volvió a encontrarse con Rómulo Betancourt, el creador de Acción Democrática y, en realidad, forjador de la nueva democracia venezolana. Carlos Andrés Pérez, ya en el tercer año de su primer gobierno, lo recibió con espléndidos honores. Pero la vida es como es: traidora, desengañada y tortuosa. Los médicos descubrieron una mancha en uno de los pulmones de Haya de la Torre. Sin duda se trataba de una huella de aquel viejo mal que le asaltó en Rusia el año de 1924 y que lo obligó a permanecer algunos meses restableciéndose en Suiza. A pesar de aquel aviso fatídico Haya sobreestimó sus posibilidades. Muy a su pesar, al año siguiente, ya en plena actividad política, tuvo que suprimir las subidas al segundo piso del local partidario y hubo que trasladar la jefatura al primero. No se dieron informes más detallados sobre el mal que Víctor Raúl y sus más íntimos empezaban a detectar. Como queriendo curarse con el trabajo, Haya se entregó a la reorganización del partido y a buscar una salida política ordenada y pacífica a la grave crisis del Perú.

III

La lejana «rive gauche» del Sena

Para entender mejor lo que ocurría en la escena política peruana durante la etapa final del velascato conviene recordar ciertos hechos, ninguno de ellos favorable al APRA ni a Haya de la Torre.

El Perú era durante la década del sesenta el primer país en materia de pesca y comercialización de la pesca. Aunque en camino a convertirse en transportista, Luis Banchero Rossi empuñaba la bandera de los empresarios pesqueros. Era un hombre de cuarentaitantos años, alto, fuerte, enérgico y de buen humor. Además de ser empresario pesquero había fundado una cadena de diarios, todos llamados *El Correo,* en diversas ciudades de la república: Lima, Arequipa, Huancayo, Tacna, etc. Director de *El Correo* de Lima era Mario Castro Arenas quien después pasaría a ser director de *La Prensa.*

Banchero era amigo de Víctor Raúl al cual visitaba en Villa Mercedes. A su vez eran amigos de Banchero dos políticos, el aprista Armando Villanueva, y el popularcristiano Roberto Ramírez del Villar. Tuve ocasión de viajar con Banchero viniendo él de Italia y yo de Caracas. También nos tratamos con cierta frecuencia al coincidir más de una vez en el restaurante Giannino, muy cerca del Hotel Crillón. Se dijo entonces con insistencia en los mentideros políticos que Banchero tenía la intención de intervenir contra la dictadura de Velasco. De ser esto cierto su notoriedad y su ascendiente en el medio empresarial podían oponer un duro escollo al velasquismo. El hecho es que el 1 de enero de 1972 apareció asesinado en su casa de campo cerca de Chaclacayo. No nos referiremos al proceso judicial que, al parecer, no llegó a buen término. Coincidentemente, el Perú dejó de ser la primera potencia pesquera: otro hecho incontrovertible.

Fue también en 1972 que el velascato opuso muchas dificultades a la realización del tradicional mitin aprista de febrero. Se los pudo vencer y la asamblea tuvo como escenario el Campo de Marte. Esa noche, al dirigirme al inmenso público que aguardaba la palabra de Haya de la Torre, dije que yo hablaba allí por un deber cívico imperioso, y que ya nada tenía que esperar de la política. Mirando a Víctor Raúl, que sonreía, le pregunté en voz alta, audible para todos: «Nada te pido y nada me puedes dar ya; ¿qué voy a esperar sino libertad y justicia?». Haya asentía de buen humor.

En el Día de la Fraternidad del año anterior Haya había convocado a un «frente unido de la civilidad» por el pleno restablecimiento de las libertades constitucionales. Esta vez llamó explícitamente a «una Constituyente elegida por el libre voto popular» y rechazó con sorna las insinuaciones de la prensa gobiernista sobre el «desinfle» del aprismo. «¡Que no se desinfla! ¡El APRA nunca muere!», coreaba la multitud. Lo que en verdad se «desinflaba» era el triunfalismo dictatorial.

Para entonces, las nacionalizaciones inconsultas y las diversas arbitrariedades en relación con los ascensos y la participación de cada sector de las Fuerzas Armadas en la conducción del Estado, habían provocado serias asperezas entre el dictador y la Marina. El APRA mantuvo la serenidad sin cejar en su pedido de retorno a la constitucionalidad. No se prestó atención a los cantos de sirena de algunos elementos tránsfugas adheridos a la supuesta «revolución filoaprista» de Velasco, que reclamaban a Haya y al partido comprometerse con la dictadura para «hacerla avanzar desde adentro». Sólo podía perdonarse el provelasquismo en aquellos que por razones personales lógicas estaban vinculados a él y no utilizaban su posición de influencia para atacarnos. Tal era el caso de los familiares de la esposa de Velasco, hija de un prestigioso abogado aprista, Carlos Gonzales Posada, siempre presente en las lides políticas del partido.

El 3 de febrero de 1975 tuvo lugar una huelga de la policía de Lima Metropolitana que fue ganando impulso hasta tomar la forma de un verdadero motín el día 5. Entretanto la ciudad quedó totalmente desguarnecida sin que el gobierno atinase a tomar ninguna previsión. Se impuso tardíamente el día 5 el estado de sitio luego

que, desde las primeras horas de la mañana hasta las cinco o seis de la tarde, imperaron el desorden y hasta el pánico en las calles, con turbas cometiendo infinidad de desmanes. ¿Cuántos policías perecieron en el violento sofocamiento de la rebelión en el cuartel de la Radiopatrulla en La Victoria? Los tanques del Ejército entraron a ese cuartel vomitando metralla y atacaron en varios puntos de la ciudad a transeúntes azuzados por delincuentes para el saqueo y el vandalismo contra tiendas y lugares públicos. Los muertos fueron enterrados en secreto. Los asesores civiles y ciertos políticos aupados al gobierno militar reclamaron que se culpe y se sancione al aprismo por estos incidentes, cuya causa real no era otra que la aguda crisis interna de la dictadura.

Pese a la intensa campaña antiaprista en los medios de prensa, todos controlados por el gobierno militar, Velasco no se atrevió a tomar medidas concretas contra el APRA, aunque esgrimió una y otra vez amenazas. Sólo se señaló y se apresó selectivamente a algunos militantes jóvenes, cuya participación no estuvo fehacientemente probada o era en todo caso insignificante y circunstancial. Sin embargo, fueron días tensos. Se respiraba en el ambiente una especie de cuenta regresiva contra el aprismo y contra toda expresión de protesta. El 17 de febrero, en un tardío discurso, Velasco colgó de nuevo su espada de Damocles sobre el PAP: «Dentro de este panorama, surgen implicados políticamente dirigentes del Partido Aprista en la medida en que muchos de los cabecillas e individuos directamente comprometidos en los desmanes pertenecen a sus filas», fueron sus amenazantes palabras, destacadas en todos los diarios. Dicha «implicación política» sólo podía significar que el partido había incitado u organizado alguno de los graves desmanes ocurridos, pero nada pudo presentar la dictadura en favor de sus sospechas.

Enseguida, culminando el ambicioso y desordenado proceso de estatizaciones que fue el símbolo de su gobierno, Velasco declaró expropiadas las minas de Toquepala, que explotaba la Southern Peru Copper Corporation. No reparó en la resonancia internacional de ese acto, ni tomó en cuenta que para comercializar el mineral y para exportarlo existían compañías asociadas, especializadas y exclusivas que se negarían –y de hecho se negaron– a colaborar con los

expropiadores de su filial minera. El desastre económico y político era evidente.

La creciente deuda externa, la falta de capitales para poner en marcha el colosal sistema de empresas públicas, sumándose a aquello que los economistas llaman «embalse de precios» –y que la dictadura llamaba «control de la inflación»– anunciaban una aguda crisis.

Desde febrero de 1975 desempeñaba el cargo de primer ministro y ministro de Guerra el general Francisco Morales Bermúdez, anteriormente ministro de Belaunde y uno de los protagonistas del golpe de octubre de 1968. Ese año Bolivia celebraba a comienzos de agosto el sesquicentenario de su creación. Para todos los efectos protocolares el general Morales Bermúdez visitó La Paz en representación del general Velasco. Luego estuvo en Arequipa y días después en Tacna, para los actos celebratorios del 28 de agosto, fecha del aniversario de su reincorporación al Perú. Durante la noche entre los días 28 y 29 de agosto, el general Morales Bermúdez ató cabos rápidamente con la alta oficialidad descontenta y derrocó telegráficamente y sin derramamiento de sangre –apenas si de tinta– a su colega el general Velasco.

El país no pudo salir de su sorpresa al conocer la noticia, ya que acompañaba a Morales Bermúdez en su atrevida empresa la gran mayoría de los altos oficiales considerados leales a Velasco. Por la adhesión a esta pretendida 'Segunda Fase de la Revolución' de los generales más comunizantes como Leonidas Rodríguez y Jorge Fernández Maldonado, muchos se engañaron suponiendo que se acentuaría el curso estatista y prosoviético iniciado por Velasco. Nuevamente surgieron las exigencias de una línea dura en el aprismo. Estoicamente, Haya de la Torre afrontó esta marcha de los acontecimientos fiel a su conocida estatura de líder contrario a las improvisaciones y a la precipitación.

Desde lejos, muchos creyeron que con la caída de Velasco se había cerrado una etapa de impulso audaz hacia el progreso social peruano. En una conversación que sostuvimos en Madrid dos años antes y a la que asistieron Valle Riestra, García Pérez y Roca Cáceres, Juan Ignacio Tena creyó necesario dejar constancia de su apreciación optimista del proceso velasquista. La propaganda comunis-

ta europea era tan favorable a Velasco que Tena sostuvo que se trataba de un gobierno progresista e insinuó que el APRA se ubicaba en el campo reaccionario. Dos años después, ya con un conocimiento directo de la situación peruana, Tena me decía: «Don Luis Alberto, la noche de esa comida en la Plaza Mayor de Madrid, yo estaba totalmente despistado; usted tenía razón». Alan García, quien fue testigo silencioso del entredicho, lo recordaba también.

Conducir el aprismo en esa tensa etapa implicaba para un hombre de 80 años de una vida muy activa y de una vehemencia torrencial como era Haya de la Torre, mucha merma en su capacidad vital. Su dedicación al partido, siendo excesiva para sus años, era al mismo tiempo indispensable para resolver con éxito las dudas y los problemas. Por eso, cuando en 1976 sufrió el silencioso infarto del que hemos hablado, quienes lo conocimos bien tuvimos la sensación de que había empezado su agonía y, junto con ella, una etapa muy difícil y delicada para el APRA. Es entonces cuando se reincorporó al Perú y al partido, Alan García Pérez.

Según me ha contado el propio Alan, él vio de cerca por primera vez a Haya de la Torre en 1965. Tenía sólo 16 años y fue un asiduo asistente a los coloquios juveniles de Víctor Raúl, semana a semana. El Viejo lo distinguía. Alan era un muchachote de un metro noventa de estatura, delgado, de ojos inteligentes y de gran concentración. Sólo en 1969 trató personalmente a Haya de la Torre. El joven catecúmeno cumplía los 20 años y era un alumno inquieto en la Universidad Católica.

Al saber Víctor Raúl que Alan era hijo del sereno y perseverante Carlos García Ronceros lo adscribió a su séquito de inmediato. Durante tres años, de 1969 a 1972, Alan estuvo frecuentemente cerca de Víctor Raúl. Para llegar a Villa Mercedes a menudo hacía el recorrido en bicicleta: una distancia de diez kilómetros era un buen ejercicio para tan largas piernas. Haya cautivaba a sus jóvenes discípulos. Los instaba a ser audaces, lectores y austeros. La beca europea de Alan interrumpió aquel trato.

Cuando en 1973 lo conocí en Madrid tenía ya un año de residencia europea y Carlos Roca Cáceres, más europeizado todavía, era alumno en la Universidad de Roma. A semejanza de los «jóvenes turcos», los «jóvenes japoneses» y los «jóvenes indostanos»

de otros momentos de la historia contemporánea, García y Roca se preparaban a través del diletantismo cultural para «hacer la revolución». Sólo que «hacer la revolución» tenía y tiene varias traducciones y la que se ve e imagina desde Europa no suele ser precisamente la que calza en Indoamérica.

En esos días la sigla definitoria entre los bohemios radicales del Quartier Latin era la de MMM, o sea Marx, Mao y Marcuse, cuyos adoradores filosóficos monopolizaban los ámbitos de la «rive gauche» del Sena. ¡Con qué inútil pasión se discutía en esos cafés sobre filosofías y estrategias revolucionarias! Algunos de esos catecúmenos peruanos de la MMM parisiense acabaron siendo voceros y organizadores de un grupo político terrorista. Entre ellos estaba Víctor Polay, hijo de uno de los fundadores del APRA, futuro cabecilla del protervo Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) cuya mayor figuración tuvo lugar cuando ya era presidente del Perú Alan García Pérez.

IV

EL DICTADOR Y SU SOMBRA

Conviene esclarecer aquí la idea que el público tuvo y tiene del general Juan Velasco Alvarado y como yo soy parte del público quiero expresar, primero, mi propia opinión. Temo que no sea imparcial por tres simples razones: por protesta, por protesta y por protesta. Me explicaré enseguida.

Todos sabíamos que Velasco conspiraba contra el presidente Belaunde en 1968, y hasta me permití aconsejar a este último que formara un gabinete militar en el que Velasco ocupase la cartera de Guerra. Era una forma de neutralizar sus maquinaciones golpistas. Los pormenores de esta conversación los he referido en el capítulo LXXII («Los idus de setiembre») de mi *Testimonio personal*. El presidente Belaunde rechazó tal posibilidad por las mismas razones: también sabía de la creciente deslealtad del general Velasco Alvarado, pero confiaba en que el profesionalismo de los otros jefes militares y, según sus propias palabras, «la sana colaboración de los verdaderos demócratas», impediría el desenlace que todos conocemos.

Pero los presagios nefastos se sucedían. El más evidente de todos ocurrió poco después de mi entrevista con el presidente Belaunde. El 22 de setiembre el teniente general FAP Gagliardi, ministro de Aeronáutica, hizo declaraciones negando los crecientes rumores de golpe militar, pero fue acremente desmentido por el comandante general del Ejército y presidente del Comando Conjunto, es decir el general Velasco. Dijo que Gagliardi no tenía atribuciones para hablar a nombre de las Fuerzas Armadas, sin referirse para nada al fondo de la cuestión. El sentido de su respuesta no podía ser más claro. Era además una manifestación de fuerza. Una vez más, el presidente Belaunde insistió en asegurar en público y en privado que tenía la obediencia y el respaldo de las Fuerzas Armadas.

El golpe, ya lo sabemos, se produjo el 3 de octubre de 1968, más contra Haya de la Torre que contra Belaunde. Don Fernando terminaba su periodo y, en cambio, en muy pocos días más debía iniciarse el proceso electoral que parecía conducir inevitablemente a Víctor Raúl a la presidencia de la República.

Yo era rector de San Marcos y continué siéndolo hasta el 22 de enero de 1969 en que la Asamblea Universitaria aprobó mi renuncia. Ya estaba en ebullición el destilado criollo de las tres M en el estudiantado sanmarquino. Se avizoraba para la universidad un periodo dramático, entre la anarquía del ultramaoísmo estudiantil y la regimentación, restricción de rentas y el absurdo reformismo diseñado por los áulicos de la dictadura. En esos días recibí advertencias de un posible proceso judicial en mi contra pero no les di importancia.

El 31 de mayo de 1969, mi esposa Rosa emprendió viaje a Chile para celebrar allí su cumpleaños en compañía de casi todos nuestros hijos; era un sábado. Supe entonces que el extesorero del Senado José Ferreyra y un senador, miembro de la directiva de su cámara, habían sido detenidos bajo acusaciones absolutamente inocuas. Después de almorzar me llamó por teléfono Ramiro Prialé y me dijo: «Cuídate Luis Alberto, parece que se prepara una maniobra en tu contra». Poco después recibí otra llamada más precisa: «No salgas, hay orden de detención contra ti». Yo no sabía de qué se trataba ni lo habría sospechado jamás. Como resultado de mis averiguaciones supe que el agente fiscal Diego López Aliaga, había solicitado del juez Carlos Hermoza Moya una orden de detención en mi contra.

Di los pasos necesarios para cambiar de departamento y pude ver que el edificio de la avenida Santa Cruz 779, en el Óvalo Gutiérrez, donde yo vivía, era rodeado rápidamente por unos cuarenta miembros de la Policía de Investigaciones. Llamé por teléfono a mis amigos y colaboradores: Hugo Negri Cabrera, quien había sido secretario general de la Universidad de San Marcos y Alberto Franco Ballester, mi ayudante en el Senado desde 1963. Al anochecer hice avisar a Víctor Raúl lo que pasaba.

Todos los domingos durante la dictadura de Velasco nos reuníamos a comer en casa de Ramón Ponce de León, en la de Enrique Maguiña o en la mía los tres rodeando a Víctor Raúl y en la

compañía de Jorge Idiáquez y el grupo de guardianes de Haya de la Torre. No me agradó la forma en que Haya recibió la noticia de boca de mis dos amigos y resolví hacer las cosas a mi modo. Envié un oficio al juez indicando mi mala salud y mi necesidad de internarme en una clínica. El juez, quien ya había reaccionado sobre su absurda orden, aceptó mi iniciativa y anunció que al día siguiente me tomaría instructiva en la Clínica San Felipe. Casualmente, el tal López Aliaga era sobrino de un gran líder obrero aprista, entrañable amigo mío, a quien tuve alojado en mi casa varios años durante nuestro destierro en Chile después de 1934: me refiero a Luis López Aliaga, tranviario, hombre de un talento sutil y con quien trabajáramos en la Editorial Ercilla de Santiago. Era evidente que sus cualidades no habían llegado a su sobrino.

La acusación era de lo más curiosa: sin saberlo yo había empleado en el Senado durante mi presidencia a Carlos Steer Lafont, el asesino de los esposos Miró Quesada, quien se presentó con un nombre distinto, pero trabajó puntualmente durante el año o año y medio que duró su cargo. Steer había cumplido su larga condena desde 1935 hasta 1964 o 65 y, por consiguiente, era un ciudadano común con todos los derechos para ejercer un cargo público o privado. El cambio de nombre, contra el cual nadie protestó, tenía como propósito evitar que se le privase de la posibilidad de trabajar, pero no constituía ningún delito e, insisto, nadie protestó ni acusó a Steer por un acto que era absolutamente legal y humano. Yo no supe hasta entonces su verdadera identidad pero no dudo que lo sabían quienes lo recomendaron. Es decir, Armando Villanueva y acaso Ramiró Prialé. El hecho es que sabiéndolo o no yo no había cometido ninguna falta.

Estuve detenido diez días en la Clínica San Felipe porque, a pesar de que el juez dispuso mi libertad incondicional, el agente López Aliaga apeló ese fallo y tuve que cumplir los diez días que señala la ley en tales casos. Lo más interesante es que el general Bockos, representante de la dictadura en la administración del Congreso, expresó ante el juez que el «empleado fantasma» no era tal, que se le había pagado dos o tres cheques por su trabajo en el Senado y que era un servidor activo y puntual. Naturalmente el juez procedió a cerrar el caso y la Corte Superior confirmó ese fallo.

No fue bastante: meses después el contralor de la República me procesó por supuestos delitos económicos ocurridos durante mi rectorado en San Marcos. Presenté todas los documentos y testimonios exculpatorios del caso y, aunque el contralor no los encontró suficientes, la Segunda Sala de la Corte Suprema me absolvió y la Primera Sala del mismo cuerpo judicial confirmó la absolución, a pesar del recurso de nulidad del contralor. Sin embargo, meses después, y por las mismas razones invocadas en el proceso anterior –no obstante tener derecho a la excepción de cosa juzgada– el nuevo contralor, esta vez un general, volvió a acusarme y publicó una sentencia adversa junto a otra contra Luis Bedoya Reyes, quien había sido alcalde de Lima.

Estas insistencias judiciales, torpes e infundadas, venían claramente dirigidas desde Palacio. Estaba recibiendo una concisa exhibición de prepotencia y ofensa a las leyes del dictador. Volví a apelar y volví a ganar en las dos salas de la Corte Suprema, instancias que todavía no habían sufrido la *razzia* velasquista. Desde entonces no tuve la menor duda de la fatuidad de las calidades que sus pocos y nada recomendables incensadores asignaban al general Velasco Alvarado.

Por otro lado, tampoco tenía dudas sobre la falsedad de una pretendida reforma o contrarreforma que no era consultada al país y se basaba precisamente en el avasallamiento de las libertades. Por ningún motivo puedo considerar a un dictador un libertador ni un revolucionario auténtico. Un razonamiento obvio para cualquier aprista. Haya de la Torre, quien padeció el hostigamiento velasquista, no vaciló en alejar del partido a los que colaboraban con la dictadura, incluyendo entre ellos a algún aprista valioso y sincero que cometió el error de rendirse ante el señuelo mentidamente revolucionario y seudoaprista de Velasco.

Entre las grandes medidas que tomó Velasco las más importantes fueron la reforma agraria y la llamada nacionalización del petróleo. Ambas habían sido ya acometidas por el gobierno de Belaunde, bajo la presión de la mayoría parlamentaria que formábamos los apristas y unos cuantos odriístas y que sumaba más del cincuenta por ciento del Congreso. Es cierto que la reforma agraria de Belaunde sólo logró dar un primer paso; no es menos cierto que toda la ley

promulgada por Velasco en 1970, está casi calcada de aquélla, según lo ha demostrado el ingeniero Washington Zúñiga, en un estudio comparativo de ambas leyes.

En cuanto a la nacionalización del petróleo, presunto *leit motiv* del cuartelazo velasquista, mucha ha sido la demagogia esparcida. De hecho el golpe militar evitó que el Senado de la República, que ya había tomado conocimiento del asunto, diera curso a las medidas contenidas en el Acta de Talara que firmó Belaunde en la noche entre el 12 y el 13 de agosto de 1968. El ingreso de la Fuerza Armada a la petrolera norteña resultó un acto teatral, puesto que ya los propietarios de la International Petroleum Company habían acatado la disposición peruana dada en 1967 de recuperar plenamente la propiedad y el manejo de dichas petroleras, y el Congreso peruano desde 1963 había declarado la caducidad del laudo de 1922, como acto preparatorio para la reintegración de las petroleras al seno de la nación peruana.

Digo todo esto porque tardíamente han resurgido velasquistas que callaron temerosamente sus devaluadas preferencias políticas durante más de diez años y que, al acceder Alan García al gobierno en 1985, resultaron rodeándolo y colaborando con un régimen que, no se olvide, fue creado por la voluntad vigorosa del APRA y sus aliados de aquel año.

Estos fenómenos de acomodo político no son raros, pero en el caso del primer gobierno aprista resultaron de un signo fatídico. Los apristas verdaderos que entre 1969 y 1979 estuvieron al lado de Haya, no podían admitir de buena gana la sustitución de sus semejantes por sus antiguos enemigos durante el gobierno de Alan García. El velasquismo supérstite se apoderó de algunos cargos clave, en desmedro de auténticos y capacitados apristas, influyendo nítidamente en el rumbo global gubernamental y beneficiándose del ejercicio del poder. Prefiero no citar casos concretos, aunque se me vienen cientos de ellos a la memoria.

Los verdaderos apristas no podían olvidar que, mucho antes del allanamiento y captura de los principales diarios de Lima en 1974, Velasco ordenó en abril de 1970 el cierre del diario aprista *La Tribuna* y el embargo de sus bienes, con el respaldo y el aplauso de los velasquistas civiles. Fue además en agosto de 1975, bajo la consigna

de «cerrar filas en defensa del proceso» velasquista, que los asesores y seguidores civiles exigieron y obtuvieron la cuota más alta de deportados y perseguidos que registra nuestra historia en muchas décadas. En esa lista estuvieron varios apristas, entre ellos Armando Villanueva, Carlos Enrique Ferreyros y Carlos Roca, acompañados de una larga lista de políticos, periodistas y sindicalistas de todas las tendencias como Carlos Malpica S. S., Luis Pásara, Mirko Lauer, Horacio Zevallos y Elías Mendoza H.

Además de las deportaciones, el gobierno introdujo sus tentáculos represivos en casi todos los campos de la actividad social: partidos políticos, gremios sindicales, colegios profesionales, empresas periodísticas, asociaciones industriales, etc.; todo civil pensante era un peligro para la dictadura. De ahí que intentara montar en todos estos campos organismos paralelos o sustitutorios bajo su entero control. En su fase cenital, el velasquismo representó el más retardatario autoritarismo castrense, férreamente imbuido de antiaprismo. Los intelectuales velasquistas años después aupados al gobierno aprista apoyaron y aplaudieron en su momento todos estos excesos fascistizantes, sin remordimientos posteriores. Entre 1985 y 1990 siguieron rindiendo pleitesía al fracasado «socialismo peruano», fraguando coincidencias entre velasquismo y aprismo. En agosto de 1975 estos mismos velasquistas civiles no tuvieron reparo en abandonar a su suerte al depuesto general Velasco y sumarse con todos sus bagajes al entorno del general Morales Bermúdez, con tal de no perder sus privilegios.

Los que no vivieron ese tiempo de cerca, en el mismo centro de la lucha, y se dejaron engañar por las sirenas periodísticas de algunas agencias extranjeras, no entendieron que el velasquismo fue un régimen de barbarie revestido de hueca fraseología revolucionaria. Bajo la piel de cordero «socialista» asomaban filosas uñas reaccionarias y rapaces. Para algunos fue un fenómeno político novedoso y desconcertante pero no para Haya, quien ya había denunciado el doblez y la falsa radicalidad de los gobiernos de Nasser y Perón. Velasco fue un vívido ejemplo de ese falso revolucionarismo y falso progresismo descritos por Haya en *Treinta años de aprismo.*

No está demás incluir aquí algunas de esas advertencias de Haya, que el tiempo no ha hecho más que confirmar. Veamos por

ejemplo el capítulo VI de *Treinta años de aprismo*. Allí se subraya que, con respecto a las expropiaciones y estatizaciones, el aprismo «no pretende la nacionalización sin más, porque pone mucho énfasis en la magnitud científica del problema, en la perentoriedad de estudiarlo profundamente a fin de no incurrir en la gravísima responsabilidad de imponer una nominal nacionalización, apresurada, postiza, que venga a parar en un negocio fallido para menoscabo de la reforma misma» (*Obras completas*, t. VI, p. 342). Esto se confirmó a plenitud durante la dictadura de Velasco.

Allí también decía Haya que la experiencia «ha autorizado a los apristas a desconfiar de los antiimperialismos de pura demagogia, que no se apoyan en el único medio posible de asegurar a nuestros pueblos contra toda amenaza imperialista: unirlos» (*OC*, t. VI, p. 338).

El capítulo V del mismo libro de 1956 nos advierte finalmente contra toda tentación seudorrevolucionaria y prodictatorial, recordándonos que «los problemas socioeconómicos de Europa son diferentes de los de Indoamérica; por consecuencia las soluciones deben ser diferentes y en nuestro espacio y en nuestro tiempo histórico indoamericanos, es posible realizar la más amplia justicia social dentro de la democracia y sin necesidad de dictaduras ni de comunismo» (*OC*, t. VI, p. 363). Aquí tenemos resumida la médula del ideario aprista, no sólo distante sino contrapuesto e incompatible con el velasquismo.

V

EL HOMBRE

Volvamos a Víctor Raúl. Haya de la Torre fue un hombre *sui generis*. Los que lo conocimos y estuvimos frecuentemente cerca de él no podríamos retratarlo con exactitud, a pesar de que, a primera vista, era un hombre sin recodos. Un escritor norteamericano, Frederick B. Pike, ha publicado con cierto éxito entre los lectores de habla inglesa una pretendida historia íntima de Víctor Raúl, *The Politics of the Miraculous in Peru: Haya de la Torre and the Spiritualist Tradition*, sin entender nada de él y casi sin ningún dato preciso o verdadero.

Pike trata de presentar un Haya de la Torre adicto a las doctrinas esotéricas, a la astrología, a la adivinación, efebólatra y sibarita, contradiciéndose en cada página y pasando por encima de los hechos más evidentes. Según Pike, los autores influyentes a todo lo largo de la vida y obra de Víctor Raúl fueron Romain Rolland, el conde Keyserling, muy secundariamente algunas ideas aisladas de Marx y, en general, toda la filosofía idealista y la metafísica. Nada más grotesco.

Es cierto que Romain Rolland influyó como escritor en el joven Víctor Raúl desde los días de la bohemia trujillana y que le causó una honda impresión conocerlo personalmente cuando el desterrado peruano, a los treinta años de edad, de regreso de Rusia, en Suiza encontró en el autor de *Juan Cristóbal* una comprensiva alma gemela sublevada contra el excesivo materialismo del siglo. Sin embargo, fue una influencia pasajera, emotiva y literaria antes que ideológica.

Rolland expresaba no sólo anhelos de justicia social: creía en el espiritualismo, en la paz, en la libertad, en el triunfo del amor y la virtud entre los hombres. Haya en ese momento reafirmó su admi-

ración y su identidad espiritual con el afamado escritor. Más tarde, cuando Romain Rolland se aproximó a los fueros del comunismo stalinista –y esto no lo dice Pike– Haya escribió contra aquél una página dolorida y latigueante. El ejemplo inspirador de Rolland se había desvanecido.

En cuanto al conde Hermann von Keyserling, cuyos libros *Meditaciones sudamericanas, Diario de viajes de un filósofo, Conocimiento creador* y *El mundo que nace,* causaron indudable impacto entre los últimos románticos del primer cuarto de siglo, Haya de la Torre tuvo apenas un entusiasmo pasajero. Le interesaron sí, algunas felices e imaginativas expresiones de Keyserling referidas a nuestro continente y disfrutaba citándolas en sus discursos juveniles y durante los años germinales del aprismo. Entre estas frases podemos recordar aquella de que «América es un mundo de tercer día», y aquella otra de que «Suramérica es el continente de la gana». La primera quería decir que América había interrumpido su proceso de maduración, faltándole todavía llegar al «sétimo día de la creación» en términos de la historia moderna. La segunda expresión se refería a que en América del Sur los hombres no procedían según la razón, sino según «la gana» o el capricho: «Yo hago esto porque me da la gana» o «no lo hago porque no me da la gana».

De estas simples observaciones de viajero Keyserling deducía la subsistencia en nuestro continente de una voluntad rústica, intempestiva y autoritaria. A base de tales deducciones podía trazarse cierta explicación, muy elemental por cierto, del caudillismo suramericano, pero nada más allá de un simple boceto gráfico. Resulta risible suponer que Keyserling influyera en forma permanente en Haya, habida cuenta del carácter tan difuso de sus escritos, de sus veleidades orientalistas, etc. Es evidente que el propósito del señor Pike no es otro que caricaturizar el proceso de maduración intelectual de Haya de la Torre. Sorprende además la poca importancia que el señor Pike da a González Prada, influyente como ninguno en nuestra generación y la anterior.

Más exacto sería mencionar entre los mentores del pensamiento antiimperialista de Haya al mexicano José Vasconcelos con su *Indología* y *La raza cósmica,* a antropólogos como Bronislaw Malinowski o politicólogos como Harold Laski que influyeron direc-

tamente en su interpretación crítica del marxismo, además de la profunda huella que dejó en toda nuestra generación, así como en la anterior y en la siguiente, el neoidealismo racionalista de Henri Bergson.

La vena idealista de Víctor Raúl distó mucho de ser simplista o sentimental. Provino del influjo de los *arielistas* latinoamericanos que, con el maestro uruguayo José Enrique Rodó, opusieron un elevado ideal democrático y nacionalista –*Ariel*– al rotundo pragmatismo materialista y expansionista de los norteamericanos –*Calibán*–, en una cruzada política que anteponía objetivos culturales a los propiamente sociales y económicos. El aprismo se propuso enmendar este idealismo dando prioridad a lo socioeconómico pero sin abandonar el énfasis en lo cultural que siempre caracterizó a Haya. De hecho, en la personalidad de Víctor Raúl subyacían las dos vertientes. A veces predominaba Ariel, en otras ocasiones el triunfo era de Calibán.

Hay que agregar una observación más. Nuestra generación y la inmediatamente anterior fueron señaladamente esteticistas. Recordemos: el sol de aquel firmamento fue sin duda Rodó, cimentando toda una ética política; pero, en un plano estrictamente artístico, ocupó el centro de la escena con todo su fulgor Rubén Darío. Los satélites de ambos ejercieron acción directa sobre nuestro pensamiento. Podemos citar algunos nombres: José Ingenieros, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón, Enrique Molina, Carlos Arturo Torres, el venezolano Manuel Díaz Rodríguez, los mexicanos José Vasconcelos, Antonio Caso y Alfonso Reyes; el costarricense Omar Dengo; el cubano Enrique José Varona; el dominicano Pedro Henríquez Ureña, los brasileños Euclides da Cunha y Gilberto Freyre; el paraguayo Juan Stefanich y tantos otros. Todos y cada uno de ellos fueron escritores de influyente personalidad tocados por una creencia fervorosa en la bondad del espíritu humano, en la fuerza redentora de la belleza y en el triunfo de la virtud y la libertad. El sereno e irónico Anatole France y el apasionado Romain Rolland insuflaban ese mismo fervor desde Europa.

Haya de la Torre no podía sustraerse al destino de su generación y sin duda el precedente del *arielismo* dejó una huella permanente en él y en muchos de los que estuvimos al lado suyo. Luego vino

una etapa de radicalización bajo inspiración anarquista –renovando su precoz lealtad a González Prada– pero sin renunciar a las influencias anteriores ni cerrar los ojos ante nuevas ideas. Su ímpetu radical asimiló en los años subsiguientes las experiencias recibidas de la Revolución mexicana, de la Revolución rusa y del laborismo inglés. Sus estudios profundos y no panfletarios del marxismo le previnieron a tiempo del contagio del maniqueísmo marxistaleninista: nunca imperó en él esa ficción de un concepto unitario, determinista e indisoluble de los problemas materiales y espirituales que afectan al hombre.

Fue una síntesis de influencias y aprendizajes lo que determinó su decisión de dar inicio a un movimiento ideopolítico típicamente indoamericano a partir de 1924, que en poco tiempo tomó forma bajo las siglas del APRA. Su experiencia en México, Centroamérica, Rusia e Inglaterra lo empujará, en 1927, representando al naciente aprismo en el primer Congreso Mundial Antiimperialista de Bruselas, a señalar varios hechos decisivos: que no hay un solo patrón evolutivo económicosocial para todo el mundo; que Indoamérica debería ser una unidad, pero no lo era aún, deduciendo de allí su teoría de los cuatro sectores: 1) México y Centroamérica; 2) los países bolivarianos; 3) Brasil; y 4) Chile y los países del Plata; que la lucha de clases no podía ser igual en todo el mundo: en Indoamérica, la clase media, tan explotada como los campesinos y los obreros, formaba parte del frente de oprimidos contra los explotadores nacionales y contra el imperialismo.

Haya, no obstante asumir el fundamento sociológico del enfoque marxista, se negó a aceptar la teoría, entonces vigente entre los comunistas, de la dictadura universal del proletariado y del partido único supeditado a Moscú. Para Haya no podía lucharse por la dictadura del proletariado donde aún no existían los fundamentos económicos para la aparición de un proletariado económicamente poderoso y con conciencia de clase. Tampoco cabía un partido único que restrinja la libertad y por tanto la pluralidad de pareceres del frente de clases encargado de conducir el desarrollo económico y social. Pero admitía desde el punto de vista metodológico la filosofía dialéctica del eterno devenir de la historia –«todo fluye, todo cambia»– al mismo tiempo que reconocía la vigencia de la te-

sis marxista de la prioridad del fenómeno económico –esgrimiéndola contra los propios comunistas– mientras, como Marx, repetía insistentemente: «La realidad se descubre, no se inventa».

Yo había conocido a Haya de la Torre en 1917, cuando llegó a la Universidad de San Marcos para terminar sus estudios de Derecho y Filosofía. Era un hombre de 22 años, muy delgado, conversado y sonriente. Tenía la nariz aguileña como un bauprés y el mentón ancho y fuerte, signo de voluntad. Sus ojos eran regulares y muy ágiles; la frente ancha en declive; los cabellos negros y duros. Caminaba con las puntas de los pies un poco abiertas, casi como Chaplin, y con el pecho muy erguido, pecho de nadador y remero.

Realmente era un muchacho jovial, que vivía modestamente pero con alegría. Vestía siempre de negro. Habitaba un pequeño departamento de la calle de Plateros de San Agustín, en los altos del famoso Café Péndola: lugar del mejor café y del mejor pan con chicharrón de Lima en esos años. No gustaba de lujos pero sí de frecuentar la compañía de personas notables o interesantes, como podían ser las damas de buena sociedad. Durante la famosa y fastuosa temporada de la *ballerina* rusa Ana Pavlova, en mayo de 1917, él asistía a un palco, el de doña Julia Sotomarino de Aspíllaga, trujillana, esposa del muy acaudalado Baldomero Aspíllaga, invitado por su buen amigo Alfonso Madalengoitia, hijo del primer matrimonio de doña Julia. Ambos podían ser vistos en el *foyer* del Teatro Municipal de Lima departiendo con damas de usual mención en las columnas sociales.

Víctor Raúl era un entusiasta admirador y amigo del tan atildado como talentoso escritor Abraham Valdelomar. Por su intermedio conoció a un inquieto periodista que entonces probaba suerte como poeta y dramaturgo: José Carlos Mariátegui. En la universidad su profesor preferido era el civilista José Matías Manzanilla, catedrático de Economía Política, a quien por su perenne sonrisa apodábamos con malicia La Gioconda. Haya frecuentaba, cuando lo permitían sus finanzas, las tertulias literarias de los notables de entonces en la confitería de moda: el Palais Concert, pero en las noches era un puntual concurrente a la casa de Raúl Porras Barrenechea, en la calle de Mariquitas, tercera cuadra del jirón Moquegua. Allí solían reunirse, sobre todo degustando «el chocolate de los

lunes», varios jóvenes sanmarquinos dignos de mención para discutir sobre historia, política, literatura y temas universitarios: Jorge Basadre, Pablo Abril de Vivero, Jorge Guillermo Leguía, Ricardo Vegas García, Guillermo Luna Cartland, Manuel Abastos y también, entre otros, Luis Alberto Sánchez.

Víctor era un mozo de apellidos distinguidos, con uno que otro pariente de buena posición en la sociedad limeña, pero sin fortuna propia y sin mayor porvenir que el que pudiera lograr por su propio esfuerzo. Más allá de ese juvenil afán de notoriedad era un mozo provinciano, de costumbres austeras, adicto a la literatura y con simpatías por el anarquismo según él mismo cuenta en el prólogo a sus *Obras completas.*

Con el fin de mejorar en algo su situación económica y purgar aquello que en un artículo autobiográfico posterior motejó como «la frivolidad limeña», aceptó a mediados de 1917 trabajar en el Cuzco como secretario de su pariente el coronel César González, recién nombrado prefecto de esa ciudad. Estuvo allí entre agosto de 1917 y abril de 1918, trabajando en la prefectura y continuando sus estudios en la Universidad San Antonio Abad. Fue allí, en el Cuzco, en sus provincias cercanas, donde conoció el dolor de los peruanos andinos. El dolor del indio, su miseria y su desamparo.

Estando ahí escribió a su hermano Agustín una carta memorable, todavía inédita, en la que prometía cancelar su vida de «niño bien» y consagrarse a la lucha por los explotados y en particular por la redención del indio. Le decía, con fraternal franqueza, que todo lo que hiciera en adelante, aunque pudiera parecer contradictorio, tendría como meta acabar con la explotación y la pobreza, especialmente la que sufrían con tanta dureza los indios del Perú.

La profunda impresión que la experiencia cuzqueña dejó en Haya está confirmada en una carta de marzo de 1928 dirigida a J. Guillermo Guevara, director de *La Sierra,* que se incluyó en el libro *Construyendo el aprismo:* «En buena hora fui al Cuzco y recorrí casi toda la extensión de sus provincias. [...]. Entonces y sólo entonces comprendí el problema grandioso y decidí hacerme soldado de la causa que luchará por la solución» *(OC,* t. II, p. 57-58). No cabe duda que esta vivencia marcó la vida posterior de Víctor Raúl con más fuerza que cualquier lectura.

VI

SOLEDAD Y COMPAÑÍA

Siempre se ha dicho que Haya de la Torre fue un hombre solitario y que sólo gustaba de la compañía de unos pocos que pensaban como él; los que así dicen no conocieron a Víctor Raúl.

Cuando era un adolescente, según él mismo refiere, prefería la amistad y el trato de los obreros sindicalistas del valle de Chicama y se juntaba con ellos en las reuniones de las sociedades anarquistas. Él mismo nos enumera las lecturas que allí se compartían: Kropotkin, Bakunin, Reclus, Malatesta, Matilde Serao, De los Ríos, en fin, la crema de aquellos escritores anarquistas románticamente nihilistas, inspirados sobre todo por el ejemplo de Rusia donde la única opción posible era derribar el Imperio absolutista y feudal de los zares y edificar una sociedad nueva desde los cimientos. El clima de fraternidad y deseo de superación que mostraban los obreros en sus lecturas y debates seguramente le ofreció una visión anticipada de lo que podían ser en un futuro no muy lejano las Universidades Populares.

La única soledad que entonces complacía a Víctor Raúl estaba en los libros. León Tolstoi le había enseñado la lección de la soledad creadora, a la vez que don Manuel González Prada exaltaría en sus *Pájinas libres* las excelencias de la soledad virtuosa y austera. De este último aprendería Haya de la Torre la inolvidable lección de la integridad moral sin compromisos. Pero vayamos por partes.

La familia de Víctor Raúl se componía de los padres y cinco hijos: tres hombres y dos mujeres. Todos vivían juntos. Víctor Raúl, el mayor, acudía a las sesiones anarquistas en los días de los cruentos motines cañeros de Chicama en 1912 y, pocos años más tarde, integraba las originales y hasta exóticas reuniones de músicos y escritores de vanguardia en Huanchaco, que alguna vez tuvieron la

exultante presencia de Abraham Valdelomar. Esos escritores y artistas se llamaban Antenor Orrego, Alcides Spelucín, César Vallejo, Carlos Valderrama, Carlos B. Espinoza, Francisco Sandoval –cuya hermana María fue novia de Vallejo, aludida por su muerte prematura en el poema «Los dados eternos» de *Los heraldos negros:* «Tú no tienes Marías que se van»– junto con Macedonio de la Torre, Federico Esquerre, José Eulogio Garrido y algunos otros en un grupo siempre dispuesto a recibir nuevos integrantes.

Podría decirse que, hasta su primera juventud, Víctor Raúl no deseó ni conoció la soledad. Al contrario, amaba las fiestas y la tertulia literaria. De esos tiempos son sus crónicas sociales sobre festejos trujillanos que, para despistar a los lectores, firmaba con el seudónimo de Lucy, siguiendo el ejemplo puesto en boga por otros cronistas igualmente orientados al público femenino. Tal era el caso de Andrés Aramburú Salinas, quien solía firmar crónicas sociales para la revista *Mundial* de Lima con el seudónimo de Marisa cada vez que reemplazaba a Marisabidilla, seudónimo de María Isabel Sánchez Concha, más tarde casada con el cónsul y escritor español Antonio Pinilla Rambaud.

Antes de trasladarse a Lima, dejando atrás padres y hermanos, compañeros y amigos de Trujillo, Víctor recién sintió como propio el drama de Vallejo, a quien la sociedad trujillana no le permitió proseguir su noviazgo con una muchacha de cierto rango social. Ello motivó un soneto de Víctor Raúl publicado en *La Industria* en 1916, titulado «Triunfas vanidad». Se refería en él al desdén social sufrido por su muy querido amigo y a la comedia que Víctor Raúl hizo representar por la compañía española de Amalia Isaura en Trujillo con ese mismo título.

La soledad era enemiga de Víctor Raúl. De ahí su intensa actividad casi inmediata a su arribo a Lima para constituir la Federación de Estudiantes del Perú. Víctor Raúl antes de viajar recibió el cargo de delegado de la Universidad de Trujillo, con otros dos estudiantes, y estuvo por tanto perfectamente acreditado para intervenir en la lucha por la unidad gremial universitaria como un dirigente de primer nivel. Su inicial escaramuza, exitosa por cierto, fue en 1917 al lado del alumno de Medicina, trujillano también, Fortunato Quesada Larrea, cuando éste derrotó al ancashino estu-

diante de Derecho, Luis Ernesto Denegri –más tarde secretario particular del presidente Leguía– en la elección de la primera directiva nacional de la federación, organización sustitutoria de los insuficientes Centros Universitarios de comienzos de siglo.

Las responsabilidades estudiantiles no permitían a Víctor Raúl ningún asomo de soledad. Tampoco se lo permitían sus tertulias en casa de Porras ni sus devaneos deportivos en el Club Regatas de Chorrillos ni mucho menos sus concesiones a la «frivolidad limeña».

Su estadía en el Cuzco, a la vez que significó tomar contacto vivencial con el drama indígena, le permitió participar de los problemas de los estudiantes cuzqueños. Hizo nuevas amistades, incluyendo al entonces rector de la Universidad San Antonio Abad, el norteamericano Alberto Giesecke, hombre joven y deportista que irradiaba, como los antiguos maestros griegos, amor simultáneo hacia la filosofía y hacia los deportes, en este caso hacia el tenis y el básquetbol. Giesecke encontró en Víctor Raúl un entusiasta cultor del lema clásico «Mente sana en cuerpo sano». Como es sabido, Giesecke se casó poco después con una hermana de doña Clorinda Matto de Turner, la recordada autora de la novela indigenista *Aves sin nido*.

Al regresar a Lima, siempre activo y asimilada la ejemplar experiencia cuzqueña, Haya se orientó más vivamente hacia la cuestión de las Universidades Populares, propiciando un debate universitario sobre el tema que ocupó un lugar importante en la prensa limeña en agosto de 1918. En enero de 1919 tuvo a su cargo la comisión de estudiantes de San Marcos que secundó a los obreros que reclamaban la jornada de ocho horas. Los acontecimientos impulsaron a la comisión mucho más allá de la prevista función mediadora y, con la resuelta intervención personal de Víctor Raúl, terminó encabezando una lucha social de inmensa trascendencia en la vida peruana. Su resultado exitoso cimentó la figura de Haya como un líder popular –no sólo estudiantil– de estatura nacional y tendió un puente duradero de fraternidad entre obreros y estudiantes. De allí siguió la lucha por la reforma universitaria, su elección como presidente de la Federación de Estudiantes del Perú, el Congreso de Estudiantes en el Cuzco en marzo de 1920 y, más allá, la puesta en práctica del caro anhelo de las Universidades Populares.

Siempre en busca de campos de actividad más amplios y como un voto en contra de la soledad, Haya de la Torre se afilió en 1920 a la recién fundada Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA), que cumpliría de inmediato una importante función de difusión cultural y de amor al deporte. Fue al mismo tiempo que se inició como profesor en el también recién fundado colegio Anglo Peruano (hoy San Andrés).

En torno al colegio Anglo Peruano y a la YMCA es inevitable mencionar a otro importante personaje que también llegó a ser un amigo entrañable de Haya. Nos referimos al doctor John A. Mackay, escocés, alta autoridad en la Iglesia presbiteriana, quien había llegado a Lima en 1917, doctorándose en Letras en la Universidad de San Marcos con una magnífica tesis sobre Miguel de Unamuno. Poco después fundó el colegio Anglo Peruano, donde Haya de la Torre ejerció de docente entre 1920 y 1923. Mackay fue un puritano a toda prueba. Moriría como profesor pleno de la Universidad de Princeton, donde ejerció su magisterio lado a lado con Albert Einstein y Américo Castro.

En nuestro medio Mackay destacó como hombre fino y tenaz. Se relacionó con toda la intelectualidad limeña incluyendo a católicos tan recalcitrantes como Víctor Andrés Belaunde, Leonidas Madueño y Mariano Iberico Rodríguez, además de liberales agnósticos como César Ugarte y Juan Francisco Elguera; todos ellos formaban 'La Protervia', o sea el grupo que Víctor A. Belaunde organizó para publicar el *Mercurio Peruano*, al cual nunca perteneció Víctor Raúl. Es un hecho ampliamente sabido que el doctor Mackay dio amplio apoyo a Víctor Raúl en los difíciles momentos de la persecución leguiísta de 1923.

La YMCA se inició con un equipo de líderes austeros y dinámicos. Jay C. Field, un norteamericano reservado pero también entusiasta deportista, se matriculó en San Marcos y llegó a ser profesor de la Facultad de Letras: fue mi alumno y después mi colega. Carl Johnson, a quien los muchachos conocían como *Papi* Johnson, se encargó de las actividades deportivas y de la enseñanza de gimnasia tanto en San Marcos como en la YMCA; era un hombre fuerte, alto y silencioso. Nadie discutía sus arbitrajes en el básquetbol, en el vóleibol, ni en las carreras y saltos, que atraían e interesaban al

estudiantado de entonces. Con ellos y con los sanmarquinos Haya de la Torre fue un entusiasta practicante del remo, la natación, la carrera y el salto. Toda su actividad era solidaria, mancomunada, colectiva. Su vida sería así en cada una de sus fases.

En el Club Regatas de Chorrillos conoció a Manuel Seoane, mi compañero de estudios entre 1918 y 1924, año en que fue desterrado a la Argentina. Manolo, como le decíamos, era buen deportista y mejor enamorado. Aludiendo a esto último, Víctor Raúl le aconsejaba, de acuerdo con una práctica difundida entre encarcelados y monjes: «Manolo, te recomiendo que no dejes de usar unas bolitas de alcanfor en el bolsillo izquierdo de tu pantalón». Se creía que el aroma del alcanfor influía sobre los genitales masculinos disminuyendo el impulso erótico. Ante el casto consejo de Haya, Manolo sonreía picarescamente y asentía con sorna.

Víctor Raúl era decididamente un devoto de la austeridad y, hasta donde era posible, de la castidad: tenía entonces 23 años. Otra de sus predilecciones era dictar clases a jóvenes de barrios pobres, obreros y en general a todo aquel privado de mayores conocimientos. De esta suerte, alternaba sus estudios personales con un servicio social de difusión de la cultura que se había impuesto a sí mismo en todo lugar que frecuentase. De ahí que, cuando los que le conocimos de cerca y desde joven, leemos fruslerías interpretativas tan vanas sobre su personalidad, no podemos evitar una sonrisa.

Quienes denostan a Víctor Raúl suelen basarse en los infundios de tres enconados enemigos que fueron antes, cada quien en su oportunidad, amigos y discípulos. A saber: el dentista cuzqueño, Luis Eduardo Enríquez, expulsado del APRA en 1948; el exmilitar y exinsurrecto de 1948 Víctor Villanueva; y el notable poeta pero pésimo sujeto Alberto Hidalgo.

El libro de Enríquez, *La estafa más grande de América* (1951), pretendía demostrar con datos entrecortados y exceso de adjetivos que Haya era un líder déspota y megalómano y el aprismo un movimiento antidemocrático y adicto a la violencia. El mayor (r) Villanueva pretendía demostrar exactamente lo opuesto. En sus libros, sobre todo en *La sublevación aprista del 48: tragedia de un pueblo y un partido* (1954), ofrece una reiterada y malinformada saga argumental contra un aprismo timorato, que no era tan conspi-

rativo ni violentista como él creía que debía ser. De hecho, Villanueva y Enríquez, cada cual con su visión diametralmente opuesta de lo que era y no era el aprismo, no hicieron otra cosa que volcar sobre el papel sus deseos políticos fallidos.

En el caso de Hidalgo, este último es más avieso pero menos digno de tomarse en serio. Resulta entre indignante y jocoso. Hidalgo escribió en el periodo de 1931-1932 dos opúsculos políticos, uno titulado *Haya de la Torre en su víspera,* de empalagosa adhesión a Víctor Raúl, y otro con el repelente título *Sánchez Cerro o el excremento,* insultante y soez hasta la demasía. Este último folleto pretende que el comandante Sánchez Cerro no fue hijo de varón sino de un cerdo y una mujer, deteniéndose en los pormenores del monstruoso ayuntamiento. De ahí deduce supuestas aficiones del personaje en cuestión a las más abyectas aberraciones. Bastaría este antecedente y los dicterios que, en su compilación de atrocidades *Diario de mis sentimientos,* exuda contra Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes, Alfredo Bianchi, Roberto Giusti y otras figuras importantes y respetables de la literatura latinoamericana para negarle todo crédito.

Es en la línea del ataque soez y nauseabundo que en 1955 Hidalgo publica un folleto atacando a Haya de pederasta insaciable, fraguador de emboscadas criminales contra adversarios y opositores políticos, coautor –conmigo, L. A. Sánchez– del asesinato de Francisco Graña Garland en 1947 y frustrado instigador de un plan para asesinar al presidente Bustamante y Rivero, entre otras muchas barbaridades. Es un folleto infamante e impresentable, utilizado por los enemigos de Víctor Raúl a la hora de los golpes bajos y las zancadillas.

VII

CIRCUNSTANCIAS E INFLUENCIAS

Para conocer mejor no sólo a Haya de la Torre, sino las influencias que fueron el punto de partida de su maduración posterior como líder doctrinal y político, deben tenerse en cuenta otros hechos y personajes.

En mayo de 1919 Haya de la Torre recibe con gran entusiasmo en San Marcos al líder socialista argentino Alfredo Lorenzo Palacios. Era entonces rector sanmarquino el doctor Javier Prado y Ugarteche. Palacios fue el primer socialista argentino que llegó al Parlamento de ese país, en 1904, siendo reelegido como legislador varias veces. Pertenecía al Partido Socialista fundado por Juan B. Justo en 1893. En 1915 encabezó una facción socialista radical, animadora del reformismo estudiantil y de medidas sociales de avanzada, finalmente reconciliada con el partido en 1919. De origen hispano, tenía un atuendo romántico de mosquetero: gran chambergo negro, crecida melena ya no tan negra, bigotes retorcidos y altaneros y una capa española que le colgaba de los hombros y le daba un aspecto de estudiante de Salamanca jubilado. Tenía justificada fama de gran orador, auxiliado por su vigorosa y matizada voz, su nariz cyranesca y su empaque de jacobino. Era catedrático de Buenos Aires y La Plata, donde acababa de triunfar el movimiento de la reforma universitaria nacido en Córdoba, en junio de 1918.

Palacios era portador de un doble mensaje: una América idealista y unida y una juventud universitaria reformista e independiente. Haya de la Torre fue inseparable compañero de Palacios durante su estada en Lima. Su personalidad y su claridad de ideas influyeron notoriamente en Víctor Raúl. Palacios amplió en Haya y en muchos de nosotros la visión localista y algo inmadura que teníamos sobre el problema universitario y fue un estímulo importante en el movi-

miento prorreformista sanmarquino. Ofreció también una perspectiva más cercana del panorama de ideas y fenómenos políticos que agitaba a las metrópolis europeas en esos días, por la mayor cercanía náutica de los argentinos al mundo del Mediterráneo.

Al mismo tiempo se generaba en el Perú una renovación política, cuyo representante era el expresidente Augusto B. Leguía. El político despedido con algaradas y denuestos siete años atrás había fortalecido su figura luego de un ostracismo azaroso en Londres. Existe cierto halo de leyenda en torno a sus desventuras europeas. Como indico en mi reciente libro *Leguía, el dictador,* circuló mucho en el Perú la versión de que fue agente financiero de poderosos empresarios relacionados con la familia del Zar, arruinándose con ellos hacia el fin de la Gran Guerra, luego del triunfo de la Revolución bolchevique. Se dice que tuvo entonces que pensar cómo volver al Perú y a la política.

Una declaración hecha en esos años por el político y periodista Alberto Seguín, audaz compañero de correrías del «montonero» liberal Augusto Durand y víctima, como este último, de la represión leguiísta, posiblemente despeja la leyenda: «Instalado Leguía en Londres [...] entró de plano en el camino de las especulaciones de bolsa. [...]. En 1916 invirtió cuanto tenía de suyo y cuanto pudo obtener en préstamo de la Peruvian Corporation, comprando bonos del empréstito rumano al 83%. Un año después se vio obligado a vender esos mismos bonos al 13% y así, devolviendo todo lo prestado, perdió la mayor parte de lo propio». José Antonio Andía incluye esta declaración en su libro sobre Leguía *El tirano en la jaula. De la Constitución al vandalismo* (Editorial Elzeviriana, Buenos Aires, 1926, p. 171).

Leguía calculó cuidadosamente su reingreso a la política peruana. Siendo un pragmático por excelencia, aprovechó que por azar de las circunstancias aparecía como un candidato romántico, que despertaba expectativas de renovación o por lo menos de modernidad. Tuvo el acierto de granjearse el apoyo de la juventud universitaria, logrando que el estudiantado de San Marcos lo eligiera Maestro de la Juventud a fines de 1918. Esto fortaleció su aureola renovadora. Por otra parte Leguía tenía la férrea oposición de la plutocracia u oligarquía dueña del gobierno, con José Pardo y Barreda a

la cabeza. Esta última no reconocía a Leguía como alguien digno de sus exclusivas filas ni consideraba confiables sus promesas.

Sin estar de acuerdo con las ilusiones proleguiístas de muchos estudiantes, la lucha de Haya de la Torre se vio indirectamente favorecida por el acceso de Leguía al poder, sobre todo en cuanto a la reforma universitaria, que el nuevo gobernante concedió con el fin de consolidar el apoyo que le brindaba la juventud. Leguía inclusive intentó ganar a Haya a su causa, obviamente sin éxito, hasta finalmente perseguirlo y desterrarlo en 1923. Más allá de sus desaciertos políticos, su encendido parcialismo pronorteamericano y su nefasto autoritarismo, Leguía contribuyó, muy a su manera, a apresurar la crisis del llamado Perú oligárquico de comienzos de siglo, por cuyas grietas brotaron inquietudes políticas verdaderamente renovadoras.

Pero no podemos dejar de señalar qué influencias ideológicas pesaban más en 1918 y 1919 sobre el inquieto y caudillesco joven trujillano. De un lado su devoción por González Prada y el ejemplo moral anarquista, del otro su inquietud por Unamuno; al mismo tiempo su admiración por Rubén Darío y también por su amigo el poeta Vallejo y por el deslumbrante Abraham Valdelomar. Además, empezaban a influir en él sus primeras lecturas sobre el materialismo histórico, cuyas iniciales traducciones llegaban desde la Argentina, junto con los ecos de la reforma universitaria. A los folletos clásicos de Marx y Engels comenzaban a sumarse los primeros títulos en español de Lenin y otros revolucionarios rusos que, con el triunfo de la Revolución de Octubre, habían cobrado súbita importancia mundial.

La fusión de González Prada y Unamuno no se borró jamás del espíritu de Haya de la Torre. Incluso se fortaleció, alimentada por el estudio posterior de pensadores de similar fibra humanista como Bertrand Russell. En lo que atañe al Haya de la Torre de 1918-1919, González Prada significó el denunciante implacable, austero y solitario de las lacras del Perú y, al mismo tiempo, el renovador de la doctrina sobre el indio, a quien no juzgaba miembro de una raza biológica sino de una raza social: el indio que se enriquece, decía Prada, se *blanquea*, mientras el blanco que se empobrece se *aíndia*.

Desde Salamanca don Miguel de Unamuno conoció las ideas de González Prada a través de la tesis de José de la Riva Agüero titulada *Carácter de la literatura del Perú independiente,* y destacó la obra de Prada por encima de toda la literatura peruana de la República. Unamuno, gran contestatario en sí mismo, iniciaba entonces su devoción por Kierkegaard, el pensador danés, predecesor del existencialismo. Como Unamuno, Víctor Raúl, teniendo de paciente escucha a *mister* Mackay, se desgarraba el espíritu planteándose problemas y negaciones, hasta que en el Cuzco decidió con toda convicción convertirse en el Juvenal de la sociedad peruana.

En lo que se refiere a la introducción de los primeros elementos de cultura socialista –esto es, difusión de la dialéctica y del materialismo histórico sin explícitas connotaciones políticas– en el medio universitario peruano sería injusto no mencionar el eco que dejó tras de sí el médico psiquiatra, a la vez historiador y filósofo, argentino José Ingenieros, cuyo apellido de procedencia italiana se escribía originalmente Ingegnieros.

No se trataba de un intelectual marxista. Era un audaz librepensador, esteticista como buen discípulo de Rodó, pero también defensor del cientificismo y del naturalismo, que prestaba atención a toda innovación doctrinal y todo avance de la ciencia sin prejuicio alguno. Representaba, por encima de todo, la lucha contra la ignorancia y el oscurantismo y en esa medida le parecía necesario que el tan temido materialismo histórico fuera conocido y debatido. Recordemos que entonces ya circulaba la primera versión, en castellano, del tomo primero de *El capital* de Marx, traducido en Argentina por Juan B. Justo.

José Ingenieros llegó a Lima en noviembre de 1915, cuando Víctor Raúl estaba aún en Trujillo, pero la influencia del entonces ya consagrado ensayista se dejó sentir en toda la generación involucrada en la reforma universitaria de 1919. Su visita estuvo cargada de anécdotas. Visitó el Museo Histórico, si mal no recuerdo acompañado por el estudiante Luis Ernesto Denegri. En *La Crónica* se escribió un reportaje al respecto y una de sus atracciones fue el comentario que hizo el argentino, al levantarse de un sillón histórico en el cual estuvo sentado algún rato: «Tenga usted la se-

guridad de que en el futuro este sillón será recordado porque aquí se sentó José Ingenieros».

Era así, bastante petulante, afirmativo y travieso. A pesar de su adhesión al positivismo y al marxismo había publicado *Las fuerzas morales,* que constituye una incursión a pie firme en el *arielismo.* Fue implacable en su ataque al radicalismo argentino, personificado en Hipólito Irigoyen. El libro *El hombre mediocre* no era otra cosa que una sutil diatriba contra Irigoyen. Trató de sentar un precedente de empleo del método determinista económico en su *Historia de la Revolución de la independencia argentina,* que es quizá su obra capital.

Como Alfredo Palacios, Ingenieros alentó la reforma universitaria de Córdoba y trató de propagarla por todo el continente, despertando las simpatías de muchos jóvenes líderes. Haya de la Torre recién pudo conocerlo personalmente en 1922. Por la misma época otro argentino, Manuel Ugarte, hombre de dinero dedicado a la literatura, tomó para sí la misión que Rodó hubiera seguido de no haber muerto en 1917 y que Ingenieros también habría respaldado de no morir en 1925: señalar el peligro norteamericano y estimular la unidad de América Latina, dos principios que Haya de la Torre leyó con cuidado y que aplicaría más tarde a su concepción aprista.

Después de la permanencia en el Cuzco, de donde volvió lleno de proyectos en abril de 1918, Haya de la Torre no tuvo otro remedio que ganarse la vida y, como estudiante de Derecho, le convenía trabajar en un estudio de abogado. Fue el de don Eleodoro Romero y Salcedo, primo hermano de Augusto B. Leguía, próximo gobernante del país a partir del 4 de julio de 1919. Según el testimonio del propio Haya, trabajó allí dos años y tres meses cobrando 5 libras mensuales, equivalentes a unos 25 dólares de entonces (*OC,* t. II, p. 94 y 97). En esos días vivía en una modesta habitación de hotel en Chorrillos, en la calle del Tren.

La familia materna de Víctor Raúl estaba entroncada con dos importantes políticos trujillanos residentes en Lima. Uno era Agustín de la Torre González, tío carnal de Víctor Raúl, quien llegó a ser segundo vicepresidente de Leguía en 1919. Otro era Carlos Washburn y Salas de la Torre, padrino de bautizo de Víctor, quien fuera

ministro de Justicia durante el primer gobierno de José Pardo y seguiría siendo hombre muy influyente. Con estos parientes no fue difícil que Víctor Raúl se colocara en el bufete del primo hermano de Leguía mencionado. En el despacho vecino estaba otro Romero y Salcedo, don Eulogio, presidente del gabinete ministerial leguiísta de 1908 y, según varias versiones, socorrista financiero del arruinado Leguía en 1918 y gran animador de su retorno.

Muchos políticos frecuentaban ambos despachos. Tal era el caso del misterioso Alfredo Piedra y Salcedo, también primo hermano de Leguía y promotor sigiloso de los levantamientos del Ejército contra el presidente Billinghurst en 1914 y contra el presidente Pardo en 1919, este último para abrir paso a Leguía. Allí, en ese bufete, Víctor Raúl conoció a los políticos más representativos de la plutocracia peruana en la intimidad de sus conflictos y vacilaciones, tal como en el Cuzco conoció a lo más representativo del indígena andino soportando la marginación y la explotación.

Mientras no estuvo definida la suerte del aspirante presidencial Augusto B. Leguía la vida en el bufete transcurría entre la rutina y la intriga, pero después del golpe de Estado del 4 de julio de 1919 se convirtió en una antesala palaciega. Por otro lado, la creciente notoriedad de Haya, electo presidente de la Federación de Estudiantes del Perú el 6 de octubre y recibido por el presidente Leguía el 13 de noviembre para escuchar las peticiones estudiantiles, llamó la atención de más de un usual concurrente al bufete. Hacia 1920 el ministro de Exteriores, Alberto Salomón, quiso tentarlo con un cargo en el Colegio Guadalupe y un futuro ingreso al cuerpo diplomático. Su jefe, don Eleodoro Romero, en la necesidad de dejar el bufete para ejercer una delegatura ante la Sociedad de Naciones, ofreció a Víctor Raúl llevarlo consigo a Ginebra. El joven trujillano declinó estas proposiciones.

Era un duelo interior entre la pobreza y la opulencia, la protesta y la intriga, dos factores básicos para actuar en la política de ese tiempo. Mientras tanto Haya de la Torre se esforzaba por extender su influencia como líder generacional. Fue así como, desde la directiva universitaria de San Marcos en marzo de 1920, organizó el primer Congreso Nacional de Estudiantes Peruanos en el Cuzco. Estuvieron con él jóvenes estudiosos como Raúl Porras, Jorge

Basadre, Eleazar Guzmán Barrón, Luis F. Bustamante, Manuel Rospigliosi, Carlos Showing, Óscar Herrera, Francisco Sánchez Ríos y el loretano Abraham Gómez (quien sustentó la creación de las Universidades Populares).

Yo dejé de viajar por circunstancias fortuitas, que permitieron incorporar en el grupo al bullicioso poeta arequipeño Alberto Guillén. Los resultados de aquel congreso marcarían a fuego la vida política y social del Perú. Entre sus acuerdos figuran la asistencia libre a las universidades, la prioridad de los estudios peruanistas, la comunicación entre estudiantes y obreros, la participación de los estudiantes en el gobierno de la universidad y, por supuesto, la creación de las Universidades Populares, caro anhelo de Haya. A partir de entonces Víctor Raúl acrecienta su actividad política y social. Su base fue el pueblo de Vitarte en donde había una recia organización de obreros textiles, en su mayoría anarcosindicalistas, que luego se extendió a los tranviarios, a los gráficos, a los empleados pobres y a los trabajadores agrícolas de categoría industrial como los cañeros.

El desarrollo de los acontecimientos hacía de Haya un líder social insustituible en la forja del naciente frente único de trabajadores manuales e intelectuales. El ejemplo de las Universidades Populares, llamadas poco después 'González Prada', empezó a hacerse sentir entre la juventud de América Latina. Esto pudo comprobarlo personalmente Haya de la Torre al viajar en 1922 a Piriápolis, en Uruguay, a una reunión de la YMCA suramericana, haciendo luego un largo recorrido que incluyó entre otras ciudades Montevideo, Buenos Aires, Córdoba, La Paz y Santiago de Chile. En cada ciudad importante recibió altos honores de intelectuales y universitarios, a la vez que cultivó valiosas amistades.

Todos estos hechos son conocidos, pero deben permitirnos identificar la intersección de influencias en la formación de Víctor Raúl y el tupido cañamazo de austeridad que asumía en su vida privada incluso en aquellos días de mayor contagio juvenil de la «frivolidad limeña». Del viaje a Piriápolis y su recorrido por Argentina, Bolivia y Chile, entre enero y mayo de 1922, surgió con fuerza inusitada la conciencia continental de Haya. La decisión de acabar con los conflictos interamericanos y el rescate sincero del ideal unitario bolivariano pasaron a ser el meollo del objetivo máximo de su vida.

Para entonces el dictador Leguía no dejará de acecharlo hasta lograr su destierro en octubre de 1923.

Cuando Haya de la Torre estuvo en Buenos Aires en 1922 y conoció al que sería su gran amigo, el ingeniero Gabriel del Mazo, expresidente de la Federación Universitaria Argentina, repartió su tiempo entre dos grupos estudiantiles: los socialistas y radicales de Buenos Aires y los socialistas de La Plata. Esta toma de contacto le permitió absorber nuevas y muy estimulantes influencias intelectuales.

En esta ciudad, típicamente universitaria, ejercía un magisterio indiscutible el médico y filósofo de origen alemán Alejandro Korn. No era Korn precisamente un filósofo marxista, sino un neoidealista osado que entrecruzaba su pensamiento en forma muy original con ciertos aspectos del materialismo histórico, sin apartarse por esto de sus fundamentos bergsonianos. Esta interesante combinación ideopolítica se revela claramente en su libro *La libertad creadora*.

Haya quedó gratamente impresionado por la solidez intelectual de los trabajos de Korn, pero mucho más aún por su autoridad sobre todos los grupos estudiantiles. Le sorprendió comprobar que Korn también dictaba clases de filosofía en los locales socialistas de Buenos Aires. Entre sus discípulos más notables figuraban Luis Aznar, Arnaldo Orfila Reynal y su propio hijo Alejandro Korn Villafañe. A la amistad de Ingenieros, Del Mazo, Korn y sus discípulos Haya sumó otros nombres importantes como Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas y Alfonsina Storni en Argentina, Carlos Quijano y el grupo Ariel en Uruguay.

En este primer periplo suramericano, prefigurando lo que le ocurriría casi siempre en su vida, Haya de la Torre alternó en su dieta intelectual sorbos parejos de jugos materialistas y zumos idealistas. Socialistas, liberales, anarquistas, bergsonianos, *arielistas* tardíos, todos tenían algo que enseñarle y a todos prestaba atención. La vida no le permitió nunca ser unilateral ni maniqueísta. Esta característica combinación de materia y espíritu, de tierra y cielo, de economía y metafísica, fue en todo momento la base de su pasión doctrinal y política. Sin prestar atención a este rasgo fundamental no es posible comprenderlo.

VIII

SOBRE LOS PRIMEROS AÑOS

Examinar el proceso de maduración personal y política de Haya de la Torre obliga a despejar aquellas dudas e insinuaciones de bajo calibre sobre su vida sentimental esparcidas por sus detractores. Esto nos conduce de nuevo al libro del profesor Frederick B. Pike *The politics of the miraculous in Peru: Haya de la Torre and the Spiritualist Tradition,* cuyo autor se toma la molestia de reunir como si fueran datos veraces casi todos los chismes, murmuraciones y aun calumnias y difamaciones que durante su agitada vida motivó Víctor Raúl.

Según Pike, Víctor nació en un hogar un tanto inestable, debido a que el padre, don Raúl Edmundo Haya y Cárdenas era un hombre laborioso, inteligente pero modesto, mientras que doña Zoila Victoria de la Torre y Cárdenas pertenecía a una familia de la antigua aristocracia trujillana, para entonces algo venida a menos por infortunios económicos. Pike destaca un hecho conocido: que los De la Torre y Cárdenas eran orgullosos descendientes del conquistador Juan de la Torre, uno de los primeros compañeros de Pizarro, de los trece de la isla del Gallo. En la frondosa ascendencia familiar se contaban muchos trujillanos ilustres y Trujillo nunca dejó de ser una ciudad en la que se rendía exagerado homenaje a los apellidos y títulos nobiliarios.

Sin embargo, es también un hecho que don Raúl Edmundo y doña Zoila Victoria eran primos terceros, y que el abuelo paterno de Víctor Raúl, don José Haya (o De la Haya), era hijo de un terrateniente de Cajabamba venido a menos. De tal modo que los antecedentes de cada cual no eran muy distintos. Sobre la compleja trama familiar de los Haya y los De la Torre he ofrecido amplios detalles en el primer capítulo de mi libro *Haya de la Torre y el APRA.*

Don Raúl Edmundo, por su parte, tenía otros motivos de noto-

riedad. Era periodista fundador de *El Porvenir* y *La Industria* de Trujillo, lo cual le otorgaba algunas facilidades y preeminencias como suele ocurrir con los directores de los diarios. Fue además diputado civilista durante el primer gobierno de José Pardo. Doña Zoila Victoria era una damita hermosa, de una educación esmerada y una firme determinación. Cuando la familia desaprobó el compromiso con Raúl Edmundo por razones de prosapia y vanidad genealógica, esto no interrumpió el idilio, ni impidió el matrimonio. Al año siguiente nacía Víctor Raúl, el 22 de febrero de 1895, o sea 25 días antes que don Nicolás de Piérola, el caudillo demócrata, entrara a Lima a sangre y fuego al frente de sus montoneros.

La niñez de Víctor Raúl fue la de un chico de casa grande provinciana algo empobrecida pero no exenta de comodidades. Además la condición de primogénito siempre significaba preferencia en las familias de entonces, sobre todo si, como en este caso, el niño tenía la sonrisa de doña Zoila Victoria y el semblante de don Raúl Edmundo. Sucesivamente nacieron: Agustín, apodado *Cucho;* Lucía, quien casó con el escritor José Félix de la Puente y Ganoza; Zoila, quien tardó en casarse y lo hizo con Óscar Leguía Iturregui, hijo del escritor, jurista y político don Germán Leguía y Martínez y de doña Panchita Iturregui, descendiente del prócer lambayecano Iturregui y finalmente Edmundo Jesús, conocido como *Piño,* quien casó con la trujillana Inés Barr.

Víctor Raúl se educó en el colegio de los padres lazaristas franceses y recibió enseñanza especial de música del maestro Tejada, quien le enseñó a tocar el piano y el violín. Inevitablemente fue un niño engreído, cuya primogenitura lo investía de un carácter dominante y expansivo. Su personalidad de líder fue brotando y fortaleciéndose desde la niñez. Al llegar la adolescencia mostró una viva afición por todo lo nuevo en literatura, música y deportes, siempre animando y organizando a sus contemporáneos. Sus amigos eran todos aficionados a las artes o devotos del anarquismo, es decir, en cualquier caso, individualistas. Uno de sus más queridos compañeros de correrías infantiles y juveniles fue un primo suyo, Macedonio de la Torre, ligeramente mayor que él, quien comenzó como violinista y luego se dedicó a la pintura, llegando a ser uno de los mejores artistas plásticos peruanos.

Desde luego en una atmósfera semejante no podía faltar el amor. Empero, desde muy temprano Víctor Raúl mantuvo sobre sí mismo una orgullosa disciplina personal o una timidez en el campo erótico que lo apartó de la búsqueda de fáciles amoríos y lo encaminó hacia una concepción trascendental del mundo y de su propia vida. En Lima, en 1931, cuando volvió del destierro que le impusiera Leguía en 1923, tuvimos oportunidad de charlar pasando revista a sus antiguas predilecciones de tipo erótico e imaginativo. Llegaba de Alemania provisto de una robustecida idea del rigor moral, de la austeridad. Indagando sobre sus posibles ligerezas juveniles, una vez me dijo: «Yo no comprendo al político que se dedica a la diversión y a los excesos amorosos; yo creo que la actividad sexual debe ser disciplinada y fugaz». Le pregunté: «Eso quiere decir que cuando tú haces el amor, lo haces de prisa, como el gallo». Me respondió: «Como el gallo no, como Napoleón Bonaparte».

Se tiene por cierto que Napoleón fue un amante fugaz, excepto, tal vez, en el episodio inicial de su relación con la tropical hija de La Martinica, Josefina Tascher viuda de Beauharnais, de la que se cansó muy pronto, y quizás con María Walewska, la amante polaca, quien lo acompañó en sus andanzas bélicas por el este europeo. Pero, parece ser que en el amplio resto de sus relaciones eróticas Napoleón fue el hombre del minuto y nada más. Víctor Raúl admiraba en este personaje su autodisciplina obsesiva y su intensa dedicación al trabajo. Un detalle adicional de cierto interés es que en la Alemania que conoció Víctor Raúl entre los años 29 y 30 era fama que Adolfo Hitler, en pleno ascenso político, limitaba sus escarceos amorosos y proclamaba su indisoluble casamiento con el nazismo. En esos días de 1931, en mi casa de Magdalena del Mar Haya me hizo una apología de la contención fisiológica en el amor y de no dejarse dominar por el deseo, si es que se quería servir mejor a la patria y al partido: consejo tardío en mi caso y no se qué tan oportuno para Haya mismo.

Es obvio que esta actitud de Víctor Raúl a los 36 años escondía no pocas penas sentimentales desde sus 16 o 18 años. Le escuché relatar mucho después, hacia 1965, en casa de su paisano el ingeniero Ramón Ponce de León, en un inusual momento de confidencia, algunas pasiones que tuvo durante su adolescencia y juventud.

Hubo una señorita Angélica Albrecht, una bellísima rubia por quien Víctor Raúl bebía los vientos, al punto que siendo asistente de la Corte Superior de Trujillo y ganando un salario modesto, se dirigió a casa de los Albrecht vestido con un flamante terno verde oscuro para solicitar la mano de la joven. No llegó a hacerlo. Tiempo más tarde, asistiría al matrimonio de Angélica con un señor Tapia. Esa noche lloró como un niño por la ilusión perdida. Fue también admirador de una señorita Rose, prima de Carlos Manuel Cox y Rose, la cual casó más tarde con un señor Hudtwalker. Pero el idilio más intenso fue con Emilia Orbegoso, heredera de un nombre nobiliario y una posición notoria en Trujillo y Lima. Se habló de matrimonio, pero el destino era adverso a la pareja. Entonces, entre dolidos versos y penas de amor, Víctor Raúl partió a Lima poco después de cumplir la mayoría de edad de entonces: los 21 años.

En todos los casos, vale la pena resaltarlo, la amada o ilusión femenina de Víctor perteneció siempre a un estrato social más que mediano. Nunca se habló de una devoción suya por una muchacha humilde o de poco nombre: es necesario decirlo. Igualmente predominó en sus preferencias el tipo europeo sajón o nórdico sobre el criollo o hispánico.

En Lima, en medio del tráfago de sus desordenadas andanzas como líder estudiantil, Haya de la Torre no pudo evitar enamorarse y que ese amor fuera conocido, a pesar de su discreción. Ella fue Anita Billinghurst, quien tuvo con Haya una amistad amorosa larga y profunda, reanudada con pasión cada vez que no estaban de por medio la prisión o el exilio para el político.

Anita era hija del expresidente Guillermo Billinghurst, acaudalado salitrero peruano de Iquique y político muy discutido, de inclinaciones populistas. Billinghurst combatió en la guerra del Pacífico y fue tomado prisionero por los chilenos en la batalla del Morro Solar en 1881. Recién pudo volver a restaurar su rancho chorrillano al firmarse la paz en 1883. Combatiendo en las filas peruanas intimó con don Nicolás de Piérola. Lo acompañó, ayudó y financió en todos sus movimientos revolucionarios entre 1886 y 1895.

Don Guillermo fue alcalde de Lima en 1910 y se dedicó a sanear la ciudad esforzadamente y con mano dura. En 1912, como

jefe de un movimiento político de considerable respaldo popular, ganó las elecciones presidenciales a pesar de la oposición cerrada de la oligarquía; dos años después fue derrocado por una conspiración oligárquica encabezada por la guarnición militar de Lima. Fue desterrado y murió en Arica en 1915. Evaluó su experiencia de gobierno en un largo manifiesto que es una pieza documental indispensable para conocer la historia política del Perú.

En la propiedad chorrillana de Billinghurst siguieron residiendo sus deudos. Anita frecuentaba el Club Regatas de Chorrillos y allí conoció a Víctor Raúl. El hechizo sobre el joven estudiante fue instantáneo. Ella era una muchacha fresca, rosada y sonriente. Su educación sajona y el carácter de su padre la habían hecho distinta a las mojigatas que abundaban en Lima. Víctor Raúl se mudó a una incómoda pieza en el hotel de la vieja estación del ferrocarril en Chorrillos, en la calle del Tren, sólo para estar cerca de Anita, cuya casa estaba en esa misma calle. Su pasión fue correspondida con un amor intenso.

Con motivo de la jornada de protesta contra la consagración religiosa de la dictadura el 23 de mayo de 1923, Anita estuvo cerca de Víctor comprometida en ideales y pasiones. Cuando Haya de la Torre encabezó el mitin del día 24 en el cementerio, acompañando a los dos muertos, el estudiante Manuel Alarcón y el obrero Salomón Ponce, víctimas de las represalias del día anterior, Anita había previsto que se ocultase del cerco policial en el mausoleo de su familia. Pero las llaves no llegaron a tiempo y Haya tuvo que descolgarse por los muros menos vigilados e ir en busca de otro escondite.

La relación se interrumpió con el destierro de Víctor en octubre de 1923. En 1929 ella contrajo matrimonio con Andrés Valle (léase Vale), pero enviudó pronto. Pudo reanudar su relación con Haya en 1931. En los difíciles días de la represión sánchezcerrista y benavidista Anita fue una sacrificada compañera y colaboradora de Víctor Raúl y del Partido Aprista.

Cuando a partir de 1942 el aprismo pudo empezar a actuar con mayor libertad, la relación de Víctor y Anita se hizo más notoria, al punto que ella ofreció una gran fiesta por el Día de la Fraternidad, esto es el cumpleaños de Haya, apenas la situación política lo per-

mitió. El ciclo se cerró otra vez con el golpe militar de 1948. Durante el largo y severo asilo de Haya en la embajada colombiana de Lima, entre 1949 y 1954, Anita deterioró su salud gravemente. Murió en 1955, con Víctor nuevamente exiliado.

Mucho se ha hablado de los aspectos políticos de la permanencia de Haya durante su destierro en México, en París, en Londres y en Alemania, pero su porfiada discreción no ha permitido conocer a fondo los aspectos íntimos de su vida de proscrito, que por más rectitud en las costumbres de seguro no fue tan casta. Pero algo se sabe.

En México, el secretario de Educación, el filósofo José Vasconcelos, lo incorporó a su despacho como secretario. Era la época de consolidación de la Revolución mexicana en la que creció de un modo fantástico la fama de los muralistas, principalmente la de Diego Rivera, Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo. Además en ese tiempo Vasconcelos reunió en torno suyo a un grupo de importantes talentos literarios latinoamericanos, entre ellos la gran poetisa chilena Lucila Godoy, más conocida como Gabriela Mistral.

Gabriela había pasado por Lima en pleno auge de las Universidades Populares. Cuando conoció a Haya de la Torre se formó entre ellos una sólida amistad. Es muy posible que su encuentro en México tuviera algunos destellos de pasión. En 1924 Gabriela era una atrayente mujer de 35 años, de rasgos muy acusados, nariz aguileña, ojos verdes grandes y penetrantes, boca ancha y triste, cabellos negros, alta estatura, firmeza de carácter y gran exaltación. La poetisa de *Desolación,* tan desgarrada en sus versos, era una mujer activa y enérgica, siempre notoria, rasgos que unidos a su talento y su sensibilidad completaban un todo sin duda atrayente para Haya.

Años después, en Santiago de Chile, escuché a Gabriela apasionadas referencias a Víctor Raúl. Este último tampoco solía escatimar elogios a la obra y a la persona de la gran poetisa. Por lo demás, Gabriela fue siempre una flor de pasión, no sólo por sus versos sino también por sus actos que, en el aspecto sentimental se reflejan en sus cartas a Manuel Magallanes Moure, el eximio cultor del modernismo en la poesía chilena, autor de *Matices* y *La casa junto*

al mar, apuesto literato tempranamente fallecido, quien fuera uno de los puntales poéticos de 'Los Diez' y de la *colonia narrativa tolstoiana* en Chile, al lado de Pedro Prado, Augusto D'Halmar y otros. Ese epistolario ha sido y es una revelación del carácter real de Gabriela.

¿Hubo acaso en México un fugaz idilio entre la Mistral y Víctor Raúl? Numerosos indicios referidos por testigos parecen confirmarlo. Por muchos años y en defensa del buen nombre de Gabriela me he incluido entre aquellos que, sabiendo algo de estos avatares, hemos insistido en desmentirlos. Un párrafo enfático con este propósito puede leerse todavía en la sétima parte, capítulo LXXVIII, de mi *Testimonio personal*. Creo que hoy ya se puede hablar en voz alta de estos hechos tan humanos sin ofender en lo más mínimo su subyugante personalidad de mujer y de escritora.

También en México, siempre entre 1923 y 1924, Víctor Raúl tuvo gran intimidad con Diego Rivera. La amistad derivó en una peligrosa cercanía hacia su esposa, la bella Lupe Marín. Yo no he visto ojos verdes de mirada tan intensa y más singulares que los de Lupe, a quien Diego retrató de modo inigualable. Su retrato hoy se exhibe en el Museo de Bellas Artes de México. La tierna amistad entre Víctor Raúl y la señora Rivera –cuyos detalles no conocemos– produjo en Diego una de sus habituales rabietas y la relación con el peruano quedó cortada algunos años. Yo conocí y traté frecuentemente a Diego veinte años después en México. Estaba casado con la gran pintora Frida Kahlo. Diego me habló de Víctor con simpatía y trató de presentar sus desencuentros como una consecuencia de haber tomado el camino del trotskismo. Explicación nada convincente ya que la adhesión del gran muralista al mensaje de Trotski –que incluyó cederle generosamente su casa en Coyoacán al serle concedido asilo en suelo mexicano en 1937– no podía ser anterior a 1936. Fue recién en julio de 1938 que Rivera firmó el célebre *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*, al lado de André Bretón y del propio Trotski, único motivo hipotético de desavenencia política con Víctor Raúl. Quien conoció a Diego, sabe que el gran pintor difícilmente decía toda la verdad.

A principios de 1924 *Ms.* Anna Graves, una especie de misionera protestante, muy amiga de John Mackay, organizó una expedi-

ción de jóvenes cristianos a Rusia incluyendo en ella por singular consideración a Víctor Raúl. Gracias a *Ms.* Graves fue también posible para el desterrado peruano tener acceso a becas de estudio en Inglaterra en 1925. Ella le tenía gran aprecio y llegó a conocer algunos detalles de su vida afectiva que éste no gustaba revelar. Yo me enteré involuntariamente de tales asuntos en 1935, en Chile, cuando Víctor Raúl se hallaba en Lima bajo fuerte acoso dictatorial.

Ms. Graves me visitó en Santiago y me confió una larga carta para Víctor Raúl. Me habló de él con ternura de madre llamándolo «my poor child» y me hizo preguntas sobre la suerte de Alice Hoehler, la hija de una familia judía alemana que alojó a Víctor en Berlín desde 1929 hasta 1931. *Ms.* Graves daba por supuesto que yo estaba bien enterado de que Víctor había tenido una relación fecunda con Alice y se condolía de la obligada separación del «poor child and his daughter». Haya nunca negó ni aceptó esta alusión a una hija alemana suya en nuestra correspondencia, pero sentía una indudable molestia en compartir un tema tan íntimo. Es más, su antigua amistad con Anna Graves se trocó desde entonces en amargura, como puede comprobarse en algunas cartas que me escribiera en 1935 y 1936, incluidas en el tomo I de la *Correspondencia Haya–Sánchez.*

Hasta aquí, con el silencio de Haya, parecía quedar zanjado el asunto. Sin embargo, Gabriel del Mazo, quien fuera el más cercano confidente epistolar de Víctor Raúl por muchos años, me aseguró algún tiempo después, como un delicado secreto, que aquella alusión de Anna Graves tenía grandes visos de verdad.

Durante su estadía en Berlín con los Hoehler, Víctor Raúl vivió en el barrio de Charlotteville. Yo quise conocer la casa cuando estuve en Berlín en 1960, pero sólo encontré un cartel en una esquina indicando el nombre de la calle. Los edificios habían sido arrasados totalmente por el bombardeo aliado. No pude enterarme de nada relacionado con los Hoehler. En una ocasión posterior el propio Víctor Raúl me confesó que, bajo la persecución de Hitler contra los judíos, él logró que Christian, joven hermano de Alice, fuese permitido de emigrar a Londres para su propia seguridad. De Alice Hoehler no me dijo nada. Yo he sabido después que Alice era madre de una niña y que pudo salir a Italia donde se casó, vivió y

murió. No es una ilusión pensar que la insistencia de Víctor Raúl en permanecer en Roma entre 1958 y 1969 tuviera relación con ello.

El 29 de enero de 1989, Edmundo, el hermano menor de Víctor Raúl, me contó que un día, almorzando en el restaurante El Chalaquito, en El Callao, tuvo oportunidad de tratar a unos italianos recién desembarcados. Cuando uno de ellos, apellidado Giardini según dijo, supo quién era Edmundo, lo saludó calurosamente y le dijo que él había pintado en Roma el retrato de la hija de Víctor Raúl. También me hizo recordar que en la biblioteca de Villa Mercedes, en un lugar destacado junto a unos libros, Víctor conservaba el retrato de una muchacha rubia y esbelta que tal vez sería el de Alice Hoehler.

Es posible, y con no poca razón, que estos apuntes sobre la real y supuesta vida amorosa de Víctor Raúl parezcan chismes innecesarios, pero frente a otras versiones antojadizas tienen valor e importancia. Haya tuvo una vida sentimental prudente y discreta. Nunca se autoimpuso la severa castidad que a veces reclamaba a otros ni mucho menos cultivó excesos o anormalidades. Era, eso sí, muy exigente en el cumplimiento del deber y detestaba, sobre todo en los jóvenes, la afición desmedida a los devaneos amorosos.

Es evidente que no fue nunca un Don Juan, al contrario, trató de que esa parte de su existencia pasara desapercibida, quizá para reforzar mejor sus recomendaciones de contención erótica, en aras del apostolado político al que se había consagrado. Siempre le oí decir: «Quien se casa con la política no puede tener otra pareja». Fue su decisión y como tal la sobrellevó alegre, discreta y valientemente.

IX

El anarcosindicalismo

Si quisiéramos resumir en una fórmula el pensamiento político y social de la primera juventud de Haya de la Torre, sin detenernos a pormenorizar las distintas influencias y simpatías que en él hubo, deberíamos decir que en un inicio fue decididamente un esteta anarquista y que después, en los días de las Universidades Populares González Prada, fue sin lugar a dudas un anarcosindicalista.

Si el lector juzga estos calificativos bajo los moldes políticos actuales caerá en error. El anarquismo, sobre todo hacia 1920, suponía ciertos ideales pero fundamentalmente era una actitud hacia la vida. Las sociedades secretas anarquistas no solían estar muy relacionadas entre sí ni mostraban interés alguno en establecer una organización o un código doctrinal únicos. El anarquismo quería empaparlo todo y a su vez se dejaba empapar por todo tipo de influencias. De ahí que hubiera anarquismo y anarquistas mucho más allá de los cenáculos militantes que difundían sus lemas.

Uno de sus rasgos más característicos era la actitud orgullosa, desafiante, individualista, hacia todo lo mediocre y carente de virtud o de belleza. En el corazón de cada anarquista había un poeta *maudit* dispuesto a *épater le bourgeois,* pero ya no en nombre del arte sino en nombre de la Revolución. Tal actitud calzaba como un guante entre las nuevas corrientes literarias y artísticas de esos años. Y no sólo en Europa.

Nuestros escritores jóvenes de comienzos de siglo y, tras ellos, los estudiantes más inquietos, no iban muy a la zaga de este temperamento *épatant* de los bohemios metropolitanos. Eran también exotistas. Buscaban lo extraño. Hacían ostentación de una soberbia estética y querían singularizarse por algo. Desde luego, ninguno se atrevió como Baudelaire a caminar por las calles de París del brazo

de una negra y con los cabellos pintados de verde. Pero Abraham Valdelomar puso en boga entre los literatos limeños toda clase de excentricidades formales y verbales. Él mismo se ufanaba en sus artículos de ser un maestro de la pose y el gesto «geniales».

Se ha repetido con frecuencia que en pleno Palais Concert, la refinada confitería que estuvo de moda en Lima entre 1913 y 1930, Valdelomar celebraba una curiosa rutina narcisista diciendo: «Beso estas manos que han escrito cosas tan bellas». En Trujillo, con motivo de la muerte de Rubén Darío, en 1916, Valdelomar hizo simular un rito fúnebre y pidió que lo cubrieran de rosas. El sumo sacerdote de aquella ceremonia fue el músico Carlos Valderrama. Antenor Orrego y Haya de la Torre fueron parte del cortejo. Valdelomar es casi un símbolo de la bohemia intelectual de esos días. El siguiente pasaje, tomado de uno de sus «Diálogos Máximos» (*La Prensa*, 22 de junio de 1916) lo retrata de cuerpo entero: «Cuán bello es sentirse odiado por una multitud exaltada. Bien cierto es que pegan pero en cambio sudan. Una por otra».

Es posible afirmar que toda esta edulcorada insolencia preparó en nuestro medio el tránsito del poeta individualista *maudit* y del intelectual *arielista*, al campo de los estetas anarquistas. Tal fue el caso de Haya de la Torre y de muchos otros compañeros suyos de la bohemia trujillana, cuyo anarquismo sentimental y lírico se sumó sin dificultad a las influencias literarias ya presentes en ellos.

En el caso del Haya universitario, el anarquismo calzaba en forma asombrosamente justa con su temperamento y sus inquietudes. De las lecturas compartidas con los obreros sindicalistas norteños Haya aprehendió la exaltación de la individualidad virtuosa y el rechazo a todo orden impuesto y toda censura. El anarquismo denunciaba en forma severa los vicios y lacras sociales. Era un movimiento henchido de ingenuo desinterés por la riqueza material, que profesaba la total entrega a las metas de justicia, libertad y culto a la belleza.

No existe en el anarquismo un catecismo doctrinal equivalente al *Manifiesto comunista* de Marx y Engels. Es más: los escritores clásicos anarquistas suelen contradecirse y refutarse entre sí. Sin embargo, puede decirse que, como precepto esencial, para el anar-

quismo la sociedad debía basarse en la organización espontánea de los ciudadanos, con miras a la más absoluta libertad.

Uno de sus primeros teóricos, Pierre Joseph Proudhon, el célebre autor de *¿Qué es la propiedad?,* además de sentenciar que «la propiedad es un robo», estableció esta pauta anarquista de repulsa a todo sistema político, tan repetida en todas las antologías: «Todo aquel que ponga su mano sobre mí para gobernarme es un usurpador y un tirano. Le declaro mi enemigo. El gobierno del hombre por el hombre es esclavitud, y sus leyes son las añagazas de los ricos y las cadenas de hierro de los pobres».

Los primeros anarquistas, también conocidos como «ácratas» o «libertarios», provenían de la extrema izquierda del movimiento socialista que junto a Marx y Engels fundó la primera Internacional, pero rompieron en 1872 con el comunismo por su visión «estadualista» y autoritaria del cambio social. A Marx y Engels les resultaban insoportables. Los fundadores del anarquismo preferían la acción callejera audaz, heroica y multitudinaria a las conspiraciones caprichosamente calculadas de los marxistas; y daban más valor a la poesía, la caricatura y las proclamas breves y encendidas que a los debates teoréticos sobre economía política y los largos manifiestos. Unos y otros no podían ser más antagónicos.

En todos los tumultos revolucionarios europeos importantes, entre ellos la Comuna de París de 1870, los anarquistas estuvieron en la vanguardia. Su literatura también ha sido influyente, a la vez que copiosa, aunque demasiado apasionada para ser admitida en los medios académicos. Los países donde influyeron más en los medios laborales fueron Rusia, España e Italia. Debido a la presencia de uno de sus fundadores, Enrico Malatesta, en la Argentina, irradiaron su influencia en forma muy significativa en el naciente sindicalismo de nuestro continente. Eran un dolor de cabeza para los socialistas moderados hasta que empezaron a ser desplazados por los comunistas después de 1917.

Entre 1880 y 1910 una rama importante del anarquismo derivó hacia el terrorismo individual. Se inmolaban arrojándose sobre sus víctimas con potentes bombas o las atacaban con un simple puñal en público y a plena luz, sin importarles para nada la prisión y el patíbulo. De esta forma asesinaron, entre otros, al zar Alejandro II

en 1881, al presidente francés Sadi Carnot en 1894, a la emperatriz de Austria en 1898 y al rey Humberto de Italia en 1900. No faltaron en la trágica lista personajes políticos de habla castellana como el presidente del Consejo de Gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, asesinado en 1897, cuya esposa estaba emparentada con la oligarquía limeña. Estos anarquistas creían en el magnicidio como un detonante de la rebeldía popular. Su osadía les dio una aureola romántica; se les odiaba y se les admiraba al mismo tiempo. No duraron mucho. Hacia 1910 ya estaban extinguidos. Más importante y duradera fue la actividad del anarquismo sindicalista.

En todas las luchas importantes por la jornada de ocho horas, en París, Chicago, Barcelona, Buenos Aires o Lima, los anarcosindicalistas estuvieron en la primera línea de batalla. Practicaban un sindicalismo más moderado que sus fieros antecesores de la Comuna de París y se oponían al terrorismo. Eran tolerantes y persuasivos con sus oponentes. Daban mucha importancia a la educación popular. Aquellos grupos anarcosindicalistas con mayor vocación de centralización y disciplina hicieron un esfuerzo por cohesionar sus filas hacia 1906 mediante un evento internacional que suscribió entre grandes querellas la famosa *Carta de Amiens,* donde se reafirma el principio del indiferentismo político.

El impacto contestatario de la prédica y la agitación anarquistas era demasiado fuerte como para que no se sintieran atraídos los más tozudos disconformes y rebeldes de entonces, ya fuesen pensadores, artistas o simples sentimentales anónimos. En Francia, por ejemplo, rondaron las filas libertarias los poetas del simbolismo Paul Valéry y Stéphane Mallarmé, el pintor Camille Pissarro, los novelistas Maurice Barrés y Laurent Tailhade entre otros. En Argentina, hacia 1900, eran también tentados por el anarquismo Leopoldo Lugones, Manuel Ugarte, Roberto Payró y el uruguayo Florencio Sánchez.

En el Perú, el ideal anarquista empezó a ser escuchado gracias a don Manuel González Prada, con lacerantes denuncias de la condición del hombre andino y de la pobreza espiritual de la vida republicana posterior a la guerra con Chile. Prada ayudó a dar calidad literaria y agudo filo libertario a la incipiente prensa librepensadora y sindicalista. Don Manuel ayudó a desarrollar radicales voceros

como *Germinal, La Luz Eléctrica* y *El Independiente,* contribuyendo también con poemas y artículos de excelsa factura en los flamígeros periódicos obreros *Los Parias,* publicado en Lima entre 1904 y 1909, y *La Antorcha,* publicado en Trujillo en esos mismos años. Contra la dictadura de Benavides de 1914 fundó un periódico inmediatamente censurado, *La Lucha,* que no pasó del primer número.

El fino metal de la pluma de Prada atrajo por igual a agitadores y estetas. «Aquí, donde rigen instituciones malas o maleadas, donde los culpables forman no solamente alianzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque», escribía y declamaba, con el escándalo consiguiente, en 1898. «La techumbre de un parlamento viene demasiado baja para un hombre honrado», escribía Prada en uno de los más agresivos artículos recogidos en el volumen póstumo *Bajo el oprobio.*

Poco antes, en «El intelectual y el obrero», discurso de 1905 compilado en *Horas de lucha,* expuso sin ambages conceptos que por muchos años estremecerían de pavor a la sociedad limeña: «Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz: la Revolución».

En el sur del país también se dieron algunas expresiones intelectuales libertarias, igual de apasionadas pero menos brillantes y profundas que las de Prada, en las voces de Francisco Mostajo, Mariano Lino Urquieta y también, aunque algo asordinada, en la de Francisco Gómez de la Torre. Mostajo y Lino Urquieta publicaron entre 1901 y 1911 el periódico *El Ariete.*

En Trujillo el movimiento obrero anarquista contó con la colaboración culta del grupo 'Norte', formado por aquellos entusiastas jóvenes influidos por la literatura de Rodó, Ingenieros, Darío y el mismo Prada, donde destacaban Antenor Orrego, César Vallejo, Alcides Spelucín y, claro está, Víctor Raúl Haya de la Torre. Orrego fue el director fundador del periódico trujillano *El Norte,* publicado entre 1923 y 1927, hermanado en idea y sentimiento con la revista *Claridad* de las Universidades Populares y *El Obrero Textil,* publicación surgida de las luchas por la jornada de ocho horas de 1919.

La huella de González Prada se dejó sentir en todos los grupos sindicalistas. Uno de los más notables fue el grupo obrero relacionado con *La Protesta,* periódico fundado en 1911 por Manuel Caracciolo Lévano, quien tras la muerte del gran precursor estableció el Centro de Estudios Sociales Manuel González Prada. Este grupo, el más celosamente anarquista surgido en esos años, devino después de 1919 un opositor recalcitrante a todo contagio probolchevique, hasta que agotó sus energías en 1926.

En el campo literario la huella de Prada no fue menor. El grupo *Colónida* de Valdelomar, donde también estaba Alfredo González Prada, el hijo del Maestro, dio impulso a una pléyade intelectual y artística que, sin abrazar la causa anarquista, rendía ardorosa pleitesía a don Manuel, chocando aceros con todo aquel que ofendiese su memoria. Para todos, *arielistas,* vasconcelianos, librepensadores, modernistas, prosocialistas o simples rebeldes, González Prada era un símbolo muy apreciado. Y lo fue también para Haya de la Torre y toda la generación que lo acompañó en la reforma universitaria y en las Universidades Populares.

En los manifiestos de las Universidades Populares y en los artículos y cartas escritos por Haya durante los agitados días de 1923, es posible constatar su apasionada inmersión en el mensaje anarcosindicalista. Un pequeño volumen publicado en los días de su deportación en octubre de 1923, titulado *Dos cartas de Haya de la Torre,* nos ofrece algunos ejemplos. «La Revolución de la que fue apóstol admirable González Prada, será la grande y total Revolución principista que conquistará a costa de sangre y de dolores, de gallardías y de heroísmos, un alto ideal social, sin mácula de falsía ni dobleces de interés. Y esa Revolución integral [...] deberá ser precedida de una intensa agitación de conciencias, de un perenne flamear de luces nuevas», escribe en abril de 1923.

Y en julio del mismo año expone su muy anarquista desdén por la política tradicional de entonces: «Orgánicamente repugno de los políticos. Creo que todos, con excepciones rarísimas, han contribuido a precipitarnos en la deplorable situación en que vivimos después de cien años de fracasos, con un pueblo explotado y analfabeto, con una raza indígena esclava». Agitar estas ideas no impedía a Víctor Raúl abrir las páginas de *Claridad* a todas las corrientes de

pensamiento útiles para la misión educadora de las Universidades Populares.

En realidad, hasta la aparición del Partido Socialista de Mariátegui en 1928 y del Partido Aprista en 1930, ambos derivados de la experiencia de las Universidades Populares González Prada, la única manifestación militante de trabajadores manuales e intelectuales interesados en el problema social fue el anarquismo. Todos los artículos y folletos dirigidos a orientar la lucha obrera escritos en el país y prácticamente toda la literatura mínimamente contestataria, tenían la influencia o por lo menos el roce del mensaje ácrata.

Aportaron también a la difusión de nuevas ideas en la pacata Lima de comienzos de siglo algunos exiliados italianos de ideas radicales o incluso definidamente partidarios del anarquismo. Uno de ellos, don Emilio Sequi, era fundador y director de un periódico, *La Voce de Italia,* en el cual González Prada publicó, traducido a la lengua de Mazzini y Garibaldi, su discurso del Teatro Politeama –aquél de «los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra»– del 29 de julio de 1888. Otro, don Pietro Ferrari, tradujo al italiano el poemario *Minúsculas* de González Prada, publicando algunos de esos poemas en versión bilingüe en 1916 en *Colónida.* Don Pietro fue asiduo colaborador de los periódicos anarcosindicalistas. Tampoco podemos olvidar a un ilustre ítaloperuano, don Gliserio Tassara, quien publicó en 1902 *La Idea Libre,* en cuyas páginas colaboró Prada, y que sufriera un ataque vandálico encabezado por connotados personajes del entorno periodístico y familiar de *El Comercio.* Otro, don Egidio Sassone, parapetado en sus barbas blancas y en el prestigio de su hijo Felipe Sassone, contribuía a la causa sentando cátedra de individualismo y ciencias de la vida desde la dirección del Parque Zoológico de Lima.

También primaba el anarquismo en Argentina y no sólo en Buenos Aires, así, la ciudad de Rosario mostraba igual o mayor actividad anarquista. La rebeldía libertaria influía con fuerza en los grupos literarios y artísticos argentinos estimulando su cercanía al movimiento obrero. Hacia 1905 ya existían allí poderosos sindicatos influidos por el anarquismo como la FOA y la UGT, que luchaban por la jornada de ocho horas y proyectaban destellos de rebeldía a los trabajadores de todo el continente, incluidos los peruanos.

En ese ambiente entre revolucionario y literario propiciado por los libertarios el joven Haya de la Torre se desenvolvía muy bien. Cuando llegó a Lima se vinculó fácilmente con los núcleos anarcosindicalistas. Para ellos la amistad de Haya con los obreros cañeros norteños era la mejor carta de presentación. Hay que añadir que muchos de estos luchadores obreros eran también personajes ejemplares, de vasta cultura autodidacta, amantes de las musas y atildadamente individualistas. No desentonaban entre sus pares de clase media. Entre los líderes anarcosindicalistas de Lima que fraternizaron con Haya se recuerda varios nombres con ribetes de leyenda, como los textiles Juan Guerrero Químper, Arturo Sabroso, Fausto Nalvarte y Samuel Ríos; el chofer Samuel Vásquez; los tranviarios Isaías Molero, Salomón Ponce y Miguel Gárate; y el enciclopédico carpintero Fausto Posada, amigo de Haya, de Mariátegui, de Luciano Castillo y de todos los que destacaron por su inquietud social.

Por eso es que uno de los primeros actos de Víctor Raúl como líder estudiantil de San Marcos fue organizar la delegación universitaria que cooperó con los miembros de la Federación Obrera de Lima para lograr la jornada de ocho horas, en enero de 1919. Fue ese mismo espíritu el que derivó el Congreso Nacional de la Federación de Estudiantes, realizado en 1920 en el Cuzco, hacia la tarea de la reivindicación social de los pobres del Perú y la creación de las Universidades Populares.

X

Claridad y Clarté

La adopción flexible y generosa del ideal anarquista imperante en la actividad de Haya estuvo incentivada por el ejemplo del movimiento *Clarté (Claridad),* impulsado en Francia por Romain Rolland, Anatole France, Henri Barbusse y muchas otras célebres plumas europeas. Este grupo resumía influencias humanistas, anarquistas y socialistas bajo el lema de la «Revolución de los espíritus». En Argentina también se publicaba, bajo inspiración similar, una revista *Claridad,* con la cual tomó contacto Víctor Raúl en su periplo estudiantil de 1922. Los argentinos tenían correspondencia con la revista francesa y, a través de ellos, Haya pudo extender a Europa la creciente repercusión de las Universidades Populares. De esta época datan sus primeras cartas a Romain Rolland. La actividad del grupo *Clarté* era un elocuente alegato contra la guerra y a favor de la justicia social. El grupo era solidario al mismo tiempo, aunque en forma más emotiva que doctrinal, con la Revolución bolchevique.

A propósito del bolchevismo, sustantivo enigmático, lindante con la brujería en esos desinformados años, desde 1919 circulaba en Lima una especie de novela del señor Felipe Voysset titulada *Renato Bolchevique*, temprana muestra de los ecos de la Revolución rusa en la opinión pública peruana. Se hablaba y se escribía, pero se conocía tan poco de los problemas de Rusia en la gran prensa del país que un diario, *La Unión,* atribuyó la toma del poder por los bolcheviques a «la victoria del General Soviet». José Carlos Mariátegui se burlaba de ésta y otras muestras de ignorancia en su columna «Voces» del diario *El Tiempo* en 1918. Por supuesto, en las organizaciones obreras se sabía mucho más sobre esos lejanos sucesos, lo que se comprueba fácilmente consultando la colección de *El Obrero Textil* de 1919 a 1923, donde colaboró Haya.

La prensa sindicalista recibía noticias por sus propios medios, ya sean cartas, recortes o artículos de periódicos obreros lejanos. Una importante fuente de información, no precisamente política sino novelesca y vivencial, aspectos que interesaban mucho a los anarcosindicalistas, era *Clarté*. En Vitarte, poco antes de la llegada de Haya de la Torre a organizar las Universidades Populares, ya se comentaban las formidables hazañas de los revolucionarios rusos y mexicanos con entusiasmo y esperanza.

La generosidad de Haya y su amplitud de criterio fueron puestas a prueba con motivo del regreso de José Carlos Mariátegui, ausente del país entre 1919 y 1923. Cuando Mariátegui, periodista avizor y sensible, regresó de su autodestierro en Italia en marzo de 1923, portador de las «novedades» sociales y políticas de ese sector del mundo, proclamándose marxista probolchevique «convicto y confeso», Haya de la Torre no dudó en incluirlo entre los profesores de la Universidad Popular. No tuvo reparos ideológicos o políticos. Al contrario, tuvo que vencer las resistencias de otros. Es más: Haya encomendó a Mariátegui la dirección de *Claridad,* en su calidad de órgano de las Universidades Populares González Prada, cuando partió al destierro en octubre de 1923. En reciprocidad, Mariátegui intervino lealmente, hasta donde se lo permitieron sus fuerzas, en las Universidades Populares, en la dirección de *Claridad,* al partir Haya de la Torre, y en los primeros esfuerzos por la organización del APRA entre 1926 y 1928.

En enero de 1923 hubo un pequeño suceso de grande y prolongada resonancia. Para obtener el doctorado de Letras en la Universidad de San Marcos correspondía a Haya de la Torre aprobar el curso de Pedagogía, que dictaba Luis Miró Quesada, uno de los directores de *El Comercio.* Por causa de la reforma universitaria de 1919, Haya había tenido discrepancias públicas con este catedrático, uno de los más cuestionados por los estudiantes. En el examen final en que le tocó hablar de la educación «Open door», Haya fue desaprobado. La indignación de Haya llegó a las columnas de *El Tiempo*; no admitía ser desaprobado en una materia que le apasionaba tanto.

De ello surgió un entredicho sonoro y duradero entre el profesor y el alumno, que se convirtió en choque permanente entre la

institución y el grupo social del profesor y el grupo social y político del estudiante. La brecha se hizo más profunda a partir de 1927, cuando las Universidades Populares, sobrevivientes con gran dificultad en medio del endurecimiento de la tiranía, fueron prácticamente barridas por una conjunción entre la dictadura leguiísta y la vieja oligarquía limeña. De pequeñas causas resultan tantos efectos y el Perú pagó el resultado de todo esto. Pocas entidades han tenido en nuestra historia una acritud tan honda y duradera como el APRA y *El Comercio.*

Esta etapa en la vida de Haya, vinculada al anarcosindicalismo, tiene su punto más elevado en las jornadas de mayo de 1923 cuando, al frente de los obreros y estudiantes participantes en las Universidades Populares, protestara contra la consagración del Perú al Corazón de Jesús, que en ese momento encubría una legitimación del continuismo de Leguía y un mayor recorte de libertades, incluido un recorte de las libertades religiosas. Allí cobró vida la idea de clásica raíz anarquista, posteriormente incorporada a la doctrina aprista, del *frente único.*

Posiblemente un manifiesto de las UPGP del 19 de mayo de 1923, reproducido muchas veces en libros y revistas, estrenó esta idea de manos de Haya. Allí leemos que el propósito de la protesta es convocar a un «frente único, sin distinción de credos religiosos, políticos o sociales, a fin de impedir que la imposición del clericalismo ofenda con la proyectada ceremonia, el principio de libertad de conciencia que la Nación debe garantizar en su máxima amplitud». Tras esas jornadas épicas, hoy tan conocidas, vino un tramo de dura prueba para el movimiento obrero y estudiantil, soportado con entereza e incluso heroísmo. Haya sufrió entonces su primera persecución, desde esa fecha hasta octubre de 1923.

En el fondo, el anarquismo estudiantil de Haya, como el *arielismo* de pocos años antes, era más un sentimiento que una doctrina. El punto de partida era muy simple: repudio a la política oficial y plena solidaridad con los desposeídos, pero sus contornos no eran muy nítidos y se confundían con diversas influencias. El anarquismo era así casi en todas partes. Víctor Raúl recién se orientó hacia un cauce doctrinal propiamente dicho después de 1923. A su anarcosindicalismo primordial se añadió un activo contacto con los ideólogos de

la Revolución mexicana y, a través de ellos, con el marxismo irradiado en esos años por la Revolución rusa.

En el aspecto intelectual, este último no era todavía el leninismo altanero, canónico y enciclopédico de Stalin. Durante los primeros años de la Internacional Comunista, el bolchevismo ganaba simpatías fuera de Rusia mostrando un marxismo heterodoxo, experimental, sin pretensiones universales, aunque en su fuero interno, obviamente, inculcaba el dogma revolucionario leniniano a sus afiliados. Sin embargo, *urbi et orbi,* Moscú aún no se proclamaba la meca del comunismo. Invitaba a los revolucionarios del mundo, sobre todo a aquéllos de «los pueblos de Oriente» –incluyendo en el concepto a Latinoamérica– a ser audaces y solidarios entre sí, ofreciendo con modestia el apoyo de la todavía bisoña tercera Internacional. De hecho, el leninismo original, en lo teórico no era sino un determinismo económico irrevocable combinado con cierto pragmatismo en lo político. Había una «crisis ineluctable» que rondaba a todos los países y había que emplear «todos los medios» para precipitarla y convertirla en un triunfo revolucionario. Todo el leninismo era poco más que esto, como puede comprobarse leyendo el folleto de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo,* tan difundido en esos años, donde el líder ruso critica a los que no saben utilizar en el momento justo los medios más eficaces.

Es cierto que ya en 1918 Lenin había publicado su libro *El Estado y la Revolución,* pero no es menos cierto que, precisamente en ese libro, la tesis de la «dictadura del proletariado» es presentada como una confusa etapa de idílica libertad, basada en la igualdad de los salarios y la radical eliminación de toda jerarquía social en camino a la «extinción del Estado»; es decir, calcando el ideal anarquista del «autogobierno de las masas».

Creo que ese voluntarismo por un lado, y esa coincidencia finalista y genérica con el anarquismo respecto a la sociedad sin clases por el otro, influyeron hondamente en la revolución mental y política del joven líder peruano. Para Haya y para muchos que compartían sus inquietudes, el experimento de Lenin resultaba más cercano que lejano de la prédica anarquista. Así lo entendían también muchos mexicanos cuando Haya llegó allí. El entusiasmo por Lenin

que se comprueba en algunas exaltadas cartas y artículos de Víctor Raúl de los primeros meses de 1924 no expresa otra cosa que sincera admiración por la aureola de valentía y radicalidad que envolvía a los bolcheviques. Rusia demostraba que la ansiada «Revolución de los espíritus» y la propia Revolución social no eran remotas quimeras.

El inflamado verbo hayista de esos años circuló mucho en la prensa de vanguardia peruana y latinoamericana. Recuerdo por ejemplo haber leído una revista publicada en Huacho, en las afueras de Lima, seguramente para evadir la censura, por el estudiante Félix Anaya. Se llamaba significativamente *Bohemia Azul*. En sus páginas aparecían colaboraciones de muchos integrantes de las Universidades Populares y del propio Haya de la Torre, ensimismado entonces en su ira justiciera contra la dictadura de Leguía y contra la generación anterior a la suya, a la que endilgó esta frase de Vasconcelos: «Una generación sin maestros». Aquellas invectivas de Haya contra sus antecesores resultaban a veces pueriles. Por ejemplo, refiriéndose a la célebre frase del discurso de González Prada en el Teatro Politeama, «Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra», prometía con graciosa jactancia juvenil que los viejos no debían temer nada de la nueva generación porque ésta les daría buena sepultura. Eran pues años de exaltación y de rebelde arrogancia. Mientras tanto, la realidad inmediata se presentaba incierta y difícil. En octubre de 1923, ya en sus 28 años, la dictadura lo lanzó al báratro insondable de la proscripción, alejándolo de los amigos, compañeros, familiares y compatriotas, como una piedra que se lanza al vacío.

XI

UN PERSONAJE PREVISTO PERO SUBESTIMADO

En esta parte debo olvidar un poco a los personajes humanos, de carne y hueso, para atender a uno de ideas y oro que, aunque existente desde tiempo atrás, nunca oficializó su presencia. Me refiero al *imperialismo*, es decir, el creciente poder de las potencias que facilitaban recursos del exterior a la nueva República.

Es obvio que la independencia no se habría realizado sin los empréstitos ingleses, lo cual hace evidente que estos fondos fueron ambivalentes: si por un lado ayudaron, por el otro subyugaron. A la influencia británica sucedió la presencia de capitales franceses que dominó el comercio peruano durante más de medio siglo, más o menos desde 1830. Empero, la verdadera presión neocolonial se produjo a partir del triunfo militar de los Estados Unidos sobre España en 1898.

En el caso del Perú, desde la segunda mitad de siglo XIX aparece con vigor inesperado el capital norteamericano, en la persona de un yanqui auténtico que, después de salir a ocultas de California dejando sin aclarar diversos enredos financieros, se destacó en la construcción del ferrocarril de Viña del Mar a Santiago de Chile y enseguida fue llamado por el presidente del Perú, Pedro Diez Canseco, para acelerar los trabajos del indispensable ferrocarril de Mollendo a Arequipa. Aquel hombre se llamaba Henry Meiggs, nacido en Nueva York en 1811. Sobre su vida y obra hay un ameno y erudito libro, escrito por el profesor Watt Stewart, bajo el título de *Henry Meiggs a yankee Pizarro,* que yo traduje para la Universidad de Chile el año de 1954.

Al comenzar el gobierno del coronel José Balta en 1868 la situación financiera peruana había tomado un sesgo de gravedad inesperado. Destacó entonces como ministro de Hacienda Nicolás de

Piérola, joven exseminarista de 29 años, de corta estatura, cabello crespo, voz nasal y decisiones rápidas, que ocupó el cargo en dos años discontinuos entre 1869 y 1871, y dio rápida solución, a su manera, a dos grandes problemas económicos del Perú de entonces: el del guano y el de las obras públicas viales.

El guano estaba en manos de los consignatarios de la Casa Gibbs, inglesa, pero se trataba de obtener mayores ventajas y convertirlo en un «instrumento de desarrollo», como se dice ahora. Piérola prefirió otorgar la exclusividad a la Casa Dreyfus, de origen francés y establecimiento norteamericano, poniendo de lado a algunos capitalistas peruanos que, con Guillermo Bogardus y Manuel Pardo a la cabeza, pretendían manejar aquel producto. De allí la ojeriza que llegó a ser motivo de guerras civiles entre Pardo y Piérola durante largo tiempo.

El otro problema era el de las vías de comunicación. Meiggs asumió esa misión desplazando a todo rival posible. Construyó en cuatro años los primeros 140 kilómetros del ferrocarril del Callao a La Oroya, obra dificilísima en la que tuvo que vencer con gran ingenio serios obstáculos naturales. Inició los ferrocarriles de Arequipa a Puno, de Puno a Cuzco, de Ilo a Moquegua, de Pacasmayo a Cajamarca y de Chimbote a Huaraz. Meiggs desarrolló todas estas obras tanto como lo permitió la débil economía fiscal, entre 1869 y 1875.

La vía férrea trajo como consecuencia la proyección internacional de la minería del centro del Perú, dando lugar a crecientes compras y concesiones a favor de capitalistas norteamericanos. Inclusive algunos socios de Meiggs como los señores Backus y Johnston se dedicaron a la minería y luego, fortalecidos con los beneficios de esa actividad y contando con capitales norteamericanos y británicos, crearon la industria del hielo y enseguida la de cervezas y maltas. Sobre este capítulo importante de la vida industrial del país puede consultarse mi libro *Historia de una industria peruana: cervecería Backus y Johnston,* publicado en 1978.

Meiggs fue llamado por sus enemigos «el nuevo virrey del Perú». Debe decirse en su favor que invirtió sus ganancias en el país, no siempre con buena fortuna, y que realizó obras filantrópicas. Murió en Lima en 1877, un año antes que el expresidente Manuel

Pardo cayera asesinado en las puertas del Senado del Perú y dos años antes del inicio de la guerra del Pacífico.

Pero en realidad, lo que podríamos llamar una ofensiva sistemática y en profundidad del capitalismo norteamericano en el Perú empieza en 1888 con el Contrato Grace, cuya firma coincide con el descubrimiento de petróleo en el norte del Perú. Estas reservas estuvieron bajo el control del industrial italiano Faustino Biaggio, quien traspasaría sus concesiones a los ingleses y éstos, más tarde, a los norteamericanos. Hasta entonces el capital extranjero había tenido una importancia secundaria en la política nacional. Fue por las dramáticas consecuencias de la guerra del Pacífico que el gobierno del general Cáceres tuvo que aceptar el discutido Contrato Grace, firmado en apariencia con una firma nacida en el Perú, puesto que W. R. Grace & Co. se constituyó en El Callao aunque, de hecho, era una empresa norteamericana.

El Contrato Grace ponía bajo el control de esta firma todos los ingresos del Perú a cambio de su ayuda decisiva para resolver los urgentes problemas de caja del Estado peruano. Estábamos en pleno surgimiento del fenómeno imperialista, cuya organización e ideología recién se revela en 1902 con la obra de John Atkinson Hobson, titulada *Imperialism: an Essay,* publicada en español bajo el título *Estudio del imperialismo,* que puso en evidencia lo que ese fenómeno significaba en tanto superación del viejo colonialismo y gradual absorción de los nacionalismos incipientes.

La actividad norteamericana desterró a la británica en la costa del Pacífico. Las antiguas firmas y concesiones británicas fueron sustituidas poco a poco por las norteamericanas. En el Perú, durante la segunda administración de Leguía, es decir después de 1919, ejercieron una influencia fundamental no sólo en los negocios sino en las decisiones del gobierno que concluyó en 1930.

El fenómeno del imperialismo poscolonial no aparecerá en los textos doctrinales anarquistas ni en los de Marx, aunque es conocido que el líder anarquista ruso Bakunin protestó contra la anexión de territorios mexicanos por los EE. UU. Marx y Engels, en su *Manifiesto comunista* de 1848, no se refieren para nada a los pueblos no europeos, ni tienen una actitud favorable hacia ellos en otros escritos.

En realidad, el desprecio germano de Marx y Engels por latinoamericanos, africanos y asiáticos es casi digno del conde de Gobineau, cuyo *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas,* precursor del nazifascismo, era muy difundido en ese tiempo. Cuando se refieren a la anexión norteamericana de California –polemizando con su rival Bakunin– la consideran una medida civilizadora legítima. «¿Acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella?», escribía Engels en 1849. En lo tocante a la conquista de la India por los ingleses, Marx exaltó su presunto valor civilizador en detrimento de la milenaria cultura hindú. Por eso escribió en 1853 que esa intervención nítidamente imperialista era «la más grande y, para decir la verdad, la única Revolución social que jamás se ha visto en Asia». Todo esto puede consultarse sin mayor esfuerzo en las diversas antologías disponibles.

Además de las frases despectivas de Marx contra la figura de Bolívar y su lucha emancipadora –comparándolo en una carta de 1858 con el caudillo negro haitiano Soulouque–, también son dignos de mención los comentarios de Engels en el capítulo primero de *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado,* de 1884, donde especula sobre la «civilización superior de arios y semitas», quienes tendrían un cerebro mayor y mejor nutrido que los indios americanos.

Después del libro de Hobson, la teoría del imperialismo se vio fuertemente nutrida con la aparición en 1917 de un pequeño pero punzante volumen de Lenin traducido a todas las lenguas como *El imperialismo, última etapa del capitalismo* –«last stage» en inglés, «demiére stade» en francés, etc.– y rebautizado después de la muerte del autor como *El imperialismo, etapa superior del capitalismo,* cambio fundamental. Para Lenin el nuevo fenómeno económico era el preludio de un cataclismo capitalista global, con guerras civiles y revoluciones por todo el planeta. La demora de este cataclismo obligó a los comunistas rusos a modificar el título.

Conviene señalar que Lenin definía este imperialismo en función de los modelos ruso, alemán e inglés. Consideraba que, no obstante su fundamento capitalista, esto es, el dominio de la economía mundial por los arreglos y desarreglos de unos pocos cárteles

y *trust*, sólo podía tildarse de imperialista la política que defendía estos intereses con ánimo de reconquista de pasadas fronteras imperiales y coloniales. El imperialismo obedecía entonces a los intereses de sobrevivencia de las viejas aristocracias, las cuales competían entre sí por la hegemonía económica mundial y por el control de las antiguas colonias de cada potencia rival. No entraba en el análisis la evolución del capitalismo norteamericano, demasiado lejano para los rusos y poco asimilable a su modelo prefabricado de país imperialista. Los EE. UU. eran, en el peor de los casos, un capitalismo nacional ascendente, renovador, casi benéfico, sin ambiciones belicistas ni anexionistas. Tenían algunas «taras de crecimiento» pero no estaban «heridos de muerte» o «agonizantes» como los capitalismos europeos.

Además de su simplismo, esta teoría omitía algunos hechos fundamentales. Los Estados Unidos, multiexportadores desde 1876, se habían convertido en el principal proveedor industrial de los aliados desde 1914 y pasaron a ser la principal potencia militar al romper su neutralidad en 1917 e inclinar en forma definitiva el balance de fuerzas en la Gran Guerra. No era muy difícil anticipar este resultado si se prestaba atención a su amplio usufructo de la minería, el petróleo y otros recursos naturales latinoamericanos a partir de 1890.

Sin embargo, al firmarse la paz el Senado norteamericano se negó a aprobar la posición del presidente Wilson, quien favorecía la creación de la Sociedad de las Naciones. Los EE. UU. permanecieron al margen de aquella institución, dando una impresión de aparente desinterés en el llamado «reparto del poder mundial» posterior a la guerra. Un dato interesante pero incapaz de ocultar el acelerado desplazamiento de ingleses y franceses en muchas actividades económicas por los *trust* norteamericanos.

Los primeros grupos socialistas y comunistas de América Latina adolecieron de una apreciación exacta del expansionismo norteamericano. Si bien los revolucionarios mexicanos iniciaron una campaña de denuncia de la actitud expansionista de los Rockefeller y Cía., fue recién con el APRA que surge una interpretación política coherente y confirmada por los hechos. No olvidemos que en 1928, en sus *Siete ensayos*, interpretando los problemas nacionales, José

Carlos Mariátegui no dará la importancia debida al capital extranjero, ocupándose de él en forma muy soslayada y oscura en ocho breves acápites del primer ensayo.

En el caso peruano, la mancomunidad de intereses entre la dictadura de Leguía y el capital norteamericano era una prueba gráfica de la llamada política del *big stick* (gran garrote), típicamente imperialista. Los EE. UU. controlaban Cuba, Puerto Rico y Panamá y hegemonizaban el comercio exterior de muchos productos latinoamericanos, pero no parecía suficiente.

A partir de la ocupación militar de Veracruz en 1914, apoyando a Carranza contra el general Huerta, Estados Unidos trató de ejercer una influencia política directa sobre América Latina. En todo el continente favoreció la imposición de dictaduras y protegió con intervenciones armadas cualquier amenaza a sus intereses. Destacan los casos de drástica y prolongada ocupación militar de Nicaragua (de 1912 a 1933), Haití (de 1915 a 1934) y República Dominicana (de 1916 a 1924).

Al respecto Haya de la Torre manifestaba en junio de 1925: «No necesitamos insistir mucho para probar que las tiranías sangrientas de Gómez en Venezuela, Leguía en el Perú, Saavedra en Bolivia [...] tienen el apoyo moral de la Casa Blanca y material de Wall Street. [...]. A costa de masacres, prisiones y destierros se mantienen en el poder y garantizan el avance de su amo imperialista en nuestro suelo» *(OC,* t. I, p. 76). Estas palabras describían una realidad; no eran metáforas. Tampoco lo era esta conclusión expuesta en 1926: «La soberanía nacional se pierde en América Latina proporcionalmente al aumento de las inversiones del capitalismo yanqui en nuestros países» *(OC,* t. IV, p. 79).

Conviene tener presentes estos hechos para entender mejor la aparición del APRA. Es en torno al tema del imperialismo, en particular el imperialismo yanqui, encarado con valentía, honestidad y realismo, que empezará a ponerse de manifiesto la originalidad del pensamiento político de Haya de la Torre en una magnitud continental.

XII

TRANSFUSIÓN CON UNO DE LOS IMPERIALISMOS

La gestación del planteamiento antiimperialista de Haya de la Torre, columna vertebral de la doctrina aprista, no fue simple ni inmediata. Fue el resultado de una experiencia y sobre todo de una lucha activa. El aprismo nunca fue el producto de una especulación de laboratoristas sociales.

Haya siempre abogó por una línea teórica «clara y vigorosa y no anticipada excesivamente a los hechos». Y añadía: «Sobre el campo de lucha ha de robustecerse y afirmarse la nueva ideología política y social. Los hechos irán definiéndola y perfeccionándola». Tal era su comentario retrospectivo en el capítulo X de *El antiimperialismo y el APRA*, escrito en 1928 (*OC*, t. IV, p. 216).

Cuando Haya de la Torre partió desterrado, el 9 de octubre de 1923, sus nociones sobre el imperialismo eran vagas. Tenía en cambio la convicción de que en el Perú el indio era el personaje más explotado y que, en él y en su región andina, descansaba gran parte del porvenir nacional.

Llegó a Panamá donde la realidad era distinta: el gran problema era allí la cruda presencia imperialista de los EE. UU. Cualquier visitante podía advertir a primera vista, en la Zona del Canal, una guarnición militar norteamericana numerosa y bien pertrechada. El injusto tratado Hay–Bunau Varilla de 1902 otorgó a los EE. UU. el dominio a perpetuidad de una zona de ocho kilómetros a cada lado del canal. La presencia yanqui era abrumadora y opresiva. En Panamá no había cuestión indígena: el personaje más explotado era el «chombo» o sea el mulato panameño; una pequeña oligarquía nacional compartía todos los privilegios con las empresas norteamericanas que dominaban la economía.

Ver esta situación de cerca fue para Haya una revelación y un

sacudimiento. Esa porción de América no guardaba semejanza con la realidad que Haya había conocido en Chile y en la región del río de La Plata, ni se parecía a la realidad del Perú. En Chile y La Plata imperaba una clase criolla descendiente de europeos y vinculada al capitalismo extranjero, pero firmemente afianzada en sus instituciones políticas. En el Perú, la cuestión social tenía como fundamento la tajante contraposición entre el mísero medio rural indígena y el relativamente próspero medio urbano criollo.

En cambio, Panamá y la mayor parte de América Central casi no tenían rastros de sus economías tradicionales ni poseían instituciones autónomas. Eran territorios profundamente modificados por el abuso colonial, con una población en su mayoría mulata, explotada en plantaciones, en cuya memoria no estaba muy lejano el recuerdo del tráfico de esclavos. En Panamá a esto se añadía la humillante condición de territorio ocupado y sojuzgado por una fuerza política, económica y militar inmensamente superior. Era la imagen descarnada del proceso de fondo que vivía América Latina.

Pese a la sorpresa, Haya no perdió la iniciativa y en Panamá colaboró en la fundación de la Universidad Popular Justo Arosemena, vinculándose con un selecto grupo de estudiantes e intelectuales, entre ellos Manuel Roy y Alberto Luis Rodríguez. Estuvo allí dos semanas. De Panamá pasó a Cuba, donde también reinaba una intensa inquietud estudiantil contra el imperialismo norteamericano. Estuvo en Cuba entre el 31 de octubre y el 12 de noviembre de 1923.

Desde 1901 los cubanos vivían bajo una independencia formal, limitada por la imposición de la Enmienda Platt, según la cual Estados Unidos podía intervenir militarmente en cualquier momento alterando la vida pública de la isla. Era una situación jurídica inaceptable, basada en la arbitrariedad y el deseo de hegemonía sobre la zona del Caribe. La Enmienda Platt, como se sabe, recién fue derogada en 1933 al comenzar su primer gobierno Franklin D. Roosevelt. Mientras tanto, en 1923, el clima era de amargura, protesta y anhelo de cambio. Entre 1902 y 1923 habían ocurrido varias intervenciones de los *marines,* la más prolongada entre 1906 y 1909.

Julio Antonio Mella, entonces presidente de la Federación de Estudiantes de Cuba recibió a Haya de la Torre con todos los ho-

nores y con él fundaron las Universidades Populares José Martí. Sobre este episodio contamos ahora con un importante testimonio documental gracias a la compilación facsimilar publicada por Luis Alva Castro titulada *Haya de la Torre: peregrino de la unidad continental.* Figura allí, en el primer volumen, una reproducción de la revista estudiantil habanera *Juventud,* de noviembre-diciembre de 1923, con un emotivo artículo firmado por Mella dedicado a Víctor Raúl. Allí leemos: «Como Haya debió ser Martí. Es el arquetipo de la juventud latinoamericana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel».

Cuatro años más tarde el mismo Mella, incorporado fanáticamente al comunismo, sería el más furibundo denostador del APRA. Polemizó contra Haya en el Congreso Antiimperialista Mundial de Bruselas en febrero de 1927 y, poco después, publicó un folleto insultante, *¿Qué es el ARPA?* Murió asesinado en 1929, estando perseguido por la dictadura de Gerardo Machado. El principal argumento que Julio Mella enrostrara a Haya fue que el APRA «no atacara» al imperialismo británico sino «sólo» al norteamericano. La acusación reflejaba la miopía de la política exterior rusa de esos momentos, que tenía como adversario inmediato a Inglaterra, mientras los Estados Unidos estaban aún muy lejos.

Fue decepcionante para Víctor Raúl que el amigo de los elogios fraternales de 1923 escribiera en su infamante folleto de 1928 que los apristas y su líder eran «elementos de la reacción continental»; «enemigos [de las] organizaciones del proletariado y de los revolucionarios»; «colaboradores o amigos de elementos reaccionarios de los gobiernos»; etc. La prensa comunista dio amplia difusión al folleto en 1928 y durante muchos años. Pese a estar entonces en el campo de los opositores al APRA, José Carlos Mariátegui no aceptó publicar ese material en su revista *Amauta.* Lo hizo Ravines en los números 31 y 32 de esa revista (junio-julio y agosto-setiembre de 1930), cuando ya había muerto el autor de *Siete ensayos.*

Pero volvamos con Haya. A mediados de noviembre de 1923 lo encontramos en México, invitado por José Vasconcelos, uno de los grandes personajes de la Revolución mexicana, entonces a cargo de la Secretaría de Educación de aquel país. Ya estaban en México, también invitados por Vasconcelos, la poetisa chilena Gabriela

Mistral, el profesor argentino Julio Barcos y otros inquietos representantes de la nueva mentalidad latinoamericana. Está demás señalar que Víctor Raúl hizo muchos nuevos amigos, siguió animando el espíritu solidario con los trabajadores entre los estudiantes, se empapó a profundidad de la Revolución mexicana trabajando al lado de Vasconcelos, y hasta se dio tiempo para enjugar la pena del exilio con una breve pero sincera pasión.

La Revolución mexicana fue una nueva y muy inspiradora sorpresa para Haya de la Torre. Los campesinos mexicanos eran también indios, como los peruanos, pero habían vivido una Revolución. Al joven peruano se le aparecían como enviados del futuro. Con sus carabinas terciadas, sus correajes con municiones y sus pistolones al cinto hacían respetar su recién ganado derecho a la tierra. Las páginas que Haya escribió sobre su recorrido por México reflejan la honda emoción que en él despertara aquel pueblo en armas que también quería vencer en la lucha contra el analfabetismo y la falta de salubridad heredados del pasado.

Pero aquí también el imperialismo yanqui era un protagonista inmediato e impopular. México no olvidaba que en 1845 le había sido arrebatado el territorio de Texas, cuya dimensión equivale a la del Perú. Tres años después los buscadores de oro de California lograron que esta inmensa comarca, junto con Nuevo México y Arizona, fuese también traspasada a Estados Unidos. En 1914, durante la Revolución mexicana, además del bloqueo y ocupación de Veracruz por la Marina de Guerra norteamericana, la región norteña de El Paso, donde operaba Pancho Villa, se vio invadida por tropas del Ejército norteamericano al mando de John J. Pershing, quien tiempo después sería jefe de las fuerzas norteamericanas que respaldaron a los aliados europeos en la primera guerra mundial.

Todo el ambiente de esa amplia zona de América era, pues, un vivero contra los Estados Unidos. Víctor Raúl había sido un testigo de excepción del problema imperialista en los distintos ámbitos continentales. En cada extremo de América Latina había un clamor similar. Lo que faltaba era vertebrar ese sentimiento en una fuerza común. El lazo de solidaridad ya existente entre los movimientos universitarios reformistas era un buen punto de partida. Lo era

también el vínculo entre todos estos núcleos estudiantiles y el movimiento obrero en cada país respectivo. De ahí a la prefiguración del aprismo no había más que un paso.

No se podía esperar, según rememora Haya en 1928, a tener una teoría programática acabada: «No es realista, como afirman algunos intelectuales curiosos de estas cuestiones, pretender que desde ahora la doctrina revolucionaria indoamericana aparezca completa, finiquitada y perfecta. [...]. La hora de nuestros pueblos es hora de acción y hacia ella debemos dirigir nuestras actividades. [...]. Esa urgencia de acción ha sido el imperativo fundador del APRA» (*OC*, t. IV, p. 216).

Así se explica por qué el 7 de mayo de 1924 el estudiante Haya de la Torre decidió dar inicio, en el Instituto de la Escuela Preparatoria de México, al proceso gestor del movimiento revolucionario antiimperialista llamado APRA, siglas de las palabras Acción Popular Revolucionaria Americana, cuyo objetivo fundamental sería combatir al imperialismo yanqui sin exclusión de ningún otro. Aún no contaba con adherentes numerosos ni tenía un documento programático digno de ese nombre, pero existía la «urgencia de acción» del pueblo «indoamericano» contra el imperialismo yanqui. Al calor de esa lucha el aprismo empezó a cobrar vida con propósitos muy claros, luego conocidos como los cinco puntos del *programa máximo*. La bandera *indoamericana* entregada el 7 de mayo a los estudiantes mexicanos, que sellaba un compromiso entre el exiliado peruano y toda la generación universitaria animada por su ejemplo, y el urgente llamado a la lucha antiimperialista que Víctor Raúl difundía incansablemente en artículos y cartas, fueron el punto de partida.

En una carta de Haya a Gabriel del Mazo de junio de 1925 incluida en *Por la emancipación de América Latina* (*OC*, t. I, p. 80-89), una de las muchas intercambiadas sobre temas políticos y particulares por ambos en esos meses, es posible tomar el pulso a este aprismo embrionario. De llegar a publicarse el nutrido epistolario entre Del Mazo y Haya de la Torre podrá despejarse toda duda sobre el proceso previo a la redacción del primer documento doctrinal aprista *What is the APRA? (¿Qué es el APRA?)*, publicado en Londres en diciembre de 1926.

Pero reencontrémonos con Haya. Pronto la forja del aprismo traería consigo nuevos avatares políticos. Mientras tanto, este recodo mexicano en la vida de Haya culmina con el viaje, facilitado por *Ms.* Anna Graves, a mediados de 1924, a la inquietante Rusia bolchevique. Víctor Raúl se sumó a una delegación de estudiantes presbiterianos deseosos de conocer directamente lo que allí sucedía. El viaje se iniciaba en Nueva York hacia donde se dirigió Haya recorriendo la costa atlántica de los EE. UU. en compañía de José Vasconcelos.

La permanencia de Haya en México duró un año. Durante él, aparte de su compenetración con el clamor antiimperialista, absorbió la enseñanza agrarista de Emiliano Zapata y la lección permanente de tolerancia de ideas y de exaltación de la cultura que extendía generosamente José Vasconcelos. Siendo rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, Vasconcelos creó un sugestivo lema para la vieja institución remozada: «Por mi raza hablará el espíritu». Vasconcelos era un místico del idealismo y de la cultura; lamentablemente años después también lo sería del catolicismo conservador y de la intransigencia política. Fue poco antes de la estadía de Haya que un senador de la República mexicana de apellido Álvarez acuñó el nombre de *Indoamérica* para identificar lo que la repudiada Francia de Napoleón III llamaba América Latina. Víctor Raúl tomó nota cuidadosamente de esta denominación y la hizo suya, incluido el profundo desagrado de los nacionalistas mexicanos por las denominaciones *América Latina* o *Hispanoamérica.*

Las enseñanzas de la Revolución mexicana, como es fácil de observar, marcaron profundamente la personalidad y las ideas de Haya de la Torre. De ahí en adelante fue un firme convencido de que América era un continente destituido de su esencia india y que recuperar esa raíz era la meta de nuestra revolución continental antiimperialista. Fue desde entonces un *indoamericanista* apasionado. Sólo en forma ocasional toleraba el nombre de América Latina. Para Víctor Raúl, *Hispanoamérica* designaba el pasado colonial, *América Latina* el presente de inseguro republicanismo e *Indoamérica* la esencia del continente y su futuro. De esos tiempos nacerá una larga polémica suya con el escritor y penalista español Luis Jiménez de Asúa sobre la cuestión del nombre del continente, reunida en la

colección de artículos *¿A dónde va Indoamérica?,* publicada en Chile, en 1935. Gabriela Mistral, también huésped de Vasconcelos en 1924, además de profesar cariño y admiración por Víctor Raúl, participó fervorosamente de su *indoamericanismo* y no abdicó del mismo hasta su muerte.

En esos días México era un vivero de revolucionarios y de artistas. La pintura mural era el espejo plástico de la Revolución. El secretario de Educación dispuso que Diego Rivera decorase los muros de su secretaría y así surgió esa estupenda colección de frescos que ornamentan el edificio de San Cosme.

Florecía una nueva generación de escritores, destacando en primer término los novelistas Mariano Azuela, autor de *Los de abajo* y Martín Luis Guzmán, quien había sido amigo y secretario de Pancho Villa, autor de dos libros excelentes sobre la gesta mexicana: *El águila y la serpiente* y *La sombra del caudillo,* además de las memorias del propio Villa. Ambos eran narradores macizos, broncos testigos de la Revolución. Pero también surgían finos innovadores literarios, congregados por Vasconcelos. Entre estos nuevos escritores estaban Jaime Torres Bodet quien había publicado *Biombo,* el poeta y novelista Xavier Villaurrutia autor de *Reflejos,* Salvador Novo que publicara *XX poemas* y, el más inquieto de todos y tal vez el más fino, quien además había sido un luchador de primera línea en la Revolución, Gilberto Owen, autor de *Novela como nube* y *Línea,* entre otros títulos, cuya amistad seguiría a Haya de la Torre hasta la Lima de 1932. Owen fue también devoto traductor de Eliot, Pound y Joyce. Ejerció como cónsul mexicano en Lima y Guayaquil. Puedo enorgullecerme de haber sido su amigo y de haber editado en México la colección póstuma de su *Poesía y prosa* en 1953.

La Revolución mexicana hizo surgir también una generación de economistas con don Jesús Silva Herzog, gran teórico de la problemática del subdesarrollo y agudo visionario de las posibilidades de una planificación económica sin totalitarismo político, a quien el poeta y diplomático Genaro Estrada, secretario de Relaciones Exteriores, enviaría pronto a Moscú como primer embajador de México en la Unión Soviética. Fue gracias a Silva Herzog que Haya de la Torre intensificó sus estudios sobre marxismo. Pero evidentemente lo que más interesaba a Haya en ese momento eran los aspectos

culturales, históricos y artísticos de la realidad mexicana. Quería conocer toda la hondura de sus raíces indias. Estaban de paso entonces en México Bertram Wolfe y su esposa a quien llamarían después *La Mexicana*. Wolfe era al mismo tiempo que un sutil crítico de arte, un profundo estudioso de la Revolución rusa y del marxismo. Muchos libros suyos son de lectura obligatoria sobre estos temas, como *Marxism* y *Three who made a Revolution*. Años después tuve ocasión de visitarlo varias veces en su casa de Boston y en el propio México. Edité en Chile, en 1939, la versión castellana de *Diego Rivera y su tiempo*, estupendo libro sobre el genial muralista mexicano.

Dejando ese ambiente inquietante, puesto en marcha el proceso gestor del APRA y entregada la nueva bandera a los estudiantes mexicanos, Haya partió en su juvenil caravana presbiteriana rumbo a Moscú en junio de 1924. Anna Graves me contaría algún tiempo después que hizo una excepción para incluir a Víctor Raúl por la conocida amistad que éste tenía con el obispo presbiteriano John Mackay y por su destacada participación en la YMCA. Víctor Raúl quería conocer de cerca los fenómenos políticos que cambiaban el mundo en esos días y el más inquietante de todos estaba sin duda en el este de Europa: hacia allá partió.

XIII

CONTACTO CON LOS SOVIET

Haya de la Torre viajó desde Nueva York a Copenhague, de ahí a Danzig, Riga y, finalmente, Moscú, a fines de mayo de 1924, cuando aún perduraban en Europa los efectos de la Gran Guerra y estaban frescas en Rusia las huellas de la cruenta cruzada antibolchevique desatada por los llamados «rusos blancos» con apoyo de ingleses y polacos. Fueron varias semanas de extenuante viaje, cambiando de barcos, trenes y paisajes. Haya estuvo en Rusia entre julio y setiembre de ese año, viéndolo todo, hablando con todos los que pudieron entenderle y yendo a cuanto lugar estuvo a su alcance.

Sería absurdo reseñar en estas páginas ese viaje que nadie mejor que Víctor Raúl ha referido en su libro *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética*, publicado bastante después, en 1933, con la intervención de Gabriel del Mazo y de la Editorial Claridad de Buenos Aires *(OC,* t. II). Algunos aspectos complementarios pueden consultarse en el no menos interesante volumen *Excombatientes y desocupados,* publicado en 1936 *(OC,* t. III).

En aquel tiempo uno de los géneros literarios más usados era la crónica. La buena prosa cumplía la función descriptiva e impresionista que hoy asignamos a los grandes reportajes fotográficos o televisivos. Me atrevo a asegurar que no ha habido cronistas más brillantes y compendiosos en idioma castellano que los provenientes de Indoamérica. Sin duda, tanto Rubén Darío como el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, como el chileno Joaquín Edwards Bello, el uruguayo Juan José de Soiza Reilly, el venezolano Manuel Díaz Rodríguez y, entre los peruanos, Ventura García Calderón, José Carlos Mariátegui y César Vallejo, han escrito crónicas inolvidables con sus impresiones acerca de los paisajes, los sucesos y los protago-

nistas de la vida universal entre 1900 y 1930. Pues bien, la prosa de Haya de la Torre en sus crónicas de viaje es igualmente admirable por su precisión, su colorido y su envidiable síntesis de información.

En sus *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética,* mientras el barco inicia su larga travesía, Haya comprueba lo siguiente: «A medida que se construyen más grandes edificios del capitalismo en Nueva York, la estatua de la Libertad resulta más empequeñecida. Quien ha estado en los Estados Unidos de Norteamérica sabe bien que tal fenómeno no es sólo una ilusión óptica» (*OC,* t. II, p. 418). Su recorrido por paisajes insólitos para un suramericano no le impide hacer constantes paralelos con la realidad nuestra. Avizora desde el mar las costas de Escocia «vestidas de césped y sin un árbol como los páramos andinos» (*OC,* t. II, p. 419) y mira a través del campo ruso que «aquellas grandes llanuras doradas por el trigo en cosecha tienen mucha semejanza con los planos campos argentinos» (*OC,* t. II, p. 423).

Le emociona la alegría de los trabajadores rusos, en abierto contraste con el hambre y la tristeza imperantes en Europa occidental. Una obrera de «extracción social burguesa», ahora convencida comunista, le muestra orgullosa las huellas del trabajo realizado en sus manos y sus ropas, equivalentes al «óleo sagrado de la proletarización». Vemos pasar ante nuestros ojos a los ciudadanos más simples y también a los grandes líderes como Trotski, Zinoviev y Lunacharski. Reunido con un grupo de soldados del Ejército Rojo, se sorprende Víctor Raúl de la curiosidad que despierta: «Todos quieren pedirme datos de mi América. Las preguntas se suceden. Me llevan ante un gran mapa mundial y oficiales y soldados tropiezan sus dedos en la búsqueda de nuestros lejanos países» (*OC,* t. III, p. 63).

Haya de la Torre expresa en estas crónicas su sincera admiración por el experimento soviético: «Aunque la prensa mienta, yo estoy con Ingenieros: es una Revolución más grande que la gran Revolución francesa» (*OC,* t. II, p. 436). Pero no pierde de vista las acentuadas particularidades nacionales de este proceso social. Discute sobre ese tema con el dirigente bolchevique Yarolawski (*OC,* t. III, p. 80), expresándole su sorpresa por los curiosos ribetes religiosos del culto funerario a Lenin quien había fallecido en enero de

1924. En «El último ruso de mi viaje» prosigue su reflexión sobre el profundo misticismo eslavo y «el orgullo reprimido de esta raza que soportó su yugo sin abatir jamás su cólera y su sed de universo» (*OC*, t. III, p. 71).

La estadía en el país de los soviet fue muy aleccionadora, pero para entender sus efectos conviene ahondar la observación de las huellas que México dejara en Víctor Raúl, sus lecturas predilectas y el ánimo con el que iba a Rusia.

México había sido una gran lección, sobre todo en tres aspectos: primero, la defensa de la libertad política y la condena de las dictaduras; segundo, el testimonio de la penetración imperialista en términos de copamiento financiero monopolista y constante amenaza de intervención militar; tercero, la inclusión en la política revolucionaria de una intensa devoción por la belleza tanto en la forma como en el fondo, en todos los campos de las artes.

En el México revolucionario Vasconcelos y Antonio Caso habían elevado el amor a la cultura a un nivel casi religioso. Vasconcelos esparcía lecciones sobre el Oriente en sus *Estudios indostánicos* y en su *Ensayo sobre Pitágoras*. Caso había escrito su *Dramma per musica* y su tesis sobre *La existencia como caridad*. Nada de esto parecía revolucionario pero lo era; sobre todo cuando Vasconcelos propagaba por el mundo hispanoparlante su colección de clásicos con nombres como Homero, Esquilo, Virgilio, Platón y Séneca entre los más antiguos y Romain Rolland entre los más modernos. Vasconcelos las remitía a quien las pidiese y el Perú no fue la excepción. En 1922 estas colecciones permitieron organizar auténticas bibliotecas en las sedes de las Universidades Populares. Por eso para nuestra generación la Revolución mexicana significaba principalmente la democratización de la cultura sobre todo entre los campesinos.

De ahí que Haya de la Torre llegue a Rusia y sea impactado por la compleja realidad de su Revolución pero sin perder las anteriores influencias. Sigue siendo un fervoroso *indoamericanista* y un apasionado de la libertad cultural. En sus apuntes de viaje nos remite varias veces a los mentores de su rebeldía estudiantil, entre ellos Romain Rolland, cuyo concepto de la naturaleza solidaria y libertaria del espíritu humano impresionó a Víctor Raúl desde su juventud. En cambio, al paso por Noruega y Dinamarca no evoca ninguno de

los nombres clave de estos países: ni el de Ibsen, ni el de Kierkegaard, no obstante que Unamuno, otro de los favoritos de Víctor Raúl, había aprendido el danés para traducir al autor de *El banquete*. Las crónicas de 1924 muestran en todo momento a un Víctor Raúl fiel a sus raíces y orgulloso del valioso aprendizaje mexicano.

Un evento importante que coincidió con la visita a Rusia de Víctor Raúl fue la realización del quinto Congreso Mundial de la Internacional Comunista. Siendo testigo de algunas ceremonias públicas relacionadas con dicho congreso, Haya de la Torre expresa sin regateos en sus *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética* que la figura de Trotski, con quien sólo habló una vez, le pareció la más importante y que su oratoria robusta, lógica y pintoresca superaba con creces aquélla de sus ilustres compañeros. Recuerdo que una vez me comentó cómo se sorprendió de haber estado escuchando durante cinco horas un informe estupendo del fundador del Ejército Rojo en un idioma que desconocía por completo. Quedó maravillado por la voz y el dominio escénico del orador.

Otros dos expositores notables para Haya fueron Zinoviev y Bujarin. Grigori Zinoviev, el compañero juvenil de Lenin, hablaba reposadamente, como un maestro rural, a diferencia de Trotski que lo hacía con vehemencia, como un verdadero político. Nicolai Bujarin se expresaba como un académico, desarrollando sus ideas como quien resuelve teoremas euclideanos. Nunca olvido que cuando leí *Materialismo histórico* de Bujarin me golpeó la fría lógica y el dogmatismo cerrado con el que el autor planteaba causas y sacaba consecuencias en un determinismo fatigante y a mi juicio falaz.

En cuanto a Haya, es un hecho que extrajo importantes y duraderas lecciones de su contacto con el movimiento comunista, sin perder el nexo sentimental y político con la Revolución mexicana. La primera y más importante lección fue la sensibilidad hacia los problemas mundiales. Desde entonces Haya estaría siempre pendiente de la marcha global del escenario político, analizando los hechos y sus posibles consecuencias como un auténtico estratega mundial. Otras dos lecciones importantes serían la preocupación por la juventud, organizándola y promoviéndola con todo tipo de iniciativas; y la prodigiosa movilización de los sindicatos para toda

clase de actividades, no sólo útiles para ellos mismos y para la producción sino útiles para la sociedad en general.

Precisamente en esos tiempos comienza el auge de la juventud politizada. Organizar y adoctrinar movimientos juveniles fue la gran meta de los partidos de entonces. Mussolini desde 1920 había consagrado un himno al fascismo que entrañaba un himno a la juventud. Sus primeros versos decían: «Giovinezza, giovinezza, primavera di belleza». Ningún partido dejó de practicar el intenso reclutar de jóvenes en organizaciones casi marciales que caracterizó al fascismo. En respuesta a éste, el emergente comunismo europeo intensificó la formación de cuadros juveniles; pero, lejos de limitar sus actividades a la fanfarria electoral como hacían los partidos socialdemócratas, o exigirles tan sólo una ciega obediencia, como hacían los fascistas, los adoctrinó férreamente bajo una disciplina de ribetes místicos, inculcándoles rechazo al alcohol, prudencia en el amor y decisión y entrega absolutas al partido y a la acción política.

De allí sin duda extrajo Haya de la Torre los fundamentos morales que trató de inculcar a la FAJ (Federación Aprista Juvenil) el año 1934 en Lima. Una escena que él cuenta en sus *Impresiones de la Inglaterra imperialista y la Rusia soviética* da idea de todo esto: yendo por una calle de Moscú, de una casita escondida salieron dos hombres maduros tambaleándose un poco. Los jóvenes que acompañaban a Haya como anfitriones acudieron en ayuda de aquellos hombres que ni podían atravesar la calle y luego expresaron su pena y su vergüenza por aquellos seres humanos que gastaban su tiempo y su dinero en francachelas que no conducían a nada productivo para la sociedad.

Otros dos hechos que impresionaron poderosamente al líder aprista fueron la eficiente y amplia organización de la difusión cultural, desde una especie de universidad popular, desarrollada a escala colosal, bajo dirección de Anatoli Lunacharski; y la organización férreamente disciplinada de los sindicatos que presidía Solomon Losowski, colaborando con el gobierno soviético en el aumento de la producción y la prevención del desabastecimiento o del sabotaje económicos. Con aquél Haya tendría después un intercambio epistolar.

La orientación rusa para la cultura popular fue uno de los modelos con los que Haya perfeccionaría más tarde la Universidad Popular González Prada. En realidad, el precedente peruano coincidió sin saberlo con los principios del caso similar ruso. Ambos quizás compartían la misma inquietud fomentada por Romain Rolland desde *Clarté:* «Todo el que sabe algo debe transmitirlo y el que no sabe debe buscar quien le enseñe»; por eso los profesores de las Universidades Populares eran en general alumnos universitarios no sólo distinguidos sino con inquietud social. No se olvide que entre los rectores y promotores destacados de las Universidades Populares González Prada se encontraban los entonces estudiantes peruanos Haya de la Torre, Manuel Vásquez Díaz, Carlos Manuel Cox, Óscar Herrera, Enrique Cornejo Köster, Luis Heysen y Luciano Castillo, entre otros, todos ellos de análoga estructura doctrinaria y moral en ese momento.

En cuanto a los sindicatos peruanos, transmitirles entusiasmo por la experiencia colectivista rusa era más difícil por cuanto los obreros más adelantados eran fervorosos anarquistas o anarcosindicalistas, esto es, partidarios de una lucha económica defensiva ajena a toda forma de lucha política. Las tesis de Kropotkin, Reclus, Proudhon, predominaban entre ellos, junto con los libros y artículos de don Manuel González Prada. Al respecto bien vale consultar los volúmenes que sobre anarquismo ha publicado Hugo García Salvatecci.

Las páginas de Haya sobre su viaje a Rusia revelan además una sorprendente e intensa alegría por el paisaje y sus habitantes. El trabajo y las celebraciones en masa, la pintoresca naturaleza de los campos rusos y el aporte dinámico de sus juventudes embriagaron a Haya de la Torre. Sintió un profundo interés por el estudio del marxismo pero no al punto de aceptar la afiliación al Partido Comunista. De hecho la declinó, no por una actitud totalmente negativa, sino porque juzgaba que la realidad rusa era muy distinta a la realidad peruana, como lo era también la mexicana de donde provenía inmediatamente. La idea de desarrollar el APRA como una organización acorde a nuestra realidad continental, sin dependencia foránea alguna, no varió con este viaje, pese al rico aprendizaje ofrecido por las organizaciones laborales rusas y las colosales empre-

sas nacionalizadas puestas en marcha por los soviet. Más aún: a diferencia de la óptica universalista y abstracta con que otros hacían suya la experiencia de los soviet, Haya observó con atención el profundo sentimiento nacionalista en cada rincón de ese múltiple país y el estrecho empalme con las tradiciones populares que allí había. La Revolución rusa no era un invento intelectual.

En una carta para la *Revista de Oriente* de Buenos Aires, firmada en Londres en agosto de 1925, incluida en *Excombatientes y desocupados,* Haya reafirma con gran elocuencia estos conceptos sobre la Revolución rusa. Invita a imitar el ejemplo de Lenin en tanto creador de una forma raigalmente rusa de apreciar el marxismo: un marxismo «repensado y realizado» (*OC,* t. III, p. 24). Fue precisamente en Rusia que conoció el fenómeno de la NEP (siglas en ruso de Nueva Política Económica), reforma económica con ingredientes liberales introducida por Lenin en 1921, que fuera admirable ejemplo de la imposibilidad de imponer el comunismo de la noche a la mañana y de la flexibilidad del comunismo soviético aún no sojuzgado por Stalin. Víctor Raúl se explaya sobre el efecto de la NEP en la realidad rusa de 1924 en la sexta de las «Notas de Rusia» en *Excombatientes y desocupados.*

Fue también en el Congreso Mundial de la Internacional Comunista de 1924 donde pudo conocer a representantes de organizaciones revolucionarias no comunistas como el Kuo Min Tang chino invitados, como Haya, de manera fraterna en calidad de observadores. Todo esto entusiasmó al joven exiliado y no pudo evitar en sus notas de viaje algunas impresiones exaltadas e ingenuas de aplauso al sistema soviético. Sin embargo nada de esto disminuye el sentido esencial de su testimonio, esto es, la defensa de una óptica *indoamericana* para la vía hacia la lejana meta de la justicia y la igualdad.

A fines de agosto, pasados dos meses de estar en Rusia, Haya de la Torre fue víctima de una violenta afección pulmonar. Estaba recorriendo el país tratando de penetrar en los secretos de la plurinacionalidad de lo que antes fue el Imperio de los zares cuando se vio obligado a internarse en una clínica de Crimea. Luego, repuesto, viajó a Alemania. Allí, a fines de setiembre, recibió atrasadas noticias del Perú. Una de ellas le refirió que Mariátegui, su lugartenien-

te en ese momento al frente de *Claridad* en el Perú, quien tenía parálisis en una pierna, había sufrido la amputación de la pierna sana que le quedaba. Padecía una dolorosa convalescencia y se vería obligado a la incómoda inmovilidad de la cama y de la silla de ruedas.

Haya supo que en esas circunstancias el presidente del Círculo de Periodistas del Perú, el escritor Luis Varela y Orbegoso *(Clovis)* había promovido una suscripción pública a favor de otro escritor también en malas condiciones de salud, el crítico teatral Angel Origgi Galli. Supo también que yo había publicado en la revista *Mundial* un artículo solicitando que la erogación mencionada favoreciera igualmente a Mariátegui. Desde Berlín, en los últimos días de setiembre de 1924, Haya de la Torre me dirigió una tarjeta postal agradeciendo este gesto y pronunciándose a favor de Mariátegui en quien reconocía a un heraldo de la Revolución social en el Perú. La tarjeta dice así en su parte medular:

Sr. Luis Alberto Sánchez. Lima.

> Alguien me envió a Londres tu artículo sobre J. C. M. Yo te agradezco muy cordialmente esa actitud y te felicito por ella. ¿Han respondido a tu llamado? Quizá. Pero tengo la evidencia de que todos los que tenemos a M. por nuestro, sentiremos hacia ti simpatía y gratitud. Desde lejos, sin noticias, sigo con el alma el proceso de la enfermedad de nuestro amigo.

Estas breves líneas dan fe del gran afecto que Víctor Raúl siempre tuvo por Mariátegui, los incrédulos pueden consultar la copia facsimilar de la postal en el tomo I de la primera edición de *Testimonio personal.*

XIV

INTERVENCIÓN NAZIFASCISTA

Aquel mal pulmonar que Haya de la Torre tuvo en Rusia, en agosto de 1924, no lo superó ni en su viaje de curación a Crimea facilitado por el gobierno de los soviet, ni en su salida hacia Estocolmo y luego a Berlín. De hecho, su salud había quedado resentida por los estragos del acoso policial leguiísta y la severa huelga de hambre que realizó en la víspera de su deportación en octubre de 1923.

Había regresado de Leningrado a Estocolmo y de ahí a Stettin (o Szczecin) en Polonia siguiendo desde allí sobre el Oder. Su interés por confrontar realidades le impuso detenerse a recorrer Alemania. Lo hizo, en efecto, durante el mes de octubre, pero un nuevo decaimiento de salud lo obligó a internarse en una clínica suiza en noviembre de 1924. Durante su curación en Crimea había recibido una invitación de Romain Rolland para curarse en un sanatorio alpino. Aun así, en Alemania tuvo oportunidad de ver de cerca la convulsionada situación allí existente.

Alemania atravesaba en esos momentos las horas más difíciles después de la primera guerra mundial. A la derrota de 1918 se había sumado la insurrección social consiguiente, estimulada por los comunistas alemanes con apoyo de los bolcheviques rusos. En vano el gobierno socialdemócrata pretendió reordenar las cosas a través de la Constitución de Weimar. La represión había sido muy cruel y los nombres de los grandes mártires de enero de 1919, Rose Luxemburg y Karl Liebknecht, resonaban como llamados de combate. La deflación empezaba a ser tan dura como la inflación. La numerosa juventud desempleada, rebelde y agresiva buscaba un camino para rehacer la nacionalidad alemana desde sus cimientos. Ante la creciente marea revolucionaria empezó a hacerse visible el surgimiento de un nuevo grupo político, cerradamente anticomunista y anti-

demócrata. Al frente de él, un regordete exsargento del Ejército, Adolfo Hitler, atraía la atención con sus exaltados discursos condenando el tratado de paz de Versalles.

Haya de la Torre vio pasar rápidamente ante sus ojos de viajero el brusco contraste entre el optimismo ruso y el sombrío pesimismo alemán. En busca de salud llegó a Suiza para atenderse en el sanatorio de Leysin. Cerca de allí, en Villenueve, siempre alrededor del lago Lemán en el cantón de Vaud, pudo al fin conocer personalmente y trabar una profunda amistad con Romain Rolland. El admirado autor de *Juan Cristóbal* también estaba en Suiza en busca de paz y de salud. Era un hombre más que de mediana edad, esbelto y en apariencia frágil, de prominentes ojos azules y cabellos claros, imagen perfecta de un galo. Rolland trataba de recuperar en Suiza la salud deteriorada después de sus grandes campañas en Francia.

En esos años en el terreno literario la figura de Anatole France, otro gran animador de *Clarté,* ocupaba un sitial más elevado entre la intelectualidad joven, pero Haya tenía un mayor aprecio a Rolland. Heredero de Voltaire y de Montaigne, France representaba la duda sistemática, la mesura cartesiana y la fe en el entendimiento de los hombres sobre la base de una completa tolerancia de los unos con los otros. No olvidemos su axioma «Perdono porque comprendo». Cada una de sus novelas era una tesis siempre basada en el mutuo perdón y conciliación entre los hombres, no obstante su notoria inclinación hacia el socialismo.

Otro paladín intelectual de *Clarté* fue Henri Barbusse, del cual Haya tenía grabado en la mente el recuerdo demoniaco de *El infierno* y la satánica epopeya de *El fuego.* En *El infierno,* como se recordará, un hombre mira a través de un agujero en la pared de su cuarto de hotel lo que sucede en el vecino: estampas dolorosas de angustia, de lujuria, de soledad y de desesperación. En *El fuego* Barbusse se atrevió por primera vez a pintar los aspectos miserables de la guerra en las trincheras. En ambos frentes de batalla los soldados viven ateridos por la proximidad de la muerte y la fealdad del dolor.

Pero toda la fuerza expresiva de Barbusse no bastaba para transmitir ese sentido de paz, de piedad humana y de comprensión inteligente de la solidaridad por encima de cualquier dogma ideoló-

gico, que Romain Rolland irradiaba con fuerza conmovedora en *Juan Cristóbal*. Esas ideas de libertad, de justicia, de rebelión creadora, azotaban la imaginación de Víctor Raúl antes que cualquier otro principio ideológico marxista. Él era un combatiente libre.

En nombre de esa libertad, durante su convalescencia en Crimea en agosto de 1924, escribe entre otros artículos una carta a Rabindranath Tagore, el gran poeta hindú, a quien el presidente Leguía había invitado para los festejos del primer centenario de la Batalla de Ayacucho. Tagore ya conocía América Latina por haber sido huésped de la escritora Victoria Ocampo en Buenos Aires. Victoria era una mujer de gran cultura, excelente sentido crítico y de figura muy atractiva. Descendía de las Ocampo de Abancay en el Perú y, por lo tanto, como ella misma confesó en sus memorias, su avatar indígena quechua impregnaba su entendimiento y daba un color ligeramente moreno a su tez. Fue muy sonado el idilio romántico entre Tagore y Victoria cuyo epistolario también aparece en las memorias de la Ocampo.

Tagore, por lo tanto, era sensible a lo que acontecía en nuestro continente. Haya de la Torre, con ayuda del propio Rolland, entonces anfitrión de Tagore en Suiza, influyó para que éste no aceptase la invitación de Leguía. La carta de Haya a Tagore fue incluida en el libro *Por la emancipación de América Latina*, aparecido en 1927. En Berlín escribió un artículo sobre un monumento proyectado por Leguía en honor de Túpac Amaru, el gran héroe indígena de la emancipación peruana y suramericana a quien no se reconocían méritos entonces. Haya condenó ese gesto de demagogia en un país en el que imperaba la explotación indígena, donde el dictador tenía tres estatuas. La reivindicación del factor indio en la Revolución de la independencia del Perú es un elemento importante en el pensamiento de Haya y tiene relación directa con su experiencia cuzqueña de 1918.

A comienzos de 1925 ya está restablecido. Sin embargo, hostigado por la policía suiza, azuzada a su vez por el gobierno peruano, Haya se traslada a Italia, aceptando la invitación que desde Florencia le hizo su amigo el pintor y escritor peruano Felipe Cossío del Pomar. Un año antes las insolentes bandas armadas del fascismo triunfante habían cometido el crimen de asesinar al diputado

Mateotti, suscitando un gran escándalo en todo el mundo y una prolongada crisis política y judicial en Italia. Las huestes fascistas con sus camisas negras, sus puñales al cinto, sus cachiporras y sus botas militares infundían terror en toda Italia. Los fascistas se esforzaban por imponerse sobre todo en el norte, en el Piamonte y Lombardía, donde los sindicatos comunistas pretendían repetir la hazaña de Lenin y Trotski de 1917.

Pese a estos problemas políticos, Florencia fue una sorpresa gratísima para el joven luchador. No hay ciudad en el mundo que ofrezca, como la ciudad del Dante, arte y literatura por donde se vaya. Cada calle y cada esquina, cada casa, guardan una huella gloriosa del Renacimiento. Arriba, en la pequeña colina que vigila la ciudad, el Paseo Maquiavelo, abajo el Campanille del Giotto, la casa de Dante y ese maravilloso laberinto de colores que es el Museo de Florencia. Y cerca el quieto discurrir del Arno.

Para Haya de la Torre ese canto de la belleza era también una evocación inmediata de la crueldad estética del Renacimiento. Era una advertencia de que la belleza no siempre va unida a la libertad; puede coexistir o sobrevivir junto a la tiranía. Los Borgia fueron crueles y sin embargo artistas. En las páginas de Guicciardini, en su *Historia de Florencia*, Haya que era un devorador de libros encontró una explicación bastante coherente de lo que significaba el fascismo para Italia. Viaja de Florencia a Génova, Venecia y otras ciudades. Fue posiblemente en Milán que escuchó a Mussolini, cuya oratoria de gestos enérgicos y teatrales lo impresionó profundamente. Me atrevería a decir que el Duce fue un maestro gestual inolvidable para el futuro orador máximo del APRA.

Hasta ahí el movimiento aprista era sólo una aspiración juvenil; sus principios no estaban definidos. Pero Víctor Raúl no cesa de ir enlazando sus primeras hebras, comunicándose con los rebeldes peruanos exiliados y con aquellos que resistían en el Perú a la dictadura, enlazando a estos últimos con el movimiento latinoamericano del cual ya era un líder, y publicando artículos en diarios y revistas de todo el mundo.

Haya de la Torre pasa, poco después, de Italia a Francia. Llega en febrero a París donde se reencuentra con su paisano el poeta César Vallejo, con él celebrará su cumpleaños número treinta. Fi-

nalmente, llegará a Inglaterra en marzo de 1925 para una larga estadía de estudios, gracias, una vez más, a la esforzada ayuda de *Ms.* Graves. Haya va buscando una referencia científica para sus reflexiones en la School of Economics de Londres y en la Universidad de Oxford, donde la influencia académica de los intelectuales laboristas le abrirá sus puertas con la gentileza y parsimonia propias del carácter británico.

XV

APRISMO EN LONDRES

Lo interesante de la permanencia de Haya en la London School of Economics y en la Universidad de Oxford es que tuvo como maestros a grandes figuras de la nueva intelectualidad europea tales como Harold Laski, el gran autor de *Grammar of Politics* y G. D. H. Cole, historiador del movimiento obrero europeo de hondura enciclopédica célebre por sus *Essays in Social Theory,* cuyas lecciones sobre marxismo fueron una revelación para el joven peruano.

Una de sus mayores sorpresas fue recibir lecciones del antropólogo polaco Bronislaw Malinowski quien, después de un largo y dedicado periplo por los rincones más remotos de África, Asia y América, presentaba a sus alumnos de Oxford los frutos pragmáticos de su investigación. Malinowski era un inagotable narrador de anécdotas. Haya gustó mucho de una que se refería a su despedida de un pequeño reino africano donde trabajó a mediados de 1914. En agosto de ese año estalló la Gran Guerra y Malinowski pidió audiencia al reyezuelo de aquel lugar para despedirse. El reyezuelo lo abrazó calurosamente diciéndole: «Lo felicito profesor, ahora con la guerra va usted a comer mejor que nunca». Es inútil advertir que el reyezuelo era antropófago.

Desde el punto de vista intelectual y estrictamente académico, las lecciones de marxismo en Londres y Oxford impresionaron a Víctor Raúl mucho más que todas las recibidas sobre la misma materia en el Perú, México o Rusia. Era un marxismo estudiado sin apasionamiento, con gran rigor académico y en exhaustivo contraste con lo más avanzado de la ciencia contemporánea. También estudió la política inglesa, en pleno ascenso del laborismo instalado por primera vez en el Nº 10 de Downing Street a través de Ramsay Mac Donald en 1924 y camino a un segundo gobierno en 1929,

acosando mientras tanto al débil gobierno conservador de Stanley Baldwin.

Antes de continuar tras el rastro de Haya en Europa es menester hacer algunas precisiones sobre el marxismo e Inglaterra. Es un hecho conocido que Carlos Marx y Federico Engels tuvieron muy en cuenta en todos sus escritos económicos la realidad británica. Inglaterra era, desde fines del siglo XVIII, el país más industrializado y a la vez más imperial de Europa. Para Marx y Engels la rubia Albión venía a ser el prototipo de la sociedad industrial «burguesa» desarrollada. Todos sus estudios económicos tomaron a Inglaterra como modelo básico de referencia de lo que era o no era un «modo de producción» capitalista maduro.

Empero, la parte ideopolítica de la obra doctrinal de Marx y Engels estuvo inicialmente alejada de la isla inglesa. Tuvieron breves ilusiones en el movimiento revolucionario alemán y francés, tan heroico y tan inspirador de romanticismo durante las luchas republicanas de 1848. Luego el fuerte movimiento «restaurador» de Guizot y Thiers en Francia y del conde de Brandenburgo y Bismarck en Alemania, los obligó a batirse en retirada y concentrar sus expectativas en Inglaterra.

Durante su exilio británico Marx y Engels moderaron sus fórmulas apocalípticas del pasado. Ya no apelaban al ejemplo de las turbas jacobinas que demolieron la Bastilla sino a la paciente labor de zapa de los primeros cristianos. Esto no es una novedad y es fácil de constatar. En un discurso del 8 de setiembre de 1872, apenas ocurrida la escisión con los anarquistas, Marx sentencia: «Hay que tener en cuenta las instituciones, las costumbres y las tradiciones de los diferentes países; y nosotros no negamos que existan países como América, Inglaterra y [...] agregaría Holanda, en los que los trabajadores pueden llegar a su objetivo por medios pacíficos». Similares consejos transmite Engels en sus comentarios al programa de 1891 del Partido Socialdemócrata alemán y en el prólogo de 1895 al libro de Marx *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*. En este último texto Engels considera la violencia social un hecho eventual que no debe fomentarse gratuitamente; y aboga por una labor cauta y paciente de proselitismo socialista «hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual», usando como

ejemplo la conversión cristiana del emperador romano Constantino.

Los laboristas y luego los fabianos gustarían mucho de esta nueva interpretación, algo fatalista, del «camino al socialismo». Pero nada concreto agregaron Marx y Engels a estos consejos generales. Sus libros de juventud enseñaban a hacer barricadas pero los de madurez no mostraban cómo conquistar dicha «vía pacífica». De ahí que su influencia en el movimiento que años después, en 1903, tomó la forma de Partido Laborista fuera más doctrinal que política.

No obstante el esfuerzo de Marx y Engels y la poderosa atracción que luego del triunfo de la Revolución rusa ejerció el bolchevismo sobre los movimientos radicales de todo el mundo, Inglaterra fue siempre el bastión intelectual de un socialismo menos autoritario y con mayor credibilidad en los medios universitarios.

La Sociedad Fabiana fue quizás la más clara expresión de cómo los ingleses, siempre insulares y pragmáticos, podían ser receptivos a las ideas socialistas, acomodándolas a sus respectivos intereses y sentimientos. Este grupo de notables intelectuales tomó el nombre de Sociedad Fabiana –Fabian Society– en 1883 en recuerdo del cauto y humanitario general romano de las guerras púnicas Fabio Cunctator, es decir, Fabio *El Transaccional.*

Recordemos algunos de los nombres más frecuentes en los escritos de Haya posteriores a 1925 y encontraremos muchos miembros destacados de la Fabian Society: el sarcástico ensayista y dramaturgo Bernard Shaw junto con el enciclopédico y visionario Herbert George Wells, el politicólogo Graham Wallace, notables estudiosas de la problemática social y precursoras del feminismo como Beatriz Potter y Annie Besant, economistas como los esposos Cole, Sidney Webb y, desde luego, Harold Laski. El fabianismo era un punto de convergencia de pensadores enamorados de la justicia social pero al mismo tiempo practicantes de la razón. Otro inglés ilustre influyente en Haya y también tamizador del marxismo fue el gran filósofo ateo racionalista, matemático y vigía de toda la historia británica: Bertrand Russell.

Una muestra de la importancia del heterodoxo socialismo inglés la encontramos en la revista *Amauta* de Lima, cuya primera etapa,

aquélla vinculada al naciente aprismo, ostenta en su tercer número una «Definición del socialismo» firmada por Bernard Shaw y no por un teórico soviético. Desde Lima, José Carlos Mariátegui tampoco era ajeno a esta influencia. Haya de la Torre, por supuesto, asimiló gustosamente el rigor científico y el sentido crítico desplegados con intensidad en la London School of Economics, el Ruskin College y la Universidad de Oxford.

Además, un rasgo notable de las universidades inglesas era la comprensión de la política desde sus fundamentos clásicos. Víctor Raúl se benefició ampliamente con el estudio sistemático de *La República* de Platón, *La política* de Aristóteles, los *Discursos sobre las leyes* de Cicerón, las lecciones de ética del *Novum organum* de Francis Bacon y los sueños ecuménicos de la *Utopía* de Thomas More, sin descuidar tampoco aquello que los ingleses llaman «la leche de la ternura humana» de Shakespeare. Síntoma de ello fue la frase de la parte segunda de *Enrique IV* que Haya empleó al iniciar su célebre ponencia oratoria contra la doctrina Monroe, dicha en representación de Oxford frente a una delegación universitaria de Washington: «First my fear/ then my courtesy/ last my speech». Esto fue en mayo de 1927.

Algunos comentaristas han considerado que la influencia intelectual de Romain Rolland en Víctor Raúl fue decisiva. En realidad más importantes fueron las enseñanzas de Vasconcelos y las de los revolucionaros rusos. Sin embargo, podemos afirmar que todas éstas se refundieron en las lecciones de la etapa inglesa. Es cierto que a lo largo de estos años el marxismo siempre estuvo presente en él aunque en forma sedimentada, como una sociología y una teoría de la historia. Haya y muchos otros recurrían al marxismo como una herramienta inevitable e indispensable, así se discrepara con muchas de sus conclusiones. Es gracias a la impronta del destello intelectual de laboristas y fabianos y de humanistas lúcidos como Russell, que Víctor Raúl expande sus referencias metodológicas. El marxismo fue adelgazando su presencia en las ideas de Haya hasta quedar subordinado al relativismo einsteineano, gran hito de la evolución ideológica de Víctor Raúl, adquirido a plenitud en Alemania.

No debemos dejar de subrayar el inmenso prestigio intelectual que tenía el marxismo entre los estudiosos europeos en esos años,

que continuó en la década siguiente. Haya se esforzó siempre por añadir originalidad e independencia espiritual a una corriente de pensamiento que entonces inundaba y arrastraba a todos y a todo. Esta resistencia al dogma no fue siempre bien entendida en las raleadas filas apristas de esos días.

En el libro *Impresiones de la Inglatera imperialista y la Rusia soviética,* junto a sus anotaciones de viajero a través de Europa oriental en 1924, Haya recoge sus primeras experiencias en contacto con la política inglesa durante las grandes huelgas obreras de 1926. Allí el lector puede constatar los primeros momentos de la evolución vivida en Inglaterra por el joven exiliado peruano. Las páginas iniciales son fervorosamente obreristas y demostrativas del rígido sistema de clases de ese país. Paso a paso el escritor va reinterpretando sus primeras impresiones, hasta identificarse con la posición del líder laborista James Maxton «que profesaba un socialismo que no era el pesado y lento evolucionismo que algunos proclaman, ni la ola de sangre con que otros querían derribar el capitalismo» (*OC,* t. II, p. 402).

Un folleto de 1932, el *Plan del aprismo,* publicado en Guayaquil, incluye unos artículos polémicos de Haya escritos para *La Tribuna,* titulados *Aprismo no es comunismo.* En ellos rinde homenaje a su aprendizaje marxista no dogmático en Inglaterra y cita profusamente a sus eruditos maestros. Otra emotiva evocación de esa experiencia la encontramos en una entrevista de 1954. Allí señala «Viví y estudié casi cuatro años en Inglaterra. [...]. Esa multiplicidad de visiones, experiencias y contactos fue para mí factor de equilibrio. Harold Laski y G. D. H. Cole fueron mis profesores y amigos y el primero de ellos mi tutor» (*Haya de la Torre en 40 reportajes,* p. 77). Haya no cesó de llamar la atención sobre la importancia del laborismo y el fabianismo en su formación intelectual, pero no siempre se ha reparado en ello con la debida objetividad.

XVI

El programa máximo

En Inglaterra las simpatías políticas de Haya iban hacia la rama más genuinamente sindical del Partido Laborista. Entre sus integrantes se propagaban métodos sobre educación popular muy parecidos a los que Haya había ideado y puesto en práctica en América Latina. El joven peruano llamaba la atención por sus antecedentes políticos y su estudio minucioso de los problemas internacionales. Pronto empezó a disertar y escribir en inglés sobre problemas de América Latina. El laborismo británico se interesó vivamente por saber qué cosa era ese movimiento llamado APRA, difundido por uno de sus amigos y colaboradores. Fue entonces, en diciembre de 1926, cuando Haya escribe y publica en *The Labour Monthly* un compendioso artículo titulado «What is the APRA?», piedra angular del pensamiento aprista. Este artículo apareció en castellano pocas semanas después, en Buenos Aires, siendo luego incluido en el volumen *Por la emancipación de América Latina* (1927). También ocupa el primer capítulo de *El antiimperialismo y el APRA* que Haya escribe en México en 1928 y que se publicó por primera vez como libro en Santiago de Chile ocho años después. Conviene detenernos un poco con breves explicaciones sobre estos cinco puntos del *programa máximo* continental del movimiento, muchas veces mal interpretados.

El primer objetivo del *programa máximo* aprista rezaba así en 1926: «Acción contra el imperialismo yanqui». Las diferencias sociales vigentes en América Latina las atribuía Haya de la Torre a la presencia de dicho imperialismo. No olvidemos que la primera experiencia tropical de Haya en el Caribe, México y Centroamérica no podía ser otra que un choque con el capitalismo norteamericano que controlaba el petróleo, muchas minas de México, las banane-

ras de América Central, el azúcar de Cuba, las aduanas de Haití y Santo Domingo y el Canal de Panamá, a la vez que influía en la elección o designación de los gobernantes.

Esta acción antiimperialista requería un organismo de unidad de fuerzas ajeno a todo interés particular extracontinental. Esto no fue aceptado por los nacientes grupos comunistas en nuestro continente y los grupos políticos nacionalistas ya establecidos no querían arriesgarse a participar en protestas radicales. En 1924, el mismo año en que Haya estuvo en Rusia, la Internacional Comunista oficializó la creación de 'Ligas Antiimperialistas', organismos anticipatorios de los 'Frentes Populares' de la década siguiente. Su pretendida finalidad antiimperialista estaba frenada por la intransigente hegemonía de los pequeños partidos comunistas que en América Latina exigían la sujeción de tales 'Ligas' a los intereses del Soviet, deseoso de reconocimiento diplomático y poco dispuesto a fomentar enfrentamientos con los EE. UU., su socio comercial de entonces. Las 'Ligas' sólo eran radicales y combativas en algunos países orientales, donde se centraba el ataque contra los imperialismos alemán, japonés e inglés subestimando por completo la presencia norteamericana. Esta incompatibilidad esencial entre Haya y el APRA y la tercera Internacional se acentuó en la misma medida en que el comunismo mundial ahondaba su dogmatismo y elevaba al tenebroso Stalin a la categoría de mito viviente.

Coincide con la inquietud de Haya la aparición de una serie de libros sobre la acción imperialista yanqui en América Latina. Basta recordar títulos como *Dollar Diplomacy* de Scott Nearing y Joseph Freeman que entonces leía con entusiasmo la juventud latinoamericana. También en 1926 aparece en Lima la revista *Amauta* dirigida por Mariátegui la cual, hasta su número del 17 de setiembre de 1928, fue un órgano solidario con el antiimperialismo aprista y con las ideas y actividades de Haya de la Torre. Precisamente en el Nº 9 de *Amauta,* de mayo de 1927, Jorge Basadre publicará una elocuente denuncia del imperialismo yanqui bajo el título «Mientras ellos se extienden», centrada en la realidad peruana pero basada en el marco general aportado por Nearing y Freeman.

Años más tarde, cuando el aprismo recuperó la legalidad en el Perú, concluidas las dictaduras de Sánchez Cerro y Benavides, el

punto primero del *programa máximo* fue abreviado así: «Acción contra el imperialismo», sin precisión de nacionalidad, habida cuenta de que su sentido esencial fue siempre la acción contra todo imperialismo y, dada la necesidad de encarar otros fenómenos imperialistas, como el imperialismo racista del eje nazi-fascista-nipón y luego el socialimperialismo de los soviéticos en los años de la «guerra fría». Sin embargo, en el contexto de 1926, la vehemente denuncia del imperialismo yanqui situó al aprismo y a Haya de la Torre en la vanguardia del nuevo pensamiento político del continente.

El segundo punto decía: «Por la unidad política de la América Latina». No era algo novedoso pero sí intempestivo y coherente. Se enlazó al primer punto dentro de la siguiente tesis: para combatir al imperialismo yanqui la única fuerza posible es la unidad de América Latina, llamada también por Víctor Raúl *Indoamérica*. Haya de la Torre propagaba entonces varios lemas complementarios: «Quien nos divide enemigo es», «Unidos lo podemos todo, separados nada». Este último lema parecía arrancado del libro del abate Sieyés *¿Qué es el estado llano? nada; ¿qué debe ser? todo* y, en cuanto al otro lema, la alusión a un enemigo encubierto resultaba, queriéndolo o no, un reto a la tercera Internacional.

La lucha por la unidad continental se remonta hasta la historia indígena bajo la opresión virreinal española. Luego continúa bajo nuevas formas durante la gesta emancipadora. Vale la pena recordar las incitaciones unitarias del conde de Aranda, del padre Vizcardo, de Francisco de Miranda, de Manuel Belgrano, además de José de San Martín y de Simón Bolívar, entre las más importantes y memorables. Era un lema de larga data pero después del fracaso anfictiónico del propio Bolívar en 1826 y los poco menos que protocolares esfuerzos de 1848 y 1864, el tiempo había borrado su huella. El APRA lo ponía de nuevo en acción, confirmando el hondo arraigo popular de este ideal.

Mucho se acusó al aprismo de promover la disolución de los estados nacionales de América Latina en aras de una quimérica república de Indoamérica. En sus artículos de 1927 sobre la «unidad defensiva» del continente y, con toda claridad, en el *Discurso-Programa* de 1931, Haya señala: «Nuestro concepto continental no excluye nuestro concepto nacional; al contrario, nosotros [...] va-

mos de las partes al todo. Nosotros tenemos que contemplar previamente el problema nacional; ser nacionalistas integrales para ser continentalistas de veras.» (*OC*, t. V, p. 54). Nunca para el aprismo la unión federal ha significado el cercenamiento o el desconocimiento de la integridad nacional de cada componente latinoamericano. La soberanía continental sólo puede basarse en la irrestricta soberanía de cada país integrante. De ahí que el APRA siempre favoreciera toda forma de coordinación económica y política latinoamericana y promoviera la integración federativa partiendo de la creación del Parlamento Latinoamericano, caro ideal de nuestros pueblos cristalizado en 1964 y luego desbaratado por las dictaduras.

El tercer punto dice: «Por la nacionalización de tierras e industrias». Obsérvese que no dice *estatización*, sino *nacionalización* y que esto concuerda exactamente con los puntos anteriores. Si se combate al imperialismo, es decir a ese hegemonismo político basado en el poder económico, la respuesta es, primero, unificar a las naciones débiles que sufren ese yugo y, segundo, desextranjerizar, o sea desimperializar, lo que equivale a nacionalizar las tierras e industrias intervenidas avasalladoramente por este imperialismo. La influencia de la Revolución mexicana y luego de la rusa dieron lugar a cierto fetichismo de la estatización industrial entre 1920 y 1930; Haya no fue inmune a ello, sin embargo, nunca redujo el programa económico aprista a una *vendetta* expropiatoria ni simpatizó con la tesis bolchevique de la «colectivización agraria».

En un pasaje de *¿Qué es el APRA?* Haya interpreta la nacionalización como *socializar*, pero en el sentido dado por el laborismo inglés a este concepto, que suponía muchas formas de empresa, sobre todo la cooperativa, y no sólo la empresa pública ministerial. En *Treinta años de aprismo* Haya despejará definitivamente cualquier confusión entre nacionalización, socialización y estatismo. Aquí surge una cuestión que Haya de la Torre no cesó de desarrollar en el transcurso de los años y cuya formulación más justa debemos buscarla siempre en sus escritos de madurez: que el objetivo redistributivo del verdadero aprismo es indesligable del concepto de libertad y que la justicia social implica emancipar al hombre de ser explotado no sólo por otros hombres sino también por el Estado; como bien enseñaron a nuestra generación los ideólogos anarquistas.

Recuerdo que Víctor Raúl comentaba después de 1930, con gran entusiasmo, el libro de Lenin *Sobre el impuesto en especie,* de 1921, recién aparecido en español con el título de *El capitalismo de Estado y el impuesto en especie* traducido por Juan Andrade. Allí Lenin concluye que la estatización no acortaba los plazos del desarrollo económico ruso y que, sin el aporte técnico e incluso empresarial del capitalismo, era imposible avanzar. No fue casual que desde entonces Haya agregara «progresiva» después de la palabra «nacionalización», para evitar cualquier alusión a un *impromptu* estatizador o a un proceso de reformas demasiado expeditivo, que descuide tanto el aspecto técnico como el democrático. Ni siquiera en su etapa juvenil de mayor fervor estatizador, entre 1926 y 1928, Haya dejó de preocuparse por diseñar un contrapeso político al peligro totalitario que traen consigo las nacionalizaciones y la planificación económica. Y, si propuso audazmente un «Estado contralor» en 1928 ideó también, y con mayor audacia todavía, un «Congreso Económico Nacional» en 1931. Esta línea de pensamiento se vio fortalecida en los años siguientes, sobre todo después de sus viajes a la Europa nórdica. Allí pudo ver que el cooperativismo podía tomar la forma de un capitalismo plural y difundido, donde cada cual es agente y beneficiario de la empresa en la que trabaja. Ésta fue la experiencia más gráfica que Haya tuvo en cuenta para resolver en forma definitiva el tema de la *nacionalización.*

Un lúcido anticipo de lo que precisaría tras su periplo europeo es el siguiente párrafo de una carta escrita durante el asilo, en noviembre de 1952: «El aprismo preconiza la nacionalización progresiva de las fuentes de riqueza dentro de un sistema de instituciones económicas estaduales –corporaciones financieras y corporaciones de fomento– en las que participa el Estado, el Trabajo y el Capital, los que a su vez deben constituir en cada país un Congreso Económico Nacional, cuarto poder del Estado democrático funcional [...] elegido cualitativamente por todas las fuerzas creadoras de la producción. [...]. La nacionalización que el aprismo preconiza no es la comunista o socialista, sino la funcional, técnica y coordinada dentro de organismos equilibradores sociales y económicos» (*Correspondencia Haya–Sánchez,* t. II, p. 10).

El cuarto punto decía: «Por la internacionalización del Canal de Panamá». Después del tratado Torrijos–Carter de 1977 este punto parece algo extemporáneo, pero no lo es. En verdad conserva muchos elementos de vigencia. El entreguista tratado Hay–Buneau Varilla de 1902, que aseguró el control norteamericano sobre la Zona del Canal –el canal fue inaugurado en 1920– permitía a los EE. UU. un oprobioso dominio militar sobre toda Centroamérica, al mismo tiempo que Panamá sufría la humillación de ser un país ocupado militarmente y todos los latinoamericanos teníamos que rendir tributo al vecino del norte por navegar un canal ubicado en nuestro territorio.

Entre las muchas protestas contra el dominio yanqui en Panamá tiene importancia la gravísima huelga inquilinaria de 1926, que fue sofocada por la intervención armada de la guarnición norteamericana de la Zona del Canal. Dicha huelga tuvo por motivo la situación miserable de los barrios populares de la ciudad de Panamá y el alto precio que se pagaba por alquiler. Fue una huelga justa en la que tomaron parte estudiantes peruanos desterrados en ese país. Otro momento importante de esta larga lucha del pueblo panameño ocurrió en 1964, cuando numerosos estudiantes de la Zona del Canal fueron abatidos por los *marines* por exigir que se cumpla su derecho de izar la bandera panameña.

Haciendo caso omiso de las protestas y las vidas sacrificadas, los EE. UU. han sustentado por muchos años su presencia en Panamá con argumentos sobre la «seguridad hemisférica» y sobre el costo de las obras allí realizadas, sin tomar en cuenta la consiguiente «inseguridad hemisférica» de los países sureños y los ingentes beneficios obtenidos por el tráfico marítimo. Recién en la década del setenta tales argumentos, tan rebatidos por el aprismo, empezaron a declinar.

Sobre el tema del canal uno de los primeros y más entusiastas promotores de su desyanquización fue el internacionalista peruano Alberto Ulloa Sotomayor. Su magnífico «Mensaje a la juventud de Panamá» que puede consultarse en el Nº 2 de *Amauta* (octubre de 1926) coincide totalmente con el aprismo sobre este punto. Se razonaba así: si el Canal de Panamá es una vía de acceso común a todos los países de América Latina para comunicarse del Pacífico al

Atlántico y viceversa, no puede ser una empresa nacional sino internacional, y más propiamente interamericana. De allí la precisión propuesta por Haya en 1939 y que puede consultarse en su libro *La defensa continental* (*OC*, t. IV), de la *interamericanización* del canal. Resuelto parcialmente el punto para el año 2000 por el tratado Torrijos–Carter, queda todavía como una esperanza constructiva que, sin perjuicio de la soberanía panameña en el canal, su junta de administración tenga representados a todos los países de América Latina, lo cual preservaría positivamente la soberanía del canal.

El quinto punto decía: «Por la solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidos del mundo». Haya concibe esta solidaridad en los términos más llanos y transparentes, sin intereses ideológicos de por medio. No desea que el aprismo cierre los ojos a las luchas populares de otras latitudes, como la del pueblo chino organizado en el Kuo Min Tang, movimiento que Haya siempre admiró y tomó como un ejemplo de «partido de frente único», hermano antípoda del APRA.

Pero conviene no confundir este enunciado genérico con el «internacionalismo revolucionario» comunista, cuya finalidad es imponer un único modelo económicosocial a escala planetaria. La solidaridad aprista tiene un sentido ético, de identificación con aquellas causas humanas basadas en anhelos de justicia esenciales y fundamentales. Este principio se tradujo posteriormente en el apoyo del APRA a todo tratado y organismo que ayudase a la solución pacífica de los conflictos sociales o de aquéllos entre naciones.

Pero dejemos al *programa máximo* recorrer los océanos y conmover la inquietud política de la juventud latinoamericana deseosa de cambios. Por esos días, en 1926, llegó a Londres don Vicente González Orbegoso, acaudalado propietario rural de Trujillo, y descendiente de la vieja aristocracia de ese lugar, quien era tío de Víctor Raúl. Enseguida quiso saber de su sobrino, lo buscó en la universidad y trató de estimular en Víctor Raúl un comportamiento digno de un descendiente de los González Orbegoso. No lo consiguió. La vieja aristocracia trujillana se había hecho presente en Londres cuando el joven Víctor Raúl ya había definido su destino al lado de los menesterosos, de los trabajadores y de los explotados, una paradoja vital que sería frecuente en la vida del fundador del APRA.

XVII

Escala en Bruselas

La prueba de fuego para el aprismo vino pronto, en febrero de 1927, con el primer Congreso Mundial Antiimperialista. Se realizaba en Bruselas, bajo los auspicios del gobierno socialdemócrata belga pero con la influencia avasallante del comunismo. Allí estuvieron George Lansbury, la viuda de Sun Yat-sen, Sen Katayama, James Maxton, Henri Barbusse, José Vasconcelos, León Blum, Romain Rolland y un vasto número de personalidades de todo el mundo, incluyendo un callado y ensimismado representante vietnamita: Ho Chi Minh. A nombre del APRA, representando a sus distintos comités (Perú, México, Argentina, Cuba y Europa), asistieron Haya de la Torre y Eudocio Ravines, agente comunista encubierto, entonces muy involucrado en el aprismo.

Conviene aquí hacer una digresión sobre lo que ocurría en los grupos apristas afiliados y simpatizantes esparcidos por América Latina y Europa entre comienzos de 1925 y principios de 1927. Del Perú fue desterrado en mayo de 1924 Manuel Seoane, quien había sucedido a Haya de la Torre en la presidencia de la Federación de Estudiantes del Perú. Con él también fue exiliado el estudiante de agricultura Luis Heysen, profesor de la Universidad Popular González Prada. Ambos recalaron en Buenos Aires. Pocos meses después llegaron allí igualmente desterrados el profesor Óscar Herrera y el estudiante de medicina Enrique Cornejo Köster, ambos exrectores de la Universidad Popular González Prada. Orientados epistolarmente por Haya, formaron un Comité Aprista al que se adhirió entre otros Eudocio Ravines quien luego viajaría a Europa.

El Comité de Buenos Aires trabajó muy cerca de los socialistas argentinos, especialmente Seoane; también colaboró con los reformistas argentinos de La Plata, sobre todo a través de Heysen.

Quienes actuaron con mayor fidelidad a la prédica de Haya de la Torre fueron Herrera y Cornejo, vinculados a los radicales argentinos representados por el ingeniero Gabriel del Mazo, expresidente de la Federación Universitaria Argentina. A la vez en México estaba surgiendo, extendido a Centroamérica, un Comité Aprista que se reforzó notablemente en junio de 1927 con la presencia de los estudiantes de economía trujillanos Manuel Vásquez Díaz y Carlos Manuel Cox, así como de la poetisa Magda Portal y su compañero Reynaldo Bolaños, cuyo seudónimo literario era Serafín Delmar. En Cuba el activo grupo editor de la revista *ATUEI*, con los cubanos Enrique de la Hoza, Raúl Primelles, Alberto Arredondo y el ilustre Enrique José Varona, sentaría las bases del Partido Aprista Cubano, fundado en 1933 y luego integrado al Partido Revolucionario Cubano Auténtico de Eduardo Chibás en 1937. Otro grupo entusiasta era el de Costa Rica con Joaquín García Monje, que constituyó una sección del APRA el 16 de noviembre de 1928. El grupo de París, mayormente intelectual y artístico, fue formado personalmente por Haya y visitado con cierta frecuencia, no obstante residir éste en Londres en 1926 y en Oxford en 1927. De este grupo nos ocuparemos más adelante.

El Congreso Antiimperialista de Bruselas mostraba en sus proyectos de resolución la intervención prepotente de los líderes comunistas y procomunistas que intentaban someter a votación textos que incluían consignas exclusivas de sus partidos. No olvidemos que ya estamos en plena ofensiva de la línea de Stalin, que intentaba imponer a sus huestes un brutal viraje ultraizquierdista –más adelante sería de derecha– bajo la consigna «clase contra clase». Esto significaba que todo aquél que resistía subordinarse al comunismo era un «enemigo de clase», ya fuera laborista, socialdemócrata o, para el caso latinoamericano, aprista. Haya no estaba dispuesto a tolerarlo, como sí lo hacían muchas ilustres personalidades no comunistas allí presentes. Es entonces, al calor de la polémica, que se polarizan en forma tajante y definitiva aprismo y comunismo.

Haya sostuvo que no podía fijarse a nivel mundial una sola estrategia revolucionaria y antiimperialista. Así como había varios imperialismos, también la América Latina tenía varias realidades imposibles de simplificar. Expuso allí su famosa tesis de los cuatro

sectores económicosociales del continente: primero, México y la América Central; segundo, Brasil; tercero, los países bolivarianos, que equivalen al actual Pacto Andino; y, cuarto, Chile y los países del Plata.

Otra herejía de Haya era su rechazo a hablar de lucha de clases siguiendo modelos europeos. Para Haya el combate no era entre capitalistas y proletariado, cumpliendo las clases medias un papel «oportunista» o «reaccionario». Había un primer campo integrado por el imperialismo extranjero y la plutocracia nativa y el segundo por los obreros, campesinos, empleados, pequeños propietarios y las clases medias; todos estos sectores tenían igual derecho a ser parte protagónica del cambio social. Finalmente en América Latina urgía actuar, no declamar. Las 'Ligas Antiimperialistas' promovidas por el comunismo se limitaban a «una lucha de mera resistencia, de algazara de comités o de protesta en papeles rojos», como apunta retrospectivamente Haya en 1928 (*OC*, t. IV, p. 91). Se oponían a una lucha por el poder de un amplio frente único de clases porque esa atribución sólo pertenecía al Partido Comunista.

Concluida la conferencia de Bruselas el comunismo dio inicio a una intensa campaña antiaprista y sobre todo antihayista. Al malintencionado libelo *¿Qué es el ARPA?*, escrito por Julio Antonio Mella, acompañó una andanada de ataques arteros en toda la prensa comunista latinoamericana sincronizados con el trabajo de intriga de Ravines en el grupo aprista de París.

En su folleto Mella centró su ataque al aprismo, condimentado con alevosas invectivas contra Haya, en el tema de las clases medias: «Las burguesías y pequeñas burguesías nacionales [...] no luchan contra el imperialismo extranjero para abolir la propiedad privada sino para defender su propiedad [...]. De progresistas se convierten en reaccionarios [...]. Liberación nacional absoluta sólo la obtendrá el proletariado y será por medio de la revolución obrera» (*¿Qué es el ARPA?*, Ed. Amauta, 1975, p. 24-25). Es gracioso que en nombre de una «liberación absoluta» y una futura abolición de la propiedad privada se cierre el paso a una lucha *inmediata* de amplio arraigo popular. El punto de partida de estos ataques puede consultarse en la muchas veces reimpresa *Correspondencia Sudamericana*, órgano de la Komintern, de agosto de 1927, donde se acusa al aprismo de

«constituir un partido revolucionario, so pretexto de frente único antiimperialista, distinto y hasta opuesto al Partido Comunista». Esto era cierto, sin duda alguna.

Entre marzo y agosto Haya vuelve a sus estudios en Oxford, con el prestigio adicional de haber representado a América Latina en el publicitado evento de Bruselas al lado de grandes personalidades mundiales. Su destacada actividad en foros y revistas ingleses le hace merecedor de una de las ponencias oratorias en un debate con delegados estudiantiles de la Universidad de Washington sobre la Doctrina Monroe. Este debate en Oxford, incluida la participación de Víctor Raúl, fue motivo de nuevas menciones en la prensa inglesa en mayo de 1927. En agosto, luego de una corta visita a París, dejará Inglaterra para proseguir su actividad propagandística en las universidades de EE. UU.

A fines de 1927 volverá a México invitado a dar conferencias en la Universidad Autónoma donde no estaba ya Vasconcelos. Precisamente en 1927 se produce la ruptura pública del autor del *Ulises criollo*, José Vasconcelos, con el Partido de la Revolución mexicana. La causa no fue estimulante. Aunque Vasconcelos tenía pleno derecho para ser el candidato a la Presidencia de la República por el Partido de la Revolución, éste optó por nominar al maestro y general Plutarco Elías Calle. Se produjo entonces un alzamiento armado, la terrible y absurda revolución de Los Cristeros, llamados así por ser fervorosos católicos enconados opositores a Calle, a quien acusaban de ser simpatizante de los Estados Unidos y miembro de una confesión protestante.

Antes de enrumbar hacia los EE. UU., entre 1926 y 1927, Víctor Raúl realizó visitas esporádicas a París y otras ciudades europeas animando a residentes y grupos de exiliados peruanos y latinoamericanos en torno al APRA. París fue siempre la meta de casi todos los latinoamericanos con inquietudes culturales. Ya Ventura García Calderón había escrito en el prólogo a su edición de *Páginas escogidas* de Rubén Darío que la ilusión de París fue para la generación modernista, no un escape de América sino un encuentro con su madre cultural. Soñar con París era una forma de americanismo para ellos, aunque no siempre se tradujo en una preocupación concreta. Para la nueva generación, en este caso para sus exponentes

ya residentes en París, la presencia de Haya de la Torre y la existencia del APRA los salvaba del dilema de tener que optar entre el pensamiento o a la acción. Al lado de Víctor Raúl era posible contribuir desde París en forma tanto intelectual como práctica al movimiento continentalista.

De hecho, la presencia de Haya relacionó de inmediato a los intelectuales y artistas peruanos residentes en París con los exiliados políticos y con la actividad antiimperialista. Víctor Raúl los animó a derrotar las inclinaciones bohemias. Mediante el grupo de París, dedicado inicialmente a estudios y debates políticos, pudo Haya ponerse en contacto nuevamente con los desterrados peruanos que residían en Buenos Aires: Manuel Seoane, Óscar Herrera, Luis Heysen y Enrique Cornejo Köster.

El Centro de Estudios Antiimperialistas organizado por Haya en París en enero de 1927 se convirtió rápidamente en una activa sección aprista. En sus cortos viajes a esa ciudad solía ser una gran alegría para Víctor Raúl poder reunirse con su entrañable amigo de la adolescencia César Vallejo. Entre los compañeros y amigos del grupo de París podemos mencionar al trujillano Julio *(Chino)* Gálvez Orrego, con quien Vallejo salió del Perú y además el poeta cajamarquino Armando Bazán, los músicos de folklore andino Enríquez y Rosas, el inquieto estudiante de medicina Jorge Seoane, hermano de Manuel, y el exótico escritor y artista César Moro, seudónimo de Alfredo Quispes Asín. No eran ajenos a las actividades del grupo algunos hispanoparlantes notables, solidarios con las campañas indoamericanistas, habitúes de las tertulias intelectuales del *quartier latin* y, sobre todo, grandes amigos de Haya como don Miguel de Unamuno, Miguel Ángel Asturias y Vicente Huidobro, quienes no necesitan presentación. Allí también recalaban el uruguayo Carlos Quijano y el argentino Manuel Ugarte, notables escritores.

XVIII

Ecos de la aventura de Arcos House

Es evidente que después del Congreso Antiimperialista de Bruselas la posición del APRA y de Haya de la Torre frente al comunismo quedó definida: entre ambos movimientos, el entonces pequeño aprismo y el creciente comunismo, no había ninguna relación; más aún, en muchos aspectos eran antagónicos. Sin embargo, la lucha política contra las dictaduras latinoamericanas y contra el imperialismo los ubicaba, a pesar de las discrepancias, en un mismo terreno. La cárcel, el destierro y la persecución policial no hacían distingos entre aprismo y comunismo. Un ejemplo de esto ocurrió pocos meses después de concluido el congreso de Bruselas, mientras Haya se encontraba en campaña política en América Central.

En Londres, el 12 de mayo de 1927, la policía inglesa hizo una incursión en las oficinas de la delegación comercial soviética y en las oficinas de la Sociedad Cooperativa Anglorrusa, cuyas siglas en inglés eran ARCOS (Anglo Russian Cooperative Society). Según el conservador gobierno de Baldwin, deseoso de justificar su enfrentamiento con las huelgas laboristas y con los grupos simpatizantes de Moscú en las filas del laborismo, la incursión había permitido descubrir que Inglaterra era el centro de una vasta red de espionaje y agitación que llegaba hasta América Latina. Nunca se esclarecieron los detalles de esta audaz aseveración gubernamental. Sin embargo en muchos países de América Latina, entre ellos el Perú, se usó como pretexto las «revelaciones» del caso ARCOS House para desatar una cacería de brujas contra todos aquellos susceptibles de ser calificados como comunistas.

El 7 de junio de 1927 fueron apresados y luego desterrados en su mayoría numerosos trabajadores manuales e intelectuales relacionados con el APRA, las Universidades Populares González Pra-

da y la revista *Amauta*. José Carlos Mariátegui estuvo seis días detenido en el Hospital Militar de San Bartolomé y varios días más en su domicilio. *Amauta* no pudo salir hasta diciembre de 1927. Entre los detenidos estuvo Jorge Basadre, autor del breve ensayo de denuncia del imperialismo yanqui «Mientras ellos se extienden», aparecido en el Nº 9 de *Amauta,* requisado por la policía durante la asonada. La denuncia de Basadre aparecía en ese número junto a uno de los artículos más agresivamente antiyanquis escritos por Haya en esa etapa «Sobre el papel de las clases medias en la lucha por la independencia económica de América Latina». Una difundida carta de protesta de Mariátegui puntualizó que el objetivo de la represión leguiísta estuvo «exclusivamente dirigida contra la organización obrera, contra la campaña antiimperialista, contra el movimiento del APRA y contra la revista *Amauta*» (*Correspondencia,* t. I, p. 293-294).

El presunto «complot comunista» en el Perú era respaldado por la prensa sometida al gobierno señalando las actividades de Haya de la Torre y los apristas en México y Centroamérica como vinculadas a Moscú, no obstante la fuerte polémica de Haya con los comunistas en los diarios y revistas.

Basadre estuvo preso durante quince días en la isla San Lorenzo y después quedó en libertad, pero otros no tuvieron tanta suerte. En el local de la futura Confederación de Trabajadores del Perú que entonces era sede de una asociación obrera en la calle del Tigre fueron detenidos Manuel Vásquez Díaz y Carlos Manuel Cox, estudiantes trujillanos, así como los obreros Arturo Sabroso y Samuel Ríos, líderes textiles; Samuel Vásquez, del gremio de choferes, y otros. Fueron sacados a viva fuerza de sus domicilios prácticamente todos los dirigentes sindicales importantes. *La Prensa,* diario que el gobierno de Leguía expropiara a don Augusto Durand en 1921, y *El Comercio,* diario de la familia Miró Quesada de tibia y acomodaticia crítica a Leguía, no cesaron de aplaudir los excesos del gobierno. Inmediatamente fueron desterrados a México, Ecuador y Bolivia los principales líderes obreros y estudiantiles. Durante junio y julio hubo una violenta campaña contra Haya de la Torre desde las columnas de los dos principales diarios. Era una situación esperada, aunque absurda: por un lado Haya rompía pública y definitivamen-

te con el comunismo y por otro la prensa peruana lo identificaba como líder comunista.

Cuando el grupo de *Amauta* reanudó sus labores, gracias a una activa campaña internacional de solidaridad apoyada con gran entusiasmo por Haya de la Torre, pronto tuvo como auxiliar eficaz desde París a Eudocio Ravines. Éste aparentaba conservar la filiación aprista desde una línea de mayor cercanía a Mariátegui, pero en verdad se había entregado a una acción secreta de infiltración comunista directamente subordinada a Moscú.

Durante 1928 las colaboraciones y comunicados explícitamente apristas comenzaron a ser más espaciados. Mariátegui, por su parte, independientemente de las intrigas de Ravines, empezó a orientar sus escritos fuera del ámbito de sus ejemplares *Siete ensayos* (escritos entre 1925 y mediados de 1928). Centró sus esfuerzos en los temas culturales y en su coleción de ensayos *Defensa del marxismo,* de corte filosófico y muy europeísta.

Es muy sintomático que mientras Mariátegui orientaba de este modo *Amauta* y publicaba la revista *Labor,* que sería el órgano de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), fundada en mayo de 1929, el nombre de Haya estaba excluido de toda mención política y periodística en el Perú, excepto las que solía hacer el diario expropiado *La Prensa,* siempre con calificativos peyorativos o burlescos contra el fundador del APRA. Los efectos del caso ARCOS House habían unido en su momento a apristas y «mariateguistas» pero el proceso de distanciamiento político y doctrinal no se había detenido. Tomó inclusive forma de abierta ruptura de lanzas en 1929.

XIX

Activos y contemplativos

La permanencia de Haya de la Torre en México y América Central coincidió con la rebelión de Sandino y la agitación contra la United Fruit en Honduras y El Salvador, pero también coincidió con sucesos ocurridos entonces en el Perú. En 1928 Leguía preparaba su segunda reelección y estaba ya en el noveno año de su gobierno, en medio de un drástico viraje de la economía peruana hacia la playa del imperialismo yanqui. En marzo de 1922 se había aprobado el írrito pacto Salomón–Grandt Duff, convalidado en abril del mismo año con un pretendido laudo arbitral, mediante el cual la International Petroleum Company, subsidiaria de la Standard Oil, había tomado posesión total de las instalaciones petroleras inglesas de Talara y de los yacimientos de La Brea y Pariñas en condiciones muy ventajosas para la empresa. Talara era en realidad una provincia norteamericanizada.

Además la Northern Peru Mining and Smelting Co., que tenía el control de las minas del departamento de La Libertad, patria chica de Víctor Raúl, había logrado que se expulsara de Trujillo a los directores de *El Norte,* diario crítico del imperialismo yanqui. La W. R. Grace & Co., norteamericana como las anteriores, había adquirido los más importantes fundos azucareros entre La Libertad y Paramonga y, junto con Casagrande, perteneciente al grupo Gildemeister, controlaban el puerto de Salaverry y el comercio menor de Trujillo. En el centro del país, la Cerro de Pasco Copper Corporation había aumentado su poderío al inaugurar en 1922 su refinería de metales de La Oroya que incluía una ferrovía propia conectada al ferrocarril Central, que a su vez estaba en manos extranjeras. Se había firmado un contrato para que otra compañía norteamericana sustituyese en el control del puerto de El Callao a

la antigua compañía francesa que administraba el muelle y dársena. La minería del sur empezaba a estar controlada también por firmas norteamericanas. Tal era el caso del yacimiento de Toquepala. En los asientos mineros de la Southern Mining Co. había una misión naval norteamericana y otra de aviación sustituía en parte a la misión francesa que en 1920 hizo posible la fundación de la Fuerza Aérea del Perú.

El entorno gubernamental celebraba esta expansión monopolista del capital norteamericano, pero no dejaban de ocurrir hechos que deslucían sus esfuerzos. Fue un severo punto en contra que, en 1925, el presidente norteamericano Coolidge emitiera un laudo desfavorable para el Perú respecto a la cuestión de Tacna y Arica, corregido parcialmente en 1926 mediante la declaración Pershing. Recién en 1928, después de un difícil trato bilateral y directo en Washington, se reanudó la relación entre el Perú y Chile. Pocos años antes, en 1922, había sido consagrado el tratado de límites con Colombia, Salomón–Lozano, que disfrutó de una absoluta impopularidad en el Perú y contó asimismo con el aval diplómatico de los EE. UU. La Caja fiscal funcionaba gracias a los empréstitos norteamericanos de Celiman Brothers. En reciprocidad *mister* Moore, entonces embajador norteamericano, había comparado a Leguía con Bolívar y lo calificaba como «Titán de los Andes». Estos hechos se reflejaron en las universidades y entre los trabajadores en un sentimiento notoriamente nacionalista. Así se explica en gran parte por qué Haya de la Torre desde Centroamérica organizó, mediante enviados especiales, un centro de insurgencia política para una campaña antidictatorial, antirreeleccionista y antiimperialista.

Éste fue el llamado *Plan de México* del 22 de enero de 1928, suscrito por los exiliados apristas en la capital azteca. Tomando como punto de partida el célebre *Manifiesto de Abancay,* que oponía a la írrita reelección leguiísta la candidatura de Haya de la Torre –con fines de agitación ya que aún no cumplía la edad requerida– el movimiento llamaba a constituir, en franca rebeldía al despotismo entreguista, un Partido Nacionalista y Libertador del Perú (PNLP), solidario con el programa aprista. Según el *Plan de México* este PNLP debería, eventualmente, bajo el lema «Tierra y libertad», oponer al previsible intervencionismo norteamericano una lucha insurreccio-

nal similar a la de Sandino en Nicaragua, no por un deseo belicista sino por la dura evidencia de los hechos ocurridos en Centroamérica.

Esta actividad era desarrollada por los apristas con gran sigilo pero sufrió los embates de la campaña de zapa, sometida a los dictados de la tercera Internacional de Moscú, que realizaba Eudocio Ravines, cubriéndose con el prestigio internacional de José Carlos Mariátegui y de *Amauta*. No sólo dio lugar a la división del naciente aprismo sino que puso en evidencia los pasos conspirativos de los apristas ante los organismos de seguridad del gobierno.

Está completamente probado que Haya de la Torre había entrado en contacto con un excapitán y profesor de armas exiliado, Felipe Iparraguirre, quien tenía vinculaciones con los trabajadores de Talara, en la costa norte del Perú, y que las maquinaciones de Ravines dieron lugar a su rápida captura. Las cartas intercambiadas con Mariátegui en ese tiempo, que desembocaron en el desmantelamiento del Comité Aprista de París y tenían el propósito de hacer lo mismo con el de Buenos Aires, estuvieron inspiradas fundamentalmente por Ravines. Estas cartas demuestran dos cosas: primero, que Mariátegui creía inoportuna cualquier campaña política que desembocara en una insurrección en el Perú de entonces, y, segundo, que Haya de la Torre pensaba lo contrario, que era el momento de actuar con fuerza contra Leguía.

La discrepancia entre ambos encerraba una distinta óptica política de largo plazo. Haya calificaba al régimen leguiísta como un «nuevo civilismo», sostenido «por la tiranía del gamonalismo nacional y el imperialismo extranjero», cuya crisis final se avecinaba. Su urgente llamado a la acción tenía el propósito de erigir sobre la marcha de los acontecimientos un organismo político apto para luchar por el poder. Mariátegui, en cambio, apuntaba a un proceso más largo de cuidadosa educación y selección de una vanguardia, como etapa previa a una acción más explícitamente política. De ahí que *Amauta*, entre 1928 y 1929, acentuase su carácter cultural en detrimento de su autoproclamada misión de «definición ideológica» socialista, señalada por el propio José Carlos en el editorial «Aniversario y balance» del Nº 17 de dicha revista.

En una carta al intrigante Ravines del 31 de diciembre de 1928, Mariátegui comete el error de menospreciar las posiciones de Haya

sobreestimando la solidez del régimen leguiísta. Dice allí que sería «caer en la más clamorosa falta de realismo [compartir] la esperanza en la pequeña burguesía, supervalorizada por el aprismo». Y añade: «El régimen conserva su raíz pequeño burguesa. [...]. De diez individuos de la clase media que usted interrogue, cinco son leguiístas latentes, si no manifiestos. [...]. Tenemos que trabajar, por consiguiente, si queremos edificar algo sólido, sobre bases netamente socialistas». Esta carta y prácticamente toda la literatura relacionada con esta discusión está recopilada en el tomo II de *Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú* de Ricardo Martínez de la Torre.

Otro aspecto del distanciamiento era estético, estilístico y hasta psicológico. Disgustaba mucho a Mariátegui la audacia y la imaginación que Haya de la Torre desplegaba en su campaña por el *Plan de México*. El *Manifiesto de Abancay,* escrito en febrero de 1928 obviamente por Haya desde el exterior, tenía la forma de un texto escrito en el Perú por simpatizantes de Víctor Raúl que dedicaban largos párrafos a elogiar su personalidad y su trayectoria política. Haya se describía a sí mismo como «un joven líder» y «un provinciano de estirpe serrana», capaz de convocar al «Perú de los Incas» contra «la sensual y sometida Lima que maldijo Bolívar», a la juventud contra «la tiranía decrépita» y a la gente «nueva y limpia» contra «los mercaderes de la Patria» y la gente «manchada en el fango de la vieja política». Leguía era un «nuevo Tartufo con las manos ensangrentadas».

Contra este manifiesto (publicado en la recopilación *El libro rojo de Haya de la Torre* de Rolando Pereda Torres), Mariátegui reaccionó con gran vehemencia. Escribió, el 16 de abril de 1928, que era «detestable literatura eleccionaria; [...] declamación estrepitosa y hueca; [...]. No hay ahí una sola vez la palabra socialismo». En esa misma carta aseguró que la posición aprista era el punto de partida de un viraje hacia el fascismo, siguiendo el razonamiento comunista en boga, según el cual toda discrepancia era un servicio o un gesto de simpatía al «enemigo de clase». Haya respondió acremente el 20 de mayo y la escisión se desencadenó. El dilema era acción o inacción contra Leguía, pero la discusión fue llevada al terreno del APRA: frente o partido. Discusión inútil ya que la hostilidad comu-

nista a toda consigna dirigida a las clases medias hacía imposibles ambas opciones.

La lectura atenta del material recopilado por Martínez de la Torre permite ver entre líneas la hábil manipulación que hace Ravines del sentimiento prejuicioso de José Carlos contra la agitación política en gran escala. En su carta del 31 de diciembre, Mariátegui destaca que Haya y él, además de discrepar, «considerábamos las cosas desde posiciones mentales distintas». Y añade: «No tengo por qué atenerme a su inspiración providencial de caudillo [...]. A Haya no le importa el lenguaje; a mí sí; y no por preocupación literaria sino ideológica y moral». José Carlos se aferraba a su visión culterana y gradualista del camino hacia la Revolución, aprendida sin duda de los inicios del grupo *Clarté*. Haya, mientras tanto, despotricaba en sus muy conocidas cartas de esos días contra «toda idea reformista, evolucionista o perezosa de nuestra revolución».

Digamos de paso que Mariátegui fue siempre un intelectual puro. Desde sus primeros artículos para *La Prensa,* hacia 1914, se distinguió por su vocación literaria decadentista y su devoción por D'Annunzio, Verlaine, Lorrain, Loti y, desde el punto de vista estilístico, su identificación con Azorín. Además había pagado tributo al tibio socialismo español de Araquistain y a las lucubraciones teóricas del joven Ortega y Gasset, como se ve en su revista *Nuestra Época* publicada en 1918. Aun cuando se inquietó por la cuestión social en *La Razón,* que editó en 1919, nunca afloró en él una verdadera vocación política. De cara a las elecciones dio un tibio respaldo, en nombre del «mal menor», a la candidatura de Ántero Aspíllaga contra el sospechoso populismo de Augusto B. Leguía, en lo cual coincidieron aquella vez Mariátegui y Víctor Raúl.

Su permanencia en Italia lo hizo definir posiciones marxistas, pero sin perder esa afición esteticista que en él estimulara su amigo y contertulio Abraham Valdelomar. Basta leer las páginas del libro *La escena contemporánea* para comprobar cómo se mantuvo en él una vocación literaria y diletante, antes que política, a su regreso de Europa. La militancia partidaria siempre fue para José Carlos una suerte de cáliz amargo, asumido con resignación. Verse sometido al imperativo físico de la inutilidad de una de sus piernas y la mutilación de la otra, sin duda limitó sus perspectivas. La etapa de la rup-

tura con Haya es, lamentablemente, la del inicio de su agonía. La última vez que le vi, un mes antes de su muerte, estaba absolutamente concentrado en el cuidado de su salud. En esa ocasión me dio una carta abierta, con fecha de marzo de 1930, destinada a Manuel Seoane a quien yo debía encontrar en Chile: la carta era en franca oposición al APRA. Proseguía su desorientación sobre el problema político peruano pero era, en ese momento, una forma de aferrarse a la vida.

Ya no había posibilidad de reconciliación entre «hayistas» y «mariateguistas» cuando, convocado un segundo Congreso Antiimperialista en la ciudad de Frankfurt, aún más sovietizado que el anterior, en setiembre de 1929, Ravines concurrió propagando la «disolución» del aprismo. La siguiente tarea de Ravines fue apresurar su regreso al Perú, conciente de que la frágil salud de José Carlos le permitiría ocupar un lugar protagónico en su corriente.

Es importante recordar que Haya, insistiendo en alistar la rebelión contra Leguía, viajó a México desde Costa Rica pasando forzosamente por Panamá para cambiar allí de barco y dirigirse al país azteca. Esto ocurrió en diciembre de 1928. El barco llegó a Panamá pero los funcionarios de la Zona del Canal y los de la legación del Perú impidieron que desembarcase y lo obligaron a seguir en un barco que se dirigía a Bremen (Alemania). Allí llegó Haya de la Torre en vísperas de fin de año, seguramente con una inmensa amargura por el fracaso de sus planes. Desde Europa, con la terquedad vasca que caracterizó toda su vida, Haya emprendió la tarea de reestructurar el APRA.

Entretanto, Mariátegui debilitaba su salud en Lima, después de haber sido cuestionado en una conferencia comunista en Buenos Aires, en junio de 1929, por su proyecto de mantener el aún naciente Partido Socialista peruano como un organismo de contornos más sociales que ideológicos, basado en la actividad de los sindicatos obreros y campesinos; independiente en la forma aunque solidario desde la cúpula con la tercera Internacional. Los documentos relacionados con este tema, consignados por Martínez de la Torre en su libro ya mencionado, muestran a los dirigentes kominterianos acusando de filoaprismo a los «mariateguistas». Los comunistas criollos más recientes han tratado de restar importancia a ese

debate, en tanto no hubo expulsión o «excomunión» alguna. Pero quien sepa algo de los estilos retóricos del comunismo puede comprender fácilmente cuán ofensiva y amenazante era esta salmodia del «c. Luis» (seudónimo del jerarca kominteriano Humbert-Droz):

> Si el Partido Socialista no es más que una máscara legal para el Partido Comunista, podemos encarar este método, pero para nuestros camaradas no es lo mismo. Quieren formar [...] un segundo partido proletario [...] menos revolucionario, más reformista [...]. Puede ocurrir que demos nacimiento, que organicemos las primeras bases de un partido reformista que mañana, en las horas decisivas, será nuestro adversario. Temo que bajo una forma nueva y con una nueva etiqueta, tengamos en el Perú el resurgimiento del APRA. (*Apuntes para una interpretación marxista de historia social del Perú*, t. II, p. 424)

Es un hecho que no llegó a darse un vínculo formal del grupo de Mariátegui con el comunismo internacional. Cuando José Carlos sufrió un nuevo allanamiento policial con detención domiciliaria en noviembre de 1929, la solidaridad internacional comunista brilló por su ausencia. Tampoco el comunismo difundió *Amauta* ni sus libros. Se decidó a emigrar a Argentina para aplicarse una prótesis recurriendo a amigos no comunistas y fue por su amistad epistolar con escritores y publicistas argentinos no comunistas que pudo pensar en la publicación de su heterodoxo libro *Defensa del marxismo* en ese país. A fines de 1929, tanto Haya como Mariátegui estaban puestos en el limbo por la Internacional comunista. La distancia entre ambos no era tanta, al fin y al cabo.

José Carlos murió el 16 de abril de 1930. Poco después, en junio, el poeta Enrique Bustamante y Ballivián, gran amigo suyo, organizó una velada de homenaje. La sala lució una concurrencia poco numerosa. Todos se dieron cuenta de que no habían asistido Ravines, Ricardo Martínez de la Torre, ni los demás conspicuos correligionarios de usual presencia en la casa de la calle Washington, donde Mariátegui impartía su prédica vespertina. Fue en mayo de 1930 que el embrión partidario fundado por Mariátegui adoptó apresuradamente el nombre de Partido Comunista. Devi-

no un grupo sectario y sin significación. La revista *Amauta* apareció en tres oportunidades después de la muerte de su fundador, completamente transformada, sólo como muestra de que «el grupo de Mariátegui» en verdad ya no era tal. En los meses siguientes los amigos y colaboradores más íntimos de José Carlos se vieron desalentados u obligados a apartarse del partido. Ravines pudo entonces sentirse satisfecho.

XX

Anochece en Alemania

Algo que no se debe olvidar al analizar la evolución del APRA y del pensamiento de Haya de la Torre son los violentos contrastes y las agitadas exigencias prácticas en que se debatió su pensamiento. Lo que podemos ver desde la eglogista y estetizante adolescencia trujillana hasta los duros y agitados días de la lucha universitaria y obrera después de 1918; hubo un paréntesis íntimo de cierto sosiego durante su estadía en el Cuzco entre 1917 y 1918, pero que impactó profundamente su espíritu al conocer en forma vívida el drama indígena. Luego, casi de inmediato, se erigió como líder nacional de estudiantes y trabajadores y tuvo que afrontar la dura prueba de la lucha del 23 de mayo de 1923. Vino enseguida su primera clandestinidad, su detención y el destierro a Panamá; allí transcurre un corto tramo vivencial de sortilegio fraternal y estudiantil pero inmediatamente se encuentra absorbido por los ecos tumultuosos de la Revolución mexicana, edulcorados por las meditaciones idealistas de Vasconcelos y otros intelectuales mexicanos revolucionarios.

El ambiente de Rusia es motivo de reflexión pero también de exaltación multitudinaria; el de Suiza, con R. Rolland, es de severo escudriñamiento de lo profundo del ser humano y un examen de lo trascendental de cada etapa histórica de la humanidad. Tras un contacto, breve pero impresionante, con la violencia fascista recupera la serenidad en Oxford y Londres, donde los ideólogos del laborismo y los intelectuales de la Fabian Society expanden su campo de conocimientos y le comunican un sentimiento de equilibrio y tolerancia. Entonces ya está en proceso de germinación el aprismo. Enseguida se desata la fiebre de la prédica teórica en México y América Central, para encallar en el relativo sosiego de su destierro en Alemania.

Hemos dicho «sosiego» y debió serlo, pero no fue así. La etapa alemana de Haya de la Torre es una de las más duras de su vida. Las intrigas del grupo procomunista infiltrado en el APRA habían casi disuelto los núcleos de París y Lima, aquellos en que Haya había centrado sus mayores expectativas. En Alemania tuvo que rehacer los cimientos de la raleada organización y desarrollar nuevos lazos entre los emigrados peruanos y los grupos opositores a la tiranía leguiísta. Mientras tanto, la crisis alemana seguía su curso preparando la irrupción en el poder del nazismo. En 1929 ya circulaba y se leía con fanatismo el *Mein Kampf* de Hitler y los grupos de «camisas pardas», los fieros Sturmabteilungen, batían diariamente a sangre y fuego los conatos de insurgencia comunista, pintando de paso en los muros un lema que pronto sería amarga realidad: «Guerra a muerte a los judíos».

En 1930 el *crack* financiero de Nueva York afectó profundamente las relaciones económicas internacionales. Los rencores nacionalistas y las tendencias autoritarias recrudecieron con fuerza en Oriente y Occidente. La democracia alemana acentuó su dolorosa agonía. Frente a estos sucesos Haya tenía que adoptar una posición muy meditada y dinámica al mismo tiempo. El drama alemán también afectaba a sus amigos y anfitriones en ese país, los Hoehler. Ellos eran de origen hebreo. La familia constaba de cuatro o cinco miembros: los esposos Hoehler, su hija Alice de unos veinte años, relacionada sentimentalmente con Víctor Raúl, su hijo adolescente Christian y quizás otro hijo más. Los Hoehler desde luego no simpatizaban con Hitler y se sentían amenazados por la campaña antijudía nazi, aunque estaban muy lejos de suponer que al segregacionismo seguiría el genocidio en muy pocos años.

Los Hoehler consideraban a su proscrito huésped peruano como un hijo mayor. Christian escuchaba atentamente las charlas de Haya en inglés y Alice colaboraba en sus estudios, a la vez que se esforzaba por enseñarle el idioma alemán. Para completar este cuadro hogareño Víctor obtuvo que fuese admitido en casa un perro grande y dócil con el que compartía sus peripatéticos ocios y sus juegos. Fue el primer 'Tony' de la serie de canes que con ese nombre tuvo Víctor Raúl hasta su muerte.

En Berlín Haya era un asiduo concurrente a la Biblioteca Públi-

ca de la ciudad y al Instituto Iberoamericano. Fue en Berlín que realizó un nuevo estudio de los libros sobre historia, economía y socialismo intensamente leídos en Londres y Oxford, concibiendo el proyecto de escribir un manual de doctrina social al alcance de la juventud. Allí pensaba resumir sus conclusiones sobre temas como la teoría de la plusvalía, la crítica del imperialismo, la lucha de clases, la filosofía de la historia, etc. Recuerdo perfectamente que en 1931, cuando Haya regresó al Perú como candidato presidencial del aprismo, me contó que había dejado en Berlín una serie de apuntes y fichas para la redacción de aquel soñado manual de doctrina social para la juventud que nunca llegó a ver la luz. No cabe duda que en ese libro deseaba exponer el punto de llegada de sus intensos estudios y experiencias que cubrían desde 1923 a 1929.

También en Berlín recibió noticias y hasta una visita directa de un amigo entrañable: Alfredo González Prada, hijo de don Manuel, cuya renuncia en 1929 al servicio diplomático peruano fue motivo de escándalo periodístico en Washington y provocó el aplauso de todos los proscritos y emigrados del Perú por su oposición a Leguía. No hay indicios de que Haya compartiera ese entusiasmo, por el aprecio que tenía a la labor profesional de Alfredo y por la importancia que daba a la promesa de reconciliación entre Perú y Chile, divisa de la generación que Haya comandaba. La renuncia de Alfredo González Prada tuvo como motivo inmediato su defensa de una empleada doméstica peruana llevada a Washington por la familia de *mister* Pointdexter al culminar su mandato como embajador en el Perú. El motivo de fondo resultó ser su oposición a la conducción gubernamental de la negociación del arreglo limítrofe con nuestro vecino sureño.

En las calles de Berlín Haya fue testigo de desfiles masivos y disciplinados de las huestes nazis, con vistosos estandartes, gran despliegue de orden marcial y la exactitud y complejidad del arte escénico. Estos desfiles, como aquéllos vistos en la Italia de Mussolini, atrajeron al viajero peruano en tanto molde exterior de las futuras manifestaciones apristas, sin compartir por esto ni por asomo las doctrinas y consignas nazis y fascistas. Él, criollo americano ardiente defensor del mestizaje, repudiaba todo asomo de racismo. Haya incluso tendía a concebir el mestizaje como una suerte de «raza su-

perior», en este caso «raza universal», que asimila lo mejor de la humanidad y renuncia a toda xenofobia o racismo. El lector inquisitivo podrá consultar al respecto sus enjundiosos comentarios al no menos denso *A Study of History* de Arnold Toynbee. Sin embargo, la teatralidad de fascistas y nazis captó su curiosidad por el sentido de organización y responsabilidad que inculcaban en los militantes y simpatizantes. Organizar los desfiles, entrenar a los manifestantes, recolectar fondos para uniformes, insignias y banderas; reunir nuevos prosélitos; repetir esta organización de barrio en barrio, de ciudad en ciudad y coordinarla; todo esto exigía una maquinaria de relojería, donde todos eran necesarios. El partido vivía así en una tensión frenética desde el primer hasta el último integrante.

Mientras tanto, Haya no dejaba de pensar en América Latina. En 1929 era evidente que Sandino había perdido la partida bélica en Nicaragua y que la United Fruit dominaba por completo la situación centroamericana. Además su gran amigo Vasconcelos se había convertido en fervoroso partidario del catolicismo conservador en México, así como defensor parcial del fascismo. El Perú se hallaba entregado al imperialismo norteamericano, aunque se estaba produciendo un reagrupamiento de fuerzas de distintos matices políticos contra Leguía. Pero el APRA era todavía un movimiento débil. Era un mal momento en el mundo para la democracia y en América Latina para la unidad y la integración. Pero había que revertir ese curso adverso.

XXI

Adiós a Berlín

Alemania después de la primera guerra mundial, una vez perdidas todas sus colonias, imaginó un nuevo tipo de expansión, más sutil, ensayada mediante una organización promocional de la cultura germana llamada Deutschland für Ausländer. De ella nació el Iberoamerikanisches Institut, que desde Berlín se propagó a otras ciudades alemanas. En Berlín reunió una gran biblioteca sobre América Latina, a base de las colecciones antes pertenecientes a grandes investigadores alemanes como Humboldt y Max Uhle. Esa biblioteca fue dirigida en 1930 por la señora Edith von Fauppel, doctora en Ciencias Económicas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima y esposa del general Wilhelm von Fauppel, quien desempeñó funciones militares en el Perú. Al Iberoamerikanisches Institut acudía con frecuencia Víctor Raúl para estudiar por largas horas. Otro tanto hacía en la Biblioteca Pública de la ciudad. Todo esto entre diciembre de 1928 y mayo de 1931.

Durante este periodo de relativa paz individual no faltaron algunos buenos contertulios peruanos como los hermanos Adrián y Francisco Apaza Fuentes, arequipeños, estudiantes de Medicina y de Economía respectivamente; también estuvo allí Rómulo Meneses, estudiante de Economía puneño, uno de los fundadores del APRA, entonces preparando su traslado a París para reorganizar el Comité Aprista; estuvo asimismo Luis E. Heysen, ingeniero agrónomo recibido en La Plata, quien destacara como defensor de la integridad del aprismo frente a la provocación del agente comunista Ravines. Más allá de estos amigos y correligionarios, la compañía más asidua y provechosa para Haya fue sin duda la de Alice Hoehler, cuya juventud y belleza fueron un acicate para el desterrado y un buen motivo para aprender el idioma alemán. La creciente preocu-

pación de los Hoehler y toda la comunidad judía atemperó la curiosidad de Víctor Raúl por el fenómeno nazi. Las amenazas y los primeros incidentes antisemitas causaron pesar en esa acogedora familia y también en su huésped. Víctor Raúl vivió así entre encontrados sentimientos respecto al porvenir de Alemania y el «nacionalsocialismo» hitleriano.

Durante los primeros meses de esta etapa berlinesa Haya no sólo amplía su estudio crítico de Marx y Engels; también repasa con fruición las *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* de Hegel y toma especial interés por los textos exaltados y egolátricos de Federico Nietzsche. Releer al autor de *Así habló Zaratustra* era un contrapeso emocional a la frialdad lógica y al racionalismo de los teóricos fabianos y laboristas. Entre Bertrand Russell y Nietzsche había casi tanta distancia como entre el judaísmo y Hitler. Este tipo de dicotomías gustaban a Víctor Raúl y atraían no sólo su atención sino también su pasión.

Es indudable que desde los días del Kaiser los alemanes deseaban una zona de influencia en América del Sur. Allí residía un buen número de migrantes alemanes. Auxiliados por una apropiada orientación de su país natal era posible que influyeran en las finanzas y la política de aquellos jóvenes estados, como ocurría con ingleses y franceses. En su libro *Mein Kampf* Hitler exaltó como ideal nacional la pureza racial, el Völkisch, denigrando las naciones mestizas. Sin embargo, en su política exterior, tratándose de América Latina, el Tercer Reich tuvo, al igual que el Kaiser y la República de Weimar, repetidas intenciones de obtener algo más que buenas relaciones diplomáticas. De hecho influyó en Bolivia, país mediterráneo y multilimítrofe poco atendido por las otras potencias. En este país ejerció una posición de autoridad el general alemán Kunt; luego estuvo allí el general Von Fauppel en calidad de inspector general del Ejército boliviano, cargo que también desempeñó en el Perú. En Bolivia cumplió servicios igualmente el capitán general Ernst Röhm, fundador de los grupos de asalto nazis, las SA –Sturmabteilungen– purgadas por el propio Hitler eliminando a Röhm y otros nazis que le desafiaban en la 'Noche de los Cuchillos Largos' del 30 de junio de 1934. En Argentina y Chile también se dieron notables esfuerzos de influencia de los alemanes.

El comunismo, cada vez más deformado por mediación de Stalin, y el fascismo, fenómeno totalitario con fuerte arraigo social en sus versiones italiana y alemana, figuraban en las vigilias de Víctor Raúl como opciones extremas pero igualmente contrapuestas a los ideales humanistas y libertarios tan caros en él desde su adolescencia. Fue cimentando así una posición equidistante de comunistas y fascistas, firmemente defensora de la democracia sin menoscabo de los objetivos de justicia social, como puede comprobarse en el artículo «Partidos en Alemania de 1929» (*OC*, t. III, p. 163-167). Coincide esta mayor afirmación de la democracia con su creciente interés por las teorías de Einstein. Ahondando este interés empezará a dar forma a su interpretación relativista de la historia, aunque no se atreverá a escribir sobre el tema hasta unos años después.

Pensando en una próxima acción política en el Perú su imaginación vivía acicateada por esta conjunción de factores tan contrapuestos. Tenía en gran estima al laborismo inglés por su prudencia reformista, del comunismo ruso había recogido aspectos organizativos e institucionales interesantes, sentía cierta admiración por la autosuficiencia que expresaban los disciplinados despliegues partidarios de nazis y fascistas; pero también percibía la importancia a la vez que la fragilidad de la democracia, amenazada en Francia y resurgiente en España tras la caída de Primo de Rivera. Entretanto, en el Perú iba debilitándose la dictadura de Leguía y la promesa de Víctor Raúl del regreso a la patria se hacía cada vez más una cercana posibilidad.

Las noticias alentadoras provenientes del Perú animaron a Haya a dar un fuerte impulso al diseño de la acción política del aprismo. Había que descender de las proclamas generales y los enunciados de doctrina a la política concreta. Las exigencias prácticas de los desterrados peruanos vinculados al aprismo se hicieron también mayores. Siempre bajo la amable protección de los Hoehler, Haya concentró sus energías en preparar el retorno. Otro tanto hacían los desterrados civilistas, esto es, el sector antileguiista de la plutocracia peruana cuyos líderes dejaron el país o fueron obligados a hacerlo por presión de Leguía. Ellos lograron comprometer para sus planes conspirativos a un comandante que disfrutaba en París de un exilio dorado, a quien llamaban familiarmente El Cuchillo. Este coman-

dante volvió al Perú a comienzos de 1930, con facilidades otorgadas por importantes personajes del régimen que se sumaban secretamente a los aprestos golpistas.

En la noche del 22 de agosto de 1930 Haya de la Torre fue despertado por un corresponsal extranjero. Había estallado una revolución militar contra el gobierno de Leguía en Arequipa, la dirigía el comandante apodado El Cuchillo, a quien algunos amigos de Leguía, con ingenuidad o malicia, confiaron desde su llegada la Comandancia de un regimiento de artillería en la poderosa guarnición de Arequipa. El comandante se llamaba Luis M. Sánchez Cerro. Haya y el grupo de Berlín vivieron tres días de angustiosa expectativa: el 24 la guarnición de Lima también se sublevó. Al amanecer del 25 el depuesto dictador viajaba en un buque de la Armada peruana hacia Panamá. Al día siguiente el buque regresaba al Callao, siempre con Leguía a bordo. El 27 el comandante Sánchez Cerro, *El Cuchillo,* hacía su entrada a Lima y Leguía empezaba el cautiverio que lo conduciría a la muerte un año después.

Durante este tiempo Haya de la Torre había reforzado sus contactos con los apristas activos en el Perú y había hecho viajar al Cuzco a Luis Eduardo Enríquez, miembro del Comité de París y a Bolivia a Rómulo Meneses, miembro del Comité de Berlín. Los desterrados civilistas regresaban en tropel al Perú y los presos políticos civilistas salían todos de las cárceles, pero por muchos meses no se permitió el regreso de ningún desterrado aprista y, recién un año después, el de Haya de la Torre. *El Comercio* de Lima dio gran publicidad a la resolución de la recién instalada Junta de Gobierno, de no otorgar pasaporte a Víctor Raúl. Se nombró nuevas autoridades diplomáticas y políticas dando prioridad a quienes fueron marginados por Leguía. De este modo Alfredo González Prada fue designado embajador en Londres. Cuando Haya de la Torre, a mediados de 1931, viajó a esa ciudad, el embajador González Prada lo alojó en la residencia de la embajada del Perú, por ser candidato a la Presidencia de la República.

Mientras en Berlín, Haya reflexionaba sobre el nuevo panorama que se abría en América Latina –caída de Leguía en el Perú, de Hernando Siles en Bolivia, de Ibáñez en Chile, de Ayora en Ecuador, de Irigoyen en Argentina y, repercutiendo de alguna manera

entre nosotros, crisis y caída de Primo de Rivera en España– en el Perú sus amigos y compañeros de ideales enviaban y recibían comunicaciones desde el bufete de abogado de Manuel Rospigliosi, su representante legal en Lima y entrañable compañero de estudios en San Marcos. Rospigliosi compartía el bufete con otros exsanmarquinos amigos de Haya, entre ellos Ismael Bielich y Luis Alberto Sánchez. Casi sin darnos cuenta, todos los que colaborábamos con Rospigliosi en la defensa del amigo exiliado éramos ganados por el entusiasmo de los aún desorganizados apristas. El bufete de Villalta 235, altos, puede decirse que fue el primer local aprista.

Fue siguiendo instrucciones de Haya que el 21 de setiembre de 1930 se fundó en Lima la sección peruana del APRA que, en marzo de 1931, se convertiría en Partido Aprista Peruano y luego, en agosto, realizaría su primer congreso. El 17 de noviembre de 1930 lograron regresar al Perú Carlos Manuel Cox desde México y Manuel Seoane de Buenos Aires. Sánchez Cerro no permitió al aprismo disfrutar de la apertura política en curso. Cox sería apresado el 26 de noviembre cuando fue a solicitar permiso a la Prefectura de Lima para una conferencia. El 1 de marzo de 1931 la Marina, bajo el comando del capitán de navío Vinces, obligó a dimitir a Sánchez Cerro. Cox salió de prisión y fue elegido secretario general del PAP, cargo que había desempeñado Luis E. Enríquez desde el 21 de setiembre de 1930.

Tras un tenso interregno de varias presidencias provisionales se constituyó el 11 de mayo la Junta de Gobierno presidida por David Samanez Ocampo que convocó a elecciones presidenciales y de un Congreso Constituyente para el 11 de octubre. Haya de la Torre abandonó Europa exactamente al realizarse esta convocatoria. Entretanto, el flamante Partido Aprista convocaba un vasto Congreso Nacional para definir su programa político. El congreso se inició en las provincias en el mes de mayo y concluyó en Lima, a mediados de setiembre. En Acho, el 23 de agosto, Haya había expuesto su celebérrimo *Discurso-Programa*. Había llegado al Perú el 12 de julio, desembarcando en Talara e iniciando, apenas pisó suelo patrio, una intensa campaña política por ciudades, pueblos y caseríos, como nunca se había visto en el país. Desde algunos meses antes Haya había tenido una presencia constante en la prensa del Perú. De

esos días data un importante reportaje para el diario *La Noche,* publicado el 3 de enero de 1931 (en el libro *Dinámica económica del aprismo* de Carlos Manuel Cox se le atribuye una fecha errónea, 30 de octubre de 1930). Allí expone por primera vez la tesis del Congreso Económico Nacional (CEN).

Un aspecto importante del programa electoral aprista de 1931 es la ejemplar combinación de realismo y visión de futuro impresa en él por Haya. Y es que, al comprobar las proposiciones colectivas para el *Plan de Acción,* Haya de la Torre tuvo, sin duda, una reacción inevitable: él estaba viviendo en el año 1931 o tal vez 1961, mientras las instituciones peruanas seguían viviendo en el año 1905. Había veinte o treinta años de diferencia entre las ideas de Haya, las proposiciones del APRA y la realidad peruana.

Por ejemplo, el Poder Ejecutivo del Perú estaba compuesto por ministerios que eran un conglomerado de actividades inconexas. El de Fomento tenía varias direcciones, entre ellas las de trabajo, salubridad, obras públicas, cuestiones indígenas, agricultura e industrias, es decir actividades descuidadamente agrupadas en un solo ente administrativo desde 1895, en que el presidente Piérola creó ese ministerio ómnibus de vaga denominación. Otro caso ejemplar era el Ministerio de Justicia, Instrucción y Culto que, además de confundir ámbitos tan particulares, dejaba de lado la propuesta de crear entidades especializadas. Este planteamiento de creación de un Ministerio de Agricultura, un Ministerio de Salud, un Ministerio de Industrias, un Ministerio de Educación y un Ministerio de Justicia resultó no sólo una novedad sino hasta una herejía. Sólo en el lento transcurso de varias décadas fueron estableciéndose los ministerios propuestos por el APRA.

Además, en materia de educación, gran parte de los comités departamentales apristas había abogado por el sistema de la escuela única y gratuita. Pero, social y políticamente, hablar de la escuela única o sistema escolar único en el Perú de 1931 era mucho más grave que hablar de lo mismo en 1989, año en que dicha tesis siguió siendo motivo de escándalo. Había que atemperar los clamores radicales dentro del partido, evitar la sectarización del aprismo, que nadie execraba más que el propio Haya de la Torre. Debíamos impulsar reformas progresistas en tanto no fuera posible llevar a cabo

una transformación más profunda y de amplio y entusiasta respaldo ciudadano. El APRA estaba muy lejos de desear hacer experimentos sociales violentos y de resultado desconocido para la población, como en la Rusia bolchevique. Aun así, como es bien sabido, el civilismo y demás fuerzas retardatarias condenaron como extremista y «comunizante» al aprismo. De ahí que las críticas extremistas al programa del APRA de 1931 carezcan de sentido. El comunismo estaba entonces muy lejos no sólo de aspirar a alcanzar el poder sino de siquiera influir en una amplia corriente ciudadana. El esnobismo de algunos círculos no toma en cuenta ese lema de Bismarck que era tan caro a Víctor Raúl: «La política es la ciencia de las posibilidades».

La brecha entre las ideas del APRA y el atraso nacional no podía salvarse en seis meses de propaganda, por activa que fuese ésta. Había costumbres, instituciones y deficiencias culturales que sólo gradualmente podrían cambiar. Si bien la implantación de las Universidades Populares en los locales apristas acercaba la nueva ideología a amplios sectores del pueblo, tal acercamiento sólo lograba echar sólidas raíces en grupos minoritarios y más teóricos que pragmáticos.

Las dos ideas más importantes aportadas por el programa electoral aprista de 1931 eran el CEN y la descentralización. El Congreso Económico fue tildado de «soviet» por los adversarios; sólo en forma consultiva y accesoria al Poder Legislativo fue admitido por nuestro opositor en el Congreso Constituyente, Víctor Andrés Belaunde. Haya argumentaba en su favor que la idea del Congreso Económico no tenía reminiscencias soviéticas sino alemanas –el Volk Wirtschaftrat o Consejo Económico Popular– de los tiempos de Bismarck e inglesas: las teorías del laborista fabiano Sidney Webb. Sin embargo, no cabía duda de que la idea esencial era la democratización de las decisiones económicas con la intervención directa de representantes de todos los sectores sociales participantes en la producción. Era esa amplitud democrática lo que provocaba resistencias: se creía que la política debía seguir siendo el coto privado de una élite de privilegiados.

La idea de descentralización política del país mediante una organización federal se remontaba a los días de la gesta emancipadora, pero el descentralismo regional conservando la estructura unitaria

de la República, como lo esgrimía el APRA, era algo diferente y, aunque despertó grandes entusiasmos entre los grupos provincianos, tuvo severas resistencias en los círculos ilustrados y de poder económico. Vale la pena anotar que sólo en la Constitución de 1979 y bajo la legislación dictada entre 1984 y 1989, el regionalismo dio sus primeros pasos, todavía titubeantes en el Perú. Sin duda alguna Haya se adelantó demasiado al tiempo peruano.

XXII

La gran incógnita

Haya tenía, en febrero de 1931, 36 años y para ser presidente del Perú se requerían 35. Hacía ocho años que había dejado el Perú como desterrado, había salido a los 28 años. El gran orador itinerante que convocaba a la juventud del continente en torno a grandes ideales debía ahora ceder el paso al político necesitado de habilidad negociadora y cálculo realista. Todo 1930 y 1931 fue de indispensables y constantes consultas con miras a gobernar un país mestizo en crisis económica, bajo una tiranía cruenta y con un contexto internacional adverso.

La gran preocupación del candidato presidencial aprista era obtener la ayuda económica y política de los principales países europeos ya que, por su posición antiimperialista, no debía contar con ayuda de los Estados Unidos, entonces gobernados por el duro republicano Herbert Hoover. Ya había estallado entonces la bomba financiera de Wall Street y se iniciaba en los Estados Unidos la gran marejada de desocupación y miseria posterior al *crack* de la bolsa y de la industria.

Sin lugar a dudas la orientación intelectual de Haya de la Torre en aquel periodo seguía siendo fundamentalmente marxista, pero se trataba de un marxismo heterodoxo y referencial, con tendencias democráticas, influido –como ya hemos visto– por el laborismo y la crítica al dogmatismo y al totalitarismo de grandes pensadores como B. Russell. Además, Haya adquirió en Alemania el sentido de la grandiosidad espectacular en las demostraciones políticas: algo que en el Perú no se conocía y causó temor al ser puesto en práctica por los apristas. No sólo se trataba del efecto estético de las temporadas de ópera wagneriana en Bayreuth y de la huella intelectual dejada por Federico Nietzsche y su «superhombre»; sino también

de la deificación del Estado y la política que, mal que bien, se venía desarrollando en Alemania desde tiempos de Bismarck y tomaba impulso masivo en el Tercer Reich, bajo la ambiciosa dirección de Adolfo Hitler, agregándose el culto a la violencia de Joseph Goebbels, la dogmática orientación antijudaica de Rosenberg y la apología de la disciplina de Goering. No era aquélla una buena lección, pero afectaba sin duda la idea de Haya sobre el comportamiento externo del Partido Aprista.

En cuanto a España, Haya seguía absurda pero implacablemente suprimiéndola de sus influencias políticas. Salvo su amistad con Luis Araquistain y Julián Besteiro, ambos socialistas, así como con el viejo e indomable Unamuno, paradigma de individualismo insobornable, Víctor Raúl rechazaba todo contacto con la cultura o la política españolas. Con tales antecedentes Haya abandonó Europa vía Nueva York con el Perú como destino final. El viaje fue sin duda un motivo de meditación de todas esas experiencias, sobre las cuales todavía resonaban las palabras apostólicas de Romain Rolland.

Navegando entre Nueva York y Talara figuraba entre los pasajeros del Santa María un notable y sorprendido testigo de la llegada de Haya a su hogar patrio. Fue el sociólogo y economista francés André Siegfried, autor de dos libros importantes, uno sobre el Canal de Suez y otro sobre la crisis británica. Siegfried acompañó en su viaje al líder aprista sin tener noticia alguna de su importancia política, puesta en evidencia en la multitudinaria recepción de Talara. Más tarde el francés publicaría un pequeño libro esclarecedor titulado *L'Amerique Latine,* que traduje para la Editorial Ercilla de Chile en 1935.

Víctor Raúl había resuelto deliberadamente no llegar directo a Lima. Quería diferenciarse del civilismo inclusive en ese detalle. Fue precisamente con un vistoso desembarco en Lima que iniciaron sus campañas Pardo y Leguía. Haya quería hacer constar su profunda convicción descentralista y reivindicadora de las provincias. A su vez, deseaba dar prioridad en su recorrido a su querida ciudad natal, Trujillo. No se puede negar que el reencuentro de Haya con su patria chica era justificado motivo para un breve poema. Quien le dio la lírica bienvenida del caso fue Antenor Orrego, entonces en sus 39 años. El maestro e inspirador de la bohemia rebelde trujilla-

na, fundador del diario *El Norte* y descubridor de la poesía de Vallejo, pronunció una salutación intimista y a la vez apoteósica.

Es necesario meditar sobre cuán distinto era el Haya de la Torre que regresaba del exilio al que había partido, contra su voluntad, en 1923. Aquél que partió lo hizo lleno de problemas ideológicos, áspero y combativo, a veces triste y en general creyente en algo indefinible; pero volvió como el mensajero benévolo de una redención civil. «No vengo a agitar, vengo a construir», decía en los mítines con los obreros norteños. Partió el militante anhelante de acción y regresó el maestro paciente, deseoso de iluminar y convencer, imbuido de una devoción mística hacia el deber social.

En un libro de Ernst Erich Nort titulado *El hombre contra el militante (Le homme contre le partisan)*, que traduje en 1939 para la Editorial Ercilla de Chile, se decía que el militante es una forma un tanto inhumana del hombre. Obedece órdenes a veces contrarias a su voluntad y a su conciencia y las cumple. El militante es un esclavo de su esperanza; el hombre es un creador de esperanza y no esclaviza a nadie ni se deja esclavizar por nada. Seguramente ésta era otra preocupación importante en Víctor Raúl, quien había escuchado reflexiones similares de Rolland, Unamuno y Russell.

Al llegar a Lima sus primeros discursos revelaron que, desde su alta ubicación subliminal, había perdido un tanto el concepto de las pequeñas realidades locales. En una pieza oratoria improvisada en la plaza San Martín de Lima, el 15 de agosto de 1931, Haya dijo que era el «primer soldado» del «ejército civil que es el aprismo», cuya tarea sería «realizar la verdadera democracia». Fueron frases metafóricas muy apropiadas para el ánimo fervoroso de los miles de simpatizantes que estrenaban orgullosamente los emblemas apristas y entonaban la *Marsellesa*. No podía prever su autor que pocos días después serían transformadas en lo opuesto.

Según *El Comercio* del 19 de agosto, del discurso resultaba claro que «un partido que ha comenzado sustituyendo el Himno y la Bandera patrias quiera también reemplazar el ejército de la Nación por uno propio». Decía el mismo editorial, en alusión a las banderas latinoamericanas ondeantes al lado de la «Indoamericana» en nuestros mítines, que «el origen y la finalidad del APRA no está en el Perú, sino en países extranjeros; por eso adopta sus banderas en actitud de

fervoroso rendimiento para esos países pero de criminal renunciamiento para el Perú». El propósito era herir la sensibilidad del Ejército. Se abrió entonces la brecha más sanguinaria y honda de nuestra historia contemporánea. La prensa plutocrática insistió en señalar al Ejército que el APRA era su adversario y que Haya de la Torre pretendía suprimirlo para emplazar en su lugar la dictadura de las milicias apristas.

Se nos acusó de propiciar «un despotismo más degradante del que existía en las antiguas monarquías orientales» *(El Comercio,* 19 de agosto de 1931); se dijo que éramos «un partido que preconiza la lucha de clases y la captura del poder por la violencia, [...] que niega la idea tradicional de patria y el valor de las instituciones de nuestra democracia» *(El Comercio,* 26 de febrero de 1932). Se temía al PAP por el simple hecho de no ser un laxo club de notables sino una organización popular. De estos deliberados sofismas, de gran vileza conceptual, sólo posibles en un medio de tremenda ignorancia política, se originan diez años de persecuciones, carcelerías, destierros y fusilamientos en masa contra el aprismo que enturbiarán la vida peruana entre 1931 y 1940.

XXIII

La metamorfosis

Anotemos algunas circunstancias indispensables para entender lo que significó el Partido Aprista en el Perú de 1931. En primer lugar, había sido fundado como sección peruana del APRA en setiembre de 1930 por un grupo no mayor de sesenta estudiantes, jóvenes profesionales y obreros. En el breve término que correría hasta el 11 de octubre del mismo año, fecha de las elecciones, esta débil y bisoña agrupación debería organizar un partido a escala nacional. En segundo lugar, el jefe de este naciente partido regresaba al Perú luego de ocho años de destierro y pretendía renovar la estructura del Estado y la situación integral del país, desafiando a un candidato que encarnaba el conservadurismo y que, en la reciente Junta de Gobierno que derrocara a Leguía, había mostrado nítida vocación autoritaria y violentista.

Tercero, los adversarios del aprismo, agrupados detrás de Sánchez Cerro, constituían un frente compacto. Eran la vieja plutocracia u oligarquía, tanto industrial como terrateniente, dueña del ochenta por ciento de la riqueza del país, y las empresas imperialistas tales como la Northern Mining Company, la Cerro de Pasco Copper Corporation, la Casa Grace, la Southern y otras. Estas fuerzas conservadores subsidiaban la campaña de Sánchez Cerro sin escatimar gastos, celebrando sus bravatas y sus explícitas amenazas de guerra civil. «Ésta será una lucha a muerte» dijo el reciente exdictador en su cierre de campaña, el 4 de diciembre. Poco después sus huestes atacarían el local central del PAP. En cuarto lugar, la Fuerza Armada, al servicio total de la vieja oligarquía, tenía un peso determinante en la política, al punto de que, hacia mediados de 1931, un oficial del 7º Regimiento del Ejército retó a duelo a Manuel Seoane, director de *La Tribuna,* el diario aprista, ofendido por el llamado de

atención que hacíamos a sus tropelías callejeras, toleradas y quizás alentadas por el presidente Sánchez Cerro.

A simple vista, más opción que el APRA tenían políticos cuajados como José María de la Jara y Ureta veterano expierolista quien junto con José de la Riva Agüero integrara el Partido Nacional Democrático o «Futurista». Otro competidor de fuste era Arturo Osores, excacerista y exministro de Leguía, desterrado por oponerse a la primera reelección. Sin embargo, tal era el ansia de renovación del país y el rechazo a la plutocracia y a la dictadura, que fue inmediato el avance del APRA frente a las derechas coaligadas. Hoy en día aún sorprende a los estudiosos de nuestra historia comprobar el profundo sentimiento de identidad con el pueblo trabajador que logró en pocos meses el Partido Aprista en todos los rincones del país. Faltaba el lubricante indispensable para facilitar la campaña: recursos económicos; en cambio sobraban ideas y entusiasmo. Como pudo verse más adelante, tampoco escaseó el heroísmo.

El 8 de octubre, casi en vísperas de las elecciones, el Partido Aprista realizó su más importante desfile popular en Lima. En él, 34 mil simpatizantes apristas marcharon en líneas ordenadas de diez en diez con sus libretas electorales en alto: eran votantes y podían contarse con exactitud. Empero, en el recuento de las elecciones luego que fuera alterado el estatuto vigente, reemplazándose el escrutinio en mesa por el departamental, los votantes apristas de Lima no llegaron a 27 mil. Algunos años después, al realizar unas obras de ingeniería en el viejo local de la Inquisición, convertido en sede de la Cámara de Diputados, que en 1931 ocupara el Jurado Nacional de Elecciones, junto a una pared colindante con la Bomba Roma, se halló bajo tierra muchas ánforas correspondientes a Lima llenas de votos legítimos y aún selladas, es decir que no habían pasado por el cómputo. Éste es un hecho y nada más que un hecho, entre otros muchos que empañaron las primeras elecciones con voto secreto realizadas en el país. Recordemos que sólo votaban los varones alfabetos mayores de 21 años. Recién hubo voto para la mujer en 1956, para los mayores de 18 años en 1978, y para los analfabetos en 1980.

El resultado oficial de las elecciones fue el siguiente: de un total de 299.641 votos válidos, 152.060 votos (50,75%) correspondie-

ron a Sánchez Cerro, 106.007 (35,38%) para Haya de la Torre, 21.921 (7,31%) para De la Jara y Ureta y 19.653 (6,56%) para Arturo Osores. En marzo participé en la comisión multisectorial convocada por Samanez Ocampo para elaborar el proyecto de Estatuto Electoral. Luego fui delegado del APRA ante el Jurado Nacional de Elecciones en algunos de los actos de cómputo. En Puno se denunció que había un exceso fraudulento de 9 mil votos. Tanto el Jurado Nacional como el Jurado Departamental no pudieron desmentir este hecho, pero dijeron que el reclamo pertinente se había presentado con horas de retraso en Puno. En Cajamarca se anuló diez representantes, todos ellos apristas. Otro tanto ocurrió con el representante electo por Loreto. Abundaban los incidentes de arbitrariedad y prepotencia en muchas mesas electorales. En vano reclamó el PAP el 18 de noviembre de 1931 un nuevo escrutinio nacional. El 8 de diciembre se instaló el nuevo gobierno.

En las semanas anteriores a la proclamación de los nuevos poderes no dejaban de suceder provocaciones de bandas armadas y sectores militares vinculados al sánchezcerrismo. Los rumores de un coletazo dictatorial apenas fuese investido eran confirmados a viva voz por estos provocadores. Hubo muchos incidentes violentos confusos y con trágicos resultados, entre ellos un ataque mortal a pedradas contra un candidato aprista, Adolfo Copello, en octubre; en noviembre hubo un atentado de bala contra Manuel Seoane. Cada actividad partidaria concluía en enfrentamientos con los adversarios.

El clima de agitación y violencia y la frustración por las irregularidades de las elecciones condujeron a un infructuoso intento insurreccional aprista el 5 de diciembre de 1931. Seoane y yo nos opusimos, pero el plan ya estaba en marcha, aunque organizado en forma defectuosa y anárquica. Aquella necia aventura pasó casi inadvertida entre los múltiples incidentes violentos que rodearon la fecha de la asunción gubernamental. Poco después del 8 de diciembre, un representante del PAP al Congreso Constituyente, Gustavo Neuhaus, sufrió serias heridas; el día de Navidad de 1931 hubo un grave ataque de fusilería de la milicia gobiernista contra el local aprista de Trujillo que causó una decena de muertos.

El mismo día de la instalación del gobierno de Sánchez Cerro, el 8 de diciembre, Haya de la Torre pronunció en Trujillo un discurso que siempre hemos considerado un hito fundamental en la forja del APRA. Allí expuso que al pueblo se llega con sacrificio e ideas y no con dinero y armas. Citemos sus palabras textuales:

> A Palacio llega cualquiera, porque el camino de Palacio se compra con oro o se conquista con fusiles. Pero la misión del aprismo era llegar a la conciencia del pueblo antes que llegar a Palacio. Y a la conciencia del pueblo no se llega ni con oro ni con fusiles. A la conciencia del pueblo se llega, como hemos llegado nosotros, con la luz de una doctrina, con el ejemplo glorioso del sacrificio. *(OC,* t. V, p. 88)

Allí Haya define el aprismo como «religión de justicia [...] credo de libertad, [...] causa de acción, de lucha, de rebeldía» *(OC,* t. V, p. 89). Todo el discurso es una lírica incitación a la entrega total al partido:

> Vamos a probar, una vez más, en el crisol de una realidad dolorosa quizá, la consistencia de nuestra organización, la fe en nuestras conciencias, la sagrada perennidad de nuestra causa. *(OC,* t. V, p. 87)

Parecía una invocación religiosa y casi lo era. Se ha hablado mucho de la mística aprista, que es un hecho, pero no siempre se ha estudiado las fuentes de ese misticismo hasta ahora vigente. No es, como muchos creen, un hecho posterior al martirio trujillano de julio de 1932. La mística aprista surgió por sí misma, primero como una exaltación del orgullo de construir un gran partido sin otros recursos que el fervor popular y el magnetismo de un líder. En segundo lugar, brotó como comprobación de que, frente al resto de opciones políticas del país, éramos el único partido realmente digno de ese nombre, llamado, por lo tanto, a cumplir una profunda labor de salvación nacional.

La tiranía que inicia Sánchez Cerro poco después de su juramentación, encontró al joven partido listo a resistir con heroísmo lo

que viniere. Tampoco se trató de una mística agresiva y violentista. Predominaban en ella la abnegación y el servicio desinteresado a la causa popular, así como el perdón y la tolerancia. Contra lo que usualmente se ha escrito, no fue el aprismo el que precipitó el llamado 'Año de la Barbarie'. El PAP trató de contener, hasta donde le fue posible, una situación que por boca del propio dictador era de sobrevivencia física.

No olvidemos que entre las primeras medidas del gobierno estuvo la presentación al Congreso de un proyecto de ley 'de Emergencia' cuyo simple tenor era un escándalo y equivalía a un nuevo golpe de Estado. Se pedía amplios poderes para la represión sumaria de todo aquello que el gobierno considerase «actos contrarios a la estabilidad de las instituciones y al bienestar social», sin mediación del Poder Judicial ni derecho a defensa, apelación, *habeas corpus,* etcétera. El 8 de enero se impuso la aprobación de esta ley –la siniestra ley 7479– en medio de violentos incidentes entre parlamentarios gobiernistas y de oposición, nuevos incidentes callejeros y explícitas amenazas contra el APRA del propio Sánchez Cerro.

En enero de 1932 hubo una serie de atentados provocadores con el propósito de generar una reacción violenta a escala nacional del aprismo. No dio resultado. En febrero se montó el *bluff* de una «conspiración en marcha» con el fin de justificar una *razzia*. Se cerró los locales y periódicos del PAP. Se deportó a 23 parlamentarios, todos apristas o aliados del APRA. Se encarceló a todo dirigente o activista conocido que pudo encontrarse. Se reprimió con dureza inaudita la protesta popular. Entró en funciones una especie de Gestapo criolla encargada de detectar, a cualquier precio, la organización clandestina aprista y capturar a Víctor Raúl. La brutalidad desplegada no perdonó niños, ancianos ni mujeres.

La indignación dio lugar a varias sublevaciones populares, apoyadas por policías, militares y fuerzas navales, siempre en nombre de la libertad. Haya de la Torre fue apresado el 6 de mayo de 1932 y encerrado en la penitenciaría de Lima durante quince meses en los que no se expidió fallo alguno. Una contundente campaña mundial de solidaridad impidió que fuera trasladado a Trujillo en julio de 1932 para ser procesado y, con certeza, ejecutado con los varios miles de apristas que, sin proceso alguno, fueron fusilados en las rui-

nas de Chan Chan. Desde la prisión, Haya insufló a los demás apristas recluidos y sobre todo a aquéllos inmersos en la lucha clandestina, perseverancia y fervor, lealtad al heroísmo de los compañeros inmolados, valor en la adversidad, pero nunca venganza. Esa era la mística aprista: religiosidad profana y política, arrogante tal vez, pero nunca basada en el rencor.

Cuando Víctor Raúl recuperó la libertad, el 10 de agosto de 1933, se dedicó intensamente a recorrer el país para beber de esa fuente de inquebrantable solidaridad que animó la resistencia de él y de todos los apristas prisioneros. En diciembre llegó a Trujillo. Visitó las viejas murallas y las fosas comunes apenas recubiertas que no ofrecían dudas sobre la crueldad del drama allí ocurrido. En todos los hogares apristas encontró abnegación y grandeza moral. Su conmovedor discurso –el *Discurso-Oración* del 18 de diciembre– empezó con las palabras que Martí escribiera en una inspirada carta sobre la muerte de su padre: «Palabras no puedo». El texto de ese discurso se dirige cerradamente, sin distracciones sociológicas o de otro tipo, al puro y neto sentimiento popular. Es también una nueva invocación al perdón.

En realidad, los tres principales testimonios de la etapa de la tragedia trujillana, el discurso del 8 de diciembre de 1931, el *Manifiesto a la Nación* de febrero de 1932 y el discurso de diciembre de 1933 en Trujillo, fueron los tres pilares del catecismo aprista sobre el cual se basó la resistencia a todos los embates sufridos durante la larga clandestinidad entre 1934 y 1945. Los dos discursos son una reafirmación de la mística partidaria mientras el manifiesto es una versión resumida del ideario y la política apristas, respondiendo a las alusiones de «comunismo encubierto» y otros infundios lanzados por el enemigo. Tuvo en 1932 el valor de un testamento político de Haya, de cara al incierto destino impuesto por el morbo totalitario del sánchezcerrismo («sanchocivilismo» según la agitación aprista de esos días).

Estos tres elementos son piezas indispensables para juzgar el rumbo místico del aprismo a partir de entonces: la conversión del APRA en un espiritualismo a la vez realista y sacrificado, generoso y extrañamente combativo. El profesor Pike, en su ya citado libro, reduce esta mística y esta devoción entre dirigentes y dirigidos a

una vulgar metáfora freudiana, de sumisión y posesión con ribetes psicopáticos. Tales disparates interpretativos, por llamarlos de algún modo, ofenden una gesta en la que primó la pasión idealista y no instinto primario alguno. Puedo afirmar que, en contraposición a la bajeza moral del gobierno, en el caso del aprismo nunca hubo una colectividad más imbuida de religiosidad, en el sentido amplio y universal del término.

Para algunos jóvenes de hoy todo esto parece un tema de leyenda, pero fue cierto. El aprismo devino sinónimo de decisión de ofrendarse en holocausto por la causa de un pueblo oprimido. Toda la agitación del partido era un invitación a la resistencia heroica o al sacrificio también heroico. La tragedia de Chan Chan hizo de esta mística una argamasa indestructible. Y es que, como decía Rainer Maria Rilke, el gran poeta checo: «Sólo cuando se ha visto gemir a un enfermo, llorar a un huérfano y morir a alguien se llega a alcanzar lo que es la esencia de la vida».

XXIV

LEY Y VIOLENCIA

El 9 de abril de 1933 Sánchez Cerro promulgó la nueva Constitución, votada apresuradamente por un Parlamento cercenado. Se vivía en total ausencia de garantías civiles. Aún no se disipaban los ecos de la batalla librada en las afueras de Pacasmayo por el sublevado teniente coronel Gustavo Jiménez, quien se quitó la vida al verse traicionado y en inminente derrota. Jiménez tomó Cajamarca el 10 de marzo y, al frente del 11º Regimiento de Infantería, con respaldo de fuerzas policiales y apoyo civil de apristas y otros opositores al régimen, marchó en dirección a Trujillo. Enfrentó a las fuerzas del gobierno el 13 de marzo, con gran desventaja. Tras una corte marcial severísima, el 7 de abril tuvieron lugar las ejecuciones de los implicados en esta rebelión, entre ellos el dirigente aprista cajamarquino Luis Benjamín Gálvez. Otro trágico levantamiento en armas había ocurrido en Huaraz, en julio de 1932, al mando del mayor Raúl López Mindreau, que por escasos días no pudo coincidir con el de Trujillo. Los insurrectos, incluidos apristas fervorosos como Carlos Phillips, cayeron espartanamente. Fue motivo para una nueva exhibición de barbarie del gobernante de turno.

Mientras tanto, otro problema debilitaba a la dictadura. El 1 de setiembre de 1932 un grupo de peruanos tomó por asalto el puerto de Leticia, en el extremo oriental de nuestra frontera, sobre el curso del Amazonas. El tratado Salomón–Lozano, suscrito en 1922, había dado a Colombia soberanía sobre esa localidad. Sánchez Cerro primero condenó el hecho atribuyéndolo al aprismo, luego quiso aprovechar la situación para exacerbar cierta euforia patriótica. De hecho, algunos de los insurgentes de Leticia eran afiliados al PAP, pero el movimiento era genuinamente regional y aspiraba a la revisión del tratado de límites, que habían prometido tanto el APRA

como Sánchez Cerro en las elecciones de 1931. Obviamente Colombia no se cruzó de brazos. Entre enero y abril de 1933 ocurrieron varios incidentes bélicos, todos desfavorables para el Ejército peruano, en un intento de restituir por la fuerza la frontera anterior a 1922. El dictador demostró impericia como político y como estratega. En una de las refriegas, en el pequeño puesto de Güepi, murieron, por falta de suministros y adecuada previsión militar, varios soldados peruanos, entre ellos un sargento, Fernando Lores Tenazoa, cuyo carnet de afiliado aprista fue encontrado entre sus ropas ensangrentadas por los miembros de la Cruz Roja.

La situación de crisis en la frontera con Colombia puso en aprietos la autoridad de Sánchez Cerro. Empezaron a correr rumores golpistas de distinto signo, ante el temor de una revisión del tratado de límites aún más desfavorable que la de 1922. La rebelión del teniente coronel Jiménez empalmó con el descontento de un importante sector de la oficialidad, deseoso de una victoria militar. No fue casual que la prensa oficialista de esos días, sobre todo *El Comercio,* dijera sobre Jiménez que «esta revolución ha sido auspiciada por Colombia [...] como solución deseada y única para el conflicto con el Perú» *(El Comercio,* edición vespertina, 13 de marzo de 1933). La bajeza del argumento era un claro síntoma de que el piso del dictador se agrietaba.

El domingo 30 de abril, mientras Sánchez Cerro pasaba revista a las tropas que partirían a la zona del conflicto, fue asesinado por Abelardo Mendoza Leyva, un joven desempleado de efímera pertenencia al aprismo durante 1931. Su sucesor, el jefe de la Defensa Nacional, general Oscar R. Benavides, el mismo dictador de 1914 y 1915 a quien González Prada demoliera en *Bajo el oprobio,* tuvo que encarar el conflicto con Colombia de la única manera posible: una cauta diplomacia. Pero la solución tardaría largos meses. Entretanto, el nuevo mandatario correspondió al obsequio del poder con un amplio proceso judicial contra el Partido Aprista, acusado del asesinato de Sánchez Cerro y del primer atentado que sufriera en marzo de 1932. Nada pudo probarse más allá de un vínculo pasajero al aprismo de ambos atacantes. Sin embargo, fue una decisión expresa del nuevo dictador aligerar el rigor carcelario que pesaba sobre Haya de la Torre.

Benavides anunció que se limitaría a completar el periodo presidencial que correspondía a Sánchez Cerro, convocando por consiguiente a elecciones en 1936. No le correspondía tal atribución, como tampoco le correspondía ser presidente de la República por expresa prohibición de la Constitución recién promulgada contra todo militar en funciones. Pero el Congreso recortado le dio esta investidura. Dijo, además, que su gobierno sería «de paz y concordia». No lo fue.

Hacia junio de 1933 el gabinete sánchezcerrista supérstite fue reemplazado por el gabinete de Jorge Prado. Entonces disminuyó la presión sobre el APRA y el 9 de agosto se dio una ambivalente ley de Amnistía que abría las cárceles y permitía la vuelta de los desterrados, pero no archivaba procesos judiciales ni devolvía la legalidad al PAP ni rehabilitaba a los parlamentarios defenestrados. Haya, fiel a su estilo, ofreció la mano reconciliadora y pidió a Benavides ser un árbitro del tránsito a las libertades plenas, «el fiel de la balanza». A nombre del PAP formuló una sola exigencia: plena amnistía y elecciones legislativas y municipales libres. Benavides prometió convocar a elecciones legislativas, que ya estaban previstas por Sánchez Cerro aunque en condiciones de estricta marginación de la oposición.

El 12 de noviembre, en la Plaza de Acho de Lima, Haya presidió el mitin aprista «del Reencuentro», donde dio lectura a un importante manifiesto, luego incluido en el libro *Política aprista* (*OC*, t. V). Tras la lectura improvisó un discurso muy emotivo en honor a los mártires y también reconciliador, «es necesario que abramos los brazos al adversario de ayer cuando venga hasta nosotros lealmente», dijo con su acostumbrada generosidad (*OC*, t. V, p. 157). Para entonces el APRA ya había puesto en marcha un amplio frente electoral para garantizar elecciones legislativas libres: la Alianza Nacional, con liberales, descentralistas, socialdemócratas, etc. El clima cambió abruptamente al otorgarse el Premierato a José de la Riva Agüero quien, junto al ministro de Gobierno, comandante Alfredo Henriod, iniciaron una política de endurecimiento, flaco disfraz de la tentación antieleccionaria que acechaba a Benavides.

En enero de 1934 se cerró los locales del Partido Aprista, incluyendo un ataque vandálico al local central, entonces en la calle

de Pobres (actual cuadra 10 del jirón Lampa). El pretexto fue la agitación sindical que ocurría en distintos puntos del país. La tensión política recrudeció y diversos incidentes mostraron que Benavides no tenía simpatía popular alguna, como sí la tuvo Sánchez Cerro. En los corrillos políticos fue motivo de escarnio para el dictador que recibiera una fuerte silbatina, con agitar de pañuelos blancos, durante un partido de fútbol; mientras en una ocasión similar fue ovacionado al ser visto en una tribuna el líder aprista Manuel Seoane. Un problema adicional fue que el protocolo de Rio de Janeiro, suscrito en mayo de 1934, precisó la demarcación fronteriza conservando Leticia bajo soberanía colombiana, lo cual hizo al dictador peruano objeto de rechiflas mayores.

La débil situación interna hizo virar a Benavides hacia un nuevo diálogo con el APRA: nueva libertad de acción –sin amnistía– para el PAP y nuevas promesas de elecciones parlamentarias aunque sólo para cubrir los puestos vacantes por el desafuero de 1932. A fines de mayo de 1934 se invitó al aprismo a dar su apoyo a un desfile cívico de respaldo al Protocolo de Rio. Fue una gran oportunidad de manifestación del poderío aprista. El PAP respetó el acuerdo de asistir sin banderas partidarias ni entonando lema alguno, pero frente al estrado presidencial, en un momento preciso, empezaron a ondear los pañuelos blancos como un mar interminable.

Entre mayo y setiembre la escena política no cesó de agitarse ante la reiterada postergación de las elecciones parlamentarias. El estudiantado de San Marcos reclamaba el cese de la clausura decretada en mayo de 1932. Los obreros exigían libertades sindicales. El PAP, de precaria legalidad y nuevamente objeto de provocaciones y amenazas, siguió animando la exigencia de plenas libertades políticas desde la Alianza Nacional que presidía un veterano político, de nombre tradicional y severa religiosidad católica, don Amadeo de Piérola Iturbide, hijo del célebre Califa. En su conducción también participaban el líder descentralista Erasmo Roca, el socialdemócrata Luis Antonio Eguiguren y otros sin filiación partidaria. De cara a las elecciones, Benavides no tenía otro soporte político que el desprestigiado sánchezcerrismo, la Unión Revolucionaria de Luis A. Flores. Optó entonces por no realizar nuevas elecciones parlamentarias en forma definitiva. Se restable-

ció la censura de prensa y se impuso la restricción de garantías civiles.

En noviembre de 1934 el movimiento opositor a Benavides intentó una insurrección popular. Hubo evidente infiltración o infidencias que permitieron al gobierno anticipar sus represalias, sobre todo en el caso de Lima, en el llamado «complot del Agustino». En Huancayo, Ayacucho y Huancavelica la insurrección popular tomó caracteres muy duros. Era en verdad un movimiento mucho más amplio que el aprismo, que en cierta medida lo tomaba por sorpresa. El 24 de noviembre se decretó la persecución del PAP. Entonces empezó un acoso aún más severo que el de 1932, además de las numerosas prisiones y deportaciones. Fue el inicio de la gran clandestinidad, con Haya de la Torre ocupando el primer lugar en la primera línea de la resistencia al dictador.

El corto trecho de «paz y concordia» entre agosto de 1933 y noviembre de 1934, no obstante las intermitencias represivas y la insuficiente legalidad, fue ampliamente aprovechado por el PAP para recuperarse del asedio y la tragedia de la etapa anterior. El partido había echado raíces en el sentimiento popular pero sufría el contraste entre esa gran popularidad y su insuficiente organización. Entre 1933 y 1934 empezó a resolver ese problema con diversas innovaciones orgánicas internas y externas. La más importante fue la creación de la Federación Aprista Juvenil (FAJ) el 7 de enero de 1934. Se organizó también los «burós» de especialidades técnicas y profesionales, los «comandos» sindicales, las cooperativas y los comedores populares, los dispensarios médicos gratuitos, las Universidades Populares, etc. Surgieron talentosos organizadores al frente de estos organismos. Es posible afirmar que el PAP, que regresaba a las catacumbas a fines de 1934, era mucho más numeroso y fuerte que aquél ilegalizado en febrero de 1932.

La disciplina y la fuerza numérica del PAP reorganizado motivaron comentarios de asombro en algunos diarios y revistas. El semanario festivo *Buen Humor* anotó, con mucha seriedad, ante el mitin «del Reencuentro» del 12 de noviembre de 1933: «Vencidos, diezmados, traicionados, perseguidos como fieras, por cada caído se presentaron diez a ocupar el sitio del martirio y el heroísmo». Haya, por su parte, recibió en nuestro local central la visita de importan-

tes personalidades solidarias con la tragedia aprista. Con motivo de la Conferencia Panamericana de Montevideo de diciembre de 1933, estuvieron de paso por Lima con el único fin de visitar a Víctor Raúl estadistas como Alberto Lleras Camargo y periodistas de renombre como Carleton Beals. Cordell Hull, secretario de Estado de EE. UU., sorprendió al gobierno al entrevistarse en privado con Haya al retornar de la misma cita de Montevideo. Los invitados al local central aprista solían almorzar con Víctor Raúl en el Comedor del Pueblo, nuestro restaurante cooperativo, portando su bandeja de autoservicio y pagando su boleto de 25 centavos. Así, aparecieron fotografiados para *La Tribuna* el presidente electo de Ecuador, José María Velasco Ibarra, acompañado de los líderes parlamentarios ecuatorianos José Vicente Trujillo y Antonio Parra Velasco, quienes visitaron a Haya en julio de 1934.

La FAJ fue la espina dorsal del partido cuando retornó la clandestinidad. Basó su actividad en un código de honor, en cuya elaboración participó activamente el joven secretario nacional de Organización de entonces, el profesor Ramiro Prialé. Su mandato esencial era «Joven aprista, prepárate para la acción y no para el placer», es decir, una vida de elevado rigor moral y disciplinado cumplimiento del deber. El ejemplo de una vida austera y el fomento de la fraternidad mediante actividades culturales y deportivas era la meta del fajista. Con ellos formó Haya de la Torre el «Buró de Conjunciones». Reunió un grupo de aprendices de líderes, designados para relacionar las diversas secretarías y brigadas del partido entre sí y con la jefatura. Toda esta generación fundadora de la FAJ dio un gran ejemplo al resto del partido. El primer secretario general de la FAJ fue Armando Villanueva del Campo. Otros fajistas fundadores importantes fueron Humberto Silva Solís, Nicanor Mujica, Luis Rodríguez Vildósola y Andrés Townsend. Cuatro años después la mayor parte de ellos estaba desterrada, encarcelada o cubierta por el polvo del cementerio. Dos mártires muy recordados por su heroísmo fueron Manuel Cerna Valdivia y Víctor Manuel Peralta.

Además de virtuosa y disciplinada, la FAJ fue combatiente. No pocas veces tuvo que responder la violencia con la violencia y defender con las armas el patrimonio partidario y la vida de los líde-

res apristas. También le tocó defender la independencia doctrinal del partido. Uno de estos últimos casos ocurrió en 1935. La Juventud Comunista Peruana, en nombre de la consigna del Frente Popular, trató de convencer a la FAJ de formar una entidad común y realizar una actividad conjunta. La invitación se originaba en el comisariado comunista de Barcelona, donde participaba Eudocio Ravines. La FAJ rechazó tajantemente la invitación y lo hizo nuevamente con ocasión de la guerra civil española desatada en 1936.

Mientras Haya de la Torre enfrentaba la inminencia de la clandestinidad, del otro lado del planeta llegaban noticias no menos inquietantes. La muerte en 1934 del viejo mariscal Hindenburg, héroe de la Alemania imperial, permitiría al locuaz y violento Hitler completar la demolición de la República de Weimar. Desde marzo de 1933 el canciller Hitler había obtenido poderes excepcionales. En julio de 1933 el nazismo fue oficializado como «único partido de la nación alemana» y estaba en pleno proceso de organización el Totalstaat, que excluía de la vida civil a quienes no fueran arios ni se sometiesen al Führerprinzip. Desde abril la Gestapo desataba el terror contra toda disidencia y ya ondeaba en las plazas la bandera con la cruz gamada. Sin Hindenburg, era evidente que la persecución a los judíos, los comunistas y a todo alemán demócrata se acentuaría terriblemente en lo que iba a llamarse el Tercer Reich, el Reich «de los mil años».

Naturalmente Haya pensó con preocupación en los Hoehler, en su viejo aposento de Berlín, en la dulce Alicia y en el inquieto y fraternal Christian. Era preciso ponerlos a salvo de las iras nazis. Desde su refugio en Lima, sobreponiéndose a las exigencias de la persecución del dictador Benavides, Haya de la Torre buscó el apoyo de algunos amigos diplomáticos y logró que a Christian se le permitiese viajar a Londres. Alice se trasladó a Italia.

Durante 1933 parecía que Benavides temía ejercer represalias contra Haya de la Torre por el fresco recuerdo de la campaña mundial para salvar su vida del paredón sánchezcerrista, que incluyó una pléyade de firmas ilustres como las de Romain Rolland, premio Nobel 1915; Albert Einstein, premio Nobel 1921; Bernard Shaw, premio Nobel 1925; R. Tagore, premio Nobel 1913; Gerhart Hauptmann, premio Nobel 1912; H. G. Wells, Ghandi, León Blum, Mi-

guel de Unamuno, Waldo Frank, Ortega y Gasset e incontables personalidades de la cultura y la política de toda América. Sin embargo, no fue nada casual que en octubre de 1934, con motivo del deceso del padre de Víctor Raúl, ocurriese un extraño accidente en el aeroplano en que nos disponíamos a viajar varios dirigentes apristas. Cursamos una denuncia ante las autoridades que fue sospechosamente entorpecida y desestimada.

La severa clandestinidad que se inició en noviembre de 1934 ponía inevitablemente sobre los hombros de Víctor Raúl toda la responsabilidad sobre la marcha del partido. Por una parte, las primeras víctimas de la represión habían sido los dirigentes más notables, que a fines de 1934 ya estaban en su mayoría exiliados o presos, sino muertos. Por otra parte, Haya tampoco podía apoyarse en un equipo dirigente de alto nivel, ya que cualquier aprista de alguna figuración era una pista potencial para capturar al *compañero Jefe*. Como lo revelan las cartas que pudimos intercambiar en esta etapa, todo el peso de la conducción de la lucha clandestina residía en él y su Buró de Conjunciones juvenil.

Una carta rebosante de serena sencillez, de marzo de 1935, da una idea del principal problema que encaraba Víctor Raúl en ese momento, la dificultad para proseguir su actividad intelectual. Describe así su «rutina» de perseguido: «hacemos una vida más o menos inquieta, con algunos saltos de mata, dormimos casi siempre de día para vigilar en las noches. Desgraciadamente no se puede trabajar a máquina durante las largas veladas por el ruido, yo a mano soy malo. Éste es uno de los motivos de mi falta de actividad intelectual. Leo y, cuando no hay lectura, pienso bajo las estrellas, haciendo de centinela» (*Correspondencia Haya–Sánchez*, t. I, p. 53).

En compensación a su relativamente breve contribución escrita de esta fase, los apristas exiliados acometimos la tarea de recopilar trabajos suyos escritos algunos años antes. Así aparecieron *¿A dónde va Indoamérica?* (1935) con artículos sobre la unidad continental escritos entre 1924 y 1934; *Excombatientes y desocupados* (1936) con artículos y documentos que recorren los ocho años de exilio en México, Centroamérica y Europa; y el libro inédito de 1928 *El antiimperialismo y el APRA* (1935-1936). Este último motivó una extensa actividad epistolar ante los reparos que Víctor tenía por el ex-

cesivo ingrediente marxista de sus enunciados y luego por los problemas de edición. El principal reparo era, obviamente, su oposición a dar énfasis al marxismo como sistema filosófico. En este punto algunos exiliados andábamos rezagados. Tal era mi caso, por ejemplo, como reciente autor de dos ensayos tupidamente sembrados de citas de Marx y Lenin: *Carta a una indoamericana* (1932) y *Aprismo y religión* (1933).

Desde 1931, en su actividad pública en el Perú, Haya puso en claro que no era posible coincidir con el comunismo en su apreciación del marxismo como un sistema absoluto, ajeno a las reglas de la dialéctica que se ufanaba de defender. Por esta misma razón se oponía a considerar el «gobierno aprista» como un peldaño o antesala del leninismo. En las *Cartas a los prisioneros apristas* rechaza con energía aquello de «ahora apristas y después comunistas», añadiendo que, precisamente por ser dialéctico», el aprismo no es un dogmatismo cerrado y arbitrario sino una línea de acción hacia el infinito» (*OC*, t. VII, p. 205).

Apenas le fue posible Víctor Raúl empezó a ahondar este tema y publicó una serie de artículos de campaña contra el «marxismo congelado», que aparecieron en la revista *Hoy* de Santiago de Chile. «Dialéctica y aprismo», «Marxismo congelado y confusionismo», «Aprismo, marxismo y espacio-tiempo histórico» y en general todos los artículos sobre doctrina (capítulos V y VI) luego recopilados en el volumen *Y después de la guerra, ¿qué?* (1946) se gestaron en los remansos de la lucha clandestina.

Lamentablemente, hay un rubro de la producción de Víctor Raúl que parece condenado a quedar disperso, extraviado en su mayor parte e incluso difícil de clasificar. Me refiero a los folletos escritos en forma anónima o bajo seudónimo, dirigidos al fortalecimiento de la organización clandestina.

Algunos pueden ser ubicados tomando como referencia sus cartas desde el «Incahuasi». Un hecho curioso narrado en estas cartas es cómo esperó, en 1935, la fecha de su cumpleaños en serena vigilia, atento al peligro y asombrándose él mismo de leer a Julio Verne para mitigar la imposibilidad de escribir. De pronto lo sorprendió una potente ráfaga de petardos y cohetería que esparcía su brillo y su impertinente estruendo por todo Lima, desafiando el

estado de sitio. Eran los apristas celebrando el cumpleaños de su líder. Haya anota así su impresión: «Los cohetes y *La isla misteriosa,* todo eso, en la soledad de la noche, y la entrada triunfal de los cuarenta años en un cuerpo con 25 de capacidad energética» (*Correspondencia Haya–Sánchez*, t. I, p. 50).

XXV

España en el corazón

La guerra civil española puso en evidencia un imprevisto rasgo xenófobo en el fervor indoamericanista de Víctor Raúl. Desde su impactante conocimiento de la realidad indígena cuzqueña, el pensamiento de Haya había quedado férreamente marcado por la idea de reivindicar la cultura andina que, como diría después Mariátegui en sus *Siete ensayos,* la llegada de los españoles cercenó y destruyó. La consiguiente subvaloración y hasta antipatía hacia lo hispano se vio fortalecida al tomar contacto con la Revolución mexicana, cuyos líderes inculcaban una creencia similar.

En Rusia también pudo ver un sentimiento parecido de culto a lo autóctono. Los bolcheviques, no obstante la cultura cosmopolita de sus líderes, adoptaron como política condenar el extranjerismo de la derrocada élite imperial, prestando gran atención a la tradición popular y sus expresiones más originales. En Europa también conoció a representantes del nacionalismo revolucionario chino, el Kuo Min Tang, cuya actitud hacia las «culturas colonialistas» o simplemente extranjeras era igual de severa.

Haya tuvo muy en cuenta que la Revolución mexicana de 1910 a 1917 fue no solamente contra los patrones agrarios, sino también contra todo lo que significaba cultura no mexicana. Esto explica la devastación de las iglesias de Cholula y Taxco, la prohibición de todo uniforme, incluidas las sotanas eclesiásticas, el acceso a la propiedad rural y empresarial únicamente para mexicanos y, en suma, las medidas de protección del acervo cultural aborigen que constan en la Constitución de Querétaro promulgada en enero de 1917.

En las conferencias que dictó Haya en la Universidad de México, a principios de 1928, ya en plena agitación aprista, trató de interpretar la historia de nuestro continente por medio de una pro-

posición dialéctica: «tesis América precolombina–antítesis América hispánica–síntesis América colonial». Esto puede verse claramente a lo largo de la versión escrita de una de estas conferencias «El problema histórico de nuestra América» (*OC*, t. I, p. 161-170). De allí dedujo la necesidad de mantener una actitud radical contra esa realidad de «importación europea» que, dialécticamente, ya había caducado.

Al volver al Perú en 1931 Haya insistió en su antihispanismo, lo que iba a contramarcha del gran interés que tenían los constituyentes peruanos de 1931 por el audaz debate constitucional que se daba en España, cuya nueva Constitución se elaboró entre abril y diciembre de ese año. Haya, en cambio, rechazaba toda forma sana de hispanismo, confundiéndolo deliberadamente con el «espíritu godo» aristocratizante que había sido la bandera de la oligarquía peruana. Ya antes, don Manuel González Prada había atacado apasionadamente a este hispanismo rancio en sus discursos y escritos entre 1896 y 1891. Haya de la Torre, quien se proclamó siempre un discípulo de González Prada, creyó su deber extremar los argumentos antiespañoles del maestro y convertir en divisa suya la reivindicación tajante de la cultura indígena. Es así que los términos quechuas y emblemas incaicos quedaron asimilados a la simbología aprista en el Perú.

Curiosamente, entre 1931 y 1933 los comunistas peruanos adversarios del APRA quisieron ir aún más lejos, adoptando como motivo de combate la constitución de una república quechua y otra aymara en el Perú, aplicando en forma irrisoria el ejemplo del gobierno ruso en donde un conglomerado de extensas y poderosas nacionalidades, Ucrania, Bielorrusia, Armenia, Georgia, Azerbaiján, antes sometidas por el zarismo de los rusos, se unieron para formar en 1922 la Unión Soviética basadas en la promesa de respeto a su autonomía.

No obstante que la guerra civil española de 1936-1939 fue la clara defensa de la insurgencia popular librada desde 1931 contra la tradición aristocrática, el conservadurismo católico y la vieja casta terrateniente, como en México en 1911 y que, por tanto, era natural que un hombre de izquierda abrazara con entusiasmo las banderas del republicanismo español, sucedió que el sector más activo de

los republicanos fue el comunista y que éste trató de copar como cosa propia la causa de la República, sobre todo desde el exterior. Este copamiento no era definitivo pero, dentro del pensamiento autónomo de Haya de la Torre, no cabía al aprismo manifestar en contra del totalitarismo del general Franco si es que esto conducía a fortalecer la posición internacional del comunismo; entonces optó por una neutralidad refunfuñante. Frente al aprista que quería defender a la República española, su decisión fue: que tomen las armas y vayan a combatir en España.

Los grupos de exiliados apristas no pudieron sustraerse al influjo del problema español, sin duda para disgusto de Haya de la Torre. El más activo, el de Chile, donde yo participé, se comportó como un propagandista dinámico de la causa republicana coincidiendo con los comunistas representados fundamentalmente por Pablo Neruda. Los de México también hicieron otro tanto, así como los de Argentina y Uruguay. Además, en el caso de los apristas de México había allí un polo de atracción innegable para el apoyo a la República española en la persona de León Trotski, ya entonces en Coyoacán disfrutando de la hospitalidad mexicana y en particular de la de Diego Rivera. Trotski tenía gran simpatía por el aprismo y consideraba necesario apoyar con toda energía la causa española, donde también combatía un partido dirigido por seguidores suyos: el POUM de Andreu Nin, Julián Gorkin, J. Maurin y otros, opositor a la corriente stalinista en el Frente Popular español y análogo en cierta forma con el aprismo por tener igualmente raíces en el movimiento anarcosindicalista.

Toda esta exaltación relacionada con sucesos bastante lejanos físicamente de Indoamérica era vista por Haya con desagrado desde la clandestinidad. Su máxima preocupación era que el aprismo no hiciera concesiones a la política comunista del Frente Popular y que no terminase firmando loas a Stalin. Es por eso que, en abril de 1937, con motivo de mi probable asistencia al Congreso Internacional Antifascista de Escritores en Valencia –que finalmente no fue posible por problemas de pasaporte ordenados desde Lima– Haya dio su visto bueno indicando con escepticismo: «Tú ya estás crecidito para que te aprovechen y debes aprovecharlo» *(Correspondencia Haya–Sánchez,* t. I, p. 310). Desagradaba a Víctor Raúl el doblez de

la política del Frente Popular, que comprometía a una serie de sectores demócratas en torno a reformas moderadas, para luego torpedear el proceso desde dentro, forzando la polarización de clases. Así observaba él la tragedia del Frente Popular español. Contra el Frente Popular falaz y coadyuvante del fascismo, Víctor abogaba por aislar y rechazar a los partidos comunistas.

Concluida la guerra española con el triunfo de Franco, el mapa europeo siguió ensombreciéndose en favor de la tiranía y el fascismo, hasta oscurecerse por completo al iniciarse la segunda guerra mundial. Entonces Haya dio prioridad a la lucha internacional contra el totalitarismo nazi. De este modo, el primer principio del *programa máximo* del APRA que decía «Acción contra el imperialismo yanqui» se convirtió definitivamente en «Acción contra el imperialismo»: el yanqui, el británico, el nazi, el fascista italiano y el japonés. Todavía no se perfilaba el «socialimperialismo» de la Unión Soviética, que sólo empieza a tomar nítida forma al concluir la segunda guerra mundial con la anexión de Lituania y Letonia.

Debemos concluir de todo esto que, si bien el APRA oficialmente –y sobre todo en cuanto a Haya mismo– trató de evitar tomar partido en la guerra civil española, no se puede negar que esta circunstancia significó una nueva etapa en el pensamiento de Haya de la Torre, cuyo marco de referencia se ensanchó considerablemente al tomar como objetivo de su antiimperialismo no sólo la relación Norte-Sur en las Américas, sino la marcha global del planeta. Era además un hecho que, desde la presidencia de Roosevelt, los EE. UU. parecían haber aprendido la lección de la insensatez del expansionismo y la agresión contra América Latina.

Un hito importante de este contorno más maduro de la doctrina aprista es el folleto *La verdad del aprismo,* difundido clandestinamente en junio de 1940 (*OC,* t. I, p. 274). Allí Haya sustenta a plenitud su «concepto relativista de la política» y la nueva tesis del «espacio-tiempo histórico», enfatizando la necesidad de la unidad continental en nuevos términos:

> La política internacional tiende a resolverse por acciones continentales. Los pueblos tratan de unirse y cooperar dentro de grandes grupos. Y el continente indoamericano es el más seña-

> lado por la tradición, por la raza, por la historia [...] para hacerse fuerte dentro de una vasta coordinación anfictiónica o federal [...] y para hacernos dignos del título y rango de colectividad civilizada que tiene derecho a vivir entre las que son verdaderamente libres. (*OC*, t. I, p. 298-299)

Lejos del antiimperialismo unilateral y defensivo que se justificaba en la década anterior, estamos ahora, de acuerdo con los tiempos, ante una política basada en el análisis del equilibrio mundial de poderes, que evitaba que América Latina fuera utilizada por alguno de los poderes mundiales en pugna.

Haya no visitó España hasta 1958 en que, fugazmente, acompañado por el senador peruano Antenor Fernández Soler, hizo un rápido recorrido por las principales ciudades. Volvería dos años después, disminuyendo cada vez más su resistencia primordial a todo lo hispánico que él, tercamente, siempre identificaba con la oligarquía peruana. Hubo aún cierto resurgir del viejo antihispanismo de Haya después de la muerte de Franco y también con motivo de la visita al Perú del rey Juan Carlos, en noviembre de 1978. Aun así no dejó de tener algunos buenos amigos españoles y no sólo en las filas de la intelectualidad progresista. Fue un afectuoso y constante amigo de don Jaime de Borbón, segundo hijo del rey Alfonso XIII quien pasaba su destierro en París, así como de su hijo el duque de Cádiz, don Juan Alfonso, también amigo mío.

XXVI

GUERRA Y BUENA VECINDAD

La segunda guerra mundial comprometió la vida política de la América Latina de un modo apasionante. Sus complejos efectos no dejaron de influir en el pensamiento y la acción de Haya de la Torre y del APRA. Podría intentarse una explicación considerando tres aspectos: primero, la creciente similitud en cuanto al totalitarismo de los regímenes de Hitler y Stalin, convertidos rápidamente en potencias mundiales en la década del treinta; segundo, el debilitamiento de las democracias europeas y de las políticas de reforma social, acentuado con el triunfo de Franco, perdiendo los principales países europeos influencia en los asuntos mundiales; y, tercero, la nueva actitud que los Estados Unidos empezaron a mostrar a partir del segundo gobierno de Franklin D. Roosevelt, que incluyó la búsqueda de una mejor conexión con la América Latina y el fortalecimiento de su posición como único freno potencial contra el nazi-fascismo y el expansionismo imperial nipón.

El régimen soviético deterioró gravemente su imagen ante la opinión pública mundial a partir de 1930. El primer plan quinquenal, culminado en 1933, se hizo al precio de severas restricciones en los derechos laborales que eran parte medular de la agitación comunista en Occidente. A esto se añadió sucesivas denuncias de actitudes genocidas contra minorías culturales y contra los campesinos autorizados a trabajar como pequeños propietarios desde la época de Lenin. Después de 1936, al proclamarse la Constitución que otorgó al Partido Comunista la jefatura absoluta de la sociedad soviética, al enviarse al patíbulo a los viejos comunistas compañeros de Lenin como Zinoviev y Bujarin, al encerrarse en campos de trabajos forzados a todos los que resistían las draconianas leyes de Stalin, y tras el trágico precedente de la guerra civil española, donde los nazis

y el fascismo italiano intervinieron con gran despliegue militar en ayuda de Franco, sin que los soviéticos opusieran una colaboración similar, el comunismo soviético cayó en un profundo desprestigio.

Pero el descrédito mayor del régimen staliniano vino con el pacto de no agresión con la Alemania nazi el 23 de agosto de 1939, a las puertas de la guerra mundial. La URSS firmó este pacto en momentos en que la violencia hitleriana contra judíos, demócratas y comunistas adquiría caracteres inauditos y gran parte de los esfuerzos de las izquierdas de Europa se centraban en salvar refugiados del exterminio nazi y conseguirles asilo. El pacto les cortaba de raíz la ilusión de la solidaridad rusa. A su vez, Austria estaba anexada, Checoslovaquia desmembrada y Polonia amenazada de «no resurgir jamás como Estado independiente». El pacto germano-ruso dejaba sin piso los esfuerzos ingleses y franceses por evitar la invasión a Polonia, que ocurrió el 1 de setiembre de 1939. Asegurada la retaguardia, Hitler desplegó con audacia su ofensiva guerrera sobre Europa en 1940. Para muchos intelectuales que habían defendido fervorosamente el experimento soviético el pacto de agosto de 1939 significó un doloroso dilema moral, cuya hondura resulta difícil de apreciar en toda su dimensión hoy en día.

De este modo hacia 1939, con Stalin y Hitler como dos versiones del mismo mal, la defensa de la democracia y la autodeterminación de las naciones devinieron temas cruciales, decisivos y acaso revolucionarios. Pese a la alianza Roosevelt–Churchill–Stalin de 1942, el tema de la democracia siguió siendo fundamental. El contexto resultaba adverso para las tiranías, posibles simpatizantes de las potencias del Eje. En general estas sospechas tenían fundamento ya que, hasta poco antes de 1942, no fue casual que los dictadores de América Latina intentaran vincularse formalmente al franquismo y al totalitarismo hitleriano.

Mientras tanto en el Perú, país de paradojas, se dio entre 1934 y 1945 el insólito caso de la sucesiva influencia política de Hitler y de Stalin. El general Oscar R. Benavides y sus compañeros de ruta de la oligarquía peruana adoptaron, entre 1934 y 1939, una posición profascista. Este acercamiento a Hitler y Mussolini coincidió con la anulación de las elecciones del 11 de octubre de 1936, convocadas a regañadientes por el dictador –siguiendo el mandato constitucio-

nal de 1933– en las que el cómputo empezó a mostrar una victoria holgada de Luis A. Eguiguren, apoyado por el PAP. Benavides desató un nuevo *pogrom* antiaprista, convocando a especialistas del régimen fascista italiano y de la Falange española para entrenar a su policía. El partido sánchezcerrista dirigido por Luis A. Flores, bajo protección del gobierno, se exhibió luciendo camisas negras y desafiando a los opositores a la dictadura.

Durante esta etapa todo el Partido Aprista mantuvo una tenaz lucha clandestina, plena de mártires y heroísmo. Un símbolo de esos años es el exdiputado y líder norteño Manuel Arévalo, asesinado tras crueles torturas en febrero de 1937. Las cosas cambiaron luego del fallido intento golpista contra Benavides que realizara, al precio de su propia vida, el general Antonio Rodríguez el 18 de febrero de 1939. Aun así, en dos oportunidades, el 22 de agosto y el 22 de setiembre de 1939, el propio Haya estuvo a punto de perder la vida en temerarias emboscadas de los sicarios benavidistas. Era la lógica represalia de un gobierno fundado en el abuso que desde el exterior era denunciado por expresidentes como Marcelo T. de Alvear de Argentina, J. M. Velasco Ibarra de Ecuador, C. Ibáñez de Chile y por personalidades de la cultura como Romain Rolland, solidarios con el perseguido aprismo e influyentes en los foros internacionales.

Finalmente, viendo debilitada su autoridad y temiendo un nuevo incidente conflictivo en las Fuerzas Armadas, Benavides convocó ese año a elecciones generales. Manuel Prado llegó a la presidencia favorecido por la mano dura del dictador militar. Su único rival, el conservador José Quesada, vio obstruida su campaña y el diario que la favorecía, *La Prensa,* sufrió censura y luego cierre. Ese año el APRA votó en blanco. Prado obtuvo 262 mil votos, Quesada 76 mil, pero el voto blanco y viciado sumó 249 mil. Durante este gobierno de Prado la profascista oligarquía peruana viró en forma radical al lado de ingleses y franceses, enemigos acerbos del Eje o Pacto de Acero Berlín–Roma–Tokio suscrito en 1940.

También tuvieron posiciones influyentes cerca del gobierno algunos importantes compañeros de ruta del comunismo internacional y algunos comunistas o filocomunistas accedieron al Parlamento. En reciprocidad los comunistas llegaron al extremo de saludar

en los mítines políticos al presidente Prado como 'El Stalin peruano'. En un libro documental aparecido en 1989, *Los congresos del PCP,* puede comprobarse que en octubre de 1942, en las «Conclusiones y resoluciones» del primer Congreso del PCP, se ratificó el apoyo a la existencia de «una orientación antinazi y progresista del gobierno de Prado» (p. 22) y se denuncia la «falsa apreciación política de la dirección aprista que toma al gobierno como un todo homogéneo [...] posponiendo la lucha contra Hitler para dirigirla contra Prado» (p. 23). Un claro ejemplo de estrechez lógica comunista –«quien no apoya a Prado está apoyando a los nazis»– y también de obsecuencia, ya que poco o nada obtenían los trabajadores presuntamente representados por el PCP a cambio de este apoyo.

Entre 1937 y 1940, apogeo de las dictaduras en muchos países de América Latina, era hasta cierto punto natural una creciente simpatía por las tiranías europeas por cuanto la rápida fortaleza económica y militar lograda por el Tercer Reich y la aparente solidez del régimen staliniano parecían depender del hecho político de ser ambas dictaduras. El totalitarismo aparecía para muchos como el mejor de los gobiernos. El mito de cuño fascista del «orden» y la «disciplina» que la democracia sería incapaz de lograr puede comprobarse claramente en los discursos del propio Benavides, la democracia había caído en cierto desuso o era aceptada a desgano; como lo demostraría la claudicación de los primeros ministros Chamberlain y Daladier frente a la arrogancia de Hitler y Mussolini en el infame pacto de Munich, de setiembre de 1938, que otorgó a Alemania injustificables beneficios territoriales en Europa oriental y patente de corso a los italianos en África.

En plena segunda guerra mundial, ocurrido el breve conflicto con Ecuador en 1941, la lucha inexorable entre el APRA y los totalitarios y oligarcas del Perú y América estuvo una vez más planteada en términos de antiimperialismo, pero también y sobre todo en términos de democracia. No era posible que se suscribiera un documento como el de Rio de Janeiro, de enero de 1942, que cerraba filas a nivel continental contra las potencias del Eje, mientras subsistían regímenes que lo habían apoyado o practicaban sus métodos. No obstante ser un partido en plena persecución, el prestigio político de Haya y las relaciones del PAP con lo más avanzado de la opi-

nión pública democrática de América Latina lo convirtieron en un vigoroso adversario de los falsos partidarios de las Cuatro Libertades de Roosevelt, aquéllas pregonadas por primera vez en agosto de 1941: libertad de expresión; libertad de culto; libertad de adopción de medidas económicas que beneficien a las mayorías; libertad para tomar medidas contra la amenaza armamentista, la opresión y la anexión dirigidas contra la soberanía de otra nación. Fueron suscritas por todos los países aliados como condición del apoyo de EE. UU. en la guerra mundial.

Para Haya en esos días la cuestión urgente era muy clara: o con la democracia o con los totalitarios. Un brillante testimonio de esta lucha está plasmado en los artículos recopilados en el volumen *La defensa continental* publicado en 1943. Allí encontrará el lector un material fundamental para la historia del aprismo: el «Plan para la Afirmación de la Democracia en América Latina», que sustenta a escala continental (para las tres Américas) la consigna del interamericanismo democrático sin Imperio. Haya agrega allí la necesidad de una «democracia funcional» que incluya la creación de Congresos Económicos «en cada país de las Américas» así como «un Gran Congreso Económico Interamericano» cuya duración debería ser ulterior a la guerra.

Una muestra palpable del carácter realista y no dogmático del antiimperialismo aprista está en el prólogo de Haya a *La defensa continental*. Allí Víctor Raúl reconoce «coincidencias» con la política norteamericana del «Buen Vecino». Afirma Haya que «desde 1933, con el advenimiento del presidente Roosevelt, se produce un saludable e insólito cambio de frente en la actividad de Washington hacia nuestros pueblos» y añade en este prólogo frases de simpatía hacia la política de Roosevelt: «Aparece claro el deseo de establecer un sistema de relaciones más justas entre ambas Américas». Afirmará que «Nunca negó el ideario aprista el valor indiscutible que aportan los Estados Unidos a la civilización del mundo», reivindicando uno de los aspectos del antiimperialismo constructivo sin renunciar a una «actitud de alerta y de protesta contra toda tendencia hegemónica del más fuerte» (*OC*, t. IV, p. 236).

Alguna vez en uno de sus libros Haya hizo un chiste malo pero gráfico: el panamericanismo es un pan para que lo coman los ame-

ricanos. Rechazaba el panamericanismo fomentado por los EE. UU. a la medida de sus intereses desde fines del siglo pasado, ya que en esas reuniones todas las repúblicas de América estaban en aparente igualdad pero en el fondo inermes ante los Estados Unidos. No fue casual que la sede de la Unión Panamericana se fijara en Washington D. C. y que sus decisiones no incluyeran beneficio alguno, económico o político, para los débiles y endeudados países al sur del río Grande, ni sirvieran para impedir agresiones militares de los *marines* yanquis. Contra esta proposición había luchado Haya durante veinte años, pero la realidad estaba cambiando y había que cambiar de acuerdo con ella.

Era absurdo que, en nombre del pasado, el aprismo no asumiera la defensa de las Cuatro Libertades de Roosevelt y, en el marco ofrecido por ellas, reorientara su actividad. Quienes perdían en esta lucha eran los falsos demócratas: ¿Cómo podía permanecer proscrito y amenazado de muerte el líder de un partido defensor de esas libertades que el gobierno peruano suscribía?

Se ha dicho que el apoyo del APRA al acuerdo antifascista interamericano de Rio de Janeiro suscrito en 1942 representó una claudicación del aprismo sobre el tema de la defensa de Panamá. Es exactamente a la inversa, ya que las cláusulas antianexionistas y de mutua defensa, dirigidas contra las potencias del Eje, implícitamente ataban de manos a los EE. UU. en relación a otros posibles anhelos intervencionistas en América Central. Se abría una nueva situación jurídica y una nueva forma de resolver los problemas. Roosevelt experimentaba, a nivel interamericano, mediante «The Good Neighbours Policy», lo que a partir de las conferencias de Yalta y Postdam en 1945 sentaría las bases de las Naciones Unidas.

XXVII

Democracia y tres años

Un feliz desenlace de la lucha democrática de estos años fue el paulatino restablecimiento de las libertades políticas que permitió al PAP realizar convenciones nacionales presididas por Haya, no obstante subsistir las medidas de emergencia en su contra. Fue entonces cuando, en marzo de 1945, surgió en Arequipa el movimiento del Frente Democrático que unía diversas tiendas políticas. Haya de la Torre decidió que el APRA debía formar parte de aquella alianza, pero no necesariamente tomar el comando de ella, así fuera el partido más fuerte. En aras de una mejor consolidación de la democracia peruana, acabó cediendo la candidatura a la Presidencia de la República al conservador José Luis Bustamante y Rivero, tal como lo había hecho con Luis Antonio Eguiguren en 1936. Bustamante obtuvo el 67% de los votos válidos. Su contendor a nombre de la Unión Revolucionaria sánchezcerrista, Eloy G. Ureta, sólo obtuvo el 33%.

La flexibilidad del APRA provenía de un hecho primordial. Todas las dictaduras mantenían al movimiento fuera de la ley y por consiguiente fuera del gobierno. Existía un veto en su contra de los sectores más conservadores de las Fuerzas Armadas. El artículo 53 de la Constitución de 1933, reformada a su antojo por Benavides, le prohibía funcionar legalmente bajo sus propias siglas (en 1945 usaba la denominación Partido del Pueblo). La estabilidad del país estaba por encima de todo y en nombre de este desinterés el APRA dio todo su respaldo a la candidatura de Bustamante.

Desde sus primeras medidas el gobierno del Frente Democrático Nacional estuvo muy lejos de ser un gobierno influido por el aprismo. Este último sólo tenía resonancia parlamentaria. De ahí que muchas tesis programáticas apristas tomaran la forma de pro-

yectos de ley y llegaran a debatirse en el Parlamento sin engarce alguno con la política del Ejecutivo. Tal es el caso del Congreso Económico Nacional (CEN) y su entidad complementaria la Corporación Financiera del Perú (CFP).

El proyecto de ley del Congreso Económico motivó en 1946 una gira nacional de Haya de la Torre difundiendo sus pormenores y recogiendo adhesiones populares. Pocas veces un proyecto de ley tuvo una difusión y respaldo semejantes. Su fundamentación en la Cámara de Diputados se inició el 16 de mayo de 1946, a cargo de Carlos Manuel Cox, Javier Pulgar Vidal, Guillermo Luna Cartland, Gumercindo Calderón y Luis Solís Rosas. El 4 de junio de ese año se aprobó la ley en la Cámara Baja, con acuerdo unánime y voto de aplauso en sus artículos más importantes. El trámite siguiente de la ley fue pospuesto por propia iniciativa del PAP a mediados de junio, ante el peligro creciente de un golpe militar, asunto que ya era motivo de preocupación en 1946.

El CEN estuvo diseñado en este periodo como una cámara «colegisladora» en lo económico al lado del Congreso «político» tradicional. Venía a ser un Congreso «constituido por representaciones funcionales del trabajo, el capital y el Estado [que] no es sólo constitutivo [sino] colegislador en asuntos sociales y económicos, [con] derechos de iniciativa y facultad de control» sobre su ámbito de acción *(La Tribuna,* 5 de junio de 1946). Muchos parlamentarios no apristas saludaron el proyecto del CEN en el debate congresal de 1946 por representar «un mentís a la tesis de la lucha de clases [...] al citar [...] en mutuo concurso y colaboración tanto al Estado como al capital y el trabajo», según señalara el diputado Carlos Rodríguez Pastor. El entonces joven diputado del Frente Democrático, Fernando Belaunde Terry, afirmaría que el CEN «es la cristalización de un deseo de concordia [que tiene como] aspecto muy interesante el de la descentralización, su estudio de las diversas regiones y la creación de organismos locales» *(La Tribuna,* 26 de mayo de 1946). El volumen *Dinámica económica del aprismo* (1948) de Carlos Manuel Cox, recoge los textos presentados al debate de 1946 y las principales ponencias orales.

Complementó el proyecto del CEN la ley de creación de la Corporación Financiera del Perú. Durante el primer año de gobierno

de Bustamante se había creado corporaciones de Vivienda, de Alimentación, de Turismo, Naval y de Aviación Comercial, que no llegaron a superar esta etapa inicial, dependiendo del Poder Ejecutivo casi en calidad de simples rubros de gasto. Según el proyecto aprista cada cual debía combinar una función promocional de la inversión con el subsidio a ciertos bienes y servicios ofrecidos, desarrollándose en forma autosuficiente. En una fase posterior debían integrarse a un sistema nacional de corporaciones centralizado por la CFP. Para Haya «esa nueva organización sería el corolario del Congreso Económico Nacional [...]. Serán las Corporaciones del Estado, bajo la dirección técnica de los Ministerios respectivos, las que realizarán y administrarán las obras proyectadas y financiadas» (*La Tribuna*, 20 de junio de 1946). El Ejecutivo se opuso al proyecto.

Todavía se insiste en atribuir al aprismo haber copado el régimen de Bustamante precipitando su rápida crisis. Este enfoque no coincide con los hechos ni con la orientación programática del PAP, entonces rooseveltiana y enfáticamente defensora del gradualismo político y la tolerancia, como Haya señaló en su antológico *Discurso del Reencuentro* del 20 de mayo de 1945 en Lima. De esa pieza oratoria procede la célebre línea: «En el Perú no se trata de quitar riqueza al que la tiene sino crear riqueza para el que no la tiene» (*OC*, t. V, p. 346). En *Haya de la Torre y el APRA* he reiterado que esta etapa no se caracterizó por el dominio del PAP en los poderes públicos, sino por las «dolorosas transacciones» hechas en muchos temas capitales, no obstante la presencia decisiva del aprismo en el Parlamento y su breve participación en el Ejecutivo en las carteras de Hacienda, Agricultura y Fomento durante 1946.

En política exterior el gobierno adoptó una línea de conducta gris y conservadora, desaprovechando la nueva situación planteada por la incorporación del país a la ONU, el FMI y la UNESCO y el regreso a la democracia en la mayoría de países de América Latina. En lo económico, contra los intereses del APRA, el control de cambios tomó un sesgo inflacionista y proexportador, desestabilizando la labor de las corporaciones. A partir de 1947, ante cada iniciativa parlamentaria importante del PAP, el presidente Bustamante convocaba en bloque a todas las corrientes opositoras, siendo singularmente célebre el «chocolate en Palacio» ofrecido el 26 de julio

de ese año en vísperas de las elecciones de las directivas de las cámaras. En esta oportunidad, la falta de coherencia del bloque antiaprista –en el cual participaba el Partido Comunista– desembocó en la obstrucción del Senado mediante un descarado ausentismo. Ante la imposibilidad de entrar en labores una cámara sin estar en funciones la otra, todo el Congreso quedó paralizado hasta julio de 1948. Para entonces, el presidente Bustamante excluía al PAP de participar en el más insignificante cargo público, constituía gabinetes cívicomilitares e inauguraba su partido político: el Movimiento Popular Democrático, cuyas figuras más notables eran las mismas que obstaculizaban los intentos de convocatoria a las cámaras.

Haya de la Torre se opuso desde el inicio a una política de lucha intransigente por el programa aprista, que sólo daría lugar a una mayor polarización del país y a nuevos enfrentamientos. Desde junio de 1946, ante las amenazas contra la ley del Congreso Económico, Haya llamó a los apristas al estoicismo: «¡Es necesario que nos ataquen! Y debemos agradecerles [...] que lo hagan como lo hacen, sin serenidad, sin sindéresis, [...] así nos obligan a usar, ahora, de la razón y no de la violencia. [...]. El aprismo vencerá con la razón» (*La Tribuna*, 20 de junio de 1946). Tampocó alentó el PAP un sindicalismo desmedido y violento, como se ha solido afirmar. Una vez más, el tema en cuestión era la existencia misma del Partido Aprista, el disgusto ante su fuerza multitudinaria y el prestigio internacional de Haya como «presidente moral» del país. El Perú «oficial» aún sufría de «miedo al APRA» como muchas veces dijera Víctor Raúl.

Nuestro partido mantuvo una política cauta, de «dolorosas transacciones», pero no escasearon motivos para adoptar una postura de franca oposición. Un tema primordial de la campaña política del Frente Democrático fue la restitución de la Constitución de 1933, alterada por Benavides en 1939 en virtud de las facultades otorgadas por un irregular plebiscito. Este punto fue aprobado unánimemente por las cámaras al inicio de sus restablecidas funciones. Un aspecto importante de la Constitución de 1933 –en su artículo 128º– era la supresión del «veto presidencial», es decir, la obligatoria promulgación por el Ejecutivo de las leyes aprobadas por el Congreso.

En contra de sus propias promesas electorales, Bustamante se aferró, mediante un subterfugio legal, al «veto presidencial», oponiéndose a promulgar diversas leyes, entre ellas las de creación de la Corporación Nacional de Petróleo y la ley de Imprenta. Esta última fue satanizada como contraria a la libertad de expresión por el simple hecho de exigir que cada editora publique el valor de su patrimonio y la composición de su directorio empresarial. Diarios como *La Prensa* no querían hacerlo por sus vinculaciones con la Sociedad Nacional Agraria y las empresas norteamericanas. Los acontecimientos desarrollaron una situación de *impasse* que el PAP intentó resolver moderando sus propuestas o postergándolas –como en el caso del tema del Congreso Económico o la Corporación Financiera– y aceptando finalmente dar inicio a un trámite de enmienda constitucional que restableciera dicho veto en octubre de 1946. Pero la concesión resultó inútil ante el gran «receso» parlamentario de 1947-1948, que permitió a Bustamante obviar al Congreso mediante la dación de decretos-ley.

Otro revés democrático alentado por el bloque antiaprista fue el incumplimiento de la promesa electoral de municipios libres. Mientras se daba una ley municipal adecuada, el Congreso aprobó la formación de Juntas Transitorias elegidas por votación secreta. En 1946 fue votada y promulgada la ley de elecciones municipales, pero Bustamante postergó en dos oportunidades la convocatoria a dichas elecciones, disolviendo las Juntas Transitorias y restituyendo el arcaico sistema de las Juntas de Notables nombradas por el Ejecutivo durante el «receso» congresal.

En 1948 el aprismo fue la víctima propiciatoria de los planes autoritarios de Bustamante y Rivero, los que finalmente se precipitaron contra él mismo. Sin embargo, una amplia literatura coloca al aprismo como el verdugo de este gobierno, olvidando el hecho crucial de que fue el propio Bustamante quien puso en marcha la supresión de las libertades. Sin pruebas concluyentes ni proceso judicial se culpó al PAP de una fallida rebelión militar ocurrida el 3 de octubre. Se ilegalizó al partido el día 4 y, desde entonces, el país se convirtió en una dictadura que sólo completó su ciclo con el golpe de Estado de Odría el 27 de octubre y la instalación del nuevo «Gobierno Restaurador» el 1 de noviembre.

En su libro *Tres años de lucha por la democracia*, J. L. Bustamante reprocha al aprismo haber desestabilizado su gobierno y poner en marcha «un plan terrorista de vastas proporciones» (p. 183) cuya primera manifestación habría sido un frustrado motín militar del 3 de octubre y considera injustificado el golpe de Estado de Odría en tanto ya había tomado severas medidas de represión contra el PAP el 4 de octubre y «el APRA estaba ya descartada» (p. 263). Después de esa fecha eran «vacuas las invocaciones del deber de salvar la Patria en peligro. El deber del general Odría, puesta ya el APRA fuera de la ley, era brindar su espada de soldado al Poder constituido para ayudarle a afirmar ese objetivo de libertad nacional» (p. 260). Aquí Bustamante desnuda su propósito de establecer una dictadura de apariencia constitucional que en vano trata de desmentir al inicio de su libro.

El fracasado *putsch* militar del 3 de octubre tuvo muchos ingredientes dudosos y contradictorios. Aunque algunos oficiales involucrados tenían simpatía por el APRA, la conjura fue desarrollada al margen del partido, bajo secreto castrense y con activa participación de elementos con otras inquietudes. El gobierno adujo que el APRA preparaba una acción revolucionaria en gran escala, pero las únicas pruebas que pudo presentar fueron simples manifiestos de combatividad de las bases obreras y juveniles apristas, que en ningún caso señalaban fines, métodos ni plazos para una presunta guerra civil.

Es un hecho que Bustamante aspiró en todo momento a constituir un régimen civil autoritario, basado en una sólida hegemonía de la voluntad presidencial en todos los poderes del Estado. La ampliación de las atribuciones del Poder Ejecutivo sobre el Poder Legislativo fue el punto esencial de su convocatoria a un nuevo partido político, el Movimiento Popular Democrático, a mediados de 1948. Lo dice en forma eufemística su llamamiento del 28 de junio de ese año donde invoca, desde la Presidencia de la República, en inusual abandono de su investidura como representante de la Nación, a «crear una gran fuerza de contención y de equilibrio que modere las extralimitaciones y los egoísmos de los partidos extremistas, así de la derecha como de la izquierda» (p. 163).

Pero Bustamante es aún más explícito en un libro posterior, *Mensaje al Perú* (escrito en 1955 y publicado en 1960), donde afirma

sin ambages que: «Una vez establecidos los poderes públicos [...] debe cuidarse de dotar al Ejecutivo de una ancha base de autoridad, de una inequívoca potestad de imperio. [...]. La disciplina cívica no se aviene con el libérrimo laberinto del bosque. [...]. Tenemos pues que afirmar entre nosotros el régimen presidencial.» (p. 48).

Muchos observadores de la política peruana de esos años concuerdan con nuestro punto de vista, que es además el más obvio. El jurista español Luis Jiménez de Asúa escribió poco después del golpe: «A causa de la torpe política del presidente Bustamante, del Perú, fervorosísimo católico a quien sus creencias no le impidieron maniobrar contra los apristas que le habían llevado al poder, sobrevino un golpe militar que no tuvo dificultad alguna en destituir al señor Bustamante desvalido ya de todo apoyo en el pueblo por su equivocada conducta con el APRA.» (citado en la recopilación *El caso Haya de la Torre. Derecho de asilo*, t. I, p. 35). La idea de fondo de este comentario es justa: al suprimir la legalidad del PAP Bustamante se suprimió a sí mismo. La democracia peruana sufrió las consecuencias.

XXVIII

ESPACIO-TIEMPO HISTÓRICO

En 1945 el triunfo electoral de Bustamante, con respaldo aprista, coincidió en América Latina con el acceso al poder de gobiernos democráticos muy cercanos o amigos del aprismo, presididos por epónimas personalidades como Rómulo Betancourt en Venezuela, Alberto Lleras en Colombia, José María Velasco Ibarra en Ecuador, etcétera. Los líderes estudiantiles que en los años veinte recibieron cálidamente al estudiante peruano peregrino, desterrado por Leguía, eran ahora presidentes, parlamentarios y embajadores. Por eso, cuando en 1946 Haya de la Torre decidió efectuar una gira continental de difusión del aprismo y de fraternidad indoamericana el éxito del proyecto estaba asegurado. Concluida la larga clandestinidad, Víctor Raúl creía necesario realizar el esfuerzo más amplio posible para reanudar los lazos involuntariamente interrumpidos con los grandes auditorios políticos del continente.

Los diarios de la época, incluidos los antiapristas, no pueden evitar reseñar el recibimiento clamoroso y con los más altos honores ofrecido a Haya de la Torre en Chile, Colombia, Venezuela, Panamá, Costa Rica y Guatemala. En Chile tuvo un emotivo reeencuentro con el escritor Carlos Vicuña Fuentes, líder estudiantil chileno durante la lucha reformista, algo mayor que Haya. Vicuña estuvo en Lima con la delegación chilena al tercer Congreso Panamericano de Estudiantes de 1912, desafiando la interdicción de relaciones diplomáticas entre Chile y Perú. En su libro *La libertad de opinión,* publicado hacia 1920, sostenía que Chile debía devolver Tacna y Arica al Perú. Fue siempre un ardoroso defensor de la reconciliación peruano-chilena y por esta razón Haya lo tenía en muy alta estima.

En Chile también, logró reunir en un mismo foro, presidido por Eduardo Frei M., a los cuatro principales candidatos a la Pre-

sidencia de la República: Arturo Alessandri P., José Maza, Gabriel González Videla y Eduardo Cruz Coke. En él obtuvo de todos ellos opiniones favorables al Congreso Económico Nacional y a la integración continental. Una amplia documentación de esta gira ha sido recopilada recientemente en el volumen *Haya de la Torre: peregrino de la fraternidad bolivariana*. Dos temas estarán presentes en todos los discursos de Haya en esta gira continental: el interamericanismo democrático sin Imperio y el Congreso Económico Nacional como tesis viable para una democracia superior en todos los países de Indoamérica. Pero, ante todo, Haya subrayó una y otra vez el carácter principistamente democrático del aprismo, como en este discurso del 24 de abril de 1946 donde señala:

> Nosotros no empleamos la democracia como paso o compás de espera para el socialismo o el comunismo; para nosotros la democracia es una meta en sí. No queremos pan sin libertad como en Rusia ni libertad sin pan como en otras partes. Queremos ambas cosas. (*Haya de la Torre: peregrino de la fraternidad bolivariana*, p. 44)

Para los apristas 1948 tiene especial importancia por dos hechos adicionales. La realización del segundo Congreso Nacional del PAP, que oficializó la doctrina interamericanista y la reafirmación democrática del aprismo, y la aparición de un libro capital, lamentablemente menos leído que aquel ensayo de juventud *El antiimperialismo y el APRA*, nos referimos a *Espacio-tiempo histórico*. Este libro se basa en artículos y conferencias de Haya de 1935, 1945 y 1946. Algunos de estos artículos, de gran valor ilustrativo de la evolución de esta teoría, han sido recopilados en el volumen *Haya de la Torre en Cuadernos Americanos (CA)*. Es una lástima que no exista una transcripción de las excelentes exposiciones que Haya diera sobre las ideas de su libro en el Perú y durante la gira continental. En marzo de 1947 hubo una segunda «gira» más breve, además de un corto viaje a los EE. UU. con el mismo fin propagandístico, en mayo de 1948, que le permitió en Princeton reencontrarse con Malinowski e intimar con Einstein.

No haremos aquí un resumen que reemplace la lectura de *Espacio-tiempo histórico* ni la de *Haya del Torre en Cuadernos Ameri-*

canos, pero señalaremos algunos aspectos importantes. El primero de ellos es el privilegio que Haya dio a la doctrina aprista al ampliar y actualizar sus fundamentos en cuanto a interpretación de la historia social. De un relativismo dependiente de conceptos y esquemas marxistas, aunque manejados críticamente, pasamos a una teoría totalmente autónoma. Esto es algo que todavía no ha sido apreciado en toda su magnitud. Haya señaló con especial lucidez cómo en el siglo XX las teorías políticosociales basaban su formulación de «leyes» y «axiomas», de acuerdo a una idea decimononónica de la relación entre filosofía y naturaleza. Se generalizaba sobre la sociedad con el mismo error absolutista denunciado por Einstein para el caso de las leyes de la física. Había a su vez el otro extremo, el agnosticismo o el empirismo que negaban a la historia sentido de progreso o inclusive coherencia alguna. Contra ambos se irguió el principio relativista del espacio-tiempo aprista, que lleva hasta sus últimas consecuencias el viejo apotegma dialéctico de «descubrir la realidad, no inventarla» tan pregonado pero nunca cumplido por los marxistas.

La premisa esencial de la teoría del espacio-tiempo histórico reside en que «las llamadas leyes históricas y su aplicación universal tendrán que ser condicionadas por la relatividad del punto de observación» (*OC,* t. IV, p. 405). Un fenómeno político puede cambiar de signo y de connotación según el lugar y el momento de su aparición. «Lo que es último en Europa puede ser primero en Indoamérica» decía Haya en 1928. Así como el nacionalismo toma un carácter imperialista o antiimperialista si ocurre en Europa o en Indoamérica, «Las leyes y principios concebidos para un espacio-tiempo histórico no corresponden al otro» *(OC,* t. IV, p. 405).

Haya añade que, más allá de la «coordinación» o influencia entre «espacios-tiempo», cada cual tiende a diferenciarse y a requerir sus propias soluciones. No hay más «modelos» de referencia: «Toda universalización de la estimativa, toda aplicación niveladora absoluta de una misma medida rígida [...] es pues equivocada por irreal. [...]. Cada espacio-tiempo histórico es un determinador poderoso para la observación del proceso cultural y para la estimativa de las normas y estímulos que tiendan a acelerarlo» *(CA,* p. 74).

El concepto de «espacio-tiempo» significará también una forma de identidad histórica y de conciencia social. Esa identidad o con-

ciencia del acontecer de la historia se logra mediante la acción política. De aquí se deduce que no es posible lograr esa imprescindible «identidad espacio-temporal» *sin democracia, sin voluntad multitudinaria*. Tiranías, «imperialismo», opresión social, avasallamiento entre naciones, guerra, etc., son obstáculos firmes a tal identidad porque distancian y enfrentan a sus componentes «espacio-temporales» y alejan también entre sí a aquellos «pueblos-continente» que deben aspirar a interdepender.

Para Haya «el proceso histórico tiene un devenir, comparable al universo expansivo de Einstein, de progresiva expansión espacial» (*CA*, p. 89), pero piensa que la tendencia es «la marcha del mundo hacia una gran unidad ulterior que avanza secularmente de las partes al todo» sobrando en ella tanto el «prejuicio aislacionista, mediterráneo, de nacionalismo chico» como las «concepciones imperiales» (*CA*, p. 90).

El aprismo sería entonces testigo y actor de una revolución «universal porque es coincidente con una nueva concepción cosmológica del mundo, del espacio y del tiempo» que es «antitotalitaria, antidictatorial y va más allá de las limitaciones de una sola clase» (*CA*, p. 46-47). El comunismo irá en sentido opuesto a esta revolución «porque la guerra, quiéranlo o no el pueblo norteamericano y todas las democracias que lo siguen, es un imperativo de la filosofía comunista», afirmará Haya (*CA*, p. 92). En cambio en las Américas, no obstante existir «un espacio-tiempo histórico de Norteamérica y otro de Indoamérica», ambas tienen por asiento «un ancho escenario» y pueden renovarse en «la lucha por la democracia y su transformación de predominantemente política y clasista en económica y básica de una sociedad sin clases», escribirá Haya en 1945 (*CA*, p. 56 y 58).

La teoría del espacio-tiempo histórico es un denso razonamiento del cual el aprismo aún no ha deducido todas sus implicancias doctrinales. Haya proseguirá sus reflexiones sobre el espacio-tiempo durante los tensos años del asilo en la embajada de Colombia entre 1949 y 1954. Como resultado publicará en 1955 otro libro fundamental: *Toynbee frente a los panoramas de la historia*, cuya preparación también puede seguirse a través de *Haya de la Torre en Cuadernos Americanos*.

XXIX

El asilo

Durante la larga clandestinidad sufrida bajo Benavides Haya de la Torre rindió culto al heroísmo y al temple combativo del aprismo, no sólo como colectividad sino incluso individualmente. En cada una de las *Cartas a los prisioneros apristas* que pueden consultarse en el tomo VII de sus *Obras completas,* Víctor Raúl inculca tenacidad y hasta acuña lemas para los militantes perseguidos o presos: «El aprista debe sufrir para ser fuerte» (4 de diciembre de 1932, *OC,* t. VII, p. 212). «El aprismo ha probado que cinco años de persecución rinden a los cobardes y asustan a los débiles» (26 de junio de 1936, *ib.,* p. 228). «Ninguna debilidad, ninguna desesperanza, ninguna flaqueza debe doblegarnos. En un país donde el valor y la tenacidad no son frecuentes, los apristas debemos mantener y demostrar una entereza indestructible» (7 de octubre de 1938, *ib.,* p. 236).

Pero esa exigencia de valor espartano también se la imponía Haya a sí mismo. «Para ser oficial hay que ser un buen soldado» era el lema que debía identificar moralmente a los líderes apristas, incluido el *compañero Jefe* (4 de diciembre de 1932, *ib.,* p. 211). Consiguientemente, desde Haya de la Torre hasta el último militante de la más remota provincia censuraban a quien evadía el rigor del acoso dictatorial y se asilaba en una embajada extranjera. Aunque él mismo permaneció ocho años desterrado, entre 1923 y 1931, después de 1932 consideraba que el destierro era una forma de huir del peligro. De hecho, el heroísmo de los muertos de Chan Chan y de tantos mártires apristas imponía estar a la altura de tan conmovedor ejemplo.

Para entonces Haya ya había conocido en dos ocasiones la pérdida absoluta de la libertad. Fueron los nueve días de huelga de hambre en la isla San Lorenzo, en octubre de 1923, y los quince

meses de incomunicación en la Penitenciaría Central de Lima, entre el 6 de mayo de 1932 y el 10 de agosto de 1933. En ambas estuvo a entera merced de sus captores, sin auxilio legal y con franca amenaza de muerte; en ellas, como sabemos, dio una gran lección de coraje y entereza moral. Su reclamo de valor a los apristas no podía tener mejor aval en la memoria colectiva del partido.

Cuando se inició, en octubre de 1948, la persecución odriísta el partido no necesitó mayores directivas para cerrar filas en la lucha clandestina de resistencia. Se esperaba que Víctor Raúl reiniciara sus conocidas invocaciones a la lucha valerosa y sin desmayo. Por eso, cuando el 3 de enero de 1949, perseguido tenazmente por la policía y en riesgo de ser asesinado, pidió y obtuvo asilo en la sede de la embajada colombiana en Lima, esa decisión tomada por Haya con el respaldo del Comando Nacional de Acción ya en plena clandestinidad nos pareció una catástrofe moral para los apristas. No entendíamos. Nos afectó profundamente. Después fuimos comprendiendo, a veces la muerte asume perfiles insospechados, y, esa vez, la muerte perseguía activamente a Haya de la Torre.

La infame ley de 'Seguridad Interior' expedida por la dictadura en julio de 1949 parecía concebida expresamente para justificar la liquidación del aprismo, sin escatimar medios ni escrúpulos. Por eso los principales integrantes del comando del partido fueron sucesivamente víctimas de la peor suerte, como fue el caso de Luis Negreiros Vega, asesinado el 23 de marzo de 1950. En el fondo de los hechos, ocurría que ya no estábamos ante la brutal pero ineficiente organización represiva de los días de Sánchez Cerro y Benavides. El enemigo nos había estudiado y había tomado previsiones tácticas para debelar nuestros viejos métodos clandestinos, con el agravante de una crueldad similar o mayor que la de las dictaduras anteriores.

La resistencia a la tiranía debía tomar otras formas, salvar la vida de Haya ya no era posible desde una nueva Incahuasi, por heroica que fuera nuestra resistencia. Una sorpresa aún mayor, para los apristas y para el mundo entero, fue comprobar que el asilo de Haya derivaría en un gran conflicto diplomático ante la torpe negativa de la dictadura de Odría a otorgar el salvoconducto establecido por las convenciones de La Habana de 1928 y de Montevideo de 1933. El

asilo duraría cinco tensos años y la embajada colombiana de Lima sería un baluarte de primera línea en la lucha contra el dictador.

En un libro lleno de emoción, *El Señor Asilo,* Luis Alva Castro ha reunido amplia información sobre la experiencia de Haya en la embajada colombiana, junto con diversos testimonios gráficos y otros recuerdos de quienes rodearon la vida del asilado. Remitimos al lector a ese volumen para conocer los pormenores de la vida de Haya durante esos cinco años. La lucha legal por vencer la negativa de la dictadura peruana a conceder salvoconducto al asilado está ampliamente documentada en los dos tomos de *El caso Haya de la Torre. Derecho de asilo,* del mismo compilador. En estas páginas nos ocuparemos de las reacciones y aprendizajes intelectuales y morales del asilado más célebre de América Latina.

La primera experiencia importante de Haya fue constatar que podía encontrar solidaridad en representantes de campos políticos inimaginados. La embajada de Colombia era usual punto de reunión de la más orgullosa prosapia diplomática. Por su arquitectura, su ubicación en la parte más exclusiva de la avenida Arequipa y sus actividades era un importante centro cultural y social de la vida limeña. El embajador pertenecía al Partido Conservador y su esposa era parte de la más rancia aristocracia bogotana. Todo el edificio exhalaba finura. Haya acudió sin mucha convicción a esta sede que, no obstante todas estas referencias, había dado asilo poco antes a otro peruano perseguido por Odría. Por otra parte, existía el precedente del comportamiento cauto y principista de la diplomacia colombiana durante el incidente limítrofe de Leticia en 1933.

Por la gravedad de su condición de perseguido político, Haya no estaba seguro de conseguir el necesario respaldo diplomático. Sin embargo, el embajador Carlos Echeverri Cortés afrontó todos los riesgos que la situación ocasionaba y asignó a Víctor Raúl un pequeño departamento, con un balcón hacia la avenida Arequipa al cual tres palomas acudían diariamente a recibir un poco de alpiste y maíz de la mano del asilado. Éste vivía en no más de treinta metros de espacio, tenía un baño y algunos libros. No había posibilidad alguna de conexiones con el exterior. Poco a poco la dictadura peruana fue rodeando el edificio de un mal disimulado sistema de trincheras, con el pretexto de renovar las cañerías de agua y conductos

eléctricos. Nadie podía acercarse a aquel reducto. Las personas que trabajaban allí o que visitaban al embajador de Colombia tenían que identificarse a la entrada y eran objeto de sinnúmero de molestias. Al vaivén del litigio jurídico internacional propiciado por el asilado, el cerco hostil tomó por momentos la forma de un sitio de guerra, con amargos incidentes de irrespeto y maltrato a los embajadores y sus servidores.

Así pasaron cinco años, tres meses y tres días, prácticamente el tiempo que dura estudiar una carrera profesional. Sucedieron al embajador Echeverri, en calidad de encargados de negocios, los señores Jorge Morales en 1949, Aurelio Caycedo en 1950 y José Joaquín Gori en 1952. Estaba prohibido que el asilado enviase artículos al exterior. Sólo pudo hacerlo en forma muy arriesgada para sus mediadores y firmando con seudónimo. No podía mantener correspondencia. Tampoco podía recibir visitas. Era una especie de convidado de piedra pero a quien los sucesivos embajadores y encargados de negocios de Colombia en Lima trataron como a un hermano, como a un camarada. Entre las distracciones del asilado estaba tratar de que tuviesen mejores lecturas los empleados de la casa. Obtuvo de ellos enternecedora solidaridad y amistad.

Unas pocas veces, clandestinamente, pudo recibir cartas del exterior del país y enviar algunas con el mismo destino. Vía México, Santiago, Buenos Aires o Bogotá, podía intercambiar informes sobre la situación interna del Perú y del partido pero en forma lenta, insegura y muy ocasional. En general no le fue posible estar cerca de los militantes apristas que encabezaban la resistencia, salvo auditivamente en aquellas ocasiones en que, por las noches, pasaban frente a la embajada raudos automóviles cuyas bocinas hacían sonar el saludo aprista que significaba 'Sólo el aprismo salvará al Perú'.

Haya organizó sus lecturas y su pensamiento. Sus primeras lecturas fueron los libros de la biblioteca del embajador, sobre historia de Colombia y temas bolivarianos. En algunos momentos el cerco empezó a mostrar fisuras, pero sólo en cuanto a los concurrentes del cuerpo diplomático. José María Moro, joven secretario del embajador de España Fernando Castiella Mais, representante del franquismo, empezó a poner en manos del asilado libros y revistas nuevos, además de la colección Rivadeneyra con sus 75 títulos

clásicos españoles. Haya disfrutó mucho estos volúmenes, al punto que incorporó a su redacción arcaísmos y giros barrocos. Moro volvería al Perú años después como embajador. Sorprendió una vez más a Víctor Raúl encontrar amigos tan devotos en un campo político tan opuesto al suyo.

La soledad del asilo fue una ocasión estupenda para retomar el contacto con las teorías de Einstein. Intentado profundizar la interpretación relativista de la historia presentada en 1948 en *Espacio-tiempo histórico,* Haya estudió minuciosamente los 16 volúmenes de la edición argentina de la obra de Arnold Toynbee, *Estudio de la historia.* Le entusiasmó de Toynbee su sentido relativista, opuesto a fijar modelos universales de evolución; asimismo su respeto a las creencias políticas y religiosas como factores del rumbo de los hechos históricos tan importantes como la economía. Haya se empecinó en comprobar si era cierta la sospecha de Toynbee de que las etapas de mestizaje marcan el apogeo de las culturas y las etapas racistas su decadencia. Hurgando en el pasado remoto, averiguando si hubo mestizaje entre los hititas, los caldeos o los hicsos, Víctor Raúl aliviaba la tensión generada por su desvinculación de la vida interna del partido y la inseguridad de su situación.

Su caso fue llevado al tribunal internacional de La Haya y el fallo del 20 de noviembre de 1950 no fue del todo satisfactorio: se le reconocía como perseguido por sus ideas pero no se conminaba a la dictadura a dar el salvoconducto. El segundo fallo, del 13 de junio de 1952, fue más contundente, pero no daría los resultados esperados en forma inmediata. En vano trató la dictadura de levantar cargos delictivos contra el asilado, incluida una torpe acusación sobre tráfico de drogas. Entonces se redobló la campaña internacional de solidaridad. Finalmente, la lucha del «Señor Asilo» generó una amplia corriente de opinión contra la intransigencia odriísta, que se sumó al deterioro interno de la dictadura hasta no dejarle más alternativa que ceder.

El asilo fue también motivo para una reflexión global sobre la experiencia del aprismo y un examen atento de los acontecimientos que cambiaban aceleradamente la faz mundial. Ya no estábamos ante los grandes y compactos frentes políticos de la segunda guerra mundial. Frente a sucesos disgregadores de los «centros de grave-

dad continentales» –Haya *dixit*– como el debilitamiento de la supremacía económica de los EE. UU. ante los «milagros económicos» de Alemania y Japón; la fractura del monolitismo comunista con el triunfo de Mao, el apogeo de Tito en Yugoslavia y el fin de Stalin; el surgimiento de potentes nacionalismos con autoridad en sus regiones como el de Ben Gurion en Israel, Nehru en la India, Nasser en Egipto, etc.; la incidencia en el equilibrio de fuerzas mundiales del problema de Berlín, el conflicto de Corea y el de Vietnam dando importancia a la mediación de la ONU; y la difusión de progresos tecnológicos y energéticos que influían en la pérdida de valor de las exportaciones tradicionales del hemisferio sur; América Latina debía revisar sus posibilidades y perspectivas.

Cuando, después de una larga maceración cultural y política, Haya de la Torre sale a la luz pública, al cabo de cinco años de encierro, vuelca, en un reportaje inmediato de la revista *Life,* sus dudas y el comienzo de sus reconquistas. En las filas del aprismo hubo algunos resquemores ante estas declaraciones que abogaban, frente a las «graves fallas e injusticias» del capitalismo, por una democracia «lo más social y representativa que sea posible» (*OC,* t. I, p. 255), continuando y dando más altura a la línea de pensamiento que orientó al partido desde el *Discurso del Reencuentro* del 29 de mayo de 1945. Quienes anhelaban un retorno de Haya al apasionado radicalismo de décadas atrás reducían su mundo al estrecho marco de la dictadura peruana y no entendían el real panorama que los rodeaba. El mundo evolucionaba y los propios apristas algo habían aportado a ese cambio.

XXX

Rebelión en la soledad

Al salir del asilo, después de cinco años y tres meses de soledad, Haya se encontró con una realidad partidaria distinta a la que antes había conocido. La escasa información que pudo obtener le produjo no pocos sinsabores. A principios de 1949, Magda Portal y un grupo de compañeros antiguos habían tratado de formar un nuevo partido, estimulados por los comunistas y ayudados abiertamente por la dictadura del general Odría. Hicieron citaciones públicas y utilizaron un semanario comunista: fracasaron. Pero, para Víctor Raúl era doloroso que una compañera tan experimentada y luchadora como Magda Portal adoptase una posición de abierta ruptura y condena al aprismo.

Poco tiempo después, entre las proposiciones de cooperación para salir del asilo, Haya recibió la de Juan Domingo Perón, como consta en la correspondencia que me enviara entre los años 1950 y 1954. En una de esas cartas, del 21 de marzo de 1953, describe su «justicialismo» como «un calco demagógico del APRA, un aprismo desvirtuado y un poco dislocado» (*Correspondencia Haya–Sánchez*, t. II, p. 64). Por su desacuerdo político y por su negativa tajante a negociar con un gobierno no democrático, Haya rechazó rotundamente la oferta del dictador argentino. Éste, mientras tanto, trataba de ganar a sus filas –y a sus planillas– a varios apristas importantes, entre ellos al compañero Tomás del Piélago, a quien propuso la tarea de formar una confederación obrera peronista latinoamericana.

La presión peronista sobre el APRA fue tenaz. Un grupo de estudiantes apristas que se asilaba en Buenos Aires se entregó completamente a la propaganda peronista y algunos dirigentes que vivían en Chile trataron con el caudillo argentino sobre posibles cons-

piraciones en el Perú. Cuando Perón fue a Chile en 1953 uno de los líderes apristas, Manuel Seoane, firmó la esquela de invitación a una ceremonia en la Universidad de Chile y organizó una visita al dictador. Debo aclarar, aunque no sea necesario, que me opuse a tratar con el dictador militar argentino cuando teníamos un dictador militar nativo. En eso Haya de la Torre me dio siempre la razón. Cada vez que pudo ocuparse del tema en la prensa o en la tribuna, Víctor Raúl atacó con gran dureza al régimen de Perón. «Está claro que el justicialismo peronista no es más que una fantasía nazi-comunista disimulada a través de una demagogia engañadora para satisfacer las ambiciones personales de un grupo dominante. [...]. Perón esclaviza a su pueblo.»; declara en 1954 para *O Cruzeiro (Haya de la Torre en 40 reportajes,* p. 78-79).

Fue duro para Víctor Raúl, al abandonar el asilo y llegar a México, darse cuenta de que la labor divisionista en los núcleos apristas desterrados era más profunda de lo que él había pensado; un antiimperialismo enfermizo, trasnochado y unilateral trataba de encubrir la falta de libertad en el Perú con un exceso de protesta en el exterior. Había alimentado mucho esta labor de zapa de los enemigos del aprismo la publicación de la *Carta de 1952,* de proposiciones para el segundo Congreso Postal de Desterrados Apristas, redactada por Manuel Seoane, cuya finalidad debía ser únicamente interna. Allí se proponía veladamente el reemplazo de Haya de la Torre como jefe partidario en tanto permaneciera asilado. Frente a esta situación Haya decidió viajar a Montevideo, donde nos encontramos varios grupos representativos de los apristas desterrados de Santiago, Buenos Aires, Rio de Janeiro y del mismo Montevideo.

En Uruguay vimos a Víctor Raúl bastante transformado físicamente. La quietud del asilo había aumentado su volumen, pero también su agudeza intelectual. En Montevideo se puso en contacto con los contradictorios grupos existentes dentro del partido. No estuvo presente Manuel Seoane, de quien obtuvo un nuevo disgusto por el desatino de publicar otro documento, firmado en Santiago el 11 de junio de 1954 por él y Luis Barrios Llona, que además de referirse a asuntos internos estaba dirigido exclusivamente al «Jefe del Partido del Pueblo» o sea a Haya. Víctor rechazó dicha correspondencia, de cuyo contenido era el último en enterarse. Era una

situación compleja, se advertía que durante el forzado silencio de Haya de la Torre habían prosperado tendencias diversas y opuestas, aunque poco sólidas políticamente.

Era preciso un reexamen de la doctrina aprista por el propio fundador del partido. En varias conferencias, sostenidas en El Ateneo, Haya esclareció sus puntos de vista. Pero la confusión continuaba. Entonces, para desvanecer dudas y aclarar el desarrollo del APRA, publicó *Treinta años de aprismo,* en 1956. Otro libro importante de esta etapa es *Toynbee frente a los panoramas de la historia* (1955), basado en estudios realizados durante el asilo, densamente escritos, que tratan de ampliar la tesis del «espacio-tiempo» examinando la teoría expuesta por Toynbee en *Estudio de la historia.* Parte de este material fue publicado en la revista *Cuadernos Americanos* de México entre 1950 y 1954.

Mientras el aprismo recomponía sus fuerzas frente a la nueva situación que se abría ante la convocatoria a elecciones en 1956, Haya partió a consolidar los lazos de solidaridad e interés en el aprismo surgidos con motivo de su defensa del derecho de asilo. Después de estar en México, Uruguay y Puerto Rico, partió a un largo periplo intercontinental. Se detuvo en Bélgica, Italia y Alemania. Se reunió en París con Eduardo Santos, expresidente de Colombia. Viajó a Suecia, Noruega y Dinamarca, donde comprobó el admirable progreso del «capitalismo cooperativo» de esos países. Visitó además Islandia, Groenlandia, Yugoslavia e Israel. Volvería al Perú por una breve temporada en 1957 y luego retornaría a Europa, residiendo en Roma entre 1958 y 1969. En los países escandinavos comprobó que el cooperativismo organizado desde abajo puede compensar las desigualdades de la sociedad industrial. Sus impresiones dieron origen a un jugoso libro titulado *Mensaje de la Europa nórdica.*

Esos ensayos sobre Suecia, Noruega y Dinamarca fueron parte de una importante reflexión de Víctor Raúl sobre la trascendencia internacional de la obra del APRA. Hoy puede consultarse este panorama tan rico en ideas en los dos tomos de *Víctor Raúl en El Tiempo* (1988). Además de su sorpresa y su admiración por el progreso escandinavo, encontramos en esta etapa importantes confirmaciones del «espacio-tiempo histórico» en cuanto a la tendencia

integracionista europea y la metamorfosis nacionalista-europeísta de los partidos comunistas de Italia, Francia y otros países europeo-occidentales, incapaces de proseguir su tradicional prosovietismo. Resultaba un halago para el orgullo aprista de Haya que la social-democracia abandonase la retórica obrerista y definiera sus partidos como de «frente único» de obreros y clases medias. No lo era menos que los estudiosos del comunismo soviético como Milovan Djilas coincidieran con Haya en la denuncia del carácter imperialista del capitalismo de Estado de la URSS.

En contraposición a quienes dentro del APRA aún repetían ajados esquemas antiimperialistas de cuño comunizante, Haya desarrollará un insistente llamado de atención sobre la importancia de la planificación y el cooperativismo bajo una amplia democracia, una economía internacional fluida y una creciente integración de polos continentales. Los apristas tenían un nuevo mundo por descubrir, con la cogestión empresarial alemana, la política de fomento industrial acelerado de Taiwan, la lucha por ganar espacio al mar en los Países Bajos, el cooperativismo nórdico, el asombroso florecimiento de los *kibbutz* en Israel, la formación del Mercado Común Europeo, etc. En todos estos lugares Haya era recibido con los mayores honores, reconociéndose en el aprismo la más genuina expresión de modernidad y realismo político de América Latina.

(1) Mientras tanto, en el Perú el Partido Aprista carecía todavía de legalidad. Frente al candidato favorecido por el dictador, que era el abogado y banquero Hernando de Lavalle, surgía la juvenil ambición del arquitecto Fernando Belaunde Terry quien había fundado el partido Acción Popular, coincidente con el APRA en algunas consignas reformistas. Manuel Prado, quien había tenido un gobierno de sesgo autoritario durante el periodo 1939-1945, era otro de los candidatos. Haya de la Torre, desde Europa, seguía los pasos de la actividad política peruana y, como en 1956 empezaron a regresar algunos desterrados, otorgó a uno de ellos, Ramiro Prialé, su representación total. En París una noche me dijo: «Prialé es un cheque en blanco; pero si decide apoyar a Prado yo no volveré al Perú en mucho tiempo».

(2) Así fue. Manuel Prado prometió lo que ningún candidato se había atrevido a permitir, la amnistía inmediata luego de su subida al

gobierno, es decir, el reconocimiento de la legalidad del aprismo. El Partido Aprista recomendó votar por él apenas 72 horas antes de las elecciones y sin duda influyó en forma decisiva en su holgado triunfo. Prado obtuvo el 45% de los votos válidos, Belaunde el 31,36% y De Lavalle apenas el 18%. El APRA consiguió además 48 diputaciones y 12 senadurías participando en listas de frente único. Cuando Prado por fin restituyó al aprismo todos sus derechos, el partido de Haya de la Torre ya intervenía en la escena política como una fuerza decisiva. Se puso en práctica una actitud reconciliadora y fortalecedora de la democracia: la política de «convivencia», ampliamente aceptada en el país.

Sin embargo Haya, quien había escrito unas líneas muy duras contra el general Prado en *Treinta años de aprismo,* sólo volvió al Perú para el tercer Congreso del partido, en julio de 1957 y para conmemorar el Día de la Fraternidad cada 22 de febrero entre los años 1957 y 1961. Haya mantenía un rencor añejo y prejuicioso hacia la estirpe de los Prado, supuestos beneficiarios de los bienes del Estado que habría hurtado el presidente Mariano Ignacio Prado durante la guerra con Chile. Estos hechos habían sido desmentidos pero el prejuicio proseguía. Recién hacia 1962, incluido un trato más frecuente con Manuel Prado, pudo Víctor Raúl modificar su sentimiento. A partir de este último año Haya permaneció en el Perú en Villa Mercedes, casa ubicada a once kilómetros de Lima, propiedad del señor Ganoza, esposo de doña Mercedes de la Torre, tía de Víctor Raúl. Ése sería su domicilio particular hasta su muerte en 1979.

La permanencia de Haya en Villa Mercedes convirtió a esta residencia en el centro efectivo de la política peruana, por encima de la influencia de la casa de gobierno y de los partidos oficialistas. Allí acudían importantes visitantes del exterior, dirigentes políticos y líderes de opinión influyentes. Otro centro importante de actividad era, obviamente, la Casa del Pueblo. Desde allí Haya influyó personalmente en la reactivación del movimiento juvenil y se vinculó muy especialmente con los sindicatos obreros. Dio impulso a la Confederación de Trabajadores del Perú (CTP), fundada en 1944, dirigida primero por el obrero textil Arturo Sabroso, uno de los fundadores del APRA y después por Julio Cruzado, cuya lealtad a

Haya de la Torre se hizo tan proverbial que acabó por hacerle daño. Haya combatió sin tregua a la CGTP, organismo de influencia comunista; favoreció además a la Organización Regional Interamericana de Trabajadores (ORIT), con sede permanente en México, que inicialmente tuviera su local matriz en Lima, como Confederación Interamericana de Trabajadores (CIT), en 1948.

Desde la alta tribuna del tercer Congreso partidario de julio de 1957, en sus mensajes por el Día de la Fraternidad, en sus escritos y, directamente, cuando estuvo residiendo en Lima, Víctor Raúl no cesó de insistir en que los apristas observasen con atención los cambios en el proceso mundial, especialmente la decrepitud de las viejas tesis de la violencia como «partera de la historia» y el estatismo a mansalva. De ahí su enhiesto rechazo al fenómeno cubano del castrismo, que sólo en su forma inicial, como justa rebeldía contra una dictadura entreguista, fue apoyado por nosotros. Haya, en nombre del APRA, encabezó el rechazo de los partidos democráticos del continente al castrismo apenas derivó en una subordinación económica a la URSS y un fomento temerario de la lucha de clases y la guerra de guerrillas en América Latina.

Fue también muy severo con todos aquellos apristas que mostraban simpatías por el dictador caribeño. No admitía eufemismo alguno respecto a un «régimen de despotismo político y de acaparamiento económico de toda la producción de Cuba» (*OC*, t. I, p. 444). Podemos recordar como un hito fundamental de esta batalla ideológica de Haya su discurso por el Día de la Fraternidad de 1961, donde leemos estas frases de sencilla y trascendental sabiduría: «El pan sin libertad es el pan de los totalitarios. Nosotros necesitamos pan con libertad» (*OC*, t. V, p. 440).

Mucho se ha especulado sobre la «decrepitud» de este aprismo, en verdad remozado, posterior al asilo de Haya. Se ha dicho que alejó del partido a sectores sociales radicalizados, que dio lugar a una línea «mesocrática», que convirtió al aprismo en una fuerza «conservadora», etc. Los resultados mostraron lo opuesto. El partido siguió unido y continuó creciendo, sin caer en los reclamos extremistas de algunos sectores minoritarios. Creció también el prestigio internacional de la doctrina y la política apristas. Y, lo más importante, es indudable que la política de «convivencia» con el

pradismo entre 1956 y 1962 permitió mostrar a una nueva generación, acostumbrada a escuchar sobre el APRA los más graves calificativos, que éste era un movimiento constructivo, defensor y practicante de la democracia, apto para conducir los destinos del país. El aprismo no necesitaba imponerse prepotentemente para lograr sus objetivos. Sabría esperar y confiaba en persuadir.

Sobre estas bases, someramente expuestas, desarrolló su actividad el partido y se preparó para las elecciones de 1962. Aparentemente había desaparecido el veto de las Fuerzas Armadas contra el APRA, veto ejercitado abiertamente en 1936 y, parcialmente, en 1945. El presidente Prado manifestaba firmes propósitos de neutralidad. En las elecciones de ese año Haya de la Torre enfrentó su candidatura a la de Fernando Belaunde, líder de Acción Popular y al exdictador, general Manuel Odría, quien lo tuvo inmovilizado en el asilo cinco años durante su gobierno. Del total de votos válidos el 32,98% correspondió a Víctor Raúl; 32,13% a Belaunde y 28,44% a Odría. Menos del 2% obtuvieron Héctor Cornejo Chávez del Partido Demócrata Cristiano y otros tres candidatos menores.

Haya había ganado los comicios limpiamente pero, según el Jurado Nacional de Elecciones, lo hizo sin alcanzar el porcentaje del total de los votos válidos que exigía la Constitución, le hacían falta cinco mil votos. En tal caso la Constitución preveía que el Congreso debía reunirse para decidir cuál de los candidatos era el victorioso. En el Congreso había una clara mayoría aprista, de modo que el resultado tenía que ser la consagración de Haya de la Torre como presidente del Perú.

Cuando estaba en marcha la etapa final del escrutinio, el presidente Prado nos comunicó que las Fuerzas Armadas se oponían a que Haya de la Torre fuese presidente. Fue convocada de inmediato una Convención Extraordinaria del PAP. Ante esta asamblea Haya pronunció su magnífico y tremendo discurso del 4 de julio de 1962, el *Discurso del Veto,* considerado como pieza fundamental de la historia política de este siglo. Allí el fundador del aprismo exigió serenidad al partido, haciendo hincapié en mantener el propósito esencial de la política de «convivencia» de 1956 a 1959: «nutrir» y darle oportunidad de «crecer» a nuestra débil democracia. «Para defender una democracia orgánica, para dar crédito, vigencia, solidez

y perennidad a una democracia representativa, era preciso convivir», decía Haya en su discurso (*OC*, t. V, p. 480); y, en nombre de ese sentido de responsabilidad, expuso su decisión de renunciar a la virtual investidura de presidente electo de la República que había obtenido legítimamente. A fin de evitar un golpe militar, Haya decía: «aquí estoy una vez más listo a la inmolación. [...]. Por el Perú todo, por la democracia todo, [...] por la defensa de mi pueblo y su justicia, todo.» (*OC*, t. V, p. 459).

El sacrificio de Haya no fue suficiente para detener el golpe de Estado en curso. La noche entre el 17 y el 18 de julio, diez días antes del cambio constitucional del gobierno, las Fuerzas Armadas depusieron al presidente Prado en un acto incruento confinándolo en un barco de la Armada. No fue casual que, en la misma madrugada del 18 de julio, coincidiera el allanamiento militar de Palacio de Gobierno con un ataque vandálico del Ejército a la Casa del Pueblo, el local central del PAP. Tomó el poder una curiosa Junta de Gobierno basada en una tetrarquía: el general Ricardo Pérez Godoy, presidente del Comando Conjunto de la Fuerza Armada, y los comandantes en jefe de los tres sectores de las Fuerzas Armadas, Ejército, Marina y Aviación.

Antes de seis meses el comandante en jefe del Ejército deponía al presidente provisional Ricardo Pérez Godoy y se proclamaba presidente de la junta. Bajo su ilícita autoridad se realizaron las elecciones presidenciales de 1963. Belaunde obtuvo esta vez el 39%, Haya el 34% y Odría el 25%. Fueron elecciones aparentemente libres aunque con la amenaza de la prolongación de la dictadura en función de sus resultados. Hubo además una clara influencia de la Fuerza Armada en favor del candidato populista cuyo partido, representado por su jefatura nacional presidida por Óscar Trelles, había felicitado públicamente a los autores del golpe de Estado contra la democracia en julio de 1962. Era el intercambio de servicios políticos y el pago de intereses de los mismos. Un detalle adicional fue la sospechosa demora en llegar a Lima de muchas ánforas de Áncash y Cajamarca. Estos votos entraron al cómputo de la elección parlamentaria pero no se contaron en la presidencial. Si bien la elección presidencial de 1963 la ganó el candidato Belaunde, la mayoría del Congreso la obtuvo el APRA. Esto dio un tono especial al régimen

vigente entre 1963 y 1968, durante el cual Haya de la Torre, afincado en Lima, actuó directamente en la política peruana y propició reformas importantes en favor de las clases trabajadoras.

De esa época son la ley de Enseñanza Gratuita, la mayor autonomía de las universidades, la creación del Banco de la Nación, la primera ley de Reforma Agraria, la ley de Promoción a la Industria nacional, la ley de Cooperativas, el Estatuto Magisterial, el proyecto hidroeléctrico del Mantaro, los hospitales regionales y varias importantes leyes obreras. No menos importante fue que el 7 de diciembre de 1964, conmemorando el 140º aniversario de la convocatoria bolivariana al Congreso Anfictiónico de Panamá, se instalara en Lima el Parlamento Latinoamericano, organismo democrático y efectivamente integracionista surgido por iniciativa del APRA.

Durante el gobierno del señor Belaunde, con el fin de tener mayoría parlamentaria, fue necesario hacer una alianza temporal y de orden legislativo entre la representación congresal del APRA y la pequeña pero decisiva de la Unión Nacional Odriísta, que coincidía con los apristas en muchos puntos de interés inmediato. En otros temas que no eran parte de dicho compromiso, el PAP quedaba en perfecta libertad de acción. Hubo quienes consideraron este pacto lesivo a los principios apristas, sin entender su carácter episódico y ceñido a objetivos precisos. Una vez más, los resultados hablaron por sí sólos. La actividad legislativa del periodo 1963-1968 es quizás la más fructífera y progresista de nuestra historia reciente.

Haya de la Torre estaba en Roma mientras empezaron a desenvolverse, en 1967, los sucesos que desembocarían en un nuevo colapso de la democracia peruana. El país vivía una crisis política y económica realmente aguda; surgió entonces un gabinete «conversado» que presidió el doctor Oswaldo Hercelles. Este gabinete pidió y obtuvo autorización para, durante seis meses, legislar sobre puntos tan controvertidos como ciertas urgentes medidas impositivas y el contrato con la International Petroleum Company. Al expirar dicho plazo el gabinete rindió cuentas al Congreso teniendo como principal vocero al ministro de Economía, Manuel Ulloa. Como el plazo vencía, en la madrugada del 13 de agosto el gobierno firmó un arreglo con la International Petroleum Company en relación a los yacimientos petrolíferos de La Brea y Pariñas. El Acta de

Talara, como se le llamó, fue objetada por el Congreso que resolvió enviarla para su revisión a las comisiones legislativas pertinentes. Sustituyó al gabinete Hercelles el gabinete presidido por Miguel Mujica Gallo, que juramentó el 2 de octubre. En la madrugada siguiente, surgió el golpe de mano dirigido por el general Juan Velasco Alvarado, quien ocupaba la Comandancia General del Ejército.

En realidad, como ya hemos señalado, fue un golpe de Estado contra el APRA y contra Haya de la Torre. El gobierno de Belaunde estaba próximo a expirar constitucionalmente y carecía ya de fuerza. La crisis económica y los problemas políticos habían alcanzado cierta gravedad pero no justificaban la aventura golpista. No existía una amenaza externa para la seguridad del Estado y los breves intentos de reeditar en nuestro país la aventura castrista habían fracasado desde el inicio. El único suceso importante de seguro pronóstico era un triunfo electoral contundente del aprismo elevando a Haya de la Torre a la Presidencia de la República.

Al empezar la oscura noche velasquista, el aprismo cerró filas recordando la directiva dada por Haya en el tercer Congreso del PAP: «Creemos que la convivencia debe subsistir, debe proseguir, creemos que los hombres honrados del Perú, los que quieren al país, deben marchar juntos, deben continuar su obra, coordinada, aunque piensen diferentemente. Creemos en la necesidad de abrir los brazos a todo aquel que quiera entrar en esta corriente democrática, pero al mismo tiempo, estaremos alertas todos para rechazar cualquier intento de destrucción de este régimen democrático.» *(OC,* t. V, p. 444-445).

XXXI

Últimos resplandores

Con la defenestración del general Velasco, en agosto de 1975, la situación política no se despejó de inmediato. Había confusión y disparidad de criterios en la alta jefatura de las Fuerzas Armadas. En la sociedad civil, incluido el aprismo, había un ánimo rencoroso y de ajuste de cuentas muy peligroso para el futuro inmediato. Éramos una nación debilitada en todos los aspectos, sobre todo en cuanto a los valores políticos de tolerancia y diálogo que son consustanciales a la vida civilizada. Por lo pronto, había sido eliminado el dictador pero subsistía todo el tinglado político ruinoso de la dictadura, incluidos muchos de sus colaboradores militares más connotados en puestos clave.

Hubo un tenso interregno con medidas represivas y conatos golpistas de distinto signo, hasta que el general Morales Bermúdez mostró fuerza suficiente y deseos inequívocos de enmendar rumbos y dialogar con los partidos y otros representantes civiles para dar una solución ordenada y pacífica a la crisis nacional. En julio de 1977, finalmente, lo que había nacido autoproclamándose como una temible 'Segunda Fase Revolucionaria', anunció su gradual sustitución por un legítimo poder constitucional, vía una Asamblea Constituyente, tal como lo habían reclamado el APRA y Haya de la Torre.

Una vez más, el temple y la experta mano de Víctor Raúl impusieron un ritmo cauto y responsable a este proceso. Desde agosto de 1975 Haya había comprendido que Morales Bermúdez se vería frente a la necesidad de orientar su gobierno hacia una restauración democrática. Se habían agotado los fondos para mantener la ilusión populista iniciada en 1969; los partidos políticos se habían rehecho y la opinión pública se expresaba ardorosamente reclamando el fin de la dictadura. El país requería democracia. Ir en el

sentido opuesto habría sido alimentar sin pausa la presión sobre una caldera encendida. Hoy parece lógico, pero no lo era así para la gran mayoría en ese momento.

Las manifestaciones populares tomaban un cariz lindante con la rebelión generalizada y descontrolada. Hacía falta signos claros, públicos, de que el proceso hacia la democracia no sería burlado. Fue imprescindible proponer al gobierno conversaciones multipartidarias que Haya estimuló decididamente. Yo fui delegado a estas reuniones junto con R. Prialé, A. Villanueva, F. León de Vivero y otros. Víctor Raúl estuvo muy atento a estos encuentros pero no participó directamente en ellos, salvo una reunión privada que se realizó en casa de un allegado del general Morales Bermúdez y a la que concurrimos voceros del APRA y representantes del gobierno de facto.

En términos generales estos diálogos y su exitoso resultado fueron un producto expreso de la presión ciudadana y del debilitamiento de la dictadura, pero sería mezquino negar un papel destacado al propio general Morales Bermúdez. Mostró, para sorpresa de muchos, incluido el que esto escribe, gran receptividad a nuestras propuestas y una llaneza de espíritu fundamental para remover en forma feliz varios obstáculos, entre ellos la casi tradicional desconfianza de los militares hacia el aprismo. La mezquindad y las dificultades, paradójicamente, se trasladarían al campo civil, al de los políticos. En todo este trayecto, la figura señera y patriarcal de Víctor Raúl surgió como el fiel de la balanza en una situación política sembrada de peligros.

El país necesitaba de la presencia activa de Víctor Raúl como nunca antes en el pasado, pero la salud empezaba a abandonarlo. Tras el primer colapso que ocultó a casi todos, vino un nuevo debilitamiento que menguó sus actividades en la Casa del Pueblo. No obstante esta disminución de sus fuerzas, Víctor Raúl seguía en la brega, atento a todo e impartiendo consejo y sabiduría. Como un viejo Esopo, repetía a los que reclamaban dureza e intransigencia de parte del aprismo, un par de aforismos muy atinados; uno era: «A enemigo que huye, puente de plata»; y, el otro: «Del régimen que fenece, más que lo pasado, nos preocupa lo que nos deja».

Un placentero remanso en estos días agitados fue el viaje que, en setiembre de 1977, realizó Haya de la Torre a Caracas para re-

cibir la Gran Cruz de la Orden de Francisco de Miranda. En retribución a los amplios honores recibidos los venezolanos tuvieron en esos días un Víctor Raúl que irradiaba optimismo, simpatía y envidable lucidez. Éste fue el último viaje de Haya de la Torre motivado por razones en esencia políticas. Tras la estadía en Venezuela seguiría una sigilosa visita a Hamburgo y a Houston con el fin de cuidar su salud, que se prolongó hasta el 6 de enero de 1978. Luego no volvería a viajar hasta marzo de 1979, pero por razones estrictamente médicas y en grave estado.

Desde Venezuela Víctor Raúl hizo noticia a nivel continental. Una importante revista caraqueña, *Resumen,* le dedicó la carátula y un extenso reportaje en el Nº 204, correspondiente al 2 de octubre de 1977, bajo el nada casual titular de «Latinoamérica no es el Tercer Mundo». Fue una entrevista plena de revelaciones políticas muy comentadas en América Latina. Los lectores jóvenes pueden consultarla en la recopilación *Haya de la Torre en 40 reportajes.* Allí podemos comprobar cómo Haya mantuvo hasta sus últimos años un dominio magistral de los géneros periodísticos.

La finalidad principal de esta entrevista, y otras más que aparecieron en los diarios de Caracas, fue dar la máxima publicidad a un compromiso tácito existente entre la dictadura y los partidos políticos que corría el riesgo de no cumplirse. La oferta gubernamental de elecciones constituyentes, hecha pública en julio de 1977, estuvo rodeada de peligrosas ambigüedades que parecían haber sido despejadas en las conversaciones multipartidarias previas. Lamentablemente los meses pasaban y el gobierno no hacía las precisiones ni realizaba la convocatoria. Según el anuncio formal de Fiestas Patrias la Constituyente era un espacio en blanco: «la estructura que tendría la Asamblea y el mecanismo electoral correspondiente están aún en estudio», había señalado el general Morales Bermúdez. Pero en los días siguientes se fue añadiendo que la Constituyente «debería» limitar sus fines a ciertas indicaciones políticas del régimen, «legitimar las reformas» según sus propios términos y con sólo un porcentaje, no determinado, de representantes electos.

Esta situación fue motivo de protestas y suspicacias. Una «Constitución» de este tipo, regimentada o parametrada, como se decía entonces, sólo conducía a ahondar la crisis del país. Para conseguir

una solución positiva se realizaron nuevas conversaciones privadas con el general Morales Bermúdez. Éstas dieron lugar a un entendimiento verbal y genérico, pero se sabía que la situación en las Fuerzas Armadas era conflictiva y tensa. Mientras tanto los problemas económicos heredados de la etapa velasquista se agudizaban. El clima de rebeldía laboral seguía extendiéndose. Había el peligro de un nuevo endurecimiento gubernamental. De ahí que el anuncio hecho por Haya en Caracas fuera más que oportuno. Antes de que el gobierno se decidiera a promulgar el decreto-ley correspondiente, el 4 de octubre, Haya se adelantó a asegurar que era un hecho la promesa gubernamental de que la asamblea sería «íntegramente elegida», soberana –no podía ser de otra forma– y conducente a una «transferencia total del poder a la civilidad». La palabra ofrecida por el general Morales Bermúdez quedó puesta públicamente en compromiso. Sin duda, el anuncio de Haya realizado en Caracas ayudó a vencer más de una reticencia o vacilación en el gobierno.

Pero la entrevista ofreció otras novedades. Además de exponer temas doctrinales como la vigencia del reclamo aprista respecto al Canal de Panamá y la oposición a sumarnos al Tercer Mundo perdiendo de vista nuestra identidad continental y nuestro ideal integracionista, Haya fue muy severo al momento de enjuiciar al gobierno y la persona del general Velasco. No sólo usó frases duras respecto al exdictador, inusuales en él ante rivales en desgracia, sino que restó todo mérito progresista, antiimperialista o socializante a su proceso de reformas. Dijo allí que «Velasco hizo demagogia tan violenta que arruinó la economía del país». Y añadió un detalle sumamente delicado. Afirmó que los «rusos [...] ilusionaron a Velasco con imponer el modelo peruano por la guerra», atribuyendo el apego prosoviético impuesto por el dictador en las Fuerzas Armadas, que costó una fortuna en términos financieros, nada menos que al propósito de reeditar una guerra con Chile en 1979, al cumplirse cien años del conflicto que tanto afectara al Perú.

Era un dato entonces sólo comentado en ámbitos muy exclusivos pero no por eso menos cierto. El prosovietismo y procastrismo de la dictadura no eran detalles inocentes. De haberse cumplido su propósito las consecuencias continentales habrían sido incalculablemente trágicas. En este punto, una vez más, Haya mostró su

proverbial dominio del equilibrio calculado entre la audacia y la prudencia. Las opiniones expresadas por Haya no fueron un dato aislado. La delimitación tajante entre aprismo y velasquismo, así como la desmitificación de la figura de Velasco ya habían ocupado buena parte de las actividades partidarias de Haya en 1977. De esos momentos de febril actividad podemos citar un fragmento del coloquio del 10 de marzo de 1977, publicado en una revista limeña:

> He visto en una publicación de esas que velasquismo y aprismo son iguales como dos gotas de agua. [...]. El aprismo resultaría como dos gotas de agua con cualquier forma de oportunismo, con cualquier forma de maniobreo político. El aprismo mantiene su independencia porque mantiene su grandeza, y nosotros tenemos que andar muy, muy cautos en esto de ser escalones o peldaños de nadie. (*ABC*, año II, Nº 16, p. 15, segunda quincena de abril de 1977)

Fue éste el último año en que pudo administrar sus energías más o menos a plenitud, recorriendo las cooperativas agrarias de Cartavio, Laredo y Casagrande en la Semana de la Fraternidad, retomando sus coloquios en la Casa del Pueblo y sus sesiones con la juventud en Villa Mercedes, reabriendo locales partidarios y presidiendo el Plenario Nacional aprista de julio con una larga exposición sobre la crisis de la dictadura. Un ciclo de intensa actividad que se cierra con el viaje a Caracas, en setiembre de 1977, y el subsiguiente viaje con propósitos médicos a Hamburgo y Houston, a comienzos de octubre, que se prolonga, como hemos indicado, hasta el 6 de enero de 1978. Al regresar, algo restablecido, preside y habla en un gran mitin aprista en la plaza San Martín de Lima. Fue un discurso apoteósico, como también lo fue el discurso del Día de la Fraternidad de ese año celebrado en Arequipa.

En la Blanca Ciudad Haya trazó la pauta de su política frente a la crisis final de la dictadura. Invocó a todos los peruanos a «sentirnos como hermanos en una hora decisiva de la historia del país. En una hora en que salimos de un totalitarismo inexplicable e injustificable y entramos en la posibilidad de un gobierno civil al que todos debemos cooperar resuelta y enérgicamente, con las nuevas miras

de un Perú del futuro, de un Perú descentralista, de un Perú enérgico que se ocupe de los problemas sociales y económicos».

En ambos mítines se dirigió a la multitud mencionando que estaba más cerca de la muerte que de la vida. Sus oyentes no admitían que eso fuera cierto, pero Víctor Raúl sabía que lo último estaba a pronto venir. El viaje a Hamburgo y Houston había confirmado el avance inexorable de su mal y a su edad era muy poco lo que podía hacerse para remediarlo.

Para mayor ilustración de quienes siguen creyendo que el velasquismo mereció alguna dosis, por pequeña que sea, de respeto o admiración por parte de Haya, debo añadir que este régimen fue siempre para él un motivo de singular antipatía en todos los aspectos. Lo ofendió mucho que Velasco intentara arroparse con lemas y giros retóricos de origen aprista y lo indignaba ese acoso desleal y venal, intentando comprar a sus militantes, corromperlos, como años atrás lo hiciera el peronismo. De ahí que sintiera especial rechazo hacia aquellos personajes que se alquilaron para ejercer el más abyecto antiaprismo, como fue el caso del asesor de Velasco y gestor del SINAMOS, Carlos Delgado Olivera, desertor del aprismo en tiempos de Odría.

XXXII

PREPARANDO EL CAMBIO

Algunos voceros militares y los políticos oficialistas insistieron, esta vez con argumentos y no con tanques, en que era preciso «constitucionalizar» las principales reformas del periodo velasquista; tales como la reforma agraria, la expropiación de la petrolera Standard Oil, la nacionalización de las minas de Cerro de Pasco, etc. Apenas empezó a tomar forma el proceso electoral estas fuerzas comenzaron a perder piso hasta representar apenas un débil matiz en el espectro político. De hecho, el gobierno de Morales Bermúdez desmontaba a pasos acelerados esas medidas e instituciones plagadas de ineficiencia y corruptelas, incoherentes y sin justificación legal.

En el PAP, yo insistía en que la nueva Constitución precisaba tener un lema exacto. Pensando, sin duda, en el de «Gobernar es poblar» que Juan Bautista Alberdi lanzó en la desierta Argentina de mediados del siglo pasado, y en el de «Poblar es educar» de Sarmiento, en la misma Argentina seis años después, se me ocurrió proponer como lema de la nueva Constitución la frase: «Gobernar es nutrir». Sustentaba mi propuesta en la idea de nutrir como sinónimo de fomentar la producción, favorecer la educación, fortalecer la dignidad humana y robustecer la soberanía. A Víctor Raúl le pareció bien este lema, aunque no fue adoptado oficialmente por el partido. Al final no hubo una consigna precisa sino un rosario de ellas.

En enero de 1978 nos aprestamos a la lucha electoral con Haya de la Torre ya de regreso al Perú, no muy bien de salud pero anímicamente enhiesto. Víctor Raúl, para sorpresa nuestra, expresó su decisión de ser candidato a un asiento en la Asamblea Constituyente. Varios nos opusimos pensando que no debía exponerse a que

en el debate constitucional, que sin duda tocaría temas políticos actuales, algunos atrevidos e improvisados pudieran agraviar su personalidad. Él rechazó la idea y, aunque algunos dirigentes del partido quedaron eliminados de las candidaturas a la asamblea, unos por propia decisión y otros por la ajena, el hecho es que Haya de la Torre encabezó nuestra lista de candidatos para las cien curules de la Asamblea Constituyente.

Previamente se acordó con el gobierno algunas normas electorales: habría derecho al voto desde los 18 años, como lo reclamara el APRA, y la posibilidad de dos «votos preferenciales», es decir, cada votante podría optar por dos nombres de su lista indicando su preferencia. Esta última modalidad la aceptaba el partido a regañadientes. El gobierno pretendía que hubiera un solo voto preferencial, lo que fue severamente condenado por Haya en el Día de la Fraternidad desde Arequipa. El sistema del «voto preferencial» no nos agradaba, pero por lo menos con dos votos preferenciales se podía combinar la campaña nacional con la regional. Desde luego la decisión del partido fue que el número uno fuese Haya de la Torre y que recibiera masivamente la primera de las dos preferencias.

Acción Popular, el partido de Fernando Belaunde, decidió no participar manifestando que colaboraría externamente con el debate constitucional. Antes que una objeción a la Constituyente en sí misma era una decisión relacionada con la dignidad del expresidente depuesto por la 'Primera Fase' de este mismo régimen militar en 1968. Las elecciones se realizaron el 18 de junio. El APRA obtuvo una amplia victoria con 35,39% de los votos. Le siguió el Partido Popular Cristiano (PPC) con 23,78% y un frente de sindicalistas y grupos políticos de extrema izquierda, el FOCEP con 12,34%. Las demás listas obtuvieron cada una menos del 6%. El exvelasquista Partido Socialista Revolucionario (PSR) 6%, y, un aliado constante del gobierno, el Partido Comunista Peruano (PCP), otro 6%. El APRA ganó en 17 de los 23 departamentos. Haya fue el candidato más votado individualmente con 1.038.516 votos de los 1.241.174 votos apristas, esto es el 83,8%.

Correspondieron al PAP 37 asientos de los cien que constituían la asamblea, al PPC 25 y el resto se diluyó entre ocho partidos o agrupaciones, en su mayoría nuevos. La Asamblea Constituyente

reflejó un panorama político radicalmente renovado. Lo que podríamos llamar la vieja derecha, esto es, el Movimiento Democrático Peruano (pradista) y la Unión Nacional (ex Odriista), tenían juntos apenas cuatro representantes. Una estridente y perturbadora extrema izquierda contaba con 16 asientos. El Frente Nacional de Trabajadores y Campesinos (FNTC) representaba un grupo regionalista propenso a sumarse a los anteriores. La mesocracia velasquista, depositaria de las fobias y las lacras políticas de la dictadura de la 'Primera Fase', contaba con seis curules, respaldados por seis del PCP y dos del Partido Demócrata Cristiano (PDC). Todos ellos se inclinaban a hacer causa común con la extrema izquierda.

El APRA y el PPC eran de hecho las únicas fuerzas capaces de dar al país la carta constitucional y la estabilidad política que requería, pero casi no nos conocíamos en términos políticos, ni habíamos mostrado afinidad en las conversaciones previas a las elecciones. Por otra parte, el gobierno militar del general Morales Bermúdez carecía absolutamente de voceros o defensores civiles en esa asamblea. Se creaba así el peligro de una fácil polarización entre el poder de facto y el Parlamento electo, ante el cual acudían todos los sectores ciudadanos con sus exigencias.

Con los votos del PPC, representados por Luis Bedoya Reyes, quien fue el candidato de su partido más apoyado por los votos preferenciales, se tuvo una sólida mayoría a favor de otorgar la presidencia de la asamblea a Haya de la Torre. Con los 37 votos de la representación aprista, más los 25 del PPC, más los dos del Partido Demócrata Cristiano, más los dos del Movimiento Democrático Peruano, más los dos del partido Unión Nacional, se tuvo un total de 68 votos: una sólida mayoría y una conjunción de fuerzas que no siempre pudimos restablecer en los momentos más difíciles del debate constitucional. En los diarios del día 21 de julio se puede cotejar las opiniones de los líderes del PPC, confirmando, como lo dijera el propio Luis Bedoya Reyes, que «el apoyo lo hacemos, sin conversaciones previas, sin pactos, sin entendimientos, sin negociaciones y sin exigencias, como un reconocimiento a los méritos personales de un político que ha entregado su vida a la lucha por sus ideales».

El discurso de orden de instalación de la Asamblea Consti-

tuyente, el 28 de julio de 1978, fue un momento singularmente emotivo y de gran significación para la historia del APRA. Fue ajustado por Andrés Townsend sobre la base de los conceptos e indicaciones de Haya. Sería insuficiente limitarnos a reseñar su explícita mención a que la Constituyente era el primer poder del Estado. Tiene pasajes de gran significado, que sólo los intonsos podrían ignorar, como un mensaje vigente para el futuro de todos los peruanos. La voz algo marchita y los gestos esforzados por la débil salud del avejentado patriarca dieron un destello de mayor sapiencia y grandeza humana a sus palabras. Allí leemos:

> No legislamos para hoy ni para el inmediato mañana. La Constitución, si tenemos la sabiduría de concebirla realistamente, apropiadamente, debe tener vigencia para varias generaciones. [...]. Necesitamos una Constitución [...] que se centre en torno al hombre y a los derechos humanos y forje un Estado nuevo para una sociedad mejor. [...]. Que prescriba como obligación del Estado la superación del subdesarrollo mediante la utilización racional de nuestros ingentes recursos, a la par que garantice el pleno empleo y la justa redistribución de los ingresos. El último y supremo ideal será excluir toda forma de explotación del hombre por el hombre y prevenir las formas contemporáneas de la explotación del hombre por el Estado.

Desde su honroso y merecido sitial de presidente de la Asamblea Constituyente, Haya de la Torre desarrolló una actividad conciliadora que nadie hubiera imaginado años atrás. No sólo en los grandes temas políticos sino también en los pequeños, en la «menudencia» de la vida parlamentaria. Se armó de paciencia para estimular y escuchar las opiniones unas veces pueriles y otras veces clamorosasde los miembros de la asamblea. Trance cotidiano de sus funciones al cual llamó el «desfleme». Es común que, en las mañanas, sobre todo en el húmedo clima limeño, muchas personas carraspeen y tosan ruidosamente para eliminar las flemas que acumulan en la garganta en las horas del sueño. Ese «desfleme» inevitable antecede a la elocución de cada día; no se puede hablar correctamente sin haberse «desflemado» antes.

Así, mientras la Comisión Principal de Constitución que yo presidía como primer vicepresidente de la asamblea, discutía y redactaba el texto del proyecto de Constitución, en las vastas salas de la Cámara de Diputados los demás representantes pregonaban y discutían sus dudas y sus reclamos sobre todo lo humano y lo divino; especialmente denunciaban excesos presentes o pasados de la dictadura castrense. Haya de la Torre empezaba a presidir el «desfleme» de cada día al caer la tarde, a más tardar alrededor de las siete de la noche, y lo suspendía no antes de las dos de la madrugada. Así transcurrieron cuatro meses. Entretanto la Comisión de Constitución trabajaba diariamente en silencio, tres horas en la mañana y cuatro en la tarde.

En cuanto a los grandes temas de la situación política de entonces, Víctor Raúl trató de ser un factor de contención de conflictos y tensiones en diversos aspectos, como por ejemplo la libertad de prensa, entre la desconfianza y los resabios totalitarios del régimen y las medidas de presión de periodistas censurados o reprimidos. Ante las exigencias de rehabilitación de los propietarios de los medios de prensa que la dictadura expropiara en 1974 y la euforia de los grupos sociales deseosos de ver impresas sus amarguras y «desflemar» sus anhelos, Haya nos aconsejó o nos indujo a actuar con criterio gradualista, cuidadoso de la estabilidad del país para el logro exitoso de la meta final, el pleno restablecimiento del Estado de derecho. Ha habido críticas a la posición cauta y mediadora de Haya de la Torre entre las exigencias populares de rápido regreso de los militares a sus cuarteles y el ánimo dubitativo a dejar el poder de estos últimos. Visto a la distancia del tiempo transcurrido es absurdo imaginar que su posición debería haber sido otra.

Haya de la Torre tampoco intervino en los debates propiamente constitucionales. Era una especie de auditor supremo. Nunca recibí una orden suya al respecto ni realizó declaraciones públicas que interfirieran o polarizaran el trabajo de la Comisión Principal que yo presidí. En ningún momento intentó imponer en el debate constitucional sus opiniones, su sello personal o un gesto de decisiva influencia suya. En cambio, desde la Presidencia del Congreso convocaba frecuentemente a los líderes de los demás partidos con una franqueza extraordinaria, tratando invariablemente de transmitir

a toda la asamblea su paciencia y su ecuanimidad. Fui testigo de su diálogo con Jorge del Prado, secretario general del Partido Comunista, antiaprista vehemente a quien yo había conocido siendo él apenas un joven estudiante, en la casa del jirón Washington de José Carlos Mariátegui, allá por los años de 1928 a 1930, pues soy diez años mayor que él.

Oí también a Víctor Raúl cuando convocó a dialogar a Hugo Blanco, agitador trotskista que debía su fama a haber sido líder sindical del movimiento de toma de tierras en el Cuzco en 1962. Atraía el voto de la juventud provinciana deseosa de cambios radicales pero tenía muy poco que ofrecerles, salvo servir de vocero de sus denuncias. Blanco concurría a la asamblea vestido de una manera pintoresca, presuntamente como un campesino pero en verdad como un joven universitario desaliñado, lo que ya no convenía ni a su grosor físico ni a sus canas. Con cierta sorna, Blanco reprochó a Haya que «ya no fuera» revolucionario como en 1923 o 1928. Víctor Raúl le respondió, afablemente pero con firmeza: «No me hable de revolución, señor Blanco, cuando usted nació yo había sido ya deportado por revolucionario y sufría las consecuencias de serlo. Esta actividad no es de juego y compromete la vida de muchos».

Como en otras etapas de su vida, la actividad de Haya no estuvo exenta de gestos de hidalguía y desprendimiento. El representante pradista en la asamblea, Javier Ortiz de Zevallos, destaca en un artículo publicado en *La Tribuna* el 17 de febrero de 1989, edición de homenaje a Víctor Raúl, la nobleza de éste cuando se acordó crear las senadurías vitalicias, que sólo beneficiarían a J. L. Bustamante y Rivero y F. Belaunde, dos adversarios suyos. Dice Ortiz de Zevallos que Haya respondió: «Es cierto, pero sobre todo le hará bien al Perú y a la democracia. Hay que aprobarlo y ojalá que sea por unanimidad. Además, nunca guardo rencores». Anécdotas como ésta reflejan de cuerpo entero a Haya de la Torre. En el capítulo XCVIII de mi *Testimonio personal* doy cuenta de la austeridad de Víctor Raúl como presidente de la Asamblea Constituyente, al punto que su gestión de 1978 arrojó un superávit de 50 millones de soles en moneda corriente de ese año. Él, como presidente de la asamblea, sólo cobró un sol al mes.

Víctor Raúl no disfrutaba de buena salud desde 1976 y era indudable que no le hacía ningún bien la prolongación de los «desflemes» de cada noche. Así se lo dije, y me contestó: «Ya sé que tú te retiras a las once de la noche porque tienes un itinerario fijo, pero yo quiero demostrar a estos jóvenes revolucionarios que los viejos somos más resistentes que ellos y que somos capaces de entregarnos con igual tesón a la tarea que empezamos en la juventud». Lo grave es que, por realizar esta demostración, Víctor Raúl no tuvo más remedio que retirarse algo más temprano hacia fines de 1978. A pesar suyo, la vida ostensiblemente marcaba su decadencia física.

Aparte del marco general ofrecido con su discurso del 28 de julio de 1978, Haya intervino ocasionalmente en los debates de la Comisión Principal de Constitución, atendiendo a consultas específicas que le formulamos. Recuerdo que cuando decidimos discutir como primer título el de los Derechos Humanos, algunos compañeros apristas arguyeron que eso implicaba dar preferencia a los derechos individuales por encima de los colectivos. Lo cual significaba una traición a la raíz marxista y positivista de la doctrina del PAP. Haya fue cortante: «No hay sociedad sin componentes y los componentes son individuos. Por consiguiente está bien que definamos los derechos de los individuos porque constituyen la sociedad». Además de tener razón, era una forma hábil de evitar un debate bizantino y enervante entre los dos principales partidos.

También cuando se trató sobre los derechos económicos, un grueso sector de la asamblea planteó una objeción aparentemente insalvable, suscrita por unos cuarenta congresistas, ardorosos defensores de una economía de mercado ceñida a los preceptos del viejo liberalismo manchesteriano. Otro sector, aunque no coincidía con el estatismo de la dictadura castrense, abogaba por un Estado fuerte, multiempresario y contralor de la economía, presionando al APRA a sumársele. La solución fue establecer una fórmula que recogiera los argumentos más importantes de unos y otros en lo que se refiere al logro del bien común. Fue así como se elaboró el título III que, garantizando el pluralismo económico y la libre iniciativa, define un sistema de *economía social* de mercado que incluye el fomento del cooperativismo. El artículo 114º, destinado a con-

templar los casos de nacionalización y/o expropiación, fue también muy equilibrado y prudente. Lejos de ser un compromiso o un recorte de los intereses del aprismo, fue una muestra de ecuanimidad y sentido constructivo que en nada perjudicaba ni contradecía el programa partidario.

XXXIII

Se pone el sol

Durante la segunda quincena del mes de diciembre de 1978 Haya no pudo evitar mostrar los efectos de su mal, tuvo que solicitar una licencia temporal por motivos de salud, públicamente explicados como simple cansancio. Recuerdo que en esos días encargué consultarle por qué no presentábamos en una próxima sesión plenaria el proyecto de presupuesto de la Asamblea Constituyente para 1979. Uno de sus colaboradores me hizo saber que Haya era de la opinión de no ocuparnos de ese asunto. Yo fui leal a su recado pero dejé constancia de que si nosotros no aprobábamos nuestro presupuesto el día 1 de enero, estaríamos frente a la desafortunada situación de que la Junta Militar de gobierno lo hiciera por nosotros. Y así fue, precisamente.

A mediados de enero de 1979 Haya se ausentó por 21 días del Congreso. Volvió más reanimado pero en los días siguientes le fue muy difícil cumplir la rutina deseada y sufrió un nuevo debilitamiento, el 20 de febrero, a ojos vista de toda la prensa nacional. Los preparativos trujillanos para el Día de la Fraternidad quedaron frustrados. Se comentaba en todo el país la naturaleza del mal de Haya, pero los voceros del partido se empecinaron en negar lo que era tan evidente: el avance irremediable del cáncer pulmonar confirmado en Houston en 1977. Hubo una breve pero dolorosa reaparición de Haya de la Torre en la Casa del Pueblo, el 23 de febrero, con motivo de un acto universitario. Lucía muy demacrado y triste. Quizás intentó reanudar su labor en el Congreso pero le era físicamente imposible. El 10 de marzo viajó nuevamente a Houston y volvió al mes siguiente. Desde entonces permaneció en obligado y doloroso reposo clínico en Villa Mercedes. Se acercaba la hora final.

Sin duda la gravedad de Haya era un hecho político de hon-

da repercusión, pero no podía afrontarse con el fácil expediente de negar los hechos. Sin embargo, un celoso grupo de dirigentes apristas no lo entendió así y estrechó alrededor de Víctor Raúl un círculo hermético cuyo único propósito parecía ser la desinformación, en total desmedro de la fraternidad aprista y de la obligación con el país. A la desgracia de la dolencia pulmonar, la invalidez y la dificultad para vocalizar se sumó contra Víctor Raúl un severo aislamiento. Empezó a brotar una atmósfera recelosa entre los líderes apristas conforme se acercaba la fecha del duodécimo Congreso partidario, convocado para el mes de julio.

Durante su licencia de enero yo acudía dos veces por semana a Villa Mercedes, especialmente los domingos, en parte como visita oficial en tanto presidente interino de la Asamblea Constituyente y en parte como viejo compañero aprista, pero sobre todo como leal amigo; aunque con poca fortuna. Muchas veces, cuando anunciaba mi visita desde Lima, desaparecían los visitantes permanentes que debían facilitarme el paso o anunciaban que Víctor Raúl estaba descansando. Quien no ha nacido ayer sabe bien cuándo estas respuestas son sinceras. Comprendí de inmediato aquel funesto juego. Como era presidente en ejercicio de la Asamblea Constituyente y las circunstancias seguramente me daban algún prestigio entre los electores apristas, se imaginaron que yo podía aspirar o de hecho aspiraba a la Presidencia de la República si desaparecía Haya.

Tal como se estila en la política criolla, la posibilidad fue convertida en sospecha y la sospecha en certeza. No faltó alguien que dijo lo que pensaba en voz lo suficientemente alta para ser tomada en cuenta por la prensa. Estaban equivocados. Yo era consciente de mis fuerzas y siempre había sido ajeno a esa aspiración. Estaba al borde de los ochenta años y sabía que en breve plazo perdería la totalidad de mi visión. Un candidato senil y casi ciego no era un plato apetecible para el electorado, pero sí constituía un blanco fijo para los adversarios. Además, ya sea por virtud moral o por capricho, nunca he pretendido ocupar un puesto al cual no tenga derecho indiscutible. Para merecer esa candidatura se requiere calidades mayores y mejores que la simple ambición y de eso he creído dar ejemplo durante muchos años, aunque algunos me hayan adjudicado deseos de provecho que en realidad me asqueaban. Pero los celos y

la inquina suelen vestirse de fiesta aun cuando sea ocasión de funerales y ése fue el caso.

En enero, durante una de mis últimas visitas a Víctor Raúl, le informé largamente, hasta donde me lo permitía su salud, sobre la futura Constitución: «Yo sé que tú te preocupas por eso y lo harás bien. Sigue tu trabajo y sólo si tienes alguna duda muy profunda házmelo saber, confío en ti», fue su generosa respuesta. Después del viaje de emergencia a Houston, entre marzo y abril de 1979, en el último de los pocos encuentros que pude tener con él, lo hallé sumamente deprimido. Para remediar en algo esa situación, le cogí las manos y le dije a Víctor que todo iba bien para nosotros: que la Constitución era un hecho y que él podría firmarla muy pronto. En un rapto que todavía no me explico Víctor me cogió la mano derecha y me la besó. Me dejó anonadado. En todos los años que lo conocí, Haya nunca había dejado de lado su actitud de dignidad frente a los demás. De inmediato le cogí ambas manos y se las besé. Hay dos testigos, dos parientes de Víctor Raúl, que no sé cómo entraron a la habitación, quienes presenciaron la escena. No lo vi más, aunque deseé verlo nuevamente. Me hirió mucho que un día de finales de junio, en que le llevaba, en compañía de mi esposa Rosa, el retrato que le había pintado Cossío del Pomar para que se exhibiese en la galería del Congreso, se nos impidiese con brusquedad la entrada. Desde esa vez, sólo pude volver a pisar Villa Mercedes el día de su muerte, el 2 de agosto de 1979. Prefiero olvidar los detalles.

Víctor Raúl seguramente deseaba firmar el original de la Constitución pero de hecho era injusto imponerle ese esfuerzo después del nuevo y mayor agravamiento de su salud posterior al 2 de julio. Su hermético círculo de allegados no tuvo reparos en esto, quizás para evitar mi firma en el documento, privilegio que después de Víctor Raúl sólo a mí correspondía. Víctor Raúl estaba con licencia médica y no concurría a la Asamblea Constituyente desde su indisposición de febrero. Hasta pocas semanas atrás había sido un hombre maniatado por el dolor y la desventura pero aún poseedor de todos sus sentidos. Ahora, su estado era de un constante sopor, con dolores respiratorios cada vez más fuertes, casi inmovilizado y con dificultad aún mayor para vocalizar, aunque con breves y repentinos momentos de lucidez.

No puedo asegurarlo, pero pienso que en esas condiciones era inaudito exigirle el esfuerzo de practicar su firma; sin embargo, como relato en el tomo VI de mi *Testimonio personal,* no tuve inconveniente e inclusive alenté que el partido dispusiera que fuera sólo él quien firmara la Constitución, tal como ocurrió el 12 de julio de 1979. Dos horas después yo promulgué la parte de la Constitución que debía regir desde el 28 de julio de ese año, dejando pendiente la parte que correspondía al nuevo gobierno, que promulgó Fernando Belaunde Terry el 28 de julio de 1980. En esta última fecha, como gentil recuerdo de tan importante acontecimiento, Belaunde Terry decidió obsequiarme la pluma de oro con la que se firmó la promulgación. Me la envió pocos días después con las iniciales V H de la T, F B T y L A S grabadas en ella. Poco tiempo después, y no desde un partido ajeno, gritaron que yo me había vendido, no sé para qué, por un lapicero de oro. Fue un síntoma inequívoco de que Haya de la Torre ya no estaba entre nosotros.

Antes de su muerte, por enfermo o debilitado que estuviese, la certeza de la presencia física de Víctor Raúl como líder máximo del aprismo imponía cierto comportamiento tácito en sus seguidores, por enconadas que fuesen sus rivalidades. Como viejo militante, no sólo sentí con su muerte la pérdida del amigo y compañero tan querido de tantos años, sino la pérdida de ese lazo singular de mancomunidad que él extendía sobre todos nosotros. La unidad del aprismo se tornó frágil y la propensión al error político se hizo mayor, como pudo comprobarse, en forma especialmente amarga, entre 1979 y 1981. Ni siquiera el analista más ingenuo podía atreverse a asegurar que el Partido Aprista, en ausencia de Haya, no sufriría dificultades políticas. Sin embargo, los mayores problemas han residido y residirán todavía por algunos años en los asuntos organizativos, sobre todo en saber suplir la función dirimente y cohesionadora que ejercía Víctor Raúl.

No hace falta señalar que mientras Haya vivió fue nuestro líder supremo. Todos los que estuvimos con él desde el principio y los que se fueron sumando al paso de los años, lo valoramos sin acuerdo previo como el único digno de aspirar al cargo máximo, creado expresamente para él, el de *Jefe.* En parte era un homenaje y en parte una acreencia. Darle ese título fue siempre para noso-

tros una forma de manifestar nuestra plena confianza en los ideales del partido por él fundado y la instintiva defensa de algo sin lo cual no puede subsistir nada colectivo y humano: la unidad.

Para preservar esta unidad y hacerla más firme entre nosotros, fue también una tradición inapelable que el *compañero Jefe* tuviera al mismo tiempo, y en toda circunstancia, la máxima candidatura electoral. De otra forma el partido perdería su centro de gravedad y no tendría control sobre las decisiones políticas en terrenos tan delicados como la representación parlamentaria. Siempre se ha objetado la jefatura de Haya sobre organismos como la Célula Parlamentaria Aprista, pero ha sido su intervención la única garantía de confianza del pueblo aprista en la labor de sus representantes elegidos y la única forma de dar coherencia a toda la actividad partidaria de acuerdo con sus metas finales.

Haya presidía pero no concentraba el poder; promovía organismos colectivos y especializados de conducción de cada esfera de actividad partidaria. Era merced a su función orientadora y vigilante que las distintas partes armonizaban y se complementaban. Así se construyó el partido y cualquier otra forma de concebir su conducción fue siempre inadmisible. Por eso, salvo uno o dos intentos superficiales, nadie mientras vivió Haya pensó siquiera en la posibilidad de sustituirlo como *Jefe* ideológico y principal candidato del partido. El intento que quiso plasmar Manuel Seoane en 1963, sustituyendo a Víctor Raúl en la candidatura presidencial con el fin de «evitar el veto», fue barrido por los acontecimientos, sin necesidad de mayor conflicto.

En una carta de 1965 a Jorge Idiáquez, preocupado por una operación quirúrgica que sufriría en Hamburgo, Haya propuso que en su reemplazo el partido tuviera un Secretariado Colegiado. Similar fue la propuesta que hizo en abril de 1946 en una carta de igual intención para Carlos Manuel Cox, cartas que fueron póstumamente de dominio público. Haya opina nuevamente, aunque no en forma tajante, en favor de la colegiación para el liderato del partido en una de sus últimas presentaciones televisadas, en mayo de 1978, respondiendo al periodista Alfredo Barnechea: «Yo soy partidario de las direcciones colegiadas. No sé cuáles serán las formas que tome y las direcciones que adopte el PAP».

La constante alusión de Haya a la dirigencia colegiada provoca una reflexión: es posible que tuviera la convicción de que un jefe único no tendría tanta autoridad o acabaría convertido en un déspota que llevaría al partido al colapso. Es también posible que tuviera en mente las excelencias del gobierno plural, con alternancia de tendencias y temperamentos, que aprendió de don José Batlle y Ordóñez, el creador de la democracia uruguaya a principios de este siglo.

En todo caso, ha sido un error común entre los apristas considerar la «dirección colegiada» como una modalidad de dirección partidaria más fácil y expeditiva. La experiencia evidenció rápidamente que no lo era. Después de 1979, el aprismo mostró como nunca su orfandad y su inmadurez colectiva, a pesar de los largos años de lucha y las cabezas canas o calvas de muchos de nosotros. Carecíamos de un líder que supliera a Haya y carecíamos también de un equipo dirigente para poner en práctica con eficiencia y lealtad una dirección colegiada.

XXXIV

Sol de los muertos

La campaña política electoral de 1980, un año después de la muerte de Víctor Raúl, no estuvo dentro de los moldes que éste habría deseado. En primer lugar, la violencia del lenguaje era algo ajeno a la técnica política de Haya de la Torre y diariamente conducía a la violencia en la acción. Era una actitud que deslucía por completo el sitial conciliatorio, de liderazgo nacional logrado por el aprismo durante los dos últimos años de vida de Haya.

En segundo lugar, los lemas políticos empleados hacían retroceder al partido hacia un antiimperialismo demagógico y cierta actitud de *vendetta* social que ya no tenía asidero real y conducía al aislamiento del APRA. ¿Qué podía entender el elector de frases como «El APRA tiene fuerza para gobernar»? En tercer término, jamás Haya de la Torre habría hablado refiriéndose a un sector comunista como de «izquierda responsable», ni habría autorizado acercamiento alguno hacia las tiendas políticas de Fidel Castro ni de sus adherentes centroamericanos. En cuarto lugar, no habría tolerado ninguna rivalidad ostentosa entre dos líderes del partido, ni la conducción separatista de la campaña al punto de que, salvo el 22 de febrero de 1980, nunca se vio juntos a Villanueva y Townsend. En quinto lugar, la campaña tomó un cariz reiterativo de su carácter partidista, enajenando de las actividades y consignas a amplios sectores ciudadanos sensibles a las ideas del Frente Único y la reconciliación nacional.

Los resultados electorales fueron alentadores para algunos pero, en verdad, el partido bajó del 35% de votos válidos de 1978, a 27% en 1980. Peor aún, en 1981 se inició una aguda crisis de liderazgo que terminó abruptamente entre expulsiones, intentos escisionales y exhibiciones de intolerancia. No pudimos cumplir con el

deseo de Haya de una dirigencia colegiada. Ante la confusión y la falta de cohesión de la generación que acompañó a Víctor Raúl, fue lógico que la conducción del partido y la candidatura de 1985 recayeran finalmente en una sola persona y que ella perteneciera a una generación más joven, como fue Alan García.

En la justa electoral de 1985 el partido tuvo el 45,74% de los votos válidos, faltó muy poco para lograr la mayoría absoluta. Fue el premio de la ciudadanía a un partido que lucía otra vez, por lo menos en apariencia, unido y pleno de energía juvenil. Aprendida la experiencia de 1980, el rumbo de la campaña de 1985 intentó ser de menor tinte partidista, pero se cayó en el extremo opuesto. Para sorpresa de apristas veteranos como yo, ocurrió un virtual destierro de los pañuelos blancos, que siempre aleteaban en nuestras manifestaciones públicas; se pretendió sustituir la estrella de cinco puntas, que escogió el propio Víctor Raúl como emblema del partido, por la blanca paloma de la paz, símbolo sugerente pero muy usado por aquellos que no la practicaban en Europa oriental, sobre todo en la década de los sesenta, con motivo de la guerra de Vietnam. El canto de la *Marsellesa* aprista fue acompañado por una canción criolla llamada *Mi Perú*. Mayor sorpresa fue ver aparecer poco después en los altos niveles del Poder Ejecutivo antiguos fugitivos del APRA y hasta antiapristas en reemplazo de apristas auténticos.

Muchos errores y vicios políticos parecen desvanecerse bajo la ola entusiasta del triunfo, pero luego se hacen presentes en el momento de realizar el programa gubernamental. Haya de la Torre nunca habría apoyado el lema constante de esa campaña «Somos un movimiento nacionalista, democrático y popular». El nacionalismo era permisible pero dejaba en la oscuridad la vocación continentalista del PAP. Los términos «democrático y popular» revelaban sin atisbos de duda el aliento procomunista de la campaña. La democracia es popular por definición y lo popular es también democrático por definición; pero la «democracia popular» es una típica reiteración sustantiva característica del marxismo soviético de la era staliniana, aplicada a los satélites del Kremlin. Las «democracias populares» eran Polonia, Hungría, Vietnam o Checoslovaquia, países –como hoy bien sabemos– en verdad colonizados por la URSS. Eran términos que hoy suenan y que para Haya eran anacrónicos e inacepta-

bles desde su aparición en los años cincuenta. Tampoco habría aceptado Haya de la Torre que, en el Día de la Fraternidad de 1986 en su Trujillo natal, se definiese la política de su partido como un «socialismo democrático», denominación inexacta, contradictoria en sí misma y «ajena a nuestro espacio-tiempo».

Ser testigo de éste y otros deslices me despertó una serie de suspicacias. Quienes encabezaban la difusión de estos lemas tenían una insuficiente experiencia como apristas, además de un fuerte contagio de las teorías incandescentes que se cultivaban pocos años atrás en los medios estudiantiles y cosmopolitas de los cafés de la orilla izquierda del Sena. Algo de este contagio se dejaba entrever en el libro publicado por Alan García en 1982, *El futuro diferente,* ensayo de dispersas referencias intelectuales pero que, a pesar de todo, es un esfuerzo de actualización de la doctrina aprista.

Con motivo de la disposición del segundo candidato más votado, el abogado comunista Alfonso Barrantes, a desistir de la segunda vuelta electoral exigida por la Constitución, el presidente de la República y líder del Partido Aprista desarrolló un poco provechoso acercamiento al conglomerado político de la 'Izquierda Unida', teñido de gestos amicales e insinuaciones de colaboración. Otro aspecto desconcertante era el acercamiento a los regímenes más rígidamente comunistas como Cuba y Corea del Norte, o la atención con rango casi diplomático a representantes de guerrillas con quienes jamás se habría sentado a la misma mesa Haya de la Torre. El desliz era grave ya que, desde el inicio de la campaña electoral, el APRA había llevado sobre los hombros la representación de un amplio «frente único» de peruanos deseosos de un camino democrático alternativo al ofrecido por los «marxistas responsables» de 'Izquierda Unida'.

Es inútil resumir aquí un balance de lo que fue el primer gobierno aprista por su cercanía en el tiempo y la compleja trama de intereses que lo influyó; pero podemos reseñar algunos ejemplos de lo distante que estuvo del legado doctrinal de Haya. Definitivamente fue una amarga comprobación del vacío dejado en el partido por Víctor Raúl que, más allá de las responsabilidades personales que competen a cada uno de nosotros, no supimos llenar ni los jóvenes ni los viejos.

En el frente interno fue posible comprobar en muy breve plazo que la política económica respondía a motivaciones de fácil aplauso y no a un plan seriamente sustentado. Hacia 1986 el propio presidente de la República admitió que su gobierno «enervaba opositores en varios frentes a la vez», pero optó por ahondar los problemas con la fallida nacionalización de la banca, que sólo fue aplaudida por los comunistas más recalcitrantes. El eslogan de gobernar «para todos los peruanos» fue abruptamente desvirtuado y el partido, que nunca debatió una propuesta semejante, pagó el precio.

Contra lo que Haya había predicado, el aprismo se vio comprometido en un antiimperialismo centrado únicamente en el ataque a la banca internacional; que por momentos derivó en una campaña cerrada y unilateral contra los Estados Unidos, librada además por un país aislado y necesitado de capitales. Era un abandono de la política del «interamericanismo democrático sin Imperio» que en 1942 el PAP sancionó como virtual sexto punto del *programa máximo*. Exvelasquistas, filocomunistas, apristas de dudosa lealtad y simples aventureros políticos incentivaron un vacuo seguimiento del gobierno al llamado movimiento «tercermundista», que Haya consideraba ineficaz por su dispersión geográfica y su veleidad política, ora con una potencia, ora con otra, según las conveniencias; además de agrupar muchos regímenes advenedizos y basados en la violencia y no en los votos. En cambio el gobierno aprista descuidó por completo el aliento integracionista en América Latina.

El partido puso en peligro posiciones e identidad, aunque el nombre de Haya de la Torre se mantuviera en alto. Sin embargo, sus *Obras completas*, aparecidas en 1976 y agotadas rápidamente, no fueron reimpresas durante este periodo. Paradójicamente la doctrina aprista, tenida tan a menos por aquellos que la representaban, se erguía vigorosa en el debate conceptual y político del mundo libre, confirmada por la marcha de los acontecimientos de los años ochenta.

En Europa occidental, socialdemócratas y comunistas se consideraban partidos populares, propiciaban amplios frentes de clase y proponían reformas basadas en un extenso consenso social –verbigracia el «compromiso histórico» italiano–, como lo reclamara el aprismo desde 1931. El carácter imperial del poder soviético ya

no admitía dudas con los sucesos de Polonia y las denuncias del movimiento Solidaridad de Lech Walesa. Era además un hecho el fracaso del estatismo comunista, obligado a realizar reformas económicas drásticas de clásico molde capitalista, incluida la incorporación al sistema financiero internacional. Desde el estrechar de manos de Breznev y Nixon en 1972 y el fin de los radicales chinos después de la muerte de Mao, todas las predicciones de Haya sobre el fracaso del stalinismo se confirmaban en forma acelerada y casi literal.

Así también su vaticinio sobre la incapacidad del capitalismo occidental para sobrevivir sin realizar profundas reformas sociales. «Si el comunismo marxista a ultranza es utópico, el capitalismo como sistema general rígido, inmutable, va incontrastablemente por el declive de su caducidad», escribió Haya en febrero de 1956, en un artículo recopilado en *Mensaje de la Europa nórdica* (OC, t. III, p. 417). Según Haya el mundo marchaba «hacia una democracia social, cada vez más avanzada y, por lo tanto, cada vez más distanciada del sistema capitalista inflexible tipo norteamericano» *(Ib.,* p. 418). La importante legislación social que era parte del proceso de integración de Europa occidental y los progresos de la legislación norteamericana sobre asuntos laborales y derechos civiles daban la razón a Haya.

La tendencia a la interdependencia económica entre países desarrollados y no desarrollados, comprobada frente al problema de la deuda del hemisferio sur y la necesidad irrefrenable de elevar la exportación de capitales, que Haya también advirtiera desde 1928, confirmaban su doctrina del «antiimperialismo constructivo», basado en la negociación y no en el rechazo al capital extranjero. Los tratados económicos y políticos que tuvieron como punto de partida el de ALALC en 1960, seguido de Punta del Este en 1967, del Acuerdo de Cartagena de 1969 y del tratado de ALADI de 1980 verificaban el ideal integracionista del APRA y la necesidad y la posibilidad de avanzar en esta integración sin caer en un falso antagonismo con los Estados Unidos de Norteamérica, como Haya previera al proponer el «interamericanismo democrático sin Imperio».

La vigencia del aprismo quedaba constatada por éstos y otros hechos, pero la práctica gubernamental del periodo 1985-1990 no

guardó empatía alguna con ellos. Posteriormente, ante la contra-ofensiva conservadora y neoliberal –sin duda pasajera– desplegada en muchos países a partir de 1989, la desorientación prosiguió. Con su esfuerzo tenaz Haya de la Torre había logrado para el aprismo un sitial de gran altura en el plano nacional e internacional. Los errores cometidos han puesto en peligro este sitial, pero sus fundamentos siguen siendo asombrosamente sólidos.

Epílogo

Algo para recordar

En 1976, cuando ya estaba declarado el mal que acabaría con su vida, Haya de la Torre escribió un prólogo especial para la colección de sus *Obras completas* que en siete volúmenes editó Juan Mejía Baca. Tuve la satisfacción de que él me designara presidente de la comisión que se encargó de aquella edición que, naturalmente, como ocurre con todas las «obras completas» que se publican, nunca llega a serlo plenamente.

Fueron siete tomos que no recogen toda la vasta producción de Víctor Raúl. Están ausentes, por ejemplo, importantes discursos y artículos polémicos de 1931, aparecidos en *La Tribuna;* faltan asimismo muchos de sus folletos de doctrina, publicados en la clandestinidad entre 1934 y 1945, y los excelentes artículos escritos en las décadas de 1950 y 1960, reunidos hace poco en la antología *Víctor Raúl en El Tiempo.* Tampoco están muchos discursos y escritos relacionados con momentos clave de la historia partidaria. La limitación de las *Obras completas* derivó de la urgencia de la publicación y de la increíble dispersión de la obra periodística y de aquélla dirigida al uso partidario.

En un lento trabajo de años Luis Alva Castro y sus colaboradores han compilado y publicado mucho de este material disperso en obras como *Víctor Raúl en El Tiempo, Haya de la Torre: peregrino de la unidad continental, Haya de la Torre: peregrino de la fraternidad bolivariana* y *Haya de la Torre en Cuadernos Americanos.* Pero puede decirse en favor de las *Obras completas* que reúnen aquellos libros publicados en vida por el propio Víctor Raúl.

El principal propósito del prólogo de 1976 no fue sintetizar la doctrina aprista sino despejar toda duda sobre la originalidad y la autonomía conceptual del aprismo, incluyendo algunas confesiones

sobre la historia misma de Víctor Raúl. De hecho, Haya fue renuente a sintetizar en unas pocas frases y lemas la esencia de su pensamiento político. Prefería desarrollarlo, no limitarlo. Sin embargo, en los últimos años una de las mayores preocupaciones de sus discípulos ha sido especular sobre lo que es y no es esa herencia doctrinal. ¿Cómo resumir en unas pocas líneas lo que podría llamarse el «mensaje definitivo» de Haya de la Torre? Intentaremos responder esta pregunta recorriendo nuevamente, en forma resumida, los temas tratados a lo largo de este libro.

En su juventud, entre los quince y los veinte años, Haya estuvo influido por el anarquismo no sólo por su temprana lectura de González Prada, Kropotkin, Reclus o Malatesta en una biblioteca obrera en que predominaban los anarcosindicalistas como lectores y como autores; sino por su angustia ante la miseria de los trabajadores y su ira frente a la explotación de los grandes terratenientes. El interés por el anarquismo fue un importante estímulo en su vida, una vida siempre permeable a las nuevas experiencias y las nuevas ideas, y respetuosa al mismo tiempo de toda influencia valiosa proveniente de anteriores generaciones.

Haya fue tal vez el mejor de los anarquistas peruanos pero también el menos dogmático y el menos unilateral. Es así como el pensamiento de Haya entre 1917 y 1923 es una belicosa mixtura de anarquismo, bolchevismo, cierto rastro *arielista*, indianismo, rebeldía estudiantil y marxismo incipiente. De esta etapa, influida por el anarquismo, tanto Haya como el aprismo heredamos acusados rasgos de rebeldía, de irreverencia frente a la jerarquía y de protesta ante la explotación del hombre por el hombre y del hombre por el Estado, que se remonta en nuestro medio a Manuel González Prada.

Estando exiliado en México en 1923 Haya acrecentó su entusiasmo y admiración por la Revolución mexicana y la Revolución bolchevique. Para Víctor Raúl, y para todos los que éramos jóvenes en esos días, la Revolución mexicana y la Revolución rusa eran la prueba viviente de que el mundo podía cambiarse. Y eso era bastante. Haya viajó a Rusia a mediados de 1924 y, deslumbrado pero no convencido, se instaló poco después en Inglaterra y se dedicó a un estudio intenso del marxismo.

Sus escritos que datan de 1924 hasta su estadía alemana en 1929 y 1930, en especial *El antiimperialismo y el APRA* de 1928, están fuertemente cargados de referencias, analogías y citas marxianas y leninianas. De esto han deducido algunos que hubo en Haya una etapa ortodoxamente bolchevique o muy cercana al bolchevismo. Quienes conocimos a Víctor Raúl sabemos que eran imposibles en él las actitudes escolásticas y las restricciones ideológicas. Rescató del marxismo su interpretación de la historia, que estudió a profundidad en Londres bajo la guía de intelectuales de la talla de Harold Laski y Bronislaw Malinowski, pero nunca se ciñó en forma estricta a sus conclusiones. Admiró de Lenin y la Revolución de Octubre su audacia, su desafío a las grandes potencias europeas, su heterodoxia frente al rígido marxismo socialdemócrata de esos años. Cuando el marxismo soviético se dogmatizó y la Revolución cayó bajo el extremo totalitarismo staliniano, Haya se distanció tajantemente del sovietismo y de todo aquél que lo apoyase, así fuese un personaje tan querido y admirado como Romain Rolland. De esos años es también su profunda admiración por el Kuo Min Tang chino.

El aprismo maduro, quizás el verdadero aprismo, comienza hacia 1930, cuando Haya ajusta cuentas en forma definitiva con dos totalitarismos paralelos y casi simétricos: el fascismo y el comunismo, al mismo tiempo que ha realizado un balance exhaustivo de las limitaciones de la democracia europea. Ensancha su propuesta del Estado antiimperialista para Indoamérica, y la complementa con el Congreso Económico Nacional, hace precisiones en lo que define como antiimperialismo constructivo y revoluciona su filosofía de la historia al estudiar a profundidad a Einstein, cuya importancia en la evolución de la doctrina aprista nunca ha sido convenientemente resaltada. Este aprismo purgado de inclinaciones o ambigüedades estatistas es el que cobra fuerza admirable en el Perú de 1931 y deja su huella indeleble en varias generaciones que acompañaron a Víctor Raúl en la forja del partido.

Un nuevo progreso ideológico ocurre después de 1940, con la presentación ya madura de la teoría del espacio-tiempo, el interamericanismo democrático sin Imperio y la crítica radical a toda forma de capitalismo de Estado, no sólo nazi o comunista, sino inclusive socialdemócrata, enfatizando el aspecto cooperativista del apris-

mo. Más adelante vendría la denuncia del socialimperialismo soviético, su oposición al «tercermundismo» subordinado a los intereses de las grandes potencias –incluida su vehemente oposición al castrismo– y su esforzada prédica de una democracia social, menos autoritaria –menos «presidencialista» según sus propios términos– y más funcional en una América integrada.

Quienes insisten en confundir al Haya de 1928 con el de 1931 o el de 1945, atribuyéndole además al aprismo una permanente cercanía o parentesco ideológico con el comunismo, parecen olvidar que el distanciamiento de Haya respecto a los soviet empieza, antes de escribir *El antiimperialismo y el APRA,* en el Congreso Antiimperialista de Bruselas en junio de 1927. Olvidan además la amplia literatura de afirmación principista contra el comunismo salida de la propia pluma de Haya. Podemos mencionar como dos buenos ejemplos los artículos «Marxismo 'congelado' y confusionismo» y «Aprismo, marxismo y espacio-tiempo histórico» de agosto de 1942, incluidos en *Y después de la guerra ¿qué?,* publicado al año siguiente (*OC,* t. IV).

Aquellos que han pretendido hacer de la fase primigenia del aprismo una etapa definitoria, motivados por intereses políticos inmediatistas y en ausencia del autor que había rechazado tan perentoriamente, en más de una ocasión, repetir en la doctrina aprista el desprestigiado dogmatismo de las entonces divididas y hoy casi extintas vertientes del comunismo, sustituyen un marxismo tan criticado por Haya de la Torre por congelado por un aprismo también congelado.

¿A qué llamaba Haya de la Torre «marxismo congelado»? A algo muy simple, el marxismo se basa en la dialéctica de Hegel puesta al revés, es decir un dogmatismo materialista. La dialéctica clásica implicaba un movimiento permanente, a una tesis se sobrepone una antítesis que a su turno se convierte en otra tesis, y así sucesivamente. De estas nociones Hegel quiso derivar un esquema universal de la evolución hacia el Estado moderno basado en el modelo prusiano. Los comunistas hicieron otro tanto a base del modelo soviético. Lejos de esta actitud, primero en nombre de la dialéctica y luego en nombre del relativismo, Haya de la Torre siempre sostuvo que no hay doctrina social «congelable» ni susceptible de ser

adaptable a toda realidad. Tan importante como la teoría en sí, era el punto de vista del observador de los hechos históricos. A la vez, y dentro de esta flexibilidad, sostenía, por ejemplo, que el nacionalismo, terrible mentor de guerras y rebeliones en la historia, no era igual si partía de Inglaterra, de Estados Unidos o de Alemania, países influyentes en el mundo, o si se originaba en los países oprimidos de Asia, América Latina o Africa.

Por consiguiente, desde el comienzo, incluso en medio de sus titubeos aurorales, Haya siempre definió el aprismo como una doctrina fuertemente determinada por su escenario de origen, requerida de adaptarse únicamente a la realidad de aquel «pueblo-continente» que la producía. A esto Haya solía añadir que, además de ser distintos cada realidad histórico-social, cada «espacio-tiempo», estos mismos no estaban estáticos. «Todo fluye, todo cambia, todo se mueve, se niega, deviene; todo está en eterno retorno», gustaba repetir Haya, citando a Heráclito desde 1928 en *El antiimperialismo y el APRA* (*OC*, t. IV, p. 149) hasta su casi póstumo prólogo a las *Obras completas*. Para perdurar, el aprismo debía saber innovarse y renovarse. Haya de la Torre reafirmó esta advertencia en una entrevista de julio de 1978 para la revista *Hoy* de Santiago de Chile, en la serena madurez de sus 83 años. El consejo es breve pero elocuente: «Cuando las ideologías se convierten en utopía y en fanatismo, cuando se olvidan que cada realidad es diferente, fracasan» (*Haya de la Torre en 40 reportajes*, p. 422).

Dicho todo esto, ¿cómo resumir el legado doctrinal relativista de Haya de la Torre? No es posible hacerlo en unas cuantas fórmulas ni creo que sea posible establecer diez ni veinte ni cien lemas «definitivos» más allá de los escuetos cinco puntos del *programa máximo*. Creo sí que es necesario tener cierta actitud, cierta forma de abordar los problemas políticos y los temas teóricos. Víctor Raúl jamás se aferraba al pasado. Siempre miraba hacia adelante y no perdía oportunidad de informarse y estudiar lo nuevo. Dedicaba varias horas del día a actualizar sus conocimientos en los más variados campos, desde los intentos de exploración espacial de soviéticos y americanos hasta técnicas agrícolas. Para este efecto leía un sinnúmero de revistas y diarios en distintos idiomas. Apreciaba de este siglo su formidable progreso en la información y las comunicacio-

nes. No tengo la menor duda que hoy en día habría sido un entusiasta lector y difusor de temas como la preservación de la ecología y la cibernética.

Los dos tomos de artículos de *Víctor Raúl en El Tiempo* muestran este incesante interés en lo nuevo y su asimilación, sin apartarse del rumbo básico de su pensamiento: innovar, renovar y a la vez seguir la misma línea inicial. Parece una paradoja, una *contradictio in adjecto,* porque es difícil pero es así como se forjó el aprismo y es así como llegó a ser algo más que un puñado de jóvenes sentados «en un pequeño sofá del café La Rotonde en París», como reseñaba Haya en una carta de 1932. Innovar, renovar y a la vez seguir la misma línea inicial. Es posible que ésta sea la mejor forma de definir el método político relativista, descubierto, desarrollado y practicado por Haya.

Ante un Víctor Raúl preocupado en sus estudios sobre Toynbee por las peculiaridades históricas de cada espacio-tiempo y la caducidad del evolucionismo universal marxista; atento a las limitaciones «newtonianas» de la filosofía y la sociología anteriores a 1930; deseoso de extirpar de la lucha social aprista la *vendetta* de clases y el monolitismo partidario y realizar una democracia «lo más representativa posible», como escribía al dejar el asilo en *Life;* atento a la degeneración imperialista del estatismo soviético; estudioso del cooperativismo nórdico y de los *kibbutz* de Israel; vigilante de la caducidad del viejo modelo imperialista de «enclaves» de norteamericanos y europeos; cuán iluso y absurdo resulta contraponer a los sesenta años de este esfuerzo colosal tres o cuatro trabajos juveniles suyos de 1928 como si sólo estos últimos fueran el alfa y el omega del pensamiento aprista.

Ahora bien, hemos insistido en el *relativismo* del pensamiento de Haya de la Torre, pero hay un aspecto muy importante de su doctrina en el cual sí cabe el dogmatismo: *la moral aprista.* Cuando se rodeaba de jóvenes en Villa Mercedes cada domingo, uno de sus propósitos era inculcar en ellos el culto a la sencillez, a la tenacidad y a la verdad que según Víctor era parte medular de la pertenencia al aprismo.

Haya tenía la ilusión de que la nueva generación, aquélla a la que pertenece Alan García, se distinguiera sobre todo por su entere-

za moral. La experiencia de gobierno parece haber desmentido las esperanzas de Haya. Sin embargo, es evidente que esa generación aún no ha completado su ciclo ni mucho menos. La esperanza sigue en pie. Más aún, así haya sido finalmente fallida, entiendo que el esfuerzo de Haya era y sigue siendo legítimo. Para quienes hemos vivido los heroicos años formativos del PAP, no nos cabe la menor duda de que sin el ejemplo moral aprista el partido no habría podido convencer a nadie de la verdad de sus ideas ni mucho menos ofrecer una heroica resistencia a las dictaduras.

Este «dogma» de la moral aprista no sólo era expuesto por Haya en sus discursos y coloquios. También está escrito en la sétima de las *Cartas a los prisioneros apristas* recopiladas por Carlos Manuel Cox en 1946. Allí, Haya señala con su usual claridad que «el aprismo es una obra de apostolado, de educación, de ejemplo y de energía». Y añade que «el aprismo necesita de muchos hombres fuertes, libres de vicios, libres de ignorancia, libres de egoísmos, que se concentren totalmente a la obra de redimir y de salvar a sus hermanos» (*OC*, t. VII, p. 241).

En la edición original de estas cartas hay una serie de *máximas de la conducta aprista*, también debidas a Haya, omitidas en las *Obras completas*. Una de estas máximas reza así: «El aprista sabe que el hecho de pertenecer al Partido del Pueblo le impone un deber de sacrificio. Consecuentemente, entre nosotros no tienen lugar ni los cobardes, ni los sensuales, ni los insinceros. Esto constituye una firme garantía para el futuro». Sobre éstas y otras máximas similares siempre relievadas por Víctor Raúl, no caben, parafraseando el lema castrense, ni dudas ni murmuraciones.

La moral aprista preconizada y practicada por Haya recogía, entre otros aportes, un ejemplo similar ofrecido por los obreros anarcosindicalistas, con su honestidad sin dobleces, su arraigado sentimiento solidario y su prodigiosa cultura autodidacta. Esa gran lección era el correlato práctico del legado moral de los escritos de Manuel González Prada. Ambas vertientes eran muy apreciadas por Víctor Raúl y su gran deseo era que el aprismo jamás estuviera por debajo de esos ejemplos.

Sé que en el partido falta mucho de este ejemplo moral hoy en día. La experiencia gubernamental ha sido en este aspecto aplas-

tantemente negativa. Empero, con la comprensión cabal de la obra doctrinal de Haya, sin dogmatismo ni tributarismo a doctrinas ajenas, y rescatando a plenitud la moral aprista, sé que el partido que Haya fundó, mi partido, podrá demostrar nuevamente que es el único y verdadero partido de la gran transformación. En este esfuerzo todos los aportes tienen cabida. Al momento de concluir estas líneas confío a plenitud en la victoria aprista.

Anexo

Sobre la herencia de Haya de la Torre

Las ideas expuestas a lo largo de estas páginas tienen como primera referencia mis reflexiones sobre la vida y la obra de Haya de la Torre publicadas poco después de su muerte en mi «Cuaderno de bitácora» en la revista Caretas. *Juzgue el lector en qué medida complementan e ilustran todo lo desarrollado en este libro. Han sido corregidas algunas erratas evidentes. El artículo apareció en dos partes, la primera en* Caretas *Nº 579 (26 de noviembre de 1979) y, la segunda, en el Nº 581 (10 de diciembre de 1979).* LAS.

A los cuatro meses del fallecimiento de Haya de la Torre aparece con más nitidez el hondo significado de este hecho fortuito y fatal. Tiene tal significado no sólo para su partido sino para la nación. De acuerdo con los informes y reacciones recogidos es evidente que, de no haber desaparecido del escenario Haya de la Torre, habría sido el candidato, si no único, el más predominante de tal manera que no habría habido ninguna duda respecto al resultado de las próximas elecciones.

A los 84 años de edad, en su primera aparición oficial pública *urbi et orbi* Haya habría logrado convencer a tirios y troyanos de que en el fondo de su espíritu y de su acción había una gran tolerancia para todas las tendencias y que, habiendo partido de un izquierdismo auténtico, no había abandonado sus ideas principales pero admitía con indulgencia creativa la acción de ideas diferentes y hasta opuestas como una manera de completar la realidad.

La situación creada por la desaparición de Haya se ha traducido en una diáspora política que introdujo dudas con respecto a la posibilidad misma de la transferencia del poder. Desde otro punto de vista, la desaparición de Haya ha acarreado consecuencias visibles

en su propio partido. Tal vez no sea yo el más indicado para hablar de esto, pero creo haber adquirido con los años y con la experiencia la objetividad suficiente para ver las cosas desde uno y otro frente, desde el este y desde el oeste. Por cierto es una pretensión pero me aferro a ella.

La desaparición de Haya del escenario nacional dejó al descubierto lo que se podría llamar hoy día la aspiración de una gran mayoría de peruanos. Es muy posible que inclusive la Fuerza Armada hubiera estado sumamente interesada en la presencia de un hombre decisivo y que por sus años y su conducta significaba una garantía para todos en la cima del poder.

Por eso es que algunos intérpretes precipitados pensaron que la desaparición de Haya movía a diversas fuerzas a crear un entendimiento entre los diversos partidos a efecto de llegar a un acuerdo sobre un candidato único, sospecha que es absolutamente infundada, conjetura negada de hecho y de derecho por todos los partidos. Pero solamente el haberla insinuado indica hasta qué punto conmovió a la opinión pública la desaparición del veterano político con cuya jefatura y fraternidad me honré sesenta años.

La ausencia de Haya en su propio partido ha sido también motivo de especulaciones y ha originado desorientaciones vitandas. En primer lugar, mientras él estuvo vivo el candidato natural de su poderoso partido, que aglutina a no menos de la tercera parte del electorado nacional, era él. No había, por consiguiente, preocupaciones dentro de esa inmensa masa por hallar un orientador. Las candidaturas se resolvían fácilmente. Los pueblos indicaban sus preferencias, pero había un árbitro superior cuya figura patriarcal no se discutía y, por tanto, no surgían dificultades mayores en el seno de la institución con motivo de las elecciones a lo largo de todos los años que el partido participó en ellas.

Las cosas cambiaron con la desaparición de Haya. Los hermanos adquirieron derechos igualitarios. La heredad había que delimitarla. No se podía ceder así como así ni se sabía a quién cederla. Por tanto no fueron rivalidades sino cotejos y conjugaciones las que ocuparon las mentes de los apristas a partir del día en que falleció Haya y yo diría que desde antes. Porque la muerte de Haya no se produjo el 2 de agosto de 1979. Esta fecha corresponde a la desa-

parición física. Pero la desaparición de Haya de la jefatura del partido y de la orientación de la Asamblea Constituyente se remonta varios meses atrás. Yo me atrevería a decir que el 11 de octubre de 1978, el primer día que Haya abandonó por algunos minutos la presidencia de la asamblea, ya se advertían en él síntomas de la enfermedad que lo condujo a la muerte.

Sin duda de ninguna especie a partir del mes de marzo de 1979 y, sobre todo, desde el 10 de ese mes, concretamente el día en que partió para Houston, su gravedad era un hecho inocultable y cualesquiera fueran las afirmaciones hechas con respecto a una posible vuelta suya a la jefatura del partido y a la presidencia de la asamblea, éstas no pasaban de hipótesis optimistas, de buenos deseos, pero que de ninguna manera correspondían a la realidad. Por tanto sería absurdo pensar que prevista esa situación, a partir de aquella fecha que no es del todo precisa, no empezaran a moverse dentro del partido resortes, intereses, apetencias, como en toda sociedad humana, que estallarían definitivamente al cumplirse el ciclo vital de Haya el 2 de agosto de 1979.

Querría decir esto que ha habido dos tiempos dentro de la estrategia y táctica del Partido Aprista: la preparación de la muerte y el resultado de la muerte misma. Por tanto el duodécimo Congreso del partido, el Plenario de agosto y la Convención de octubre han tenido como eje la muerte de Haya de la Torre. De esto han surgido interpretaciones diversas. Los apristas no somos ángeles. Yo no aspiro a serlo. Y aun no siendo demonios declarados, han tenido que acometerse entre ellos con respecto a las preferencias populares, a las apetencias personales, a las capacidades individuales y a los propósitos de cada cual. Todo esto ha dado lugar a muchísimas conjeturas.

El Partido Aprista Peruano fue fundado con Haya ausente del Perú. Aquí lo organizaron otros de acuerdo con él. Toda su primera etapa, hasta que Haya llegó de vuelta del destierro, fue una etapa de organización, de instruir a las gentes y, sobre todo, de acostumbrarlas a un nuevo tipo de política que no era el de las «costumbres electorales» de las que habla Manuel Vicente Villarán en el primer número del *Mercurio Peruano* en 1918.

De manera que durante la fundación del partido todo se hizo a

la vez. Luego proseguimos codo a codo con Haya que nos acompañó y guió en todo instante. Entre 1934 y 1945, cuando muchos partieron al destierro y otros fueron encerrados en las cárceles, él mantuvo durante once años la Secretaría General invicta trabajando desde la clandestinidad y asumiendo, a consecuencia de esta clandestinidad, todos los poderes que habían sido entregados a diferentes miembros del Comité Ejecutivo.

Esto explica lo que se ha dado en llamar la *autocracia* de Haya. Fue un hecho inevitable provocado por las circunstancias de la persecución, todo lo cual desembocó en la persona de Víctor Raúl. Desde luego, con el transcurso de los años el ejercicio de esta autocracia, atenuado por un espíritu democrático y al mismo tiempo por el afecto fraternal entre los dirigentes del partido, fue desarrollando una técnica especial que es irremplazable. El partido con sus reglas tenía como árbitro a Haya de la Torre. Desaparecido por consiguiente éste, quedó en el partido flotando una sensación de inseguridad que es lo que ha saltado a la vista durante los últimos cuatro meses.

Todo esto naturalmente explica las aparentes rivalidades, también las aparentes incongruencias en el seno mismo del partido. Pero no olvidemos algo que es fundamental. Haya de la Torre insiste mucho en la nota testamentaria del 6 de diciembre de 1965 en algo que conviene recordar y recoger. Él condena muy enérgicamente a los que hablan de la vuelta a las «ideas primigenias», menciona entre ellas el Plan del partido del 23 de agosto de 1931, el Manifiesto de febrero de 1932 y todos los documentos emanados del partido hasta 1965.

Pues bien, esta insistencia en que se falta a la ética del partido cuando se habla del regreso a las ideas primigenias es una clara advertencia de que nunca fueron abandonadas. Y de que, por consiguiente, hablar de la «vuelta» implicará pensar que se habían dejado y las ideas primigenias no se habrían podido abandonar sin negar al partido mismo. Lo que ocurre es que para aplicar las ideas primigenias hay que usar tácticas y movimientos diversos.

Para esclarecer mejor, he aquí lo que dice Víctor Raúl con su propia letra en la página 5 de las manuscritas notas del 6 de diciembre de 1965 en el Hospital Universitario de Hamburgo:

> Hace más de treinta años que advertí: «Todo aquel que nos divida, enemigo es». Y así hay que señalarlo y denunciarlo, especialmente cuando se enmascare con el demagógico pretexto de «defender la línea primigenia del aprismo y volver al aprismo de 1931».

Nunca como ahora se halla más actualizado y vigente el Programa o Plan Máximo y Mínimo de 1931. Nunca como ahora nos hemos acercado más a los enunciados fundadores de la Doctrina Aprista de 1924, a los postulados de nuestro Primer Congreso Partidario y del discurso de la Plaza de Toros del 23 de agosto de 1931. El Parlamento Latinoamericano coincidente con el progreso de los planes de continuidad e integración económica y de defensa militar coordinada, –que une tantas banderas de nuestras repúblicas en un solo y grande pabellón común–, son ideales apristas que comienzan a realizarse como único medio de consolidación y resguardo de nuestra soberanía y dignidad, de nuestra independencia y progreso.

Hemos esperado más de treinta años para que la integración económica, política, jurídica y militar de América Latina comience a organizarse. Y hemos esperado casi el mismo lapso para que comience también a reconocerse que las relaciones entre las dos Américas sólo pueden estar justamente regidas por el lema aprista de *Interamericanismo democrático sin Imperio.*

De lo anterior se desprende que para Haya de la Torre al finalizar el año 65, a los 70 de su vida y a 41 de fundada el APRA y a los 34 de establecido el PAP, las ideas primigenias están contenidas también en los documentos mencionados y en su *Discurso-Programa* del 23 de agosto de 1931, y no están en pugna con el acuerdo de Coalición Parlamentaria con la UNO del 26 de julio de 1963.

La acción del APRA es revolucionaria, pero pacífica, por lo que para llevar a cabo la revolución pacíficamente es indispensable el Parlamento: así se obtuvieron las leyes de educación gratuita, del Banco de la Nación, de Reforma Agraria, de anulación del laudo sobre La Brea y Pariñas, la ley Magisterial, la recuperación del petróleo, la de desarrollo departamental, etc.

La Coalición lejos de significar una concesión al odriismo resultaba la utilización de la fuerza parlamentaria de éste en beneficio de los intereses populares.

El hecho de hablar de «vuelta a los principios primigenios» como si se los hubiese olvidado, pospuesto o relegado, sería un agente de divisionismo, por consiguiente, culpable de un acto semejante o idéntico a la traición.

No somos nosotros quienes afirmamos semejante cosa: es el propio Haya de la Torre, en la supuesta víspera de su propia muerte, es decir, en arranque de la más pura sinceridad.

La discusión sobre si debe preferirse *El antiimperialismo y el APRA* o *Treinta años de aprismo,* o *La defensa continental,* o el *Discurso-Programa* de 1931, carece de utilidad y de sindéresis. Todas y cada una de esas piezas de la doctrina aprista que Haya no alcanzó a desarrollar en toda su amplitud hemos tratado de resumirlas en nuestro libro *¿Existe América Latina?*

Vueltos así a la realidad de los hechos y a la veracidad de las doctrinas, conviene examinar hasta qué punto las aparentes modificaciones y rectificaciones del pensamiento aprista de Haya, lejos de renegar de sus principios, se complementan y perfeccionan teniendo en cuenta las variantes impuestas por la cambiante realidad mundial, continental y nacional.

El punto primero del *programa máximo* del APRA fue publicado bajo el título de «What is the APRA?» en *The Labour Monthly* (diciembre de 1926) y traducido por primera vez en castellano para el libro *Por la emancipación de América Latina* (Buenos Aires, 1927); dicho punto primero dice: «Contra el imperialismo yanqui». Nada más. Lo curioso es que este punto, confirmado por Haya en 1927, fue contradicho por el Komintern y por boca de Julio Antonio Mella en su folleto *¿Qué es el ARPA?* (México, 1928) acusando al APRA de atacar sólo al imperialismo yanqui, y no al británico y hasta insinúa que Haya atacaba a los yanquis en servicio de los británicos, que preocupaban directamente al Kremlin. Contradice la actitud actual del comunismo que ahora sólo concentra sus fuegos en el imperialismo yanqui. La verdad es que los ingleses fueron enemigos declarados de la Revolución de Octubre y que los comunistas rusos reaccionaban según sus intereses nacionales proyectados como intereses universales.

Frente a esta situación y a las ocurrencias mundiales de 1936, Haya apoya la amputación del término «yanqui» del primer enun-

ciado aprista, mas no para atenuar la responsabilidad yanqui sino para extenderla a los imperialismos yanqui, británico, italiano, alemán y español, o sea, Roosevelt, Stalin, Hitler, Mussolini y Franco; coalición de imperialismos contra los países subdesarrollados. El socialimperialismo ruso se deja sentir entonces sólo en las zonas adyacentes a la Unión Soviética, en China, en Bulgaria, en Hungría, Polonia y España; a partir de 1948, a raíz de la victoria aliada contra el nipo-nazi-fascismo, Rusia dejará caer todo el peso de su voluntad imperial sobre Polonia, Alemania, los Balcanes, Asia Central, China, etcétera, el lema aprista «Contra el imperialismo» demuestra su absoluta vigencia. Lejos de significar el abandono de un principio primigenio, representa su ampliación y completamiento.

No es todo. A partir de la llegada de F. D. Roosevelt a la Casa Blanca en 1933 la política americana de Estados Unidos se modifica: nominalmente, el Panamericanismo se convierte en Interamericanismo; el Gran Garrote en Buena Vecindad; el Destino Manifiesto en Nuevo Trato, etc. La Unión Soviética, haciendo trizas sus esquemas principistas, firma primero un pacto de no agresión con el nazismo, o sea con Hitler (agosto de 1939), y con los más connotados representantes del imperialismo capitalista (Inglaterra, Estados Unidos y Francia) en 1942.

Entonces los comunistas de todos los países se arrojan a los pies del imperialismo yanqui y lo convierten en paladín de la libertad humana: se le entregan sin condiciones, como se ve en un folleto de Eudocio Ravines (secretario del Partido Comunista Peruano) fechado en 1938. En cambio, Haya de la Torre publica una declaración que condiciona la colaboración aprista a los aliados a su rechazo a los dictados totalitarios y al entendimiento democrático con los pueblos de América Latina; estaba muy lejos de la posición comunista de entregarse incondicionalmente al imperialismo democrático.

Así lo ratifica Haya de la Torre en su libro *La defensa continental* (Buenos Aires, 1942) en donde acuña el lema complementario de «Interamericanismo democrático sin Imperio». Este lema contiene tres ideas que en las notas de 1965 reitera Haya de la Torre y que son válidas hasta hoy: 1º Interamericanismo, o sea integración continental sin complejos de inferioridad; 2º Democrático, es decir sin dictaduras oligárquicas, militaristas o plebocráticas: gobierno

igual para todos; 3º Sin Imperio, o sea rechazado todo imperialismo, inclusive el yanqui y el moscovita, incluidos en el grito: «Ni con Washington ni con Moscú» que ha sido y es el grito aprista desde 1931.

Las ideas primigenias no han sido abandonadas, no hay vuelta a ellas; dentro del relativismo einsteineano que comparte la regencia de nuestro pensamiento con la dialéctica hegeliana y el materialismo histórico marxista, la congelación de ideas no tiene sentido, ni tampoco el retorno a las ya superadas. La historia es un movimiento sin retornos; la política, una adaptación del quehacer humano a la naturaleza y a la realidad temporal en que se actúa.

SOBRE LA HERENCIA DE HAYA DE LA TORRE
fue compuesto en caracteres Galliard 11:13,
con títulos en versalitas de 13 y 15
puntos. Se terminó de imprimir
en febrero de 1994 en
Lima - Perú.

«Mi padre tuvo este libro listo para la imprenta en los primeros días de enero de este año. Aquí están sus últimas reflexiones, largamente meditadas, sobre el futuro de su partido, que siempre fue el centro de sus preocupaciones.»

Luis Alberto Sánchez D.

